



IMPEDIMENTA

PHILIP LARKIN

Una chica en invierno

Traducción de Marcelo Cohen



Una chica en invierno

Philip Larkin

(2015)



Título original: A Girl in Winter

Primera edición en Impedimenta: octubre de 2015

© Philip Larkin, 1947

Traducción © Marcelo Cohen, 2015

ISBN epub: 978-84-16542-62-2

Sinopsis

Katherine es una joven refugiada que trabaja como bibliotecaria en una gris ciudad inglesa. Hastiada de su trabajo y de la vida en general, lo único que le hace mantener la esperanza es la perspectiva de un reencuentro con el que fue su primer amor.

Así, en las horas previas a su cita, Katherine revivirá las idílicas vacaciones que supusieron para ella la pérdida de la inocencia y el paso a la edad adulta. Ahora Robin, el protagonista de aquel crucial verano, tan glorioso como mortificante, tan radiante como precozmente crepuscular, podría poner fin a su monótona vida y arrancarla para siempre de las garras de la frustración.

A Bruce Montgomery

PRIMERA PARTE

1

Durante la noche había dejado de nevar, pero, como seguía helando y los copos no se derretían, la gente comentaba que aún nevaría más. E incluso cuando la nieve empezó a fundirse, no les quitó la razón, porque no se veía el sol, sino una vasta y única capa de nubes sobre el campo y los bosques. En contraste con la nieve, el cielo era marrón. Sin la nieve, en realidad, la mañana habría parecido un atardecer de enero, pues la luz daba la impresión de surgir directamente de ella.

Llenaba las zanjas y las depresiones del campo, donde solo se aventuraban los pájaros. En algunos caminos, el viento la había acumulado impecablemente sobre los setos. Los pueblos permanecían aislados, hasta que cuadrillas de hombres pudieran abrir senderos; en los campos resultaba imposible trabajar, y en los aeropuertos cercanos a esos pueblos se habían cancelado los vuelos. Desde sus camas, los enfermos contemplaban el brillo reflejado en los techos de sus cuartos, y algún cachorro que lo veía por primera vez lanzó un gemido y se escondió bajo el lavabo. A barlovento, las casas estaban violentamente espolvoreadas de nieve, y las vallas, semisumergidas como espigones. El paisaje entero era tan blanco e inmóvil que parecía un cuadro abstracto. La gente no tenía ganas de levantarse. Mirar la nieve demasiado tiempo producía un efecto hipnótico, anulaba todo poder de concentración, y trabajar se hacía más duro y desagradable con ese frío que entumecía los huesos. De todos modos, había que encender las velas, picar el hielo de las jarras, descongelar la leche; había que preparar el desayuno a los hombres para que marcharan al trabajo. La vida tenía que continuar, por limitada que fuese, y aunque uno no pudiera ir más allá de la ventana, en casa había muchas tareas esperando un día así.

Pero, por brechas abiertas a lo largo de los terraplenes, corrían ya los

trenes y, aunque vacíos, iban hacia el norte y el sur con la intención de unirlos, pasando por fábricas que habían trabajado toda la noche, por los interiores de las casas tras cuyas cortinas brillaban luces, y llegaban a ciudades donde la nieve no tenía importancia, ciudades que la helada, amargamente, solo podía sitiar durante unos días.

2

—¿Qué estás canturreando? —preguntó la señorita Brooks, y estornudó—. Estoy desahuciada.

—Los tubos no se han calentado —dijo Katherine—. Nunca se calientan.

—¡Vaya lata! El portero me tendrá que oír.

—Supongo que la instalación es demasiado vieja.

—Pues algo deberían hacer. Y mira la sala que tenemos que usar... ¡Dos lavabos! Y un solo espejo...

—Y lleno de manchas.

—Mi hermana, la casada, trabaja en un despacho —dijo la señorita Brooks con melancólica envidia—. Tienen estufa de gas.

—Ojalá aquí hubiera una, aunque no fuese de gas.

—Sí, y eso no es todo. Las mañanas de frío, como hoy, si quieres puedes tomarte una taza de té allí mismo. Y otra antes del mediodía. Una cosa así te levanta el ánimo, ¿no? Mira nosotras.

—Anstey tiene una estufa de gas. Pienso que eso es lo más importante.

—¡No mentes al diablo! —dijo lúgubrementemente la señorita Brooks.

Se detuvieron un momento, junto al carrito cargado de libros, mirando la larga avenida que se abría hasta el mostrador, entre estanterías oblicuas. Las dos llevaban monos de trabajo rojos. Las altas ventanas estaban cubiertas de escarcha, y las dos hileras de lámparas colgantes permanecían encendidas, aunque apenas eran las diez menos veinte. Las luces individuales de los estantes esperaban a que las puertas se abrieran al público.

El señor Anstey había entrado ruidosamente por la puerta giratoria y ahora estaba apoyado en el mostrador, esgrimiendo ante la señorita Feather una hoja de papel que golpeaba con la pipa. La señorita Feather inclinaba con respetuosa atención su desgreñada cabeza gris. Él no había bajado la voz,

pero los múltiples ecos que producía al rebotar contra las paredes impedían oír lo que estaba diciendo.

—¿Quieres saber una cosa? —continuó la señorita Brooks—. Una vez conseguí que Feather le hablara de lo del té. Fue antes de que llegaras tú.

—¿Y qué dijo?

—¡Oh, ya sabes como es! —La señorita Brooks sacó un pañuelo de debajo de la manga para sonarse la nariz—. Preguntó dónde íbamos a hacerlo todo, dónde íbamos a prepararlo, dónde íbamos a tomarlo, si las asistentes tenían tiempo libre para eso, y de cada cosa hizo una enormidad. Dijo que «no veía muy bien cómo hacer viable nuestra solicitud».

—Parece que lo estuviera oyendo —dijo Katherine—. ¿Por qué tendrá que hablar de esa manera tan estúpida? Creo que es una de las cosas que más me fastidian de él.

—Puede que de pequeño se tragase un diccionario —dijo la señorita Brooks, vagamente jocosa—. O a lo mejor lo hicieron así.

Katherine terminó de colocar una pila de libros en el carrito y se quedó mirando a la señorita Brooks.

—Realmente, no creo que te afecte demasiado.

—Es que no sirve de nada que la gente te afecte. No voy a dejar que Anstey me preocupe lo más mínimo.

—Me pregunto con qué la estará molestando ahora.

La voz de chicharra del señor Anstey seguía lanzando argumentos, mientras la señorita Feather se agitaba como una hoja en la tormenta. Ambas se mezclaban con los ecos desatados por el último sonido perceptible —un arrastrar de pies, el chasquido de una regla, el apagado ruido con el que las asistentes devolvían los libros a los estantes—. Katherine y la señorita Brooks se separaron, para recorrer cada una de la particular sección de estanterías que debían mantener en orden. Pronto estuvo todo listo para el día de trabajo: los libros en hileras suaves y parejas, los sellos con la fecha correcta, los ficheros con las tarjetas ordenados sobre el mostrador en apretadas columnas. Volvieron a encontrarse junto a un expositor dedicado a Japón.

—¿Qué pasa con tus mitones? ¿No piensas usarlos?

—De buena gana lo haría. ¿Crees que alguien se reirá?

—Claro que no.

—Dentro de diez minutos esas puertas comenzarán a abrirse y a cerrarse.

—Bueno, puedes estar agradecida —dijo la señorita Katherine—. Es sábado. Se acaba la semana.

—Ya me extrañaba a mí que canturrearas —dijo la señorita Brooks, alejándose.

Cuando Katherine estaba volviendo al mostrador, la señorita Feather, liberada del señor Anstey, se le acercó como si no supiese bien quién era.

—Ah, señorita Lind...

—¿Sí?

—Verá, señorita Lind... ¿Recuerda que usted llevó el libro de registros cuando la señorita Holloway estuvo enferma? ¿Cuánto hace de eso?

—Una semana, me parece.

—Ya... Bueno, en la universidad dicen que aún no les han devuelto ese libro de Fielding sobre Uganda. El señor Anstey acaba de preguntarme qué ocurre.

La señorita Feather ya había cumplido los cuarenta. Tenía un rostro taimado y marchito, y al hablar lanzaba miradas conspiratorias a ambos lados, fijando solo de vez en cuando los ojos en su interlocutor.

Katherine frunció el ceño.

—¿Un libro de Fielding sobre Uganda? No lo recuerdo. ¿En el libro figura como devuelto?

—Sí, figura como devuelto, pero ellos dicen que no lo han recibido —repitió la señorita Feather como alguien que durante años ha necesitado repetirlo todo. Se metió un lápiz en el bolsillo del mono.

—Si figura como devuelto, seguramente lo habremos enviado —dijo Katherine sin convicción.

—Bueno, ellos dicen que no lo han recibido. Así pues, ¿podría usted echar un vistazo, querida, a ver si lo encuentra? Tal vez haya ido a parar al estante por error. Y, si aparece, avise al señor Anstey. Es tremendo el tiempo que se pierde en estas cosas.

Katherine se volvió, y fue hasta la sección de África, con la mano derecha levantada y el codo derecho apoyado en la palma izquierda. Aun sin prestar mucha atención, el libro fue uno de los primeros que vio, perfectamente

situado en la hilera de parduscos lomos de cuero. Una mirada al reverso de la cubierta le reveló el sello de la biblioteca de la universidad. Lo acunó malhumoradamente en las manos, luego se lo puso bajo el brazo y volvió adonde estaba la señorita Feather, que la miró con aire de degradada sabiduría.

—Aquí está, señorita Feather.

—Ah, ¡cuánto me alegro! ¿Quiere dejarlo pues en el escritorio de la señorita Holloway? Y también puede ir a decirle al señor Anstey que lo hemos hallado y enseguida lo enviaremos.

—Muy bien.

Como la señorita Holloway no estaba en su despacho —que en realidad era una mezcla de almacén de libros nuevos, sala de servicios bibliográficos y lugar de trabajo de la catalogadora—, Katherine dejó el libro sobre el escritorio y siguió hacia el despacho del señor Anstey. Estaba en un corredor oscuro, al fondo del cual una escalera de caracol de hierro llevaba hasta el departamento de referencias. Golpeó a la puerta y, tras una pausa, una voz familiar le dijo que entrase.

Su rostro no expresaba nada cuando cerró la puerta detrás de ella. En realidad, pocas veces lo hacía: la palidez, su cara con forma de escudo, los ojos y pestañas negros, los pómulos altos que no eran vivaces ni elocuentes... Y, tampoco, curiosamente, lo era la boca, demasiado ancha, de labios demasiado carnosos para ser bonita. Sin embargo, siempre alerta y sensible, hubiera debido ser un rostro muy expresivo. Era casi como si Katherine se hubiese lastimado los labios y tuviese que mantenerlos insólitamente cerrados. A veces, con todo, en sus ojos despuntaba un tenue brillo de humor, como creado por el placer de la plenitud con que ella cubría en ocasiones sus pensamientos. Y cuando hablaba lo hacía con acento extranjero.

El despacho estaba prodigiosamente tibio, con una vehemente estufa de gas ardiendo a tal punto que las lenguas de las llamas lamían el aire. Delante había un tazón chino lleno de agua, y en el agua se desintegraba una colilla. Reinaba un gran desorden: contra las paredes, entre estanterías y archivadores, había pilas de libros y cajas de referencias acumuladas durante meses. Luego, un círculo interior de papeles amontonados olvidados desde hacía semanas; y, en el centro, una escribanía, cubierta de cartas y hojas

mecanografiadas, tras la cual estaba sentado el señor Anstey. Un gran frasco de combustible para mechero se encontraba junto al teléfono.

El señor Anstey ofrecía su habitual número de estar demasiado absorto en asuntos importantes para advertir la entrada de Katherine, y en la mano tenía una frágil hoja cuya lista mecanografiada iba repasando con un lápiz. Sostenía la pipa entre los dientes con una mueca agresiva. De vez en cuando sorbía aire por la nariz con un ruido enérgico y líquido. Era un hombre flaco y ajado, de unos cuarenta años, con un rostro estrecho y anguloso y gafas delicadas. Su traje estaba mugriento, llevaba una corbata que disgustaba a Katherine y un jersey cuyas mangas asomaban bajo los puños de la chaqueta. Se acicalaba cuidadosamente el pelo y de vez en cuando torcía la cara: parecía un empleado de estación de trenes con neurosis de guerra.

A su alcance había un estante donde se veían una taza y un plato sucios.

Katherine esperó ante él, mirando con repugnancia la cabeza inclinada. Como si no la hubiera visto, él se levantó y, malhumoradamente, hurgó en un archivo. El humo de la pipa tenía un olor dulzón. Después de volverse a apoyar en el escritorio dijo con afectada preocupación:

—¿Bien, señorita Lind?

—Hemos encontrado el libro sobre Uganda y lo enviaremos de inmediato.

Él no dio señal alguna de haber oído. Uno o dos minutos después, con la misma voz, preguntó:

—¿Dónde está?

—En la estantería.

El señor Anstey añadió a la lista una nota final, la dobló, la puso en un sobre, garabateó algo en un bloc de notas y algo más en un calendario y, finalmente, dijo:

—¿Y qué hacía allí?

Quitándose la pipa de la boca tomó un lápiz y empezó a extraer las cenizas, fijando en Katherine una mirada distante, inexpresiva.

—Me temo que fue un error.

—Si me perdona, señorita Lind, advierto allí dos errores —dijo súbitamente el señor Anstey en voz alta y pendenciera—. Ese volumen no tendría por qué haber figurado como devuelto: primer error. Y, luego, no

había por qué colocarlo en los expositores. O sea que son dos errores. ¿Me sigue, señorita Lind?

—Sí —dijo ella en tono neutral, para no llamar la atención de él sobre su negativa a darle título alguno. Acumuló paciencia en su interior para afrontar lo que Anstey iba a decir, pues siempre decía cosas muy parecidas.

—Y ninguno de los dos, por explicarlo de algún modo, lo habría cometido cualquiera con unos gramos de lo que los ingleses llamamos juicio, o discernimiento o... *nous*. —Se volvió hacia la estufa, acercando un trozo de papel a la fulgurante rejilla—. Sin duda no lo habría cometido nadie con la educación superior que usted ha recibido... Quizá podría haberlo hecho la aprendiz más joven, quienquiera que sea, aturdida como debe de estar con canciones de jazz, amiguitos o la última «peli», pero de usted no lo hubiera esperado, porque a mí me han inducido a creer que ha sido educada en la razón, y esto que ha hecho es, por decirlo educadamente, una soberana necedad.

La llama se le fue acercando a los dedos, y Anstey dio unas frenéticas chupadas a la pipa antes de arrojar el papel carbonizado al tazón de agua. Luego continuó hablando con su voz natural, desprovista de todo humor o calidez, con el típico tono que en un escenario se habría usado para insultar.

—Muestro toda la comprensión posible por esos errores que un hombre o una mujer cometen por culpa de la inexperiencia o falta de comosellame. En esta profesión hay ciertas cosas que únicamente llegan a dominarse con el tiempo, solo por el hecho de que uno las ha realizado tantas veces que puede prever cualquier eventualidad que surja en el curso de... sus tareas. —Abrió las fauces desagradablemente, como si Katherine lo hubiese provocado—. Yo no soy uno de esos licenciados de Oxford o Cambridge que vienen y dicen: «¡Pero si yo puedo aprender todo esto en cinco minutos!». He conocido a montones de esos novatos, y puede usted creerme que no sirven absolutamente de nada a la hora de manejar un problemita grave. No, yo empecé en esta profesión desde abajo —volvió a mirarla con esa distante e inexpresiva expresión que parecía cerrarle las aletas de la nariz— y el poco reconocimiento que he adquirido me lo gané aprendiendo mi trabajo palmo a palmo, de arriba abajo, al derecho y al revés, llámelo como usted quiera.

Se llevó la pipa a la boca, pero se le había apagado. Suspirando, buscó a

tientas las cerillas.

—Claro que —prosiguió, chupando ávidamente la boquilla mordisqueada — yo ignoro lo que usted proyecta hacer con su vida, si piensa seguir en esta profesión. No lo sé y, francamente, no quiero saberlo, porque eso es algo que cada persona tiene derecho a resolver por sí misma, pero permítame decirle una cosa: si decide usted que sí, que seguirá en la profesión, que estudiará y consagrará su energía al dominio de esta... carrera, acabará descubriendo — acentuó las dos palabras con la pipa— que unos gramos de sensatez empresarial, como los que se requieren para dirigir una fábrica o... un negocio, le valdrán tanto como todo su Shakespeare o su doctor Samuel Johnson o cualquier otro. No seré tan tonto, desde luego —adoptó un tono de indulgencia pedagógica— como para negar que tales conocimientos sean de inestimable valor, pero lo que intento explicarle es que son pocas las veces al año en que un sujeto ha entrado y me ha solicitado: «Verá, señor Anstey, quiero saberlo todo sobre drama isabelino», o sobre cualquier otra rama oscura de la fonología o la morfología o cualquier cosa con la que usted resulte estar familiarizada (en ese caso, claro, sí entraría en juego su formación).

»Pero nueve de cada diez veces, el noventa y nueve por ciento de ellas, tendrá que cumplir la simple función de un mero jefe de oficina que en lugar de tratar con casas o paseantes o lo que sea trata con libros.

El señor Anstey hundió el lápiz en la pipa de nuevo extinta y esta vez echó mano de un barato mechero de llama larga.

—Ha empezado usted a trabajar aquí con una formación buena y valiosa, con mucha diferencia mejor que la que tuve yo y no menos valiosa por haber sido obtenida en un país extranjero, ya que el conocimiento humano es el mismo en Inglaterra, Francia, Alemania y todos los países de esta tierra de Dios. —En este punto, Anstey dejó escapar una risita—. Pero, como le iba diciendo, o más bien sugiriendo, en caso de que con el paso del tiempo alcance usted una posición equiparable a la mía, descubrirá que tres cuartas partes de su tiempo las emplea en vigilar y enmendar las meteduras de pata de alguna cabeza hueca que cree haber enviado un libro a Wigan o Tombuctú, cuando en realidad solo lo ha devuelto a un estante donde no debería estar.

Volvió a reírse y chupó la pipa, rodeándose la cabeza de un aura de humo azulado y dulzón. Katherine lo miró como si fuera un insecto que se habría deleitado en pisar.

—Pido disculpas por el error —dijo furiosa—, pero no creo que...

—Pues ya ve, señorita Lind: es así como se nos pasa el tiempo... —la interrumpió el señor Anstey. Sentado en una extraña postura, se palmeó desconsoladamente el muslo mientras de soslayo miraba a Katherine con el rostro desencajado—. Preocupándonos por pequeños detalles que dentro de seis semanas no nos importarán ni a usted ni a mí ni a nadie, mientras lo que realmente importa queda postergado.

Hizo un gesto teatral de resignación. Era otro de sus números, el del hombre obligado a derrochar su tiempo en cosas que estaban por debajo de su inteligencia.

—En este cajón tengo trabajo acumulado desde hace cuatro años, trabajo de clasificación, original y tal vez valioso, a la espera de que tenga una semana libre... Bien, de nada sirve lamentarse. Por ese camino se llega a la locura, como dijo nosé quien. Todo lo que puedo hacer, todo lo que puede hacer usted, es sacar adelante el trabajo urgente. Eso...

Se escuchó un golpecito en la puerta y, a continuación, entró la señorita Feather, mirando en torno como si sospechara que en el despacho había más de dos personas. El señor Anstey adoptó enseguida de su expresión distante y, con voz preocupada, dijo:

—Sí, señorita Feather, ¿qué ocurre?

—Una de las asistentes de la sección juvenil se encuentra mal, señor Anstey. No está en condiciones de trabajar.

—¿Y de quién se trata, señorita Feather? —Era su tercer papel: el de un funcionario de justicia atento a todos los hechos del caso.

—La señorita Green. Realmente parece muy enferma.

—¿Qué le pasa? —preguntó él rudamente—. ¿Tiene gripe, sarampión o...?

—Le duele mucho una muela y quiere irse a su casa. Creo que habría que permitirle. La verdad es que hoy no resultará muy útil.

—¡Irse a su casa! Debería ir a ver un dentista —dijo despreciativo el señor Anstey, como si se hubiera dado cuenta del engaño.

—Creo que lo hará si antes la dejamos marcharse a casa.

Quizá la señorita Feather fuese la única de toda la plantilla que poseía el don de impedir que el señor Anstey se anduviese por las ramas: introducía observaciones sumisas, insinuantes, que lo obligaban a volver al camino que a ella le importaba.

—¿Y dónde vive? ¿La madre figura en la guía? —Ignorando la negativa de la señorita Feather, el señor Anstey abrió la guía para descubrir que la mujer no figuraba.

—Está muy lejos —dijo la señorita Feather—. Pienso que tal vez sería mejor que alguien la acompañara. Parece que en cualquier momento fuese a desmayarse.

—¿Y por qué no darle fiesta a todo el mundo? —propuso el señor Anstey, coronando la frase con una carcajada histérica—. ¡Yo mismo iría con ella con tal de tener la mañana libre!

Se rio solo.

—Creo que es mejor que la acompañe alguien —repitió la señorita Feather, mirando furtivamente el reloj de la repisa.

Riendo animadamente, el señor Anstey se metió la pipa en la boca y volvió a sus papeles.

—Sí, de acuerdo, de acuerdo —dijo con indulgente impaciencia, como si las dos le hubieran hecho perder el tiempo. Que la acompañen. Me da lo mismo quién. Que vaya alguien. ¡Ja, ja! Qué alegría les dará poder escaparse una o dos horas...

Lo dejaron sumido en su incommovible convicción de que todo dependía de él y de que, pese a tener un trabajo abrumador, siempre se las ingeniaba para gestionar cada detalle con eficiencia.

Una vez fuera, la señorita Feather dijo:

—Tal vez no le moleste ir a usted, señorita Lind.

3

Katherine se preguntó qué pensarían de aquello los Fennel.

Habían pasado tres minutos y, como le habían ordenado, estaba esperando en el vestíbulo de entrada de la biblioteca. Era un lugar frío y mal iluminado, con una doble puerta de vaivén que daba a la calle. Otros dos pares de puertas, al otro lado, conducían a la Biblioteca de Préstamo y a la Sala de Lectura. El único mueble a la vista era un amplio tablero de dos cuerpos, pintado de gris huevo de pato, que se destinaba a Fotografías Oficiales de Guerra. Estaba repleto de instantáneas de destructores, aviones y tanques avanzando por el desierto. A veces los chiquillos entraban a mirarlas o a robar los alfileres. En las paredes, cuadros sin valor de pintores locales colgaban a gran altura.

¿Qué imaginarían al leer la carta? Para ellos la frase «trabajo en una biblioteca» evocaría una imagen de pasillos estrechos, con ella manteniendo apagados diálogos con profesores o dormitando tras un escritorio de caoba: tendrían la impresión de que su empleo implicaba cierta forma de estudio, ignorantes de que las asistentes de biblioteca hacían todo tipo de cosas con los libros, salvo leerlos. Sin duda, no imaginarían la ronda cotidiana de bolsas de red, ancianos temblorosos, vagabundos que leían periódicos con lupa o soldados que pedían diccionarios médicos. No es que fueran estúpidos, pero cosas así no les vendrían a la mente. ¿O era ella, simplemente, la que no podía concebirlos haciéndose una idea de un lugar como aquel?

Quizá no tendría que haberles escrito. Un año antes, al llegar a Inglaterra, se había planteado la cuestión y había decidido no hacerlo. Los Fennel no querían ninguna obligación inesperada con el pasado. Y hasta era posible que les disgustara tratar con ella a causa de su nacionalidad, porque, según su opinión, lo que caracterizaba a los ingleses en tiempo de guerra —y no había

nada más inglés que los Fennel— era la desconfianza hacia cualquier país extranjero, amigo o enemigo, dejándose llevar por su instinto. Podía ser, incluso, que reencontrarse con ella les resultase socialmente molesto. Y, aunque con el correr de los meses hubiese llegado a considerar esas cosas cada vez menos probables, se había atenido a la decisión original, sobre todo por timidez, aunque había ciertas cuestiones menores —si seguirían viviendo en el mismo lugar, por ejemplo— que también la frenaban.

Cuando al fin había escrito, por lo tanto, lo había hecho llevada por un impulso; un acto reflejo provocado por el hecho de ver su nombre en los periódicos, o más bien un nombre que asociaba con el suyo. Se había dirigido a Jane, porque Jane aparecía mencionada, y a Katherine le inquietaba el temor de que alguno de los padres, o los dos, hubiera muerto, y la posibilidad de que hubiesen convocado a Robin a filas y lo hubieran matado o herido. No era lo más probable, pero le había parecido mejor ser cautelosa hasta averiguar cómo estaban las cosas. De modo que se había pasado la semana anterior esperando ansiosamente la respuesta. Y había llegado —no de Jane, cosa comprensible dadas las circunstancias, sino de la señora Fennel, y escrita en el mismo papel de carta que solía usar Robin, con la casa, el pueblo y el número de teléfono conspicuamente estampados en la cabecera de cada página. La mera visión de ese papel le produjo tal emoción que apenas pudo leer el texto, y tuvo que recorrerlo varias veces con la vista antes de alcanzar el significado—. Los alegraba mucho, decía la señora Fennel, tener noticias suyas: más de una vez se habían preguntado cómo le habría ido, pero ni siquiera habían soñado que pudiese estar de nuevo en Inglaterra. Debería haber escrito antes para contárselo. Jane le agradecía que se hubiese preocupado por ella y anunciaba que le contestaría más adelante. Entretanto escribiría a Robin para contárselo y enviarle su dirección, pues estaba en el ejército (aunque aún en Inglaterra) y sin duda él le respondería también. Como despedida, los tres le enviaban sus mejores deseos.

Ella se había apresurado a escribir una carta de agradecimiento: una estupidez, pues no tenía nada que agradecerles. Pero era eso precisamente lo que sentía. Demasiado excitada para dormir, esa noche había fumado muchos cigarrillos y, finalmente, después de medianoche, se había puesto a limpiar la habitación y a ordenarla, en parte por hacer algo y en parte porque sentía que

hacían falta algunos preparativos. En realidad, le hubiese gustado salir a caminar por las calles desiertas, pero las normas policiales lo prohibían. Al cabo de un rato se había puesto a releer la carta, a contemplar el encabezamiento grabado en azul, y se había acostado tan agitada y exhausta como si en verdad hubiese ocurrido algo importante: el fin de una guerra o el comienzo de una invasión.

Se había pasado la semana entera esperando la carta de Robin. Hasta el momento no había llegado, pero el intervalo le había alimentado el nerviosismo hasta transformarlo en una expectativa poderosa, deliciosa, lo bastante fuerte como para ayudarla a soportar un trabajo cotidiano que normalmente le resultaba desagradable. El hecho de preguntarse qué pensarían de aquello los Fennel, y en especial qué pensarían de Anstey, le levantó el ánimo, como si hubiese encontrado aliados después de haber estado totalmente sola. Sabía que de no ser por él, el trabajo le habría parecido al menos tolerable. Pero lo detestaba tanto que a veces dudaba si en realidad era tan malo, si no había en ella una especie de ceguera que le impedía verlo con naturalidad. Para las demás empleadas, al parecer, Anstey era un chiste viviente, incluso le tenían aprecio, aunque estuviesen de acuerdo, como quien maldice el tiempo, en que era totalmente imposible. Pero a ella le había repugnado a primera vista y, cuanto más lo conocía, más aumentaba dicha repugnancia. No era capaz de evitar un acceso de rabia incrédula cada vez que tenía que encontrarse con él, porque era como si siempre la insultase adrede. Tan reprobable le parecía aquel hombre que no podía sino pensar que algo en su tono de voz o en la forma en que componía sus frases debía inducir instantáneamente a todo inglés a comprender que su crasa brutalidad era solo un hábito jocoso que no debía tomarse en serio. Era posible. Pero ella se enorgullecía de conocer el idioma suficientemente bien como para detectar algo así y, además, la cara de Anstey le había disgustado antes incluso de oírle la voz, y lo que decía le parecía tópico. Era teatral, escabroso y grosero.

Y, sin embargo, se había enredado con él en una nueva escena. Quizá con el tiempo perdiera el poder de enfurecerla con tanta regularidad. Pero esa mañana, como el resto de esa semana, nada de aquello parecía importante: era algo que solo la había desesperado mientras no había tenido nada más en la

vida. Ahora, con la inevitable sensación de que en unas semanas todo iba a cambiar, era capaz de tomárselo con calma.

En realidad, el asunto había acabado mejor que de costumbre. Por lo general solo sentía deseos de marcharse de la biblioteca lo más rápido posible, y ahora le habían mandado prácticamente eso. Cierto que en sí mismo era más bien un insulto. Pero se correspondía a la perfección con la forma que él tenía de tratarla. La habían nombrado asistente temporal, lo cual la diferenciaba de las empleadas permanentes: no era ni una recién licenciada del instituto que estaba aprendiendo el oficio, ni una estudiante avanzada a punto de presentarse a los exámenes finales. Por eso podían destinarla sin problemas a cualquier tarea, desde llevar polvorientos volúmenes al almacén hasta subirse a una mesa para cambiar una bombilla de la Sala de Lectura mientras los viejos le miraban acuosamente las piernas. Detrás de todo aquello percibía la influencia del señor Anstey. Había en él un curioso afán de secretismo profesional, como si fuese un guardián de misterios tradicionales; parecía remiso a confiarle más información sobre el trabajo de la inevitable. A ella, por lo tanto, le endilgaban toda tarea extraña que no fuera obligación específica de nadie, pues Anstey le había llegado a contagiar ese hábito a la señorita Feather, pálido fantasma de sus deseos. Esto le fastidiaba bastante, no porque la práctica bibliotecaria le importara un comino, sino porque acentuaba aún más lo que ya destacaba por sí solo: que era extranjera y allí no tenía un lugar determinado.

Aun así, aquel recado era mejor que muchos otros. Lo haría fácilmente, y cualquier cosa merecía la pena con tal de huir del trabajo, aunque significara salir al frío de la calle. A la vuelta podría entrar en un café a tomar algo caliente y quizá, incluso, pasar por su estudio para ver si había recibido alguna carta. ¡Qué extraño era esperar cartas otra vez! Pero todo dependía de dónde viviese la señorita Green. No estaba segura de quién era. En el departamento juvenil había varias, y la única cuyo nombre conocía era la guapa, la señorita Firestone. Las demás no eran llamativas y no tenían nada que ver con ella.

Aguardó con impaciencia. Al cabo de un rato salió una chica con ropa de calle que se le acercó con lentitud. Tendría unos dieciséis años, y Katherine reconoció su cara.

—¿Tú eres Green? Me han pedido que te acompañe.

La señorita Green asintió rígidamente. Era delgada y vestía un abrigo beige que no le sentaba bien, no tenía buena cara y llevaba gafas. Apretaba la boca como si sus dientes estuvieran pegados con *toffees*.

Katherine la miró titubeante, como preguntándose cuán enferma estaba. Daba la casualidad de que la señorita Green era la primera empleada con quien había hablado, porque la primera mañana de trabajo, tras encontrársela en el vestíbulo, le había preguntado dónde estaba la señorita Feather. La señorita Green, mirándola fijamente, le había respondido con voz nasal que la encontraría en la sala de registro y, sin explicarle cómo llegar, había desaparecido. Desde entonces habían pasado nueve meses y no habían vuelto a dirigirse la palabra. La señorita Green trabajaba sobre todo en la Sección Juvenil.

—¿Te encuentras muy mal? ¿Puedes caminar?

La señorita Green volvió a asentir, como afirmando hoscamente que no necesitaba la ayuda de nadie. Persuadida de que hacía falta un poco de amabilidad, Katherine dijo:

—Siento que te duela tanto.

—Pues con eso ya me has aliviado —replicó sarcásticamente la señorita Green apretando y moviendo labios, como si estuviera comiendo un caramelo. Empujó la puerta de vaivén sin sostenerla tras ella.

«Mocosa malcriada», pensó Katherine, siguiéndola, pero le resultaba un alivio no tener que hacerse la simpática. Se detuvieron un segundo al borde de la escalinata, el viento frío les levantaba las faldas, y se pusieron en marcha mientras un reloj daba las diez y cuarto. Se trataba de una Biblioteca Local, y estaba situada en la esquina de una avenida residencial y el final de una larga calle bordeada de tiendecillas que, ganando importancia y amplitud, corría casi hasta el centro de la ciudad. La biblioteca era un edificio feo y viejo construido sobre una elevación donde crecían matas de laurel; ahora, esa elevación estaba cubierta de nieve y sembrada de billetes de autobús.

Alguien había arrojado un periódico cuidadosamente doblado a una zanja, donde ahora yacía congelado. Pasó una carreta rechinante desde la cual un viejo arrojaba paladas de grava, dibujando un arco con el mango para esparcir bien las piedrecillas. Las muchachas bajaron los escalones, Katherine

desproporcionadamente fuerte y morena al lado de la señorita Green.

Al pie de la escalinata les salió al paso un chiquillo de cara y manos muy rojas, que las miró con desconfianza y dijo con voz tosca:

—¿Es aquí donde están libros?

Como la señorita Green pasó de largo, Katherine tuvo que pararse a dar indicaciones. El chico, que llevaba en su mano izquierda una moneda de seis peniques, retrocedió ante aquel acento extranjero. Girando la cabeza mientras se apresuraba tras la señorita Green, Katherine lo vio cruzar la entrada principal, aunque ella había hecho hincapié en que debía rodear el edificio para encontrar la Sección Juvenil.

—Oye, ¿dónde vives?

—En Lansbury Park.

—¿Coges el autobús aquí?

Un nuevo gesto de asentimiento

—¿Y luego cambiamos en Bank Street?

—No hace falta que vengas —dijo la señorita Green, tajante, cuando llegaban a la parada—. Sé llegar sola a mi casa.

—Te acompañaré todo lo que pueda —dijo Katherine—. No pienso volver antes de lo necesario.

—Eso es asunto tuyo.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Perfectamente.

Lansbury Park era un lugar excelente: atravesarían el centro de la ciudad, y el estudio de Katherine estaba muy cerca de Bank Street. Le sería muy fácil subir un momento en el camino de regreso. De hecho, ya que Green parecía tan independiente, bien podía dejarla en Bank Street, como había sugerido, y pasar el resto del tiempo en su habitación, en un café o mirando escaparates. ¿Habría llegado una carta? Seguro que a esas alturas Robin ya habría tenido tiempo de escribir, si es que quería hacerlo. Tal vez no le hubiese interesado mucho enterarse de que ella había vuelto a Inglaterra. Por supuesto que la perspectiva de volver a verse no le entusiasmaría tanto como a ella: en cualquier caso, nadie había hablado aún de un encuentro. Pero ella tenía la esperanza de que, por pura educación, escribiese antes. Tal vez estaba confinado en algún lugar inaccesible —Irlanda, por ejemplo— donde las

cartas tardaban días en llegar, o quizá ocupado en un proyecto o un curso de entrenamiento que no le dejaba tiempo libre. También podía ser que la señora Fennel no le hubiese escrito tan rápido como había anunciado. Era una verdadera tortura. Pero cada día, sin duda, aumentaban las posibilidades que llegara una carta.

Mientras esperaba el autobús entre un pequeño grupo, Katherine se movía de un lado a otro, impaciente. La señorita Green se había parado algo apartada de ella, como para negar toda relación, y Katherine la miraba de vez en cuando para cerciorarse de que estaba bien, lo que a fin de cuentas era su supuesta misión. Se la veía pálida y mal alimentada; las gafas de lentes gruesas no se le ajustaban bien en las orejas, signo de que hacía mucho que no las cambiaba. Puede que entretanto se le hubiera debilitado la vista, lo que explicaría la petulante rigidez de su cabeza, que la hacía parecer desdeñosa y envarada. Llevaba el pelo fláccidamente sujeto en un moño y sus muñecas eran finísimas. Y le dolían las muelas. Katherine sintió lástima: era patética y despreciable, pero, de no haber sido por su dolor, ahora ella habría estado trabajando resentidamente hasta la una.

Tenía muchas cosas por las que alegrarse. No hubiera podido nombrarlas todas, pero mientras el enorme autobús se acercaba, sintió que hasta el frío era delicioso. La señorita Brooks lo habría visto en términos de la nieve letal que se esparcía por doquier, pero para Katherine la helada hacía que todo se mantuviera en pie por sí mismo y fulgurara. Hasta el hecho de subir al autobús le produjo un momentáneo destello de placer, como si entrara en una etapa nueva de un viaje más importante. Mientras avanzaban, frotó la ventanilla para abrir un claro y miró pasar las tiendas de City Road. City Road tenía varios kilómetros de largo. En medio del pavimento, donde antes habían estado los raíles del tranvía, quedaban unas cicatrices gemelas. En algunos escaparates ardían velas para derretir la escarcha de los cristales.

Todas las tiendas, ya vendieran tabaco y periódicos o pan, conservas o verdura, se parecían mucho. Se mantenían gracias a los habitantes de las muchas calles pobres de los alrededores, que no solían ir más lejos a hacer sus compras. Como era sábado, las aceras estaban llenas de gente: mujeres del barrio que iban con sus cestas de una tienda a otra, se apoyaban en los mostradores para mantener oscuras, alusivas conversaciones de cinco

minutos, o esperaban pacientemente a la puerta de carnicerías y pescaderías. Aquí y allá algunos viejos, hundidos en sus abrigos hasta los cuellos descarnados, se apoyaban en la pared para llenar sus pipas con un appestoso tabaco que se vendía en pedazos pegajosos. Carteles de papel colgaban ante los quioscos de periódicos.

Sí, pensó imaginando las alianzas de boda y las balanzas sucias de verdura, sin duda se preguntarían cómo había llegado allí. Esta clase de escenas —aunque a ella le hubiera recordado a ellos— no significa nada para ese tipo de gente. Ellos solo se fijaban en cosas que los artistas les habían puesto ante las narices durante siglos, cosas como paisajes y crepúsculos. ¿O cometía una injusticia? Estaba muy bien suponer que los Fennel se habrían fijado en esto o en aquello, pero en realidad sus propios recuerdos no eran en absoluto claros. Durante su estancia con la familia no los había observado con mucha atención, convencida de que luego no volvería a verlos nunca, de modo que apenas conservaba un aroma confuso del lugar en que vivían, de cómo la habían tratado y de las cosas que decían. ¿Recordaba cómo eran? Se acordaba perfectamente de la cara de Robin y, en menor medida, de la del señor Fennel. La de la señora Fennel se había ido confundiendo con la de una profesora del colegio. Y de Jane no se acordaba en absoluto. Era extraño. Estaba convencida de tener buena memoria para las caras.

Lo cierto era que no podía quitárselos de la cabeza, y que continuamente se le mezclaban con lo que estuviera haciendo o pensando. Alzó la vista desde el autobús traqueteante y fue contemplando sucesivamente una tienda de ropa barata en cuyo escaparate una muchacha de tobillos desnudos estaba arreglando un modelo elegante; una tapicería con una vieja e imponente fachada; una lechería con las persianas siempre bajadas, la puerta entreabierta y los taburetes vacíos; el escaparate de una tienda de empeños atestado de monedas antiguas, camisas, un teodolito, orinales y un arpa; la puerta de un pub, con un picaporte reluciente, en el momento en que se abría; un repentino solar de altas paredes empapeladas y una montaña de ladrillos cubiertos de escarcha, restos de una casa derruida. Nada de aquello tenía por qué recordarle a los Fennel y, sin embargo, no dejaba de pensar en ellos.

El autobús se detuvo, aceptó más pasajeros y volvió a ponerse en marcha. Fuera, los edificios eran cada vez más altos e imponentes, las calles se

volvían más anchas. Por fin llegaron al final de City Road y, lentamente, empezaron a circular por céntricas avenidas de una sola dirección. Una muchedumbre apresurada atestaba las aceras entre un centelleo de cuellos y periódicos. Pasaron frente al atrio de la catedral, divisaron el largo y tiznado techo de cristal de una estación ferroviaria y se detuvieron ante un cúmulo de luces, junto a un umbral con una docena de placas de metal. Aquí y allá, muchachas embozadas en abrigo se sentaban a leer ante los estancos y, en una calle lateral, un hombre vendía patatas que asaba en una antigua parrilla.

Katherine había dejado de prestar atención a la señorita Green, que estaba sentada a su lado en un asiento doble de la planta baja. La señorita Green ocupaba el sitio del lado del pasillo, y el autobús se había llenado tanto que encima de ella se balanceaba una bolsa de compra de la que asomaba la punta de un puerro. A cada sacudida de su dueña, la bolsa chocaba contra el pelo de la señorita Green. Pero ella seguía mirando al frente sin decir palabra. Hasta que de pronto se apoyó en Katherine.

Katherine reaccionó haciéndole más espacio. Pero la señorita Green dijo:

—Lo siento, pero no me encuentro bien. Tengo que bajar.

Katherine la miró. Parecía un espectro.

—De acuerdo.

Le hizo una seña a la conductora y llevó a la señorita Green hasta la puerta trasera. En la parada siguiente, el autobús se acercó a la acera para dejarlas bajar. La señorita Green se sentó en un banco al que le habían quitado las barandillas y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Katherine se le acercó.

—¿Te sientes débil o estás mareada?

—Estoy mareada —dijo la señorita Green al cabo de un rato. Echó la cabeza hacia atrás como si el aire frío fuera un paño de muselina que hubieran colocado sobre su frente. No habían llegado a Bank Street, les había faltado una sola parada.

Se encontraban en una gran plaza cuadrada, centro oficial de la ciudad, dos de cuyos lados estaban ocupados por el ayuntamiento y las dependencias municipales, al pie de las cuales las había dejado el autobús. En medio de la plaza había un recuadro de césped con bancos y parterres; sobre las desnudas ramas de los árboles del tercer lado de la plaza asomaban los altos pilares de

la fachada de la Biblioteca Central, y en el lado restante había una serie de tiendas con exiguos escaparates, sastrerías y joyerías.

Katherine no sabía bien qué hacer. No tenía ninguna experiencia en enfermos ingleses. Habría ido rápidamente a una farmacia, pero una vez allí no habría sabido qué comprar. Si la señorita Green le hubiese pedido algo, habría hecho todo lo posible por conseguirlo, pero, entretanto, paralizada, se limitaba a mirar aquel cuello flaco envuelto en la bufanda de chifón. El dolor se encontraba tan lejos de sus propios sentimientos que se sentía impotente. Probablemente la señorita Green tampoco le agradecería que intentara animarla.

De modo que aguardó. Al fin, la señorita Green levantó la cabeza.

—A veces los autobuses me ponen mal cuerpo —dijo en un tono algo más alto que un susurro.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué quieres que hagamos?

—No quiero nada. Solo descansar un poco.

Katherine miró a su alrededor.

—En el centro de la plaza hay un refugio. Allí debe de haber un banco en condiciones. No te hará ningún bien continuar sentada sobre la piedra.

La señorita Green no parecía haberla escuchado. Pero, un minuto después, alzó los ojos.

—¿Dónde dices?

—Allí. ¿Crees que podrás llegar?

—Puedo intentarlo.

Katherine se agachó y le tomó del flaco brazo. Juntas cruzaron el césped y avanzaron por un sendero, pisando una delgada alfombra de nieve endurecida. Los bancos estaban sucios de escarcha y reseca hojas de laurel. Ayudó a la señorita Green a subir los escalones y, ya dentro del descuidado refugio, la sentó en un banco de madera. Hacía allí un frío terrible, pero el lugar era imponente: adosada al muro había una fuente y, sobre ella, una placa con volutas que conmemoraba una coronación. Por el momento, no parecía que Katherine pudiese hacer nada, de modo que, dando la espalda a la señorita Green para dejar que se repusiera, se apoyó en el umbral de la puerta y contempló los trazos grises de las ramas y, más allá, los edificios oscuros con los pisos altos sembrados de luces. Finalmente, al parecer, no le quedaría

más remedio que acompañar a la señorita Green hasta su casa. Y luego no tendría tiempo para pasar por su estudio antes de volver al trabajo. En realidad, si seguían moviéndose a ese paso, no valía la pena regresar antes de la comida. Esa semana le tocaba trabajar ocho horas al día, de nueve a una y de tres a siete. En cualquier caso, podría acercarse al estudio al mediodía; solo se retrasaría una hora más. Pero cuanto más postergara el momento de confirmar —o descartar— la llegada de esa carta, más tiempo podría conservar la esperanza. Entretanto, se demoraba en el umbral, como si estuviese de guardia, sorprendida de encontrarse en aquel lugar extraño, mientras, a sus espaldas, la señorita Green, que había dejado las gafas sobre el banco, se frotaba los ojos. Alrededor de la plaza el tráfico circulaba en una sola dirección, y Katherine observaba cómo pasaban taxis y autobuses a lo lejos; el ruido se afilaba en el aire frío como un cuchillo en una piedra.

Al cabo de un rato, se volvió.

—¿Cómo te encuentras?

—Creo que un poco mejor.

La muchacha parpadeó. Sin las gafas no parecía en absoluto tan desagradable. Tenía unos labios gruesos e infantiles.

—¿Te apetece hacer algo? ¿Te gustaría ir a un café a beber algo caliente?

—¡Oh, no! Sería peor.

—Una copa de brandy no te haría daño.

—No quiero brandy.

—Bien, entonces descansa un poco más. Tenemos mucho tiempo.

—Tal vez un poco de agua... —dijo tímidamente la señorita Green tras una pausa.

—¡Agua! —Katherine miró en torno—. Bien, allí hay una fuente.

—Sí, pero son asquerosas —dijo la señorita Green, frunciendo la nariz.

—Quizá esté congelada. —Probó a apretar el botón y un vacilante hilo de agua resbaló de la boca del león. Puso la mano debajo y el frío la dejó atónita. Bien podría haber sido un arroyo corriendo entre piedras, por encima del nivel de las nubes, en la temporada del deshielo. Retiró rápidamente la mano.

—Sale agua, pero está terriblemente fría.

—Y estas fuentes no están limpias. Las usa toda clase de gente, vagabundos y...

Katherine examinó la taza de metal sujeta con una cadena.

—Si aquí había algún germen, el frío debe de haberlo matado—. Una vez más hizo correr el agua y la volvió a probar. Le entumecía la mano, como una síntesis del invierno—. Claro que no te hace falta usar la taza: puedes beber con las manos.

Nerviosamente, la señorita Green se puso en pie y, como si caminara descalza sobre hielo, se acercó a Katherine.

—No me gusta —dijo con una mueca deliberada.

—¿Por qué no? Ahueca las manos. Yo haré correr el agua.

La señorita Green encogió sus estrechos hombros e hizo un cuenco con las dos manos. Cuando el agua las tocó dejó escapar un quejido, pero, aun así, sorbió un poco. Luego se humedeció la frente con los dedos.

—Está tan fría que me hace olvidar el dolor de muelas.

Volvió a inclinarse para beber y, cuando más tarde alzó la cabeza, Katherine vio que jadeaba, aturdida de frío, con un esbozo de sonrisa en la boca y el vello de los labios brillante de gotas. Katherine, que desde que se levantara esa mañana no había dejado de pensar en los Fennel con creciente excitación, se asombró de sentir una repentina simpatía por la chica. Hasta entonces solo había visto su fealdad, su petulancia, sus jóvenes ínfulas. Ahora, todo aquello perdía importancia y, por primera vez, se daba cuenta de que de verdad necesitaba que la cuidasen, de que era frágil y remotamente bella.

Hacía tanto que no experimentaba algo semejante por nadie que aquel sentimiento la colmó con una fuerza inesperada. Bajo el repentino embate, sus propios asuntos, sujetos a algo que podía o no ocurrir, se tornaron exangües fantasías. Allí tenía algo que durante muchísimo tiempo le había faltado: una persona que dependiera de ella. Las rodeaban calles que cruzar, autobuses que ayudarla a coger, billetes que comprar, pues el dolor que la muchacha sufría había obliterado en parte su percepción del mundo. Su casa se encontraba en un suburbio triste, y ella debía llevarla hasta allí sana y salva y ponerla en manos de quien fuese a cuidarla después.

Tan insólita le parecía esa reacción que comprendió que debía de tener algo que ver con la gratitud que había sentido en los últimos días: era la desmesurada generosidad que sigue al triunfo inesperado en un juego de azar.

Por primera vez en muchos meses le sobraba felicidad para repartir, y ahora que su expectativa grávida y pasiva había encontrado al fin un cauce, se mostraba aún más poderosa por haber brotado inesperadamente, llevándola por azar hasta un refugio desconocido en el centro de la ciudad.

La tomó suavemente del brazo.

—¿Quieres descansar un poco más? Aunque, si nos quedamos mucho, nos moriremos de frío.

Se sentaron juntas bajo la placa con volutas: la señorita Green arrebujada en sí misma, Katherine mirándola primero a ella, luego más allá del umbral. Fuera había un sendero en cuya escarcha unos pasos casuales parecían grabados para siempre. A través de la bruma tenue vislumbró la fachada ornamental del ayuntamiento, oscura y cargada de nieve bajo la capa protectora del cielo. Pero no todas las manchas grises eran nieve, pues al cabo de un rato descubrieron que muchas resultaron ser palomas, un montón de palomas que ahora se lanzaban al aire con enorme revuelo de alas. Después la bandada entera fue descendiendo, sobrevolaron los árboles que ocultaban el tráfico y aterrizaron en una franja de nieve, a menos de veinte metros, para acercarse al fin a ellas como en busca de alimento.

4

Permanecieron unos minutos en silencio, mientras la señorita Green se recomponía, se ponía las gafas y se miraba en un espejito. A continuación se empolvó la barbilla y la nariz, sin lograr por ello volverse más atractiva. Tenía unas muñecas de huesos protuberantes y su pelo, peinado a la moda, carecía de vida. Katherine la miró con ansiedad.

—¿Ya te encuentras mejor?

—Sí, un poco. —La señorita Green tragó saliva—. Esta muela siempre me trae problemas. —La voz, casi sin volumen, se alzaba a veces en algo parecido a un gemido para hacerse oír.

—¿Qué le pasa?

—Es que hubo una época en que estuve casi dos años sin ir al dentista. Al final se me puso tan mal que tuve que ir, y me la empastó. Me dejó más empaste que muela. Luego, hace un tiempo, se me cayó casi todo y, como me dolía, me dieron unos calmantes. Pero ahora ha empezado de nuevo. —Miró a Katherine con ojos débiles y autocompasivos—. Anoche fue horrible. No pude dormirme hasta las cuatro, y me desperté a las siete. Era espantoso. Me dolía toda la cara, toda la cabeza.

—¡Ah, jaqueca! Una cosa trae la otra.

—Sí, supongo que sí, pero es que yo propensa a las jaquecas. Y, cuando me dan, no puedo hacer nada. Mamá dice que el único remedio es quedarme en la cama, aspirinas y leche caliente. Y muchas veces también me dan náuseas.

—¿Y eso te pasa en el trabajo?

—Generalmente no las tengo durante el día. Algunas veces me ocurre por la noche. Pero casi siempre comienzan cuando me despierto. En esas ocasiones no voy a trabajar, me quedo en cama.

—Quizá hoy habrías debido hacerlo.

La señorita Green se volvió a poner los guantes con un gesto arrogante.

—Mamá me lo advirtió. Pero cuando me levanté no me dolía tanto, y no conviene quedarse en casa demasiadas veces, ¿no crees? El señor Anstey puede llegar a ser muy duro.

—Cada día está peor. Se comporta como un barrendero.

—¡Qué gracia que lo digas! —replicó la señorita Green con una risita ligera—. Su padre era ordenanza municipal. Vivían en Gas Street.

—¿Está casado? No me gustaría ser su esposa.

—Su mujer murió hace más de quince años.

—Lo siento por ella —dijo Katherine—. Seguro que le dio una vida de perros. ¡Es tan estúpido! No hay forma de que nos entendamos.

Una vez más, la señorita Green dejó escapar la sombra de una risa, como quien observa a otro romper una norma.

—Claro que solo ocupa el cargo temporalmente —dijo, un poco más animada—. Recuerda que el verdadero jefe era el señor Rylands. ¿O tú no lo conociste?

—No.

—Era otra clase de persona. Muy distinto: joven y bien educado. Había ido a la universidad. Pero, cuando empezó la guerra, lo llamaron a filas, lamentablemente.

—Y entonces nombraron a Anstey, ¿eh?

—Sí. Anstey empezó como asistente de la sección juvenil cuando acabó el instituto, y ha estado en la biblioteca desde entonces. Cuando se fue el señor Rylands le dieron su puesto. Supongo que se sintieron obligados a elegirlo a él.

—No entiendo por qué.

—Porque conoce el trabajo, supongo.

—Puede que sí. Pero no sabe comportarse. No debería tener la menor autoridad.

La señorita Green la miró taimadamente.

—¿Te has peleado con él?

—De momento no. Solo que esta mañana me dio una de sus monsergas. Pero un día de estos... ¡Ah, un día de estos...!

Volvió la mirada hacia las ramas, inmóviles más allá del refugio. La señorita Green la estudió durante uno o dos minutos. Casi junto a ellas un gorrión picoteaba las migas de una bolsa de papel y, un poco más lejos, un vagabundo rebuscaba en un cubo de basura. Ante los pórticos de los grandes edificios circulaba el tráfico, y los coches hacían sonar sus cláxones como barcos perdidos en altamar. Katherine se alegró de que la señorita Green hubiera recuperado un poco el color.

—¿Estás en condiciones de seguir? —preguntó, volviéndose hacia ella.

La señorita Green asintió y se puso en pie, pero, mientras lo hacía, se le ensombreció el rostro. Se llevó la mano a la mejilla. Katherine vaciló.

—¿Te duele?

—Sí. Creo que... —La señorita Green la miró, asustada—. Creo que ha empezado de nuevo.

—¡Oh, no! ¡No es posible!

—Pues sí. ¡Dios mío! Debe de haber sido por el agua fría.

El corazón de Katherine dio un vuelco.

—¿Te duele mucho?

—Me parece que sí.

Se hizo un silencio. La señorita Green se apretó la mejilla con más fuerza. Katherine se estremeció de frío.

—¿No sería mejor ir a ver directamente a un dentista?

—¡Uy, no! Prefiero marcharme a casa.

—Pero en tu casa te dolerá lo mismo.

—Sí, ya lo sé, pero...

—Yo iría al dentista ahora mismo —repuso Katherine. Aunque la señorita Green no contestó nada, parecía tan desdichada que Katherine decidió tomar las riendas de la situación—. De veras que iría. Así se acabaría todo.

—No me atrevo —balbuceó la señorita Green.

—¡Pero es que si vas dejará de dolerte! Y luego podrás irte a tu casa. Tienes todo el fin de semana para reponerte.

—Tengo miedo —dijo la señorita Green, llorando sin lágrimas—. Me hará mucho daño.

—Puedes pedirle que te duerma.

—Eso es carísimo.

—Así no sentirás nada. Antes de que te des cuenta, habrá terminado.

—Es mucho peor que antes —jadeó la señorita Green con una especie de sollozo—. Me...

Se volvió para esconder la cara. Katherine comprendió que no estaba en condiciones de tomar una determinación, así que decidió actuar.

—Escúchame una cosa: cerca de donde yo vivo, a solo tres minutos de aquí, hay una clínica dental. Está en Merion Street. Iremos ahora mismo.

—¡Ah, no! ¿Quién es? Yo quiero que me trate mi dentista.

—¿Dónde vive?

—A una calle de mi casa. Será mejor que me vaya...

—Lo mejor es acabar con esto cuanto antes. No tienes por qué seguir sufriendo. Anda, ven... No sentirás nada.

—Pero ¿cómo es? ¿Tú le conoces? —gimió la señorita Green, retrocediendo como si fuera a saltar por una ventana a una lona colocada veinte metros más abajo.

—Todo irá bien. De veras, te lo aseguro. —Katherine tiró del brazo de la señorita Green. Tras unos momentos de resistencia, la muchacha acabó cediendo—. Será muchísimo mejor. No temas.

De modo que la señorita Green, aturdida por el dolor que había arraigado en su cabeza, se dejó conducir a través de la nieve y la calle, esquivando el tráfico y un carro de cerveza tirado por dos caballos que, en medio de un tintineo de metales, arrojaban plumas de aliento al aire frío. Merion Street era un estrecho pasaje que conectaba aquella plaza con Bank Street, el lugar donde habrían tenido que bajarse. A un lado había despachos sombríos, la consulta de un oculista y una farmacia. Al otro, las puertas traseras de varios grandes almacenes y el depósito de un vendedor de vinos y licores. Avanzaron por las anchas aceras, pasando inadvertidas, pues todo el mundo caminaba encogido por el frío, incapaz de dedicar un poco de atención a los demás. Una ráfaga de aire tibio surgió de la puerta batiente de un café justo cuando ellas doblaban por Merion Street, cuyo nombre figuraba en letras complejas y anticuadas en lo alto de una fachada.

—Ya casi estamos —dijo Katherine.

Llegaron a una entrada donde una placa llevaba grabado el nombre de A.

G. Talmadge. Como un perro que intuye que lo llevan a la muerte, la señorita Green miró con aprensión los peldaños oscuros.

—Creo que... —susurró—. ¿Es aquí?

—No tengas miedo. —dijo Katherine. Le hubiera gustado ser capaz de transmitir algo de fuerza al escuálido cuerpo de la muchacha. Su reloj marcaba las once menos cinco. Subieron las escaleras y llegaron al primer rellano.

Un olor a rancio inundaba el ambiente, como si los suelos fregados, cuyos revestimientos de madera estaban barnizados de castaño oscuro, no llegaran nunca a secarse del todo. Una ventana inaccesible habría debido iluminar el descansillo, pero el cristal estaba oscurecido con descascarillada pintura negra y era difícil discernir más que los contornos de las cosas: los pasamanos o un cubo de arena sobre el linóleo. Entonces descubrieron una pequeña entrada que llevaba a un pasillo estrecho. No veían casi nada. En el corredor había cuatro puertas con paneles superiores de vidrio; dos de ellos estaban en blanco, pero sobre cada uno de los otros había un rótulo: Sala de espera y Quirófano.

Katherine intentó abrir la primera de estas puertas. Estaba cerrada.

—Tal vez no haya nadie —susurró una atemorizada señorita Green.

—¿Cómo que no? —dijo Katherine. Estaba algo desconcertada. Entonces, tras los paneles de vidrio del quirófano, se alzó una sombra que se detuvo un momento, oscureciendo aún más el corredor. Era amplia y estaba encorvada, como agobiada por sus pensamientos. La observaron en silencio. Por fin, la puerta comenzó a abrirse y en el vano apareció un hombre con la mano hundida en el bolsillo. Se quedó mirándolas mientras hurgaba en el interior.

En la oscuridad del corredor advirtieron que era joven, pero sin ningún atributo propio de la juventud. Unas gafas dejaban ver sus ojos celestes. Sus hombros y brazos eran poderosos, y vestía una chaqueta verde claro abotonada hasta arriba que le quedaba pequeña y pantalones de franela. En cierto modo, parecía un idiota cuyo cuerpo se hubiera desarrollado a expensas de su mente.

—Buenos días —dijo Katherine—. Buscamos...

—Si me buscan a mí —dijo él, interrumpiéndola con una voz lenta y

monótona, como si la lengua no le cupiera del todo en la boca—, siento decirles que los sábados por la mañana no trabajo.

—Vaya, pero es que mi amiga...

El hombre no respondió. Agachando la cabeza, sacó del bolsillo una llave y abrió una de las puertas sin rótulo. Una vez dentro, la cerró tras él, de modo que las muchachas no pudieron ver nada. Oyeron el sonido de una tapa al caer y, luego, rumor de agua.

De modo que esperaron en la penumbra. La señorita Green se cambiaba el bolso de mano cada treinta segundos. Echó un vistazo a la escalera, pero no se veía a nadie. El edificio entero parecía desierto.

Cuando volvió a salir, el hombre las miró inexpresivamente.

—¿Qué ocurre?

—A mi amiga le...

—¿Perdón?

La había interrumpido de forma áspera, con una suerte de ladrido ahogado. Katherine comprendió que era un poco sordo.

—A mi amiga le duele una muela. Habría que extraérsela.

El dentista hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta, sacó un manojito de llaves, separó la una de ellas de la anilla y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Los sábados no trabajo —dijo con brusquedad—. Mi asistente no viene. Los sábados no viene.

Se hizo un breve silencio. No se oía el rumor del tráfico; apenas un lejanísimo golpeteo de máquinas de escribir.

De pronto, el hombre se movió.

—¿Cuál de las dos tiene problemas?

—Mi amiga —señaló Katherine.

La inspeccionó sin alzar la cabeza.

—¿Le duele?

Atontada, la señorita Green asintió.

—Le duele mucho —se desesperó Katherine.

El dentista rebuscó en todos sus bolsillos, esta vez sin encontrar nada. Después de una pausa, les dio la espalda.

—Pasen.

Lo siguieron al quirófano. El hombre le indicó a Katherine que sentara en una silla que había contra la pared, al lado de una estufa de gas apagada. Titubeante, la señorita Green avanzó hacia el sillón fijado al suelo que ocupaba el centro de la sala. Aunque Katherine hubiese querido infundirle ánimo, algo les impedía hablar entre ellas: aquella atmósfera las separaba, rodeando a la joven para situarla más allá de todo apoyo. Ahora se había quedado sola. Katherine deseó que fuera para bien.

El quirófano era tan sórdido como el corredor, con el mismo revestimiento de madera castaña de aspecto viscoso. La alfombra era roja, azul y verde, y el papel de la pared, de un amarillo polvoriento. El sillón miraba hacia las ventanas, cuyas mitades inferiores estaban oscurecidas, y la sombra gibosa del torno colgaba desde arriba, junto a un racimo de focos opacos.

El dentista los encendió.

—¿Quiere usted sentarse?

La señorita Green se sentó de espaldas a Katherine, alisándose nerviosamente un mechón de pelo. Movi6 los hombros una o dos veces. Sin soltar su bolso, alineó cuidadosamente los pies en el reposapiés de hierro. Luego, con cautela, casi con desconfianza, apoyó la cabeza en la almohadilla de cuero.

El dentista se dio la vuelta y le quitó el bolso.

—Esto no nos hace ninguna falta —dijo, como si en un rincón remoto de su cerebro lo considerara gracioso. Luego fue hasta donde estaba Katherine y, con gran estrépito, encendió la estufilla de gas.

—Bien, ¿cuál es la muela?

—Esta... Aquí atrás... —Con un dedo en la boca, la señorita Green emitió varios sonidos inarticulados. Daba la impresión de que necesitaba poner en tensión el cuerpo entero para que su voz fuese mínimamente audible.

El dentista se inclinó, le introdujo un espejo en la boca, lo desempañó y volvió a meterlo. A continuación, se acercó una pequeña bandeja circular: allí, sobre una rejilla, había largos instrumentos puntiagudos. Tras elegir uno de ellos, volvió a inclinarse, abriendo levemente su propia boca. Las coderas de su batín blanco estaban sucias.

Finalmente, anunció:

—Todavía tiene muchísimo empaste —y se alejó hacia un armario repleto de pequeños cajones.

Regresó con dos trozos diminutos de metal en la palma de la mano y bajó el torno —que había permanecido distante y plegado—, alargándolo como la pata de un insecto. Empezó a colocar una fresa.

Entonces, se escuchó la voz tensa y temblorosa de la señorita Green:

—¿Me pondrá...?

—¿Perdón?

Aunque sabía que la muchacha le acababa de decir algo, pisó el pedal y se inclinó sobre ella.

—No va a empastármela, ¿no?

—¿Empastársela? No.

El torno producía un ruido laxo e insidioso. La correa se había roto y estaba remendada, y el nudo recorría su breve e infinito trayecto contra el fondo de la ventana.

Cuando el dentista empezó a trabajar, la señorita Green soltó un quejido. Era como si, al primer contacto de la fresa rotatoria, hubiese perdido toda presencia de ánimo, y ahora, descontrolada, se permitiera al fin llorar, le doliera o no. Los ruiditos semiahogados que dejaba escapar apenas parecían humanos. Katherine se inclinó hacia delante, consciente de que ella los oía pero el dentista no.

Tras un débil crujido, el dentista apagó el torno para cambiar la fresa. Katherine pudo distinguir desde donde se encontraba el tamaño de la pieza nueva. La estufa de gas le estaba quemando las piernas, pero no las movió.

El torno reanudó su trabajo, y con él recomenzaron los vibrantes gemidos. Esta vez se oyó clara, definitivamente, que algo se rompía. La señorita Green levantó un pie del reposapiés de hierro durante un breve instante y, con la misma rapidez, lo dejó caer de nuevo.

—¿Quiere enjuagarse la boca? —dijo el dentista. Apagó el torno y, con un empujón, lo devolvió a la posición anterior, en la cual quedó como si fuera el boceto de un pájaro con cresta que estuviera contemplando la escena.

La señorita Green se inclinó sobre la pila, llevándose un vaso de agua a los labios. No parecía la misma que un rato antes había bebido de la fuente.

Al escupir los fragmentos de empaste se babeó de forma ridícula. No tardó mucho en darse cuenta y, escupiendo casi sin fuerza, intentó romper el hilo que colgaba, al tiempo que rebuscaba en su bolso para sacar un pañuelo que agarró con torpeza. Katherine se apresuró a acercarse y a ponerle el suyo sobre la falda. La muchacha lo cogió sin mirarlo.

Entretanto, el dentista, en un rincón, manipulaba una jeringa hipodérmica. La señorita Green lo observaba con atención y, una vez logró recobrarse, preguntó:

—¿Me la va a sacar?

—¿Perdón?

—Si me va a sacar la muela, quiero que me duerma.

Su voz sonaba como si estuviera al borde de las lágrimas. El dentista avanzó unos pasos.

—¿Que la duerma? —dijo con su inexpresiva voz. Las mangas del batín blanco no le cubrían del todo los puños de la chaqueta.

—Sí, quiero que me duerma.

—No puedo dormirla.

Un breve silencio.

—¿Por qué?

—No puedo. Mi asistente no está. Los sábados no viene. No puedo anestesiarla sin ayuda de mi asistente.

—Pero yo quiero que me duerma.

—¿Perdón?

—Tiene que dormirme.

—No puedo. —Él continuaba mirándola, con la jeringa en la mano—. No está mi asistente y no se me permite administrar una anestesia general sin la presencia de un asistente.

Sonaba como si estuviese hablando por teléfono.

—Pero yo no...

—Bastará con una inyección de un anestésico local —dijo él, inflexible—. El dolor...

—Pero...

La voz de la señorita Green se quebró en un sollozo. Ahora que le habían dejado la muela sin empaste, parecía al borde de la histeria, capaz de ponerse

a gritar. Katherine intervino:

—Estoy segura de que podría hacerlo.

—¿Perdón?

El hombre se volvió sin levantar la cabeza, dispuesto a afrontar el nuevo ataque.

—Seguro que podría dormirla. Muchos dentistas lo hacen sin la ayuda de un asistente.

Katherine advirtió que su propia voz, que había elevado para combatir la sordera del hombre, sonaba artificial. Lenta, malhumoradamente, él repuso:

—Perdóneme, pero eso no es cierto. Si alguien...

—Hay dentistas que...

—A ningún dentista corriente se le permite administrar anestesia general sin la presencia de un médico o una enfermera cualificada —dijo en voz alta.

—Pero no creo que hagan falta dos personas —insistió Katherine, subiendo un nuevo cuarto de tono—. Seguro que es capaz de hacerlo usted solo.

—Solo puedo administrarle un anestésico local —repitió él hoscamente, moviendo la cabeza como si estuviera acorralado.

—Pero ¿por qué? ¿De qué tienen miedo?

No hubo respuesta.

—No hay peligro de infarto ni nada por el estilo. No corre ningún peligro. A mi amiga ya la han anestesiado otras veces.

El dentista, atrincherado en su silencio, jugaba furiosamente con la jeringa. La señorita Green, postrada en el sillón, parecía no prestar atención. De vez en cuando, el grifo de la pila dejaba caer una gota.

—Realmente no corre el menor peligro. Ya la han anestesiado otras veces. Y, además, es terriblemente sensible. Tal vez una inyección... Puede llegar a desmayarse o...

Katherine no sabía si estaba diciendo la verdad. Pero necesitaba desesperadamente conmoverlo, entablar algún contacto con él. Aunque, en realidad, ni siquiera tenía la certeza de que él pudiese oírla.

—Pues yo ya le explicado lo que dice la ley, y es la ley lo que yo tengo que obedecer —dijo él, rehusando añadir más argumentos.

Curiosamente, durante aquel diálogo no se había vuelto más humano. Al

ver su silueta delineada contra la ventana, a Katherine se le vino una vez más a la cabeza la idea del idiota cuyo desarrollo se hubiese visto interrumpido. No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar aquel hombre.

—No nos imaginábamos que resultaría tan complicado —dijo, negándose a abandonar la lucha pero manteniendo rigurosamente la voz por debajo de un tono que pudiera ofenderlo.

—Es la ley. La ley de este país —replicó él.

Katherine hizo caso omiso al insulto, sabiendo que demostrar el agravio habría significado la derrota.

—Bien, pero ¿qué podemos hacer? Ahora que ya ha empezado... Ahora que ha llegado usted hasta aquí...

—No puedo perder más tiempo —gruñó él. Se volvió hacia la señorita Green—: ¿Alguna vez la han dormido?

La muchacha emitió una afirmación casi inaudible. Se hizo un silencio.

De repente, él dejó la jeringa y dijo:

—De acuerdo. Vengan a la otra sala.

Su cólera —si esa brusquedad semiarticulada podría llamarse cólera— se había perdido de vista sin disiparse ni ser olvidada: se podía oír su respiración pesada mientras reunía algunos instrumentos y abría el paso hacia la otra sala. Mientras lo seguía, Katherine vio ondear durante un instante la bandera del triunfo. Entraron por la puerta sin rótulo que había permanecido cerrada y accedieron a una salita, más sórdida que la anterior, que unas cortinas permanentemente corridas mantenían en penumbra. Un sillón dental con una escupidera y alguna herramienta más ocupaba el centro de la estancia, pero no se veía ningún torno. Sobre una vieja rejilla sujeta a la pared había una docena de instrumentos herrumbrosos y abandonados y, en un rincón, encima de un carrito, estaba la botella de gas anestésico. Con un impaciente empujón, el dentista colocó dicho carrito detrás del sillón y cerró la puerta.

A la señorita Green esa sala la intimidaba más aún que la anterior. Se quedó de pie junto al sillón, levantando las manos y dejándolas caer. Cuando el dentista le pidió que se sentara, estuvo un rato balanceándose al borde del asiento y solo poco a poco, movimiento a movimiento, logró adoptar la posición adecuada. Durante casi todo ese proceso mantuvo los ojos cerrados. El dentista llenó un vaso con agua y echó un comprimido que se hundió

furiosamente hasta el fondo. Como no había ninguna silla, Katherine se apoyó contra la pared.

Una vez terminados los preparativos, el dentista se volvió hacia la señorita Green.

—Será mejor que se quite las gafas y el collar.

Vacilantes, las manos de la muchacha subieron hasta el cuello y desabrocharon la cadenita de oro de la cual colgaba una cruz. El dentista la puso a un lado, junto con las gafas.

—Y, ahora: reclínesse, apoye la cabeza y cruce las manos.

La señorita Green se reclinó.

—Cruce las manos.

Obedeció.

Él le puso una torunda de algodón en la boca y luego le separó las mandíbulas con una suerte de mordaza de caucho. Mientras con la mano derecha descolgaba la cóncava mascarilla de goma, con la izquierda hizo girar una rueda. La aguja del cuadrante dio un salto espasmódico.

—Respire aquí dentro —dijo. Ella bajó la mirada, contemplando la mascarilla, que le cubrió la boca y la nariz—. Respire despacio. Muy bien. No deje de respirar.

Se oía un siseo que debía de ser el tenue fluir del gas. La voz del dentista continuaba sonando, espesa e inexpresivamente. La mascarilla no se apartaba de la cara de la señorita Green. Era imposible decir si estaba consciente o no, pero a Katherine empezaban a parecerle demasiados minutos de gas. En el cuadrante, la esfera no cesaba de moverse nerviosamente. Katherine deseó que el dentista cerrara la llave de paso de una vez.

Y, sin embargo, cuando colgó la mascarilla repentinamente e introdujo las pinzas en la boca de la chica, atenazando horizontalmente la muela, la aterrorizó la posibilidad de que la muchacha pudiera estar medio consciente pero que fuese incapaz de hablar. Con la primera sacudida se le movió la cabeza, y el dentista apoyó la mano que le quedaba libre en su frente, aplastándole el pelo, antes de tirar bruscamente en el sentido contrario. Katherine casi pudo sentir el dolor estallando bajo la anestesia, y tuvo que reprimir un grito. Parecía imposible que la muchacha no sintiese nada. El dentista colocó de nuevo las tenazas y comenzó a maniobrar, los músculos de

la muñeca se le hincharon y, por un instante, cuando vio que se disponía a retirar el instrumento, Katherine pensó que había fracasado, hasta que divisó la larga raíz brillante de sangre. La dejó caer en un casquete plateado, extrajo de la boca el ensangrentado rollo de algodón y retiró la mordaza.

Lo depositó todo a un lado y se quedó mirando a la muchacha.

Katherine también la miraba. Sin las gafas, el rostro parecía más joven, acaso adolescente, y totalmente plácido: no había en él huella alguna de desdicha o petulancia. Era otra persona. Ese debía de ser el rostro que alguna vez había tenido pero que ahora había dejado atrás, un rostro del cual pronto estaría muy lejos y que tal vez solo sus padres recordarían. Aún tenía las manos enlazadas, como si estuviera muerta o rezando. No volvía en sí. El dentista recogió la cruz de oro y la hizo balancearse bajo la luz eléctrica para que destellase. El agua del vaso se había aquietado en un carmesí profundo. Katherine se dio cuenta de que, paso a paso, se había ido acercando al sillón.

La voz del dentista rompió el silencio.

—Ya ha pasado —dijo.

Los ojos abiertos de la señorita Green no mostraban ninguna emoción.

—Ya ha pasado —repitió él—. Ya está. Enjuáguese bien la boca.

Lentamente, sus manos empezaron a desenlazarse. Tanteando los brazos del sillón, la muchacha se incorporó. Cuando su boca se abrió, a punto de esbozar una sonrisa, o tal vez de pronunciar alguna palabra, un repentino hilo de sangre le resbaló por la barbilla.

5

Aunque no se lo había dicho a la señorita Green, Katherine vivía en Merion Street. Ocupaba un estudio en la última planta de un edificio en cuya parte baja había una farmacia. Cuando salieron a la calle, por lo tanto, propuso ir a su casa para que la muchacha descansara un rato.

La señorita Green le dio a entender que aceptaba, si bien no estaba en condiciones de articular palabra. Había bajado la escalera poco a poco, mientras Katherine le rodeaba firmemente la cintura. La muchacha apenas abrió los ojos y la expresión de su cara recordaba a la de alguien que ha comido algo rancio. Se tambaleaba.

Katherine no se había parado a pensar que pasar por el estudio favorecía sus planes. La mayor parte de aquello que la había tenido absorta durante tanto tiempo había desaparecido la última media hora. La invadía la sensación de haber hecho pasar a la muchacha un mal rato, aunque era difícil saber si habría existido otra solución. Seguía desesperada por ayudarla. Al llegar a la farmacia, la apoyó contra la pared como una valiosa pieza de porcelana y entró rápidamente a comprar aspirinas. Después abrieron la puerta del edificio y empezaron a subir juntas la escalera. Era una construcción anticuada, con apagadas lámparas de gas en las paredes y sin luz en los angostos rellanos; más arriba del primer piso la moqueta dejaba paso al linóleo. Cuanto más subían, más desnudas y desiertas se veían las paredes, hasta que en el último descansillo se encontraron con un revestimiento de madera basto, una caja de embalaje que había contenido instrumental químico, una puerta sencilla con un candado y, al final de un pasillo, junto a una ventana sin cortinas, un cuartito que de laboratorio primitivo se había convertido en primitiva cocina. Tenía una piletta y una estufa con hornillo.

Del techo colgaba un cable, pero no había bombilla.

La señorita Green se apoyó en el pasamanos mientras Katherine buscaba la llave y abría la puerta que daba paso a la oscuridad interior; los goznes chirriaron levemente. En el umbral había una botella de leche y, por un momento, la puerta se atascó con una carta que alguien había echado por debajo. Cogió la botella y la carta y las dejó sobre una mesa invisible. Un instante después, la luz del día que se colaba a través de una ventana inundó la estancia, revelando que, detrás de la puerta, había una habitación. Katherine reapareció, ansiosa.

—Entra —dijo.

Separándose del pasamanos, la señorita Green cruzó el umbral como una sonámbula. Katherine la ayudó a llegar hasta una mecedora con brazos de madera y le colocó una almohada detrás de la cabeza. Como esta resultaba demasiado grande, la cambió por un cárdigan de lana. No tenía cojines. La cabeza de la señorita Green se movió, inestable, hasta que encontró una posición cómoda. Katherine cerró la puerta, encendió la estufa de gas y la puso al máximo. Tocó las manos de la señorita Green y, como las encontró frías, quitó la manta de la cama y se la puso sobre las rodillas. La chica hizo un ligero movimiento, como protestando. Katherine se incorporó y empezó a arreglar la habitación. La sorprendía verla tan desordenada.

En el desván había muy pocos muebles, y por eso daba la sensación de ser más amplio. Tenía el techo abuhardillado. En el lado opuesto a la puerta, un peldaño llevaba a una pequeña alcoba, solo separada por una cortina, donde se encontraba la cama. Allí guardaba Katherine la ropa. Un par de mesas —una cuadrada, de cocina, donde aún se veían los restos del desayuno, y, junto a la pared, otra pequeña y estrecha, repleta de cachivaches— además de un gran aparador, dos sillas, el balancín donde estaba la señorita Green y un taburete junto al hogar constituían el resto del mobiliario.

Varias alfombras raídas, lo bastante viejas para haber sido abandonadas por el resto de los vecinos, se superponían unas a otras sobre el suelo. La ventana se ocultaba tras unas colgaduras de tela pesada, suficientes cumplir las normas del *black-out*. Encima del hogar, varias postales baratas estaban clavadas a la pared haciendo una forma de medio diamante y, sobre la repisa, se apilaban numerosos paquetes de tabaco vacíos. En la mesa lateral había cinco o seis libros.

Después de poner algo de orden y hacer la cama, Katherine encendió el calentador adosado a la estufa y, lamiendo distraídamente la tapa de la botella, puso a hervir la leche en un cacharro azul. Luego llevó hasta el fregadero las cosas del desayuno, lavó con agua fría las que no estaban cubiertas de grasa y llevó a la mesa un plato y una taza. Observó a la señorita Green. La habitación empezaba a caldearse.

—Te estoy calentando un poco de leche —dijo.

La señorita Green volvió la cabeza a uno y otro lado, como quien busca escapar de un sueño. No dijo nada. Tenía la cara pálida, casi amarillenta.

Katherine estaba preocupada de verdad. Parecía obvio que lo mejor para la muchacha habría sido irse a su casa, pero igualmente obvio era que no se encontraba en condiciones. La visita al dentista la iba a dejar maltrecha durante unos días, y encima había resultado particularmente desastrosa, así que no tenía sentido retenerla una o dos horas más, porque luego tendría que llevarla en taxi. Le saldría carísimo. Quizá conviniera bajar y pedirle consejo al farmacéutico. Puesto que había obligado a la señorita Green a ir al dentista, en vez de dejarla volver a su casa, sobre ella recaía toda la responsabilidad que de otro modo habría correspondido a la madre. En realidad, no habría debido entrometerse. Pero, ya que lo había hecho, no le quedaba más remedio que hacer lo que estuviera en su mano, a pesar del gasto y los inconvenientes.

Aunque puede que le hiciera bien descansar.

Cuando la leche comenzó a hervir, vertió un poco en la taza limpia y retiró la nata con la cucharilla. Luego abrió el frasco de aspirinas, trituró dos y las echó dentro.

—Aquí tienes la leche —dijo.

La señorita Green no respondió. Katherine la miró sin saber qué hacer y se quedó junto a ella.

—¿No quieres?

Sacudiendo la cabeza, la señorita Green murmuró algo, entreabrió los ojos y volvió a cerrarlos como una muñeca que alguien hubiera enderezado y vuelto a acostar. Katherine se arrodilló a su lado y le acercó la taza a los labios.

—Bebe un poco —dijo.

La señorita Green frunció los labios y sorbió. Después sorbió un poco

más y se quitó los restos de leche con la lengua, como quien descubre un sabor desconocido. Respiró hondo. Finalmente, levantó las manos y cogió la taza, apoyándosela en el pecho plano.

Cinco minutos después ya se había bebido la mitad.

—¿Te encuentras mejor?

—Yo... —La voz de la señorita Green sonó ronca. Se aclaró la garganta —. Ya no me siento tantas náuseas.

—¿Te provocó náuseas?

—Esto, y... —dudó un instante— el sabor de la sangre.

—Acábatela, te hará bien —dijo Katherine, enormemente aliviada.

Se alejó de la muchacha mientras se colocaba el pelo detrás de las orejas y, súbitamente, reparó en la carta que estaba sobre la mesa, junto a la botella abierta. Estaba clarísimo que era de Robin Fennel.

No era que no se hubiese dado cuenta desde el primer momento, pero tan poco receptiva estaba en aquel instante que, sencillamente, la había pasado por alto. Y ahora la carta volvía para producir todo su impacto. La cogió con una mano que temblaba levemente, advirtiendo que no llevaba sello ni señas del remitente. Su nombre y su dirección estaban escritos con la declinante letra de Robin, que apenas había cambiado desde que seis años atrás empezaran a cartearse. Cada letra estaba cuidadosamente delineada y, muy de vez en cuando, dos palabras aparecían negligentemente unidas, pero nunca dos palabras que no quedaran bien juntas. No daba la impresión de que el sobre contuviera más de una hoja.

Volvió a dejarlo en la mesa. Así pues, allí estaba.

La abriría, desde luego, pero no en ese momento, no delante de la señorita Green. Aunque creía haberse preparado bien para recibirla, ahora que la tenía en sus manos le daba vergüenza abrirla, como si contuviera el resultado de un examen. Y, en cierto sentido, le revelaría el veredicto de los Fennel habían emitido sobre ella. Pues, le contara lo que contase Robin, sería menos una opinión individual que la actitud de la familia entera puesta en su boca. Si la invitaba a visitarlos, Katherine sabría que se alegrarían de verla, pero, si no decía más de lo que había dicho su madre —me sorprende que estés en Inglaterra, por qué no nos avisaste, espero que todo marche bien—, tendría que aceptar que, en términos generales, preferirían mantenerla a distancia y

que había sido un error escribirles. Apoyó un segundo la frente en la palma derecha y, luego, hundió los dedos en su pelo oscuro. Meneó la cabeza.

—¿Un poco más de leche? ¿Te gusta?

—Me la he podido acabar —dijo la señorita Green. Con la manta sobre las rodillas, parecía un niño inválido.

—Pensé que te reconfortaría —dijo Katherine, titubeante, con el cacharro en la mano.

—Sí, tomaré un poco más. El problema es que en casa me obligan a beber muchísima. Mamá piensa que me fortalece.

Katherine cogió la taza y vertió lo que le quedaba de leche. La señorita Green la recibió con un suspiro.

—¿Qué tal te encuentras?

—Uy, creo que mejor. Aunque me parece que todavía no tengo fuerzas para caminar.

—Claro que no. Quédate aquí todo lo que necesites. ¿Quieres quitarte el abrigo?

—No, gracias.

La señorita Green volvió a hundir la naricita en la taza. Katherine se sentó en el taburete, junto al hogar, para no ver la carta.

—¡Qué gracia que vivas en Merion Street! —dijo la señorita Green al cabo de un rato—. Un tío mío trabajó por aquí en una época.

—¿Ah, sí? —dijo vagamente Katherine.

Se hizo una pausa.

—¿Y hace mucho que vives en este estudio? —dijo al fin la señorita Green.

—Desde que trabajo en esta ciudad. No pude encontrar otra cosa.

—Ya. —La señorita Green reflexionó un momento—. Pensé que vivías en una pensión o algo así. —Como Katherine no decía nada, continuó—: Es bonito tener un lugar al que poder invitar a la gente.

—Yo no tengo nadie a quien traer —dijo Katherine, rascándose la raya del pelo—. Eres mi primera visita.

—¡Caray! —La señorita Green la miró con la boca entreabierta—. ¿Lo dices de veras?

—Es la pura verdad.

—¿Y cómo es eso? ¿No te dejan?

—¡Qué va! Supongo que no me lo prohibirían. Pero no tengo a nadie a quien traer.

—Claro, irás tú a ver a los demás. Cuando cada cual tiene su casa es muy distinto.

—No. Lo que te estoy diciendo es que no tengo a nadie.

La señorita Green la miró como si Katherine estuviera tratando de engañarla.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no conozco a nadie (salvo a los de la biblioteca, por supuesto).

La expresión de la señorita Green mientras intentaba asimilar aquello le hizo gracia.

—¿O sea que no sales?

—No muy a menudo. Por lo general, me acuesto muy temprano. De vez en cuando voy a un concierto, o al cine.

—¿Y no vas a bailar?

—Sé bailar, pero no voy.

La señorita Green la miró como si fuera de una especie rara.

«Puede que le haga bien conversar», pensó Katherine. El rostro de la muchacha ya daba muestras de animación, aunque seguía bastante amarillo.

—Vale, ¡pero conocerás a alguien!

—Aquí no conozco absolutamente a nadie.

—¿Y dónde sí?

Katherine hizo una mueca vaga.

—Conocía a una o dos personas en Londres, pero he perdido el contacto.

—¿Quiénes eran?

—Compañeras de trabajo.

La señorita Green guardó silencio.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿cuánto hace que vives en Inglaterra?

—Casi dos años.

—Pues hablas increíblemente bien, de verdad. Oye, hay gente que ni siquiera sabría...

—Es que aprendí en el colegio.

—Y, antes, ¿nunca habías estado en Inglaterra?

—Bueno, sí, una vez.

—¿Cuándo?

—Hace seis años.

—¿Estuviste viviendo aquí?

—No, vine a pasar las vacaciones.

—¿Sola?

—Sí. Me quedé con una familia que conocía.

—¿Cómo? ¿Y ahora ya no los conoces?

—Supongo que sí —admitió Katherine. Movi6 la cabeza como si le doliera el cuello.

—¿Viven por aqu6?

—No, en Oxfordshire.

—Mi abuelo viv6 all6 —dijo la se6orita Green—. ¿C6mo se llamaban?

—Fennel. El se6or Fennel era subastador.

—Fennel —dijo la se6orita Green—. ¡Vete a saber si los conocer6!

—Siguen viviendo all6 —dijo Katherine. El hecho de hablar de ellos los hac6a m6s reales, los pon6a a la altura, por decirlo as6, de la carta que yac6a sobre la mesa—. Desde que regres6 a Inglaterra no los he vuelto a ver.

—Y ellos ¿saben que est6s aqu6?

—S6, lo saben. Yo casi los hab6a olvidado. Pero el otro d6a estaba en la Sala de Lectura, buscando a qu6 hora empezaba una pel6cula, cuando vi el apellido en una columna necrol6gica. Fue pura casualidad, porque casi nunca leo el peri6dico.

—¿Y qu6 dec6a?

—Bueno, es que tienen una hija que se llama Jane. Cuando la conoc6 no estaba casada. Ahora su hijita ha fallecido.

Con un confuso movimiento de cabeza, la se6orita Green dio a entender que lo sent6a.

—As6 que les escrib6 diciendo lo que suele decirse en tales ocasiones.

—O sea, que eran amigos de tu familia.

—¡Oh, no! Eso fue lo extraño. Los conoc6 cuando estaba en el instituto.

—Como la informaci6n parec6a haber despertado el inter6s de la muchacha, Katherine decidi6 explicarse—. All6 pusieron en marcha un programa para

mejorar los idiomas y todas nos apuntamos. La idea era que les enviabas nombre, dirección, edad, nacionalidad, los temas que te interesaban y el idioma que estabas aprendiendo y ellos te ponían en contacto con alguien. ¡Ah, sí! También tenías que informarles de cuánto ganaba tu padre. ¿Alguna vez te has apuntado a algo parecido?

—¡Oh, no! —dijo la señorita Green bastante ofendida—. Nunca había oído nada semejante.

—Ya. Pues aquel programa era así. Se suponía que cada uno debía escribir en el idioma del otro, y, a su vez, corregirle las cartas, si se lo tomaba realmente en serio. Lo único que hacía la organización era cobrarte —había que pagar, pero no recuerdo cuánto— y ponerte en contacto con un chico inglés. Todas nosotras pedimos chicos, claro.

—¿Y vas a decirme...? ¿Tus padres no dijeron nada?

—Ellos no se enteraban hasta que empezaban a llegar las cartas. A menos que se lo contáramos.

—¡Qué gracia! —comentó la señorita Green, aunque en realidad quería decir que le parecía muy poco decente.

—Nos pasamos un par semanas como locas de la emoción. Pero el asunto tardó tanto en ponerse en marcha que cuando empezaron a llegar las cartas ya casi habíamos perdido el interés. Y, además, la profesora de inglés procuraba que lo aprovecháramos todo lo posible: nos pedía que leyéramos las cartas en clase y cosas por el estilo. Con lo cual nos estropeaba la diversión. La mayoría escribimos unas cuantas veces y luego nos cansamos. Una chica dijo que había dejado de escribir, pero no era cierto. Como no era un internado, era imposible que la directora la descubriera. Aquellos dos se escribían cartas de amor.

—¿Cómo? ¿Sin conocerse?

—Se mandaban fotos... Se conocieron al acabar el instituto. Y acabaron casándose.

—¡No! ¿Y dónde están ahora?

—En Sudáfrica, creo.

La señorita Green volvió a frotarse la mejilla. Tan asombrada estaba que Katherine tenía la sensación de estar contándole un cuento antes de mandarla a la cama.

—Y a ti, ¿cómo te fue?

—¡Ah! —dijo Katherine—. Pues a mí me pusieron en contacto con el hijo de esa familia, Robin Fennel. Tenía más o menos mi edad. Había dicho que le interesaban los libros y la música. Por qué, no lo sé. Luego no me escribió prácticamente nada sobre esos temas. La verdad es que no sé por qué se había inscrito en el programa. Pero, claro, yo había dicho lo mismo, así que supongo que nos vincularon por eso.

—Entonces, ¿sabes tocar el piano?

—Un poco. Toco mejor el violín. Más tarde, cuando llegó el verano, me escribió invitándome a pasar las vacaciones con ellos.

—Te quedarías de piedra —dijo la señorita Green, casi con resentimiento.

—Más bien me asusté —dijo Katherine. Sacó un cigarrillo y, cuando estaba a punto de encenderlo, se dio cuenta de que la muchacha la miraba con mala cara—. Lo siento. ¿Fumas?

—Solo en privado. —La señorita Green hundió los ávidos dedos en el paquete y, al bajar la cabeza hacia el mechero que Katherine le extendía, apagó la llama. Katherine volvió a encenderlo—. Oye, ¿crees que hago mal? ¿Me volverá a doler la muela?

—Yo me andaré con cuidado. ¿Cómo tienes la encía?

—Bastante hinchada y dolorida.

—¿Sigues mareada?

—No, ya no —la señorita Green se revolvió, como si estuviera incómoda en la silla—. ¿Y cómo era él?

Katherine se alegró de que, al parecer, la muchacha se hubiese animado tanto como para olvidar que le dolía la boca. La palidez extrema había desaparecido y su tez, aunque siempre parecía un poco enfermiza, prácticamente había recobrado su color normal. Sacudió la ceniza del cigarrillo y continuó.

—Un verdadero encanto. Todos se portaron muy bien conmigo. Al principio yo no quería ir. En raras ocasiones me había alejado tanto de mi casa. Y me aterrorizaba hacer un viaje tan largo. ¿A ti no te hubiera pasado lo mismo?

—¡Puedes estar segura! —dijo la señorita Green con un gemidito enfático.

—Él me dijo que iría a esperarme a Dover, pero yo temía que no cumpliera. Me daba pánico tener que preguntarle a la gente. Al principio resulta francamente difícil entender este idioma, ya sabes: nadie se preocupa por hacerse entender. —Frunció el ceño—. De todos modos, no tendría que haberme preocupado. Todo salió como estaba previsto.

—¿Y te lo pasaste bien?

—Muy bien. No me quería marchar.

—Imagino que al año siguiente le invitaste tú a él.

—Sí, claro. Sí, le invité, pero no pudo venir. He olvidado el motivo... Creo que estaba enfermo. Y a esas alturas ya casi habíamos dejado de escribirnos.

—¡Qué lástima!

—Uy, no creas. Nunca llegamos a ser grandes amigos.

—Pero ellos siguen viviendo allí, ¿no?

—Sí. Tal vez me inviten a pasar unos días con ellos...

—¡Sería magnífico! —exclamó la señorita Green, bastante entusiasmada—. Quizá puedas retomar tu relación con él. Y estoy segura de que a los no les falta de nada.

—Sí, tal vez, ¿pero qué pinto yo allí? —Riendo, Katherine añadió—: Todavía no me han invitado, aunque, conociéndoles, tampoco me extraña.

—Bien, pues, si lo hacen, no tienes por qué preocuparte.

—No es cierto. —Katherine, melancólica, reflexionó un momento—. Los ingleses sois tan educados...

La señorita Green contuvo sus palabras, como si se fuese a dirigir a un superior.

—Tal vez —dijo—. Pero no creo que tenga nada de malo.

—No —dijo Katherine, procurando restarle importancia—. Supongo que no. E iré a ver a los Fennel si me invitan, y seguro que lo pasaré muy bien. ¿Cómo te encuentras?

La señorita Green apagó el cigarrillo negligentemente y, con gran cautela, dejando la manta sobre la mecedora, se levantó. Alegrementemente, se alisó el pelo con esmero y fue a mirarse al espejo.

—Ya no me siento tan mal —anunció—. ¿Y dónde está ahora... tu amigo?

La pregunta empujó a Katherine de vuelta al presente. Se acercó a la mesa y, una vez más, cogió la carta, preparándose mentalmente para abrirla.

—Todavía no lo sé. —Buscó un cuchillo y abrió el sobre, extrajo la hoja de papel timbrado y, con una sacudida, la desplegó. Luego leyó los dos párrafos escritos con la inconfundible letra de Robin Fennel.

En el primero contaba lo sorprendido y contento que se había puesto al saber que ella estaba en Inglaterra. En el segundo, que intentaría pasara verla el sábado, en algún momento de la tarde.

La señorita Green, que se había girado para mirarla, no notó cambio alguno en su cara. Todo lo que hizo Katherine fue echar un rápido vistazo a su reloj. Pero, en su interior, había empezado a crecer un pánico atroz. Eso sí que no lo había esperado. Si él le hubiera propuesto cualquier otra cosa, habría tenido tiempo de pensar, de prepararse, pero ahora eran casi las doce y veinticinco, y Robin Fennel podía estar dirigiéndose derecho hacia allí, como una cuenta por un cordel. No podía comprender por qué eso la alarmaba tanto. Estaba casi paralizada por el terror.

—He de volver al trabajo —dijo, yendo hacia la puerta para coger su abrigo.

—Pero tú sales a la una, ¿no? —dijo confundida la señorita Green—. No vale la pena que vuelvas. ¿Qué te dice?

—Ah... —Katherine luchaba con las mangas—. Dice que uno de estos días vendrá a visitarme. No me da ninguna dirección. Tengo que escribirle a su regimiento, oficina postal militar.

—¿O sea que está en el ejército? —dijo la señorita Green, contemplando nuevamente su reflejo—. Da la impresión de que fueran a destinarlo al extranjero. Te dan la dirección de la oficina postal para que no sepas dónde está, ¿comprendes? —Paseó la mirada por la habitación—. ¿Dónde pusiste mi bolso?

—Ah... —Katherine fue hasta la mesa auxiliar—. Aquí está.

La señorita Green no estiró la mano para cogerlo.

—Pero si no es este.

Katherine la miró fijamente.

—¿Cómo que no?

—Pues no. —La voz de la señorita Green se elevó hasta pronunciar un

gemido de incredulidad—. ¿Dónde has puesto el mío?

—Es este.

—No.

—Pues tendría que serlo. —Katherine fue a buscar el suyo—. Aquí está el mío. No hay ninguno más.

—Pero el mío no es este. —Preocupada y enfurruñada, la señorita Green inspeccionó el bolso—. Es parecido. El mío lo compré en Hanson's. Pero no es este.

—¡Ay, Dios! —Katherine, impaciente, le arrebató el bolso marrón y lo abrió. No estaba de humor para verse envuelta en accidentes de esa clase: quería marcharse cuanto antes, como si el estudio fuera el escenario de un crimen. Pero como estaba frente a la señorita Green no lo quedó otra que controlarse. El forro del bolso estaba raído y brillante y, además del monedero, el espejito y otros objetos, había unos cuantos papeles y cartas.

Katherine sacó un sobre y, con el ceño fruncido, buscó la dirección.

—Señorita V. Parbury —leyó en voz alta—. Cheshunt Avenue, 50. Tienes razón. —Se quedó mirando el sobre más tiempo del necesario.

—¿Y qué has hecho con el mío? —insistió la señorita Green con una voz débil y aprensiva.

Katherine guardó la carta y cerró el bolso.

—Déjame pensar. Mientras estabas con el dentista lo tuve todo el tiempo conmigo. Y estoy segura de que allí no me lo dejé. —Echó una mirada en torno—. Lo único que se me ocurre es que me lo haya dejado en la farmacia cuando entré a por las aspirinas. No sería raro, con la prisa que llevaba. No lo recuerdo bien. Tal vez alguien lo cogió por error, o yo cogí este primero. ¿Bajamos a preguntar?

—¡Vaya fastidio! —gruñó la señorita Green.

Katherine apagó la estufa y bajaron las dos a la farmacia. La señorita Green oteaba la oscuridad sin soltarse del pasamanos. Le preguntaron al farmacéutico, que era amable y charlatán, pero poco pudo ayudarlas. Pensaba, sí, que en local había habido una mujer mientras Katherine compraba las aspirinas, pero no recordaba su aspecto, y nadie había aparecido después para reclamar su bolso.

—Bien, pues esta persona debe tener tu bolso —dijo Katherine cuando

salieron a la calle—. ¡Qué lata! Será mejor que coma algo y vaya a la dirección que pone en el sobre. Te lo traeré de vuelta.

La señorita Green tenía miedo.

—Esto no me gusta nada. Dentro estaban las llaves... Si no es una persona honrada...

—Ya sé que es culpa mía —Katherine quería alejarse del edificio—. Lo siento muchísimo, de verdad...

—Y, además, no tengo dinero...

Katherine abrió su bolso.

—¿Cuánto necesitas?

—Pero si ya te debo diez chelines... Tú le pagaste al dentista.

—Vale, ya lo arreglaremos. ¿Crees que con media corona te alcanzará?

—Uy, sí, pero... —Tímidamente, la señorita Green alzó los ojos desde la moneda hasta Katherine—. ¿No podrías darme cambio? Hoy en día, cuando no tienes cambio, en los autobuses se ponen tan desagradables...

—Es que no tengo... —Cada vez más desesperada, Katherine se precipitó nuevamente en la farmacia. Volvió a salir con varias monedas y un frasco de líquido bucal que había comprado para no irritar al farmacéutico—. ¿Está bien así? Y te he comprado esto, por si en tu casa no tienes.

—Caramba... —Demasiado perpleja, la señorita Green no era capaz de agradecersele—. Te lo devolveré...

Caminaron juntas por la calle.

—¿Estás segura de que te estás en condiciones para irte sola? —preguntó Katherine, más comedida ahora que estaban lejos de su casa—. ¿No quieres que te acompañe?

—No, me las arreglaré. —Esbozando una sonrisa casi amistosa, la señorita Green se tocó la bufanda violeta.

—Y, cuándo llegues, ¿te echarás a descansar? Creo que te hace falta.

—Bueno, yo también lo creo —dijo penosamente la señorita Green—. ¿Pero no te parece que debería volver al trabajo? He faltado toda la mañana...

—Bah, no te preocupes por eso —dijo Katherine—. Ya les contaré yo lo mal que te encontrabas. No habrá ningún problema. —Sonrió. Vete a casa y acuéstate, o siéntate junto al fuego. Y mantén la boca cerrada, no te vaya a

entrar frío.

—Bueno... —la señorita Green aún parecía indecisa.

—No tiene sentido que trabajes esta tarde y luego tengas que faltar el lunes, ¿verdad?

—No. —Se detuvieron al llegar a la esquina—. De acuerdo, creo que me iré a casa. Ahora mismo.

—Nos veremos el lunes.

—Gracias... por la leche —dijo la señorita Green, incómoda—. Espero que encuentres el bolso.

—Lo encontraré.

Se separaron. La señorita Green, con la nariz enrojecida hendiendo el aire, se dirigió hacia la parada del autobús y pronto se perdió entre el gentío. Katherine se alejó lentamente en sentido contrario, con las manos en los bolsillos, preguntándose si había visto mal o si realmente la dirección del sobre que se encontraba en el bolso ajeno estaba de verdad escrita con la letra del señor Anstey.

SEGUNDA PARTE

1

Katherine había llegado a Inglaterra por primera vez una mañana serena y calurosa; y no por casualidad, pues el día había sido apenas uno de una serie que se prolongaría al menos una semana. Cada cual parecía más diáfano que el anterior, como si en su lenta acumulación de hondura y placidez fueran avanzando hacia la perfección. El cielo era de un azul profundo, como enriquecido por la carga inagotable de los veranos precedentes. El mar estaba en calma y cuando se alzaba una ola la luz del sol la atravesaba como a una ventana verde y transparente. Katherine se había paseado entre las sombras afiladas de la cubierta, mirando cómo las sogas, mojadas de agua salada, se iban blanqueando al sol.

Era increíble estar finalmente allí. El hecho de que aquella mañana caminase sobre la cubierta era consecuencia directa de un día que apenas recordaba: el día en que ella y sus compañeras habían llenado aquellos impresos entre risas y especulaciones. Parecía absurdo. Era como haber comprado un boleto ganador en una tómbola o como haber encontrado un premio en una caja de cereales... Pero no, en realidad más que algo placentero, había sido una de esas tonterías que la gente hacía cuando estaba acompañada y de las que después se arrepentía. Pues aunque Katherine se dejara arrastrar fácilmente por la multitud, no le gustaba entablar amistades tan repentinamente, y era precisamente eso lo que las chicas la habían llevado a hacer.

Después de aquel día había pasado varias semanas presa de un temor ahogado, pero como no se había vuelto a saber nada del programa poco a poco había logrado tranquilizarse. Cosas más inmediatas le absorbían la atención, de modo que, cuando una de sus amigas llegó un día al colegio agitando la primera carta se quedó paralizada por la impresión. Luego se

iniciaron varias correspondencias, y a esporádicos intervalos, mientras oía a las otras leer en voz alta las misivas de los chicos, la alarma renacía en su interior: se sentía del todo incapaz de cumplir con su parte en ese tipo de intercambios. Participaba en la búsqueda cómica de dobles sentidos tanto como las demás, pero interiormente esperaba que su propia solicitud se hubiera perdido. Aquello no entraba dentro de lo que ella consideraba un divertimento.

No había debido preocuparse. Cuando llegó la primera carta de Robin Fennel, la alivió descubrir que era de lo más formal. Robin describía su casa, su instituto y su vida cotidiana como quien escribe una redacción escolar.

Hasta las amigas de Katherine tuvieron dificultades para encontrar algo gracioso o emocionante. Lo único tangible de la vida del chico parecían ser las excursiones que hacía en bicicleta, así que decidieron llamarlo «el ciclista». Cada vez que algún párrafo de las cartas posteriores empezaba con un ingenuo «El otro día fui en bicicleta a», ellas estallaban en carcajadas. Pero la broma se olvidó rápidamente; había correspondencias mucho más interesantes y pronto ninguna prestó más atención a las cartas de Katherine, como no fuera para preguntar: «Oye, ¿y qué hay del ciclista? ¿Sigue pedaleando?».

De forma algo incongruente, el alivio inicial fue dejando paso a una sensación de decepción. Se sentía un poco molesta con ese tal Robin Fennel, que la dejaba en la estacada. No le importaba que las otras se rieran de él, pero le daba rabia obtener resultados nulos del veredicto favorable que ella le había brindado. Aunque continuó escribiendo, el intercambio ya no la afectaba más que una inacabable correspondencia comercial, y al cabo de un tiempo empezó a intentar arrastrarlo a su terreno. Le escribía solo la mitad de las cartas en inglés, y la otra mitad la llenaba con preferencias, entusiasmos y aversiones más personales con la esperanza de que de alguna forma él la imitara. Y lo hizo: pero las dos mitades de sus misivas (rigurosamente divididas por una línea trazada con regla) siguieron siendo igualmente desapasionadas. Había estado aquí, viajado allá; había paseado, pescado y nadado; había leído esto y escuchado aquello. Haciendo un último intento, ella empezó a escribirle en forma de diario, con entradas alternas (y por lo general más cortas) en inglés, preguntándose si eso no lo convencería de

escribir su propio diario y de ese modo volverse más íntimo. Pero él se atuvo a la norma de las dos mitades, con cartas que invariablemente empezaba con un «Querida Katherine» y concluía con un «Robin Fennel». Era de lo más exasperante. Por encima de todo, Katherine estaba segura de no querer entablar una amistad íntima con él. Parecía inofensivo pero también insípido. Claro que siendo amigos la tarea de escribirle se hubiera vuelto mucho más interesante y, además, habría evitado esa profunda irritación que le producía fracasar en cualquier cosa que decidía emprender.

De modo que tras aquellos intentos vanos se dio por vencida. Tomó la costumbre de llevar la carta con el sello inglés encima días enteros, sin abrirla, o de leer la mitad hasta que alguien la interrumpía, y luego se olvidaba de acabarla. Sus respuestas se hicieron más breves y menos inmediatas. Lo que ahora resultaba tanto más fastidioso era que él no daba muestra alguna de acusar aquello más que lo anterior: si no se dejaba arrastrar, tampoco era posible provocarlo. Para disgusto de Katherine, el día de su aniversario le envió una postal: un grabado que por cierto no era nada feo. Sus cartas siempre llegaban nueve días después de que ella echara al correo las propias. Del fastidio, pasó a la alarma: «¡Así nunca me libraré de él!», pensaba aterrada. Las amigas le auguraban toda una vida consagrada a escribir cartas serias a Inglaterra, para recibir a vuelta de correo largas descripciones de paseos en bicicleta: «Aunque quizá no vaya a ser siempre tan terrible, puede que algún día se compre un coche. Entonces viajará mucho más rápido y más lejos, y tendrá mucho más que contarte y te escribirá más a menudo. Una vez a la semana se sentará con su diccionario y su gramática, con una hoja limpia de papel secante y una cuchilla de afeitar para borrar las faltas, y escribirá varias carillas. Desde luego para entonces se habrá casado. Y su esposa le dirá: «¿Quién es esa Katherine a la que escribes constantemente? Anda, deja esa carta y llévame a bailar». Y él dirá: «Luego, querida, luego... Aún no he acabado de describir la catedral de Canterbury». Y ella se pondrá muy triste, y llorará, y tendrán una pelea y se separarán. Tú dejarás de contestarle; tal vez te vayas a vivir a otra parte, tal vez te mueras: no habrá ninguna diferencia. Él te seguirá escribiendo, hablando de pinchazos y fuentes de agua para el té.

Más de una vez Katherine juró que sencillamente dejaría de escribir, o

que con amabilidad y firmeza le diría que estaba demasiado ocupada para seguir con el intercambio. Pero por alguna razón no lo hizo. Y así pasó más de un año.

Entonces, el primero de junio, llegó una nueva carta. En el sobre no había nada notable, y ella la llevó encima todo el día sin abrirla, pues ante las amigas afectaba una indiferencia completa hacia el inglés. Esa tarde, cuando volvía a casa desde el colegio, decidió leerla: contenía una invitación a pasar las vacaciones en Inglaterra. Se sintió como si, sin percatarse, hubiera tenido en el bolsillo una granada de mano sin espoleta. Era increíble. Sentada en su habitación, la revisó en busca del menor signo de insinceridad y no encontró ninguno. Era una invitación hecha con toda la buena fe del mundo.

Estuvo un rato sentada, temblando, y tragó saliva varias veces. Ni se le pasaba por la cabeza aceptar: era lo único inamovible de toda la cuestión. Nunca había pasado unas vacaciones sin su familia, y el día que lo hiciera elegiría como compañía una amiga realmente íntima. Lo mejor, en apariencia, era no hablar con nadie y simplemente rechazar la invitación en la próxima réplica. Pero imprudentemente se lo comentó a sus padres, quienes la felicitaron por su buena suerte. No todo el mundo, dijeron, tenía la posibilidad de hacer un viaje así.

—¡Pero yo no quiero ir a Inglaterra!

Había muchas cosas que arreglar: fechas, trayectos, cuestiones de ropa y equipaje. Tras una discusión breve y concluyente, Katherine se sentó a escribir una carta de aceptación y agradecimiento. A modo de rebelión, la escribió en el papel para las notas de la casa, y no en una de las hojas color lechuga que guardaba en su habitación. De ese modo parecía irreal, pero la realidad se cernió sobre ella no bien hubo despachado el sobre, y durante los días siguientes no dejó mascullar. Su padre le reprochó que fuese tan ingrata.

—¡Pero yo quiero pasar las vacaciones con vosotros! —protestó ella—. ¡Me espanta ir al extranjero! Y además me da miedo el viaje.

El padre dijo:

—Pamplinas.

A ella le parecía una ordalía, a sus padres un privilegio, pero para sus amigas era una farsa. No pudo evitar reírse cuando se lo contó, y ellas se echaron hacia atrás y estallaron en risas. A ninguna se le ocurrió sugerir que

el viaje supusiera una aventura romántica o emocionante. En general se aceptaba que habían invitado a Katherine a pasar tres semanas agotadoras, cuya mayor parte pasaría en el asiento trasero de una bicicleta para dos, pedaleando miserablemente bajo la lluvia (siempre llovía en Inglaterra) en busca de las mejores y mayores catedrales del país. Indudablemente él le pediría que le diese lecciones de su idioma. Ingeriría tremendas comidas mal cocinadas, invariablemente a base de *roast-beef*, y volvería a casa gordísima.

Y, sin embargo, esa noche, mientras lo meditaba de nuevo en la cama, volvió a sentir aprensión, y con ella cierto asombro. Al fin y al cabo era una prueba de amistad. La sorprendía que aquel chico inglés desconocido hubiera pensado en ella, construyendo mes a mes una imagen mental, hasta proponerle que se hicieran los trámites y se pusiera en marcha la máquina para que pudieran conocerse en persona. Era fascinante. ¡Qué poco había pensado ella en él, qué superficiales habían sido sus ideas! Se incorporó, encendió la luz y sacó las cartas del cajón en donde las guardaba. Sentada en la cama, las leyó críticamente. Lo primero que la impresionó fue que en realidad hablaban muy poco de excursiones en bicicleta, o de catedrales, para el caso. Y de todos modos los ingleses eran muy reservados. Lo auténticamente importante, pensó dejándolas caer en la colcha, era que él hubiese seguido escribiendo, solícito e infatigable, aun cuando el interés de ella hubiese declinado y sus cartas se hubiesen vuelto cortantes. ¡Qué amable había sido! ¿Qué pensaría de ella? Casi por primera vez se lo imaginó sentado de noche bajo la lámpara, en una casa al fondo de un camino inglés, escribiéndole. ¡Qué extraño que quisiera llevarla a esa habitación!

Tomó una carta y acarició la firma con los dedos, imaginando que sentía la aspereza de la tinta.

Viajó ligera de equipaje, con una única y gran maleta de pie que dejó junto a un ventilador. Allí iban sus mejores ropas, recién lavadas y planchadas, como si estuviese a punto de cambiar de vida y quisiese ir acompañada únicamente de lo mejor. Todo parecía en orden. En el bolso de mano llevaba las llaves, los billetes y los documentos: el mar estaba tan plácido que solo alguna sacudida ocasional, algún minúsculo atisbo de una fuerza ilimitada, le recordaba que no estaba en tierra firme. Robin había anunciado que la esperaba en Dover. En eso había sido exhaustivo. La

esperaría poco después de la aduana, con traje gris, camisa blanca y corbata azul y, para que ella pudiera reconocerlo, en la última carta había adjuntado una foto. Para Katherine había sido un *shock* más. Alguna vez se había preguntado qué aspecto tendría, aunque no era una cuestión que le ocupara mucho la mente y había acabado asumiendo que debía ser una variante del pelirrojo inglés pecoso y de dentadura prominente. Se había equivocado.

La foto lo mostraba mirando a la cámara con los brazos en jarras, bajo un sol brillante, con camisa de críquet. Por su posición daba la impresión de que acababan de llamarlo y se había vuelto hacia la cámara un instante, mientras le tomaban la foto. Era moreno y delgado, con pestañas largas. La expresión del rostro era evasiva, en el sentido de que la cámara no la había capturado por completo. Para su propia sorpresa, Katherine no le había mostrado la foto a nadie, salvo a sus padres. A cambio le había mandado un retrato suyo convencional, con el pelo oscuro severamente peinado hacia atrás. No había imaginado que se parecería bastante a ella después de haber pasado una noche viajando.

Todo se había preparado con rigor. Y, sin embargo, a medida que se aproximaba a Dover, no podía contener cierta inquietud. Lentos, los acantilados blancos de la isla se acercaban cada vez más. Katherine sabía muy poco del lugar: apenas lo suficiente para tener conciencia de que, tras haber cruzado treinta millas de mar, se encontraría en un país totalmente distinto. A medida que pasaba el tiempo, la mañana, como un finísimo cristal, se iba volviendo más clara y más profunda. Sobre el puerto, como una limadura de plata en lo alto, un avión subía y bajaba por el cielo dibujando una enorme y vaga palabra que enfatizaba la quietud del día. Entre chillidos y revoloteos las gaviotas les salieron al paso, cegadoramente blancas bajo el sol, para escoltar el barco hacia el muelle de piedra; su clamor avivaba la desconfianza de Katherine. No quería desembarcar en ese país extraño. Se arrojaron y se ataron las amarras y, con un último temblor, el barco se detuvo. Aterrada, Katherine se apoyó en la barandilla a mirar las piedras desnudas del muelle. Luego se unió al gran grupo de pasajeros que había empezado a bajar por la pasarela, poseída por el feo temor de que Robin Fennel no se hubiese presentado y ella se quedase incomunicada y desamparada, incapaz de explicar su situación a nadie. Le resultaba imposible comprender la cháchara

que la rodeaba, de la que de vez en cuando afloraban extrañas palabras irrelevantes: «cariño», «puntual», «Daily Mail». Estibadores y oficiales de aduana hablaban un idioma que le resultaba tan incomprensible como si fuera islandés, pero, para gran alivio de ella, se limitaron a marcarle la maleta con una tiza, sin hacer comentarios, de modo que pudo seguir el flujo principal de gente hasta un pasaje de cemento que llevaba al andén de la estación ferroviaria. Robin Fennel estaba bajo un cartel que decía «A los barcos». Se divisaron uno al otro al mismo tiempo.

—¿Katherine?

Ella le tendió la mano sonriendo.

—Me alegra mucho que estés aquí. ¿Has tenido un buen viaje?

—Sí..., bueno.

—Déjame llevarte la maleta. Tenemos que darnos prisa si queremos encontrar asiento.

Lo siguió por el andén. Robin hablaba con claridad, y ella se alegró al descubrir que podía individualizar las palabras sin problemas. Un sombrero gris claro le sombreaba los ojos y la cara. Subieron a un compartimento de primera clase y él puso la maleta en el portaequipajes y bajó la ventanilla todo lo posible. Aparte de ellos, no había nadie en el vagón inundado de luz polvorienta.

—¿No prefieres ir de frente?

Katherine se sonrojó.

—¿Perdón?

Sin ninguna muestra de embarazo, él se esforzó por traducir la frase, lentamente, con acento preciso.

—¡Oh, no! Me da igual.

Se sentaron. Robin dejó el sombrero y un ejemplar del *Times* en el asiento contiguo.

—Comeremos aquí. Imagino que tendrás hambre. ¿Has tomado algo en el barco?

—Un poco de café.

—Bien, pues comeremos en el tren. Se supone que llegaremos a Londres a las dos. Mi padre estará esperándonos para llevarnos a casa.

—¿En coche?

—Sí. Así podrás ver el campo—. Sentado frente a ella, tranquilo y con los brazos cruzados, le hablaba como si fueran viejos amigos—. Es la primera vez que vienes a Inglaterra, ¿no?

—La primera vez.

—Espero que se mantenga el buen tiempo. Sería una pena que estuviese lloviendo todo el tiempo.

La foto no era mala, pero no le había hecho plena justicia. Lo que no había logrado capturar era el contraste entre los rasgos de corte severo y la alegría que el aire juvenil y la frescura de su piel conferían a su rostro. Aunque era apenas un muchacho, ya estaba claro que tendría aspecto varonil: recio, con frente, nariz y barbilla poderosas. Los músculos de su mandíbula cobrarían volumen, y las mejillas se hundirían un poco. El seco pelo negro brotaría también en sus muñecas y con el afeitado constante su tez adquiriría una oscuridad azulada. Pero todo eso sería en el futuro: por el momento, su mirada madura se equilibraba con una juventud de flexibilidad casi femenina, suave como la piel de una pera y delicada como el lino.

Uno de los grandes temores de Katherine había sido que no encontrarán nada que decirse. Por lo que concernía a ella no era un miedo infundado, pero Robin no parecía sentir la menor inhibición. Se comportaba sin ansiedad: no desperdiciaba palabras ni ademanes, y eso empezó a calmarla. Le explicó que la noche anterior habían dormido en Londres y que, por la mañana, mientras su padre hacía algunas gestiones, él había viajado a Dover y paseado por la ciudad hasta la hora en que debía llegar el barco. Dijo que era uno de esos días perfectos para disfrutar de la costa francesa. Ella recordó que le había parecido ver grandes tapices de algas oscuras bajo el agua transparente, pero no se atrevió a explicárselo. En el compartimento no entró nadie más y, al cabo de un rato, el tren se puso en marcha con una sorprendente ausencia de sacudidas. Mientras iban cobrando velocidad Katherine alcanzó a leer dos carteles colgados del quiosco de periódicos: Ola de calor y Cestas para el viaje. Se preguntó a qué se referirían, pero no se atrevió a decir nada. Robin seguía hablando tranquilamente sobre nada en particular; en cierto momento ella se enteró, desconcertada, de que solía montar a caballo.

—¿Tu maleta se puede cerrar con llave? —preguntó él cuando se levantaron para ir a comer.

—¿Llave? Sí... La... de aquí, ¿verdad?

—Sí, claro. Pero siempre es más seguro cerrarla.

—Las llaves son muy seguras.

Como el vagón comedor no estaba lleno pudieron sentarse solos en una mesa en la que había un jarrón con flores que Robin apartó a un lado. Una sopa clara se agitaba en los platos hondos. Katherine se dio cuenta entonces de que tenía mucha hambre. Tomó un bollo de la cesta de mimbre.

—Dicen que la comida de los trenes ingleses es malísima —comentó Robin—. Yo no puedo juzgar. Por lo general es muy escasa, pero esa es otra cuestión.

Katherine incorporó las frases a su mente e hizo una observación apropiada.

—De todos modos, espero que te guste la comida inglesa —añadió él—. También se supone que es terrible, como el clima. Pero ya ves lo que consigue el clima cuando se lo propone.

Mientras comían, el sol del mediodía, inquieto, se reflejaba en el mantel blanco. En las otras mesas las servilletas estaban dobladas en forma de mitras. Después de la sopa tomaron jamón y lengua, acompañados con sendas fuentes de ensalada, y bebieron una limonada incolora y burbujeante.

Katherine se sirvió ensalada con los cubiertos de madera.

—¿Dónde estamos?

Él miró la hora y se lo dijo.

—¿Kent? ¿Los campos de Kent? Pero si está lleno de casas.

—Bueno, es que aquí vive mucha gente.

—Yo creía que en Kent... solo había granjas.

—¡Qué va! —dijo él, enrollando diestramente hojas de lechuga con el tenedor. Llevaba las uñas pulcramente cortadas y muy limpias—. En esta zona se cultiva mucho lúpulo. También fruta y verdura para los mercados de Londres. Cada madrugada las llevan en camiones, antes de que amanezca.

—Pero también se ven fábricas —objetó ella—. ¡Mira, allí! Y allí hay otra.

—De todos modos no son muchas. Esta no es ni por asomo una región industrial. Casi todo el sudeste del país es así.

Acabaron las minúsculas gelatinas moldeadas y tomaron queso, apio y

galletas con café. Katherine se preguntaba si él le ofrecería un cigarrillo, pero no lo hizo: pagó la cuenta con un billete nuevo de una libra y le dijo al camarero que se quedase con el cambio. Mientras volvían al compartimento por el pasillo bamboleante, a través de las puertas de vidrio corredizas Katherine atisbó ingleses dormidos o despiertos, en toda clase de posturas.

—Supongo que querrás cambiar algo de dinero —dijo Robin cuando se hubieron sentado. La maleta seguía en su sitio—. ¿Conoces el cambio inglés o te confunde?

—¿El dinero? —Katherine había pasado cierto tiempo estudiando un librito para turistas, de modo que estaba preparada al respecto—. Doce peniques son un chelín, veinte chelines una libra. Pero nunca los he visto.

Robin sacó del bolsillo un puñado de monedas.

—Estos son peniques. Y esto un chelín. Pero también hay monedas de dos chelines y medias coronas, que son dos chelines y seis peniques.

—¿Y esta?

—Seis peniques.

Siguieron hablando del cambio de divisas y de las oscilaciones del dinero de Katherine. Ver las monedas la deprimía porque era en esas cosas minúsculas y familiares cuando más se daba cuenta de que se encontraba en un país extraño. Meditando sobre lo sola que estaba, de pronto se encontró a punto de llorar y miró a Robin, incrédula. Era imposible imaginar qué estaba pensando. Parecía perfectamente integrado en su entorno —incluida ella— y capaz de replegarse mentalmente a otro lugar. No era en absoluto como ella se lo había figurado. Primero lo había concebido soso, luego inexpresivo; pero ambas ideas resultaban erróneas. En cualquier caso, había imaginado que en el choque entre ambos temperamentos podría imponer el suyo, porque se consideraba despierta para su edad y porque los chicos ingleses eran tradicionalmente toscos. Pero, en realidad, él parecía mucho más cómodo que ella, que estaba desconcertada por mostrarse tan deferente. Silencioso por un momento, él miraba por la ventana. Tenía una expresión serena, como si estuviera viajando solo. Lentamente se llevó la mano a la cabeza para retirarse un mechón de pelo. Al principio Katherine había pensado que era tímido y que pretendía hacerse el adulto, ahora se daba cuenta de que simplemente se comportaba con naturalidad. Acostumbrada a medir y a

juzgar a la gente enseguida, no descubriría en él nada definitivo. Parpadeando, también ella miró por la ventana: estaban en los suburbios de Londres.

Era sábado por la tarde y las hileras de flamantes casas de ladrillos brillaban al sol. Durante un instante vio una calle recta donde un caballo arrastraba lentamente un carro de panadería, siguiendo al panadero en su recorrido de puerta en puerta. Aunque desapareció enseguida, la imagen le transmitió una sensación de calma que le permitió contemplar con curiosidad las calles y los jardines. Un rato después pasó el revisor.

En Victoria, donde debía esperarlos el señor Fennel, hacía muchísimo calor. La estación estaba atestada.

—Has traído el buen tiempo —dijo el señor Fennel estrechando la mano de Katherine—. ¿Habéis comido?

—En el tren —dijo Robin—. A Katherine le gustaría mandar una postal a su casa. Para decir que ha llegado bien.

El señor Fennel le gustaba. Era bajo, vivaz, mayor y cortés, con el pelo canoso y un sombrero de fieltro color avena que le recordó que era subastador agrario. Aunque no llevaba gafas, del bolsillo superior de la chaqueta le asomaba un estuche gastado. Era ligeramente patizambo. Mientras escribía en la postal que había llevado consigo expresamente para ello se preguntó si padre e hijo estarían intercambiando breves elogios y condenas y, en la confusión, sin darse cuenta, introdujo la tarjeta en la ranura destinada a «Londres y alrededores».

Cuando se reunió con ellos Robin estaba diciendo:

—Antes tenían allí buenos animales.

El coche estaba anticuado, tenía los guardabarros sucios y el señor Fennel se comportaba al volante con el cuidado extremo de quien ha aprendido a conducir ya entrado en años.

—Es tu primer viaje a Inglaterra, ¿verdad? —le preguntó a Katherine, que iba a su lado. Robin se había sentado detrás, con las maletas—. ¿Qué te parece, de momento?

—Oh, me gusta.

—A Katherine le ha desilusionado Kent —dijo Robin con una risita—. Demasiadas casas.

—¡Vaya! —dijo el señor Fennel—. Pues estamos de acuerdo. Tiene toda la razón. Pero en toda Inglaterra ocurre lo mismo. Buenas tierras cultivables convertidas en dehesas, dehesas convertidas en terrenos para la construcción. Si seguimos así nos arruinaremos.

—Pero Inglaterra es un país industrial, ¿no? —dijo Katherine, decidida a mantener la conversación mientras pudiera.

El señor Fennel dejó escapar un gruñido.

—Nos arruinaremos—repitió—. Supón que hay otra guerra. ¿De qué vamos a alimentarnos? ¿De *Christmas crackers* y rodamientos? —Miró de derecha a izquierda y giró el

volante—. ¡Qué calor hace! ¿Has abierto todas las ventanillas, Robin?

—¿Quieres que abra el techo?

—Bueno, quizá un poco. ¿Y cómo estás tú, Katherine? Tendrás calor con ese abrigo.

—Sí, un poco.

Robin se inclinó sobre ellos y corrió el techo hacia atrás, de modo que un chorro de luz y una ráfaga de viento les cayeron encima simultáneamente. Katherine sintió la corriente y se resignó.

—Apuesto a que no estoy conduciendo lo suficientemente deprisa para Robin —continuó alegremente el señor Fennel—. Para serte franco, los coches no me interesan demasiado. Pero hoy en día todo el mundo tiene uno. De todos modos —hizo sonar el claxon— cuando conduzco, conduzco despacio. Si alguien ha de equivocarse, que lo haga el otro. Realmente los accidentes no son cosa de risa. ¿Cómo eran esas cifras que salieron el otro día en el periódico, Robin? ¿No demostraban que no es más peligroso ir a la guerra que cruzar Piccadilly? Algo por el estilo...

—Vale, papá, pero no vas a pegártela por acelerar un poco —dijo Robin con una plácida ironía.

—La verdad es que hay muchísimo tráfico —concedió Katherine.

El señor Fennel había estado hablándole como quien se dirige a un inválido no del todo capaz de asimilar lo que se dice.

—Es sábado —contestó.

Cuando dejaron atrás Londres, Katherine empezó a mirar a su alrededor en busca de la Inglaterra que esperaba. No le resultaba nada fácil verla. Las

carreteras estaban repletas de vehículos y de ciclistas, todas las gasolineras permanecían abiertas y a menudo pasaban frente a salones de té o pizarras con precios de peras y ciruelas. Había una cola interminable de coches. Fluían en ambas direcciones, se paraban junto a la carretera para que los ocupantes merendasen, formaban largas hileras a las puertas de las piscinas. Había también innumerables cercas, bidones de gasolina vacíos y abandonados fragmentos de vallas. De vez en cuando veía figuras blancas en un campo de cricket. Eran aquellas las cosas que tenían relieve, y por su presencia la ciudad no parecía lejana. Solo de a ratos divisaba algo que le recordaba los paisajes de los cuadros —una hilera de cabañas, una iglesia en un altozano, la silueta de un campo cultivado—, de modo que prefirió seguir mirando el asfalto y sentir como el viento jugueteaba en su piel. Todo parecía abrigado por el cielo.

—¿Conduzco un rato yo, papá? —dijo de pronto Robin.

—Preferiría que no —replicó tajante el señor Fennel, y con ello zanjó la cuestión. En cambio se puso a hablar lenta y explícitamente de lugares comunes, para que Katherine pudiera comprender y responderle. Ella descubrió que ya empezaba a deponer su rigidez escolar, y eso le dio ánimos. Lo único que temía era que el señor Fennel se aburriese, y aprensivamente intentó descubrir en su voz el deje de resignación que delataría algo como: bien, ya que vamos a tenerla aquí tres semanas, será mejor acostumbrarse. Entretanto, en el asiento trasero, Robin estaba enfrascado en un crucigrama. Cada vez que Katherine lo espiaba por el retrovisor veía sus ojos fijos en la página, o a veces contemplando vagamente el paisaje. Una vez descubrió que estaba observándola. Rápidamente desvió la mirada, consciente de que de momento no estaba preparada para enfrentarse a sus ojos.

Por fin, cuando solo el continuado resplandor del sol impedía que la tarde ya avanzada se transformara en ocaso, llegaron al pueblo cuyo nombre ella había escrito en tantos sobres, y allí tomaron un breve camino de grava, dejaron atrás un portón abierto y pararon en un jardín circular, ante una casa grande y sobria de ladrillos rojos.

Bajaron en medio de un repentino silencio. El señor Fennel se quitó el sombrero y se enjugó la frente.

—Ya tienes trabajo, muchacho —comentó señalando la polvorienta carrocería del coche.

Robin asintió y bajó las maletas.

La puerta de la casa estaba abierta y, atravesando el porche, entraron en un gran vestíbulo con escaleras que subían por dos de los lados y, más arriba, se unían en un rellano con balaustrada. Por las ventanas que se abrían tras la curva de cada escalera entraba una luz desolada que daba al vestíbulo una cualidad de estanque. Había un jarrón azul con flores sobre un cofre oscuro, y algunos cuadros con marcos recargados. Casi al instante se abrió una puerta y la señora Fennel salió a recibirlos.

—Pongo a la huésped sana y salva en tus manos —dijo el señor Fennel.

Katherine se adelantó a dar la mano.

—Encantada de conocerte, Katherine. Debes de estar agotada. ¿En Londres hace tanto calor como aquí?

—Yo diría que más —dijo el señor Fennel, alisándose con las palmas de las manos el cabello de las sienes. En una bandeja había varias cartas esperándolo, y fue a recogerlas—. Londres está irrespirable; sencillamente, no hay aire.

—Te enseñaré tu habitación —dijo la señora Fennel.

Mientras subían, Katherine miraba en torno asombrada. La casa era bastante más grande que la suya. La habitación estaba al final de un corredor largo, y a la entrada había dos peldaños con los que la señora Fennel le advirtió que tuviese cuidado. La anfitriona era una mujer de pelo gris. Su cara no era hermosa pero rebosaba buen humor y tolerancia. La maleta, que Robin ya había subido, aguardaba sobre una silla de mimbre; de modo que, una vez sola, Katherine la abrió y empezó a sacar sus cosas. Casi enseguida se detuvo a mirar la habitación. Daba al sudoeste y estaba pintada de blanco y crema. Las cortinas y la alfombra azul contrastaban fríamente con la calidez general. En un rincón había un lavabo de mármol gris, con grifos plateados y toallas blancas, y un modesto tocador bajo con un taburete haciendo juego. Al abrir un cajón para poner algunas prendas lo encontró repleto de periódicos ingleses, cosa que le chocó desmesuradamente. Era lo mismo que con el dinero: algo desconocido que la tomaba por sorpresa. Pero la habitación le gustaba... Acercándose a la ventana, vio que a un costado de la casa se

extendía una pequeña zona de hierba, bordeada de álamos, sobre la cual dos hamacas rayadas yacían bajo el sol. Le pareció oír un tenue sonido de agua, pero momentos después decidió que solo era el rumor poco familiar del silencio del campo.

Agarrada al pasamanos bajó muy despacio la ancha escalera. La falda marrón oscuro, la camisa blanca y la corbata marrón sujeta con una minúscula insignia olímpica, así como el pelo recién cepillado y peinado hacia atrás, le daban un aire severo y extranjero. Habían pasado todos a la sala de estar, dejando la puerta abierta para que ella pudiese encontrarlos.

—Este es el lugar del caos —dijo la señora Fennel, que cosía en un sofá—. Aquí los chicos hacen lo que les da la gana.

La sala, situada al fondo de la casa, era larga y baja. Tenía dos ventanas francesas que daban a una terraza, muebles bajos tapizados de cretona y un piano de cola. El comentario hizo refunfuñar a Robin.

—Es un lugar cómodo —dijo, levantándose por cortesía—. Si quieres, Katherine, hay limonada.

—Ah, gracias.

Tomando la jarra él llenó un largo vaso pintado a mano y se lo pasó, no sin antes quitar con una cuchara una pepita que flotaba en el líquido.

—Espero que esté fría —dijo la señora Fennel—. La nevera ha vuelto a estropearse.

—Si algo de bueno tiene Jane —dijo Robin saboreando críticamente— es que sabe hacer limonada. Yo diría que ha nacido para eso. Jane es mi hermana —agregó para Katherine, quien se había sentado en el sofá al lado de la señora Fennel.

—Me temo que hoy no vendrá a cenar —dijo esta—. Imagino que vosotros tres estaréis muertos de hambre. Por cierto, Katherine, ¿estamos hablando demasiado rápido? ¿Qué opinas? ¿Quieres que lo hagamos más despacio?

—¡Oh, no! —se sonrojó Katherine—. Los entiendo perfectamente. Solo que mi inglés no es muy bueno.

—No hay problema —dijo el señor Fennel, levantándose con las cartas en una mano y las gafas en la otra—. Parlotearemos como de costumbre. Tú haz como gustes, no participes en la conversación si no te apetece. Queremos que

te sientas como en tu propia casa. Si lo conseguimos, nos daremos por satisfechos.

Pero Katherine no se relajó. Una criada les sirvió la cena en una mesa reluciente situada en medio de un comedor con una tarima oscura. Estaba tan preocupada por comportarse correctamente que apenas se detuvo a pensar si la comida le gustaba, aunque más tarde decidió que sí. No era una comida imaginativa, pero sí de buena calidad y bien preparada. A ella le sirvieron antes que a nadie y luego la forzaron a comer más de lo que quería.

La cara de Robin se parecía a la de su madre: con la edad, los rasgos duros, serenos, y los dientes regulares se habían vuelto demasiado marcados para ser bellos en una mujer, pero era fácil ver que él siempre sería guapo, aun después de que desapareciera su delicado aire juvenil. Observó cómo se trataban entre sí: eran especialmente corteses, como si no olvidasen en ningún momento que estaban en presencia de una visita. El señor Fennel sirvió el segundo plato con gran ceremonia, y luego cada uno se sirvió la verdura de unas fuentes que pasó la criada. A Katherine le pareció todo demasiado serio y pidió en su interior que con el tiempo se hiciesen menos formales.

Luego la criada sirvió el café en la sala, y la señora Fennel decidió a interrogar a Katherine sobre el viaje, aunque eligiendo discretamente preguntas que ella, si quería, podía contestar con un simple sí o un no. Robin se mantenía atento y de vez en cuando intercalaba una frase. Estaban deseosos de encontrar algo gracioso en su narración, y ella intentó hacerla lo más entretenida posible, de manera que poco a poco empezó a aliviarse al ver que la atmósfera se aligeraba. La poca soltura con la que el señor Fennel fumaba su cigarrillo sugería que no debía de ser un fumador habitual. En cierto momento Katherine descubrió que no llevaba pañuelo y, excusándose, se levantó.

—¿Me permites? —dijo Robin levantándose.

—Por supuesto que no —dijo la señora Fennel frenándolo con un ademán—. ¿Qué es eso de fisgonear la habitación de Katherine?

Miró a su hijo con una expresión divertida.

—Además, los tengo en la maleta —dijo Katherine, y subió la escalera corriendo.

La criada le había abierto la cama y preparado el camisón, y aunque solo eran las nueve también había corrido las cortinas. Katherine las apartó un poco y abrió la maleta en busca de los pañuelos. Acababa de encontrarlos cuando le pareció oír un golpe en la puerta entreabierta. Prestó atención, pero como no volvió a oír nada cerró la maleta con un chasquido. Silenciosamente la puerta se movió hacia dentro y Katherine descubrió, en la penumbra, a una muchacha parada en el umbral.

—Hola —dijo.

La muchacha la miró. Llevaba puesta una camisa amarillo limón y una falda pálida, recta, pero no calcetines. Debía de ser casi tan alta como Robin.

—Lo siento —dijo bruscamente—. No sabía si... Quiero decir... Me pareció oír que ya estabas aquí. Soy Jane. Mucho gusto.

—Mucho gusto —murmuró Katherine.

Se dieron la mano.

—¿Cuándo llegaste?

—A eso de las siete.

—¿Tuviste buen viaje?

—Sí, gracias.

Katherine sabía que la hermana de Robin tenía más de veinte años. De lo contrario, nunca hubiera dicho que entre los dos había más de un año de diferencia.

—¿Bajas? —preguntó sacudiendo el pañuelo para abrirlo.

Jane había retrocedido hacia la puerta, los ojos siempre fijos en la cara de Katherine como esperando que ella tomara la iniciativa.

—No —dijo—. Te veré más tarde. —Y con una breve sonrisa se fue.

Katherine oyó que en el pasillo se cerraba la puerta.

Cuando volvió a la sala los otros tres estaban tal cual los había dejado. Robin la invitó a salir a la terraza y mantuvo la puerta-ventana abierta para que pasara. Más allá de un parapeto y varios rosales había una pista de tenis, y en un nivel algo más alto un sendero de grava llevaba a la puerta del muro posterior.

—¿Te gusta el tenis? —preguntó Robin—. Tenemos que jugar. Aquí preferimos tener una pista de las buenas antes que un gran jardín con césped, ya sabes. El césped queda muy bonito, pero siempre hay que estar cuidándolo

y, de todos modos, para tomar el té y ese tipo de cosas, ya tenemos un pequeño parque a ese lado, justo bajo tu ventana. Al otro lado de la pista está el huerto. —Señaló el muro del fondo—. Y luego el río.

—¿El río? —dijo Katherine satisfecha—. Lo he oído.

—¿De veras? ¿Te gustaría verlo?

Bajaron los escalones y subieron por el sendero de grava. Robin hizo correr los dedos por la alambrada.

—Los melocotones ya están maduros —dijo, señalando unos árboles que asomaban tras el muro—. El año pasado recogimos casi siete kilos.

Abrió la puerta y pasaron a un huerto donde los esperaba una profusión de lechugas, guisantes, judías, coles y varias filas de emplumadas zanahorias. En una esquina había un cobertizo para herramientas y un invernadero, dentro del cual se vislumbraban tomates. Un grifo, envuelto en trapos, goteaba lentamente formando en los guijarros una perpetua mancha verdosa.

—Es un lugar fantástico para cultivar —dijo Robin—. Fíjate en lo protegido que está, con el muro a un lado y los árboles frutales al otro. Y, además, como el río está cerca se inclina hacia el sur, ¿ves?, y recibe el sol de lleno. —Bajó una rama y tocó varias ciruelas; una de ellas le cayó rodando en la mano y él se la dio a Katherine. En la piel había quedado la huella de sus dedos.

—¿Y el río no...? —Katherine no pudo acabar la frase en inglés. Él, no obstante, comprendió que quería preguntarle si el río nunca se desbordaba.

—A veces inunda la otra orilla, donde el terreno es más bajo. Ven y verás.

Entre doradas nubes de insectos avanzaron hasta un portón alto, de un azul deslucido, y cuando lo abrieron Katherine, perpleja, se encontró con un río ancho que, si bien parecía correr casi junto al umbral, estaba separado por diez metros de hierba limpia y segada. Al borde del agua había una escalinata de madera.

—Esto es precioso —dijo, arrojando el hueso de la ciruela al agua, en la que se veían peces traslúcidos que subían a curiosear—. ¡Qué suerte tienes!

Abarcando el río con la mirada, comprendió que se encontraban en el centro de una leve pendiente bordeada de álamos, a cuyos pies se veían huellas de caballos. Las ramas ondulantes de un sauce llorón formaban una

suerte de tienda capaz de cobijar una canoa. Río arriba, el crepúsculo rielaba en el agua iluminando cientos de insectos de alas transparentes.

—Bonito, ¿verdad? —dijo Robin. Se apoyó en un letrero que advertía Terreno privado. Prohibido desembarcar y miró hacia la otra orilla, donde dispersas ovejas de vellones dorados pastaban en un campo—. ¿Te gusta pasear en bote?

—Sí... ¿Tenéis uno?

—Tenemos una batea —dijo Robin, señalando la caseta construida en el extremo de un embarcadero—. Me temo que no he traído la llave. ¿Sabes llevar una batea?

—¿Una batea?

—Sí, se usa una pértiga.

Katherine sopesó la imagen.

—¡No! Pero sé... —Hizo el ademán de remar en bote—. Y también... —E hizo el de remar en piragua—. ¿Entiendes? —concluyó con una risita medio nerviosa, medio excitada, foránea y chispeante, que quizá pudiera atraerle.

Dándose impulso con los hombros él se apartó del cartel.

—Pues te enseñaremos a usar la pértiga —dijo—. Mira, una rata de agua. Allí enfrente—. Señaló la otra orilla, donde una cabecita marrón, acompañada de una cola oblicua, corría infatigablemente hasta que desapareció bajo el sauce llorón.

—La he visto.

Él abrió la marcha de vuelta, y después de cerrar el portón azul colgó la llave de un clavo oxidado. Ella no dejaba de vigilar su humor. Pero las acciones de Robin no parecían albergar ninguna intención distinta de la evidente: en ese momento se encontraba perfectamente a gusto en las tierras de su familia y daba por sentado que a ella le interesaría conocerlas, pero nada más.

Subieron los escalones de la terraza. En la sala se habían encendido las luces.

—¿Habéis dado un paseo? —preguntó la señora Fennel—. ¿Te ha mostrado el río?

—Sí. Le gustará a usted mucho.

—Es bonito —admitió la señora Fennel—. Pero ten en cuenta la humedad. Y el invierno es melancólico.

Este último comentario, dicho como en otro idioma, conmovió a Katherine como quizá solo hubiera podido hacerlo un verso. Mirando a su alrededor, se hundió silenciosamente en su asiento y pensó en el momento en que ya no estaría allí. El señor Fennel, con las gafas puestas, volvía las rígidas y cargadas páginas del periódico local. Jane por fin había bajado y, sentada en el sofá, tenía apoyado en el pecho un libro en cuya tapa se veían montañas; no hablaba con Katherine pero le prestaba atención. Bajo la luz eléctrica pudo juzgarla mejor. Tenía una cara angulosa y cincelada, muy Fennel, pero sin la destellante belleza que daba la juventud ni el afable reposo de la madurez. Era más bien pálida e irritable, como habría sido Robin tras una larga enfermedad. Pero no tenía nada del aplomo de este y ni siquiera vestía tan bien como él, así que Katherine pensó que tal vez se hubiera equivocado, que tal vez no se llevara tantos años con su hermano. Llevaba una ropa algo raída y además no estaba maquillada ni tenía las uñas bien cuidadas. Robin se dejó caer en el taburete del piano y tocó unas notas.

—Supongo que Katherine querrá acostarse temprano —dijo la señora Fennel—. Debe de estar cansada. ¿Pasaste la noche en un hotel?

—No, dormí en el tren.

—Eso no es dormir, ¿no? —dijo el señor Fennel, que se había quitado las gafas y se estaba rascando la nariz con la patilla—. El sueño no es un mero descanso de la mente. El cuerpo entero debe estar tendido, hay que relajar hasta el último músculo.

—Los caballos duermen de pie —repuso vagamente Robin—. Pero bueno, Katherine, vete a la cama si lo necesitas realmente.

—Creo que me quedaré aún un rato. No estoy tan cansada.

—Mañana puedes dormir todo lo que quieras —dijo la señora Fennel cortando un hilo con los dientes—. Nadie te molestará. Oh, Robin, ¿qué es eso que hay en el techo? ¿Ha entrado una polilla?

Después de desperezarse Robin examinó las inmóviles alas abiertas bajo la luz rosada del techo.

—No cabe duda —dijo—. ¿No había en la biblioteca un trapo para el

polvo? ¿Puedo subirme en esa silla?

—Primero pon un papel.

—Ten cuidado —dijo Jane.

Robin se volvió a mirarla divertido.

—Está cubierta de pelo —informó—. ¿Qué pasa? ¿De repente les has cogido cariño?

—Puedes tratarla con cuidado.

—Sí, cariño, no la aplastes —dijo la señora Fennel—. Sé firme pero suave. Y suéltala por la ventana.

Miraron cómo la cabeza y las manos de Robin se extendían y tapaban la luz, y hasta el señor Fennel levantó resignadamente la vista cuando la sombra se proyectó en el periódico. En ese momento Katherine sintió que por fin le parecía natural estar allí, aunque al mismo tiempo era consciente de que no había entre ellos ninguna intimidad: la misma escena podría haberse producido en un vestíbulo de hotel. Pero enseguida desechó la comparación, recordándose que le quedaban por delante tres intactas semanas. De repente, la fatiga la invadió y la cabeza comenzó a darle vueltas: había llegado la hora de irse a dormir. Robin informó de que la polilla había escapado hacia la enredadera.

Y, sin embargo, cuando después de haberse despedido estuvo a oscuras en la cama, sin oír más que los desconocidos ruiditos que le llegaban de los árboles y de otros cuartos de la casa, descubrió que aún no tenía ganas de dormir. Su mente parecía una maraña de cables vivos: podía elegir uno e intentar seguirlo hasta el origen, pero casi al instante aparecía otro que la desviaba. Cualquier circunstancia que escogiera se transformaba en otra cosa, sumiéndola en el desconcierto. La mente se le había transformado en uno de esos juegos en los que hay que introducir diversas bolitas en sus agujeros. Sus pensamientos rodaban y ella sacudía la cabeza para encajarlos. Hasta que bruscamente lo consiguió y en cuanto llegó a concretar lo que estaba pensando el malestar se desvaneció por completo.

¿Cuándo iba a empezar Robin a comportarse con naturalidad?

Hasta entonces se había aferrado insípidamente a las formas, incluso cuando se encontraban los dos solos, como si estuviera jugando a ser adulto. ¿Cuándo pensaría quitarse esa capa, ser más amistoso y hacerla sentir más

cómoda?

En su afán por mostrarse educada se había reprimido de tal manera que hasta ese momento no había nada en la visita que le pareciera real. Era todo ligeramente hipócrita, como una entrega de premios en la escuela. Por supuesto, tal vez los padres se comportaran siempre así. Pero Robin parecía haberles copiado las maneras, hasta el punto de que ahora que ella los había conocido a todos, uno tras otro, le quedaba la sensación absurda de que la persona más importante, su verdadero amigo, aún tenía que aparecer. En ninguno de los saludos había encontrado nada que pudiera explicar por qué la habían invitado a hacer un viaje tan largo y tan caro. Le habían dado la bienvenida sin dramatismo, incluso con indiferencia, como si viviese en el pueblo de al lado. Estaba de lo más decepcionada.

¿Y si en realidad era tímido? Meditó sobre su cara, que ya conocía bien, y sobre su actitud. No, imposible. Y tampoco podía achacarlo a que se aburriera con ella, porque siempre estaba atento y no abandonaba la solicitud un solo instante. La verdad es que actuaba como si como si hiciese ya tiempo que se hubiera formado una idea acerca de ella y hubiese organizado el encuentro solo para revisar y corregir uno o dos puntos sin importancia. No se le notaba la menor inhibición.

Entonces, ¿por qué estaba tan segura de que no actuaba con naturalidad?

Eso sí que era un problema

Bien, ese comportamiento tenía por fuerza que ser artificial. Apenas tenía la misma edad que ella. Era, sin lugar a dudas, artificial que alguien de dieciséis años se comportara como una mezcla de príncipe regente y de embajador extranjero. Resultaba sencillamente imposible. Además, si por una remotísima casualidad hubiese sido así, era evidente (¡lúgubre idea!) que jamás la habría invitado. Habrían resultado ser totalmente distintos en todos los sentidos, de modo que... Y si realmente era tan independiente y al mismo tiempo elegante —los movimientos de Robin eran siempre serenos, graciosamente perfectos—, la gente, los amigos, las personas no le habrían interesado en absoluto.

Y en consecuencia no la habría invitado.

Pero lo había hecho.

Por lo tanto aquella reserva, aquella forma de tamizar cada palabra y cada

ademán hasta darle un lugar exacto en la conversación, aquel gracioso manejo de su propia personalidad no eran naturales, o al menos constituían una pátina, a esas alturas tan familiar que, ocultamente, le permitía cambiar de idea y de razones con total libertad. En algún punto, debajo de aquella capa, había alentado un deseo de verla que ahora se había transformado en otra cosa. Por el momento a ella no le quedaba más que observar. Pero con el tiempo descubriría más. Y llegaría el día en que él decidiera abrirse.

Pero tras aquel período de orden los pensamientos volvieron a romper el esquema y una vez más empezaron a enredarse, tanto que Katherine se cansó de seguirlos y cayó en una suerte de seminconsciencia. De inmediato la invadieron impresiones borrosas, detalles del viaje y de los pasajeros, el brillo del mar, la danza de las olas como atisbo de una fuerza inmensa, las gaviotas en Dover y, sobre todo, la sorpresa de que después de tantas millas, tantos kilómetros y vehículos tan diferentes, después de haber pasado por tantos muelles y andenes, por controles, vestíbulos, aduanas y salas de espera, hubiese llegado al destino hacia el cual había partido, hubiese encontrado sin problemas a Robin Fennel y, tras de haber viajado por un sinnúmero de carreteras y caminos de nombre ignoto, hubiesen llegado juntos a la casa donde él vivía. Finalmente, como una vela que resplandece un instante antes de perderse en el horizonte, su mente lanzó un último destello: la asombró, al cabo de tantas cosas, estar acostada en una cama de esa casa, rodeada por lo desconocido en un radio de cientos millas y no sentir sin embargo la menor angustia.

2

Como a la mañana siguiente nadie la llamó, pudo dormir a su gusto, y cuando se despertó descubrió que su reloj marcaba las nueve y media, el sol ya estaba alto y el calor se extendía sobre el campo como un enorme árbol verde. No sabía muy bien qué se esperaba de ella, de modo que se lavó y se puso un vestido de hilo. Luego se deslizó por el corredor y bajó la escalera. Las puertas de las habitaciones estaban abiertas y, desde la cocina, llegaba un traqueteo de ollas y una voz que cantaba con descaro. Todas las alfombras de la casa eran mullidas y silenciosas, y las puertas se cerraban perfectamente con un leve chasquido. Cegadoras espadas de luz caían oblicuas desde las ventanas del rellano, que estaban abiertas. Al abrir la puerta del comedor la alivió ver que Robin y Jane todavía estaban desayunando. Robin dejó inmediatamente el periódico matutino y se levantó a moverle la silla.

—Buenos días —dijo—. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias. Me temo que llego tarde.

—En absoluto —dijo Robin—. Los domingos no desayunamos a una hora fija. Además, estabas cansada por el viaje.

Le acercó el azucarero y Katherine espolvoreó un pomelo.

—Y nosotros estamos cansados de no viajar —dijo sombríamente Jane. Estiró la mano y le birló a Robin el periódico.

Los dos estaban comiendo tostadas con mermelada. El pomelo era un lujo reservado a Katherine, y ella lo exprimió con fruición hasta que una gota le salpicó en el ojo y se lo tomó con más calma. Las sutilezas que se le habían ocurrido la noche anterior ya no le parecían plausibles y, una vez más, se sentía incómoda e inhibida.

—¿Qué te gustaría hacer hoy? —preguntó Robin después de pisar un botón que había bajo la alfombra para pedir unos huevos con tocino. Le

sostuvo la taza a Jane para que le sirviera café.

—Pues no lo sé —titubeó Katherine, sospechando que acaso hubiera una respuesta oculta exigida por la etiqueta.

—¿No quieres ir a la iglesia?

—Iré si vosotros vais.

Jane, con los codos apoyados en la mesa, alzó los ojos y dejó escapar una risita.

—Somos una familia atea —dijo—. Pero respetamos tus principios, si los tienes. La verdad es que especulamos bastante sobre si serías católica.

—¡Oh, no! No lo soy.

En apariencia aliviado, Robin tanteó el mantel buscando el periódico, que había desaparecido. Jane se lo arrojó y luego se puso en pie y encendió un cigarrillo.

—Pero, de todos modos, me gustaría conocer algunas iglesias —se apresuró a añadir Katherine. Tengo entendido que son magníficas.

—¡Oh, sí! Ya organizaremos una de esas orgías —dijo Jane—. Iremos a Londres, a Oxford, a Salisbury y a todos los lugares de interés. Robin te informará de las fechas. —Se había sentado en el hueco de la ventana y el cigarrillo, comparado con su boca, parecía insólitamente grande.

Robin sacó un lápiz del bolsillo de su chaqueta y achatando bien el periódico garabateó una palabra en el crucigrama. Luego miró directamente a Jane.

—La pregunta es qué vamos a hacer esta mañana —insistió.

—Propongo que le enseñemos el pueblo a Katherine. Lo poco que hay que enseñar.

—No es mala idea.

—Y el río.

—Ya lo ha visto.

—Pues entonces puede verlo desde la otra orilla.

—Los ríos —dijo Robin en voz baja— se parecen mucho vistos desde cualquier lado.

Jane se volvió con una mirada cortante.

—Bien, pues en el pueblo no hay nada que ver. Puedes recorrerlo de cabo a rabo y no lo habrás visto, ni siquiera te enterarás de que está ahí. Y bien que

habrás hecho. —Parecía inexplicablemente enfadado.

Katherine dedujo que, por decirlo así, Jane compartiría con ella el papel de invitada, y eso la decepcionó, porque habría querido tener a Robin para ella sola. Además, Jane empezaba a disgustarle. Era cortante e irritable. Llevaba el pelo corto, al anticuado modo Eton, y tenía un cuerpo pequeño, huesudo, como falto de energía. Para salir se puso una vulgar camisa a cuadros que contrastaba con la suavidad dominical de la ropa de ellos dos. La puerta delantera estaba abierta, y cuando pasaron por el porche el sol pareció despegarse de la tierra para recibirlos y simultáneamente desplomarse sobre sus hombros y sus cabezas. Dio la impresión de que, al sentirlo, Robin se erguía, mientras miraba los árboles que por todas partes se alzaban hacia el cielo. Su elegancia resaltaba su belleza.

Siguieron un camino que los condujo a una carretera vecinal que llegaba hasta el pueblo. Como Jane había anticipado, no había mucho que ver: nada salvo una calle de casas bajas, un pequeño taller con un garaje, una mezcla de tienda de ultramarinos y oficina de correos, y un modesto pub con un banco en la entrada. Al final de la calle había un estanque, y a la derecha, sobre una loma, se alzaba la iglesia. Los exiguos jardines delanteros de las casas rebosaban flores y el canto de los pájaros saturaba el aire.

Por poco llamativo que fuera, a Katherine le pareció fascinante.

Curioseó en los callejones laterales de las casas, donde jugaban niños feos, bulliciosos, y se veían ancianos sentados a las puertas de las cocinas. Mientras contemplaba aquellas manos que descansaban en los regazos o en los reposabrazos de las sillas, le pareció extraño que esa gente, que había hecho su vida tan lejos de ella y de una forma tan distinta, tuviera un segundo para regalarle una mirada radiante. A través de las puertas entreabiertas le llegaba de vez en cuando música de Radio Luxemburgo, y en los alféizares, entre cortinas de encaje, vislumbró figuras chinas hechas en serie y hombres en mangas de camisa que leían los periódicos del domingo.

Camaron los tres juntos bajo una luz torrencial que, si bien de momento era más intensa que el calor, auguraba un equilibrio entre ambos para la hora de la siesta.

—Bien, ahora ya lo conoces todo —dijo Jane cuando Robin acabó de contar una fugaz anécdota sobre la Guerra Civil—. ¿No crees que es más

bonito de lo que uno espera?

—Es muy bonito —dijo Katherine.

—La verdad es que sí, para ser lo que es. Pero con el tiempo se vuelve soso. —Jane bostezó de calor—. Pero, dime —al disiparse el bostezo la voz, por contraste, adquirió una claridad artificial—, ¿es cómo te lo imaginabas? Todo, quiero decir.

Sorprendida con la guardia baja, Katherine se quedó mirándola. Aquella era la pregunta que habría debido hacerle Robin, la pregunta para la cual se había preparado tanto. Y, sin embargo, era Jane quien obviamente esperaba una respuesta. Dudó. ¿Estaba hablando del pueblo o de la visita en general? Si no se equivocaba demasiado si la pregunta viniera de Robin, pensaba, se habría referido al pueblo, pero con Jane no estaba tan segura. Aunque no había tenido tanto trato con Jane como para tomarse la pregunta en un sentido personal.

—Es más pequeño —admitió—. En realidad no sabía bien qué esperar. Miré varios libros sobre Inglaterra para ver si encontraba algo sobre el pueblo, pero no encontré nada. La verdad, supongo que supuse que habría... cabañas pintadas de blanco, una iglesia muy antigua, hierba...

—Un poste para las fiestas de mayo y un montón de gente cazando y comiendo rosbif —dijo Jane, desechando el comentario sin deponer la actitud vigilante—. ¿Y Robin no te contó nada?

Katherine se sintió culpable al pensar en las largas descripciones en inglés que impacientemente había pasado por alto y apartado a un lado. Nunca se había preocupado por buscar en el diccionario las palabras que no entendía.

—Alguna que otra cosa —dijo Robin. No se sabía bien para qué, llevaba un bastón de fresno con el cual apartaba ortigas y matas de perejil—. Pero no soy muy bueno con las descripciones.

—Robin defiende el estilo «guía de viaje» —dijo Jane—. Aunque me parece que este pueblo no está en ninguna guía.

—Los libros favoritos de Jane —replicó Robin acercándose al sarcasmo lo máximo que se permitía—, en cambio, están escritos por gente que viaja con un arma y una máquina de escribir.

—Me gusta saber cosas sobre los lugares. —La voz de Jane adquirió un curioso tono de desafío, como de hermana menor—. A ti lo único que te

interesa es la tasa de nacimientos y el nivel de vida. Yo quiero saber qué sentiría si viviera allí.

—Te aburrirías.

Jane se dirigió exclusivamente a Katherine:

—¿Concuera lo que has visto en Inglaterra con lo que habías leído antes de venir? Claro que habrás leído muchísimas cosas... Pero ¿encajan con lo que ves?

La pregunta dejó a Katherine perpleja.

—Un poco, tal vez —dijo—. No mucho.

—Me lo figuraba —dijo Robin, que se detuvo al borde del estanque, se puso el bastón bajo el brazo y sacó del bolsillo un bollo que había sobrado del desayuno para deshacerlo en migas que empezó a arrojar a los patos. El expectante semicírculo que estos habían formado se rompió no bien empezaron a caer los trocitos—. Pero ahora puedes conectarlo, ya sabes. Coge, por ejemplo, lo que estás viendo —prosiguió Robin.

Jane farfullaba, impaciente, y mordisqueando una hoja de hierba se hizo a un lado para mirar a los patos. Mientras partía cuidadosamente el pan, Robin continuó su explicación:

—Campos reducidos, sobre todo de pastoreo. Cables telegráficos y un garaje. Ese cartel del Empire Tea. Y tú sabrás que Inglaterra es un país pequeño, agrícola en otros tiempos pero hoy altamente industrializado, que, para su subsistencia, depende en gran medida de un extenso imperio. Ya ves, todo encaja.

Katherine lo miró con suspicacia. Su voz sonaba como si la brecha entre sus pensamientos profundos y superficiales se hubiese cerrado y estuviera hablando con franqueza. Se preguntó por qué. Los patos devoraban el pan entre ruidos similares a palmadas.

—Aquel de atrás no ha podido comer nada —dijo Jane—. ¿Lo veis? Lo intenta, pero los otros siempre llegan primero. Dale un trozo.

—No se esfuerza lo suficiente —dijo Robin—. En realidad no quiere comer.

De todos modos le arrojó un trocito, con tal puntería que le dio en la cabeza. Antes de que el pato pudiera comprender lo que había ocurrido, otro se había abalanzado a devorar su ración con un escándalo de plumas mojadas.

—Anda, Robin, échale más —dijo Jane.

—Se acabó —Robin se limpió las manos y volvió a empuñar el bastón—. Me parece que no tenía hambre.

Mientras empezaban a alejarse los patos los siguieron esperanzados —el que no había comido un poco apartado—, nadando con aturdida dignidad.

De golpe, inexplicablemente, Robin descargó el bastón contra la punta de una vara que había en el suelo, haciéndola saltar por el aire y, cuando ya iba cayendo, la arrojó de un golpe diez metros más allá por encima de una cerca, donde unos pollos se precipitaron a picotearla.

—Invasión de propiedad —dijo mirando a Katherine, que contagiada de su súbita irresponsabilidad se echó a reír.

—Recuerda que es domingo —dijo Jane fingiendo reprobarlo, aunque en realidad lo miraba con una especie de desprecio fútil.

Por un momento Katherine los vio a los dos muy claramente: Robin erguido bajo el sol, mirando a su alrededor, el bastón autoritario en la mano; Jane enjuta e irritable, deseosa de volver a la casa. «¡Qué absurdo! —pensó—. No es nada tímido. Y, bien, ¿por qué tendría que serlo?»

Subieron por un sendero que atravesaba el cementerio, donde flores y hierbajos se mezclaban con las tumbas y el aire acercaba los cantos de la iglesia. La pureza de la luz atenuaba la distancia de bosques y colinas, a la vez que agudizaba lo inmediato: las campanillas azules, la aspereza de las lápidas grabadas, los insectos en las hojas de hierba. Al final del sendero había una cancela que daba a un amplio prado, repleto de ranúnculos, que caían hacia el río. Desde la sombra de los árboles, vacas de ijadas brillantes los miraron cerrar la puerta y bajar por un sendero casi borrado. Mientras seguía a los otros dos, Katherine notó que las flores proyectaban un reflejo amarillo en las sombras de sus ropas, como si caminasen bajo una especie de esplendor.

Fue también el primer día —o a lo sumo el segundo— que jugaron al tenis. A partir de entonces nunca pasaba mucho tiempo sin que echaran un partido. Jane objetó que hacía demasiado calor y Katherine albergó la esperanza de que se marchara durante un rato, pues deseaba ver cómo actuaba Robin cuando estaban solos, pero cuando volvió a la pista después de haberse cambiado el calzado Jane ya estaba allí, lanzando la raqueta hacia

arriba para agarrarla en el aire, lo que provocaba que las cuerdas destellaran al sol. Era obvio que no quería jugar, y a Katherine se le planteó entonces un nuevo problema: el motivo por el que Jane insistía tanto en pegárseles. Si decía algo, sobre todo a Robin, siempre parecía desdeñosa y (por lo que Katherine alcanzaba a ver) aburrida. Robin la trataba con gentileza, pero con un atisbo de displicencia que hacía pensar que, en su opinión, Jane no valía mucho y era él quien llevaba la batuta. Y, sin embargo, aunque no lo pareciera, ella debía ser al menos cuatro años mayor. Katherine percibía que había entre ellos un conflicto solapado, aunque desde luego también podía tratarse de una compleja broma familiar. Su oído aún no se había afinado tanto como para captar esos matices de sentido. Pero en caso de que sus suposiciones fueran ciertas, ¿por qué Jane prolongaba la situación adhiriéndose a dos personas tanto menores que ella?

De momento no esperaba obtener una respuesta. Tenía que concentrar toda su atención en comprender lo que decían.

Antes de empezar, Robin tensó la red. Parecía darse por sentado que era el que mejor jugaba, de modo que el primer partido lo disputaron las dos chicas. Se colocaron cada una en un extremo de la pista y Robin se mantuvo junto al borde haciendo de árbitro. No bien empezaron a jugar Katherine se dio cuenta de que estaba en muy baja forma, y de que su torpeza se agravaba con la presencia de Robin. La raqueta que le había prestado la señora Fennel era demasiado pesada, y una y otra vez lanzaba las bolas fuera. Sabiendo que Jane era una rival mediocre, procuró concentrarse, pero solo logró excitarse más y perdió los dos primeros juegos. Luego, cuando iba a servir el primer saque del tercero, la pista entró repentinamente en foco y ella sintió que ganaba confianza. Se apuntó seis juegos seguidos, y con ellos el set. No sin sentirse culpable, se reunió al borde de la pista con Robin y Jane, preguntándose si no habría debido ceder uno o dos juegos más.

Para su sorpresa Jane no parecía en absoluto molesta.

—Con Robin te divertirás más—la oyó decir—. Yo voy a buscar una hamaca.

—¿Quieres descansar un rato? —preguntó Robin tocando la cubierta de goma del mango de su raqueta.

Respondió que no, porque sabía que en el deporte las personas revelan

buena parte de su temperamento, y estaba deseando ver cómo jugaba él. El hecho de enfrentarse a ella, incluso en una simple pista de tenis, lo obligaría a revelar la personalidad que tanto se cuidaba de ocultar. Jane, por lo contrario, se había mostrado totalmente distinta de lo que Katherine esperaba: nada petulante ni quisquillosa, sino tímida e incapaz de aprovechar una ventaja.

De modo que Robin y Katherine se colocaron uno frente al otro en la pista rojo oscuro, un poco por debajo del jardín, rodeados de árboles susurrantes que fulguraban al sol, y una ruborizada Katherine, decidida a esforzarse al máximo, empezó el juego con una de las pelotas de la familia, marcadas con una F. Mientras Jane, sentada con las manos sobre la falda, cantaba los tantos con voz clara. Era evidente que Robin jugaba mejor: golpeaba con fuerza y confianza, y el juego era rápido, porque enviaba la bola de una punta a otra con *drives* largos y esquinados. Esos golpes mantenían a Katherine siempre en movimiento, al borde del ahogo. Empezó a sentir pánico. Robin ganó el primer juego, el segundo y el tercero.

Con todo el descaro, permitió que ella ganara el cuarto, tal vez para evitarle la vergüenza de perder el set en blanco. Eso la molestó tanto que decidió que vengarse: había ido estudiando el juego de él y ahora empezaba a ver cuáles eran sus puntos débiles. Tenía un estilo algo mecánico. Lo primero que notó fue que invariablemente le devolvía el servicio sobre el revés, aun cuando ella hubiese demostrado que ese revés no era débil. Luego descubrió que rara vez la miraba antes de colocar los golpes, y que sus *drives* cruzados eran en gran medida frutos del hábito. En definitiva era un jugador bastante limitado: nunca tiraba bolas cortadas ni hacía excursiones piratas a la red. Era rápido, preciso, abierto y constante.

Una vez hubo asimilado todos estos datos, no le fue difícil tomar la iniciativa y romperle el esquema con saques suaves a la línea central y una combinación de reveses cortos y *drives* profundos y elevados. Con esa táctica logró desestabilizarlo, y pronto lo vio correr de un lado a otro como antes había hecho ella. Después de empatar a cinco juegos se impuso por siete a cinco. Jane aplaudió teatralmente desde la hamaca, rompiendo la tranquilidad de la tarde.

—¡Espléndido! —exclamó.

—¡Caray! —dijo Robin—. ¿Qué ha ocurrido?

Katherine se acercó a él y vio que tenía el pelo desordenado y la frente mojada de sudor, y la alegró pensar que ella era la causante de eso. Una vez más, como en el estanque de los patos, sintió que el revestimiento de la coraza que parecía llevar se había aligerado. Como un ciego que de alguna manera percibe que se ha encendido una estufa eléctrica, podía sentir el interés que le había despertado.

—Usó la cabeza —dijo Jane.

—Si hubiera seguido intentado seguirte el juego, habría perdido el partido —dijo Katherine—. Así que cambié de táctica.

—Muy lista—dijo Robin—. En eso somos totalmente diferentes. Yo soy incapaz de pensar mientras juego, me limito a dar castañazos.

—¿Castañazos?

Jane le explicó qué significaba esa palabra mientras se ponía un blazer sobre los hombros. Subieron a la terraza, donde unas sillas de mimbre rodeaban una mesa de hierro.

—Si nos quedamos un rato aquí, Robin podrá recuperarse al aire libre —dijo Jane—. Iré a buscar limonada. ¡Menuda broma, ganarle así!

—¿Crees que se ha enfadado?

—¡Oh, no! Eso sería de mala educación.

Katherine se sentó. Sus tres semanas de vacaciones casi intactas aún, se extendían ante ella como aguas brillantes. Allí, con los Fennel, el tiempo adquiriría una cualidad diferente. Era como si sintiese su curso lento, lujurioso, como el de una crema espesa derramándose de una jarra de plata. Contempló a Robin mientras aflojaba la red y cerraba la puerta de la pista con la raqueta y el tubo de pelotas bajo el brazo y pensó que era típico de él ordenar todo después del partido. En cierto sentido, parecía el mayordomo ideal. Pero cuando él subió los escalones de un salto y su rostro elegante, fatigado, se acercó de nuevo a ella, volvió a turbarse profundamente y la imagen que de él tenía en su cabeza se embrolló aún más. Su cabeza de oscuros cabellos ondulados se irguió con tal independencia y atención —atención, para colmo, dedicada a ella— que fue a Katherine a quien le pareció ocupar de pronto el sitio de la criada.

—Nos quedamos aquí, ¿no? —dijo él, atornillando la prensa de la raqueta.

El corazón de Katherine dio un vuelco. No quería hablar con él de trivialidades. Sintió, como había sentido desde que viera su foto por primera vez, que, de haber querido, él habría podido decirle algo que fuese para ella lo más importante que había oído jamás. Pero no tenía la menor idea de qué podía ser.

—La pista es muy buena —dijo.

—No es mala, ¿verdad? Se juega estupendamente.

Jane volvió a salir de la casa llevando una bandeja con la jarra y los vasos que habían usado la tarde de la llegada de Katherine.

—Sigue sin haber hielo —dijo—, y esto es todo lo que queda de limonada. Me temo que lleva incorporada gran cantidad de semillas y pulpa y demás, pero pienso que aún es bebible. Limón puro.

—No la has colado bien —dijo Robin, examinado críticamente un vaso antes de pasárselo a Katherine—. ¿Por qué no usaste un trozo de muselina?

—No encontré ninguno. —Jane acercó la silla a la mesa y se situó enfrente de Katherine—. Tampoco nos vamos a morir. La próxima vez hazla tú, ya que eres tan quisquilloso.

Robin sonrió, distraído.

3

La casa estaba rodeada de árboles y, paulatinamente, se fue acostumbrando al continuo susurro y a muchas otras cosas que al principio le habían resultado extrañas. Llegó a saber qué habitación se encontraba detrás de cada puerta: la de Robin, la de Jane o el estudio del señor Fennel, repleto de estantes con archivos, volúmenes sobre caballos y otros por el estilo. Eran prácticamente los únicos libros de la casa. En las estanterías de la sala solo había novelas baratas acumuladas durante sucesivos veranos; los pocos que tenía Robin estaban en su habitación y, al parecer, Jane no tenía ninguno. Una tarde Katherine hizo una visita furtiva al cuarto de Robin y se encontró con un pequeño juego de estantes con una sosa variedad de regalos de cumpleaños, premios escolares y ciertos libros presumiblemente elegidos por él: una historia de la ópera y algunas obras políticas forradas con papel de periódico.

Se acostumbró a los ruidos que oía al amanecer, cuando se despertaba: pasos tenues de ida y vuelta al lavabo y, desde el exterior, el motor del coche del señor Fennel. Dejó de avergonzarse ante la criada, que cuando se topaba con ella solía hacerle comentarios ininteligibles en su rústico inglés. Aprendió a tener suficiente hambre para enfrentarse con el desayuno a las nueve de la mañana.

Se lo contó todo por carta a su mejor amiga del instituto:

Todo es auténtico y cómodo. De hecho, se parece bastante a un hotel. Te invade la permanente sensación de que te estás comportando adecuadamente. En la familia son cuatro: el padre y la madre —a quienes solo veo durante las comidas, pero que son muy simpáticos—, y Robin y Jane. Robin es mucho más guapo de lo que imaginaba. Tengo una foto, cuando vuelva te la enseñaré. Me gustaría poder describírtelo mejor, pero, por el momento, me

tiene un poco confundida. No comprendo para qué me pidió que viniera, porque no despierto en él el menor interés. Es educado y amable, por supuesto, y se pasa todo el tiempo conmigo, pero ya sabes a qué me refiero. Es como que si estuviera guiándome por un museo. Da la impresión de estar a kilómetros de distancia, y no precisamente en el sentido poético. Jane es diferente. Debe de tener unos veinte años. Se pasa todo el tiempo pegada a nosotros y parece dispuesta a trabar amistad, aunque no sabe cómo hacerlo. A veces se comporta de un modo casi grosero —me da la sensación—, pero tal vez se deba a puros nervios. La verdad es que no me importa demasiado y, en realidad, me gustaría que se buscara algo que hacer. Si nos dejara más ratos a solas, podría descubrir más cosas de Robin. No me queda mucho tiempo, porque durante mi última semana recibirán otra visita. Es un hombre, un amigo de la familia.

Jane era un misterio. Hicieran lo que hicieran —andar, pasear en bicicleta, jugar al tenis— se adosaba a ellos, siempre de malhumor pero sin la determinación necesaria para proponer otros planes. Robin no hacía ningún comentario al respecto. Poco a poco, acabó por concluir que Robin debía de haberla enrolado para ayudarlo a cargar con la huésped. Era difícil imaginárselo diciendo abiertamente: «El sábado llega esa chica y se quedará tres semanas. Haz el favor de ayudarme a divertirla, porque para mí solo será una lata». Debía de haber formulado su petición de alguna otra forma más ambigua. Katherine estaba convencida de que había un lado oculto en la naturaleza de Robin capaz de conseguir que su hermana accediese a algo así. Y Jane había aceptado sin pestañear.

No era una explicación nada halagüeña. Cierta día, al volver de un paseo durante el cual a Jane le había salido una ampolla y todo su malhumor, a Katherine se le ocurrió una segunda teoría: en Inglaterra no se habría visto con buenos ojos que Robin y ella andasen solos por ahí, y la señora Fennel, discretamente, le había pedido a su hija que hiciese de carabina. Esta hipótesis permitía eludir el punto débil de la otra, que era que, en su opinión, a Jane le importaba un bledo lo que Robin pudiera pedirle. Y la dejaba a ella en mejor lugar. Pensar que quizá solo se tratara de una convención inglesa le producía una especie de tibieza interior. Al fin y al cabo, los ingleses eran muy formales. Katherine lo sabía porque una vez, aplicadamente, había leído

media novela de Jane Austen.

Pero Jane seguía siendo un misterio.

Una mañana fue ella quien le subió a Katherine su taza de té. Hasta entonces la criada lo había hecho todos los días y, a fuerza de sentir ese sabor en el paladar limpio, Katherine había acabado decidiendo que el té no le gustaba. De hecho, había tomado la costumbre de tirarlo al desagüe de la pila en cuanto la muchacha se iba. Además, le incomodaba que la sirvieran, e intentaba disimular su confusión fingiendo que acaba de despertarse.

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido? —dijo Jane con mecánico sarcasmo. Llevaba puesta una bata amorfa, no muy bonita, seguramente una reliquia de la infancia. Dejó la taza y el plato celestes sobre la mesita de noche.

—Muy bien —dijo Katherine, aturdida aún, pugnando por sentarse en la cama.

Mientras lo hacía sucedió algo desconcertante. Una punta de la almohada chocó contra el borde de la taza y la volcó por completo, con lo cual el tapete, la funda y las sábanas se mancharon de té.

Se quedó sin habla.

Jane, que se había alejado, se volvió al oír el ruido.

—¿Qué...? —balbuceó—. ¡Dios mío! —Empezó a reírse y, una vez hubo empezado, fue incapaz de parar. Cuando se reía su parecido con Robin se acentuaba y, por lo tanto, también su belleza. Su eterna expresión irritada desaparecía de su rostro y se volvía despreocupada y atractiva.

Ruborizada, Katherine forcejeó con las sábanas intentando arrodillarse.

—Lo siento... ¡Qué desastre! Se ha manchado todo...

Jane se sentó sobre el edredón, apoyándose al pie de la cama para poder reír mejor.

—¡Qué gracia! —gorgoteó—. De veras, ¡qué divertido! Perdona mis modales, pero ¿cómo lo has hecho?

—No sé, no me di cuenta... —Katherine la miraba incrédula. Al fin, convencida de la inocencia de su risa, se calmó—. ¡No lo sé! Primero la taza estaba allí y un segundo después estaba... ¡por todas partes! Pero no tiene gracia... —Jane había vuelto a empezar—. ¡Se ha puesto todo perdido!

Gimiendo, Jane se enderezó.

—Pues no te quedes ahí arrodillada. Será mejor que quites la funda... Esto, quiero decir. —Katherine la quitó de un tirón—. Dámela, la pondré en remojo.

Llevó la funda al lavabo y volvió con un trapo para secar la mesita.

—Señor, ¡qué cómico!

—¿Cómico?

—Bueno, a mí me pareció cómico. —Se le escapó una risa ahogada—. Este tipo de cosas me hacen mucha gracia. ¿Sabes lo que quiero decir? Las cosas ridículas...

—Lo siento —dijo cautelosamente Katherine—. Y también le pediré disculpas a tu madre—. Se puso la bata y deslizó los pies en las pantuflas.

—¡Bah, tonterías! —dijo Jane—. No te preocupes. Nadie le dará la menor importancia. Además, ya ha se ha quitado lo peor. —Y arrojó el trapo mojado a la pila, donde cayó con un ruido sordo—. Por cosas así vale la pena vivir.

—¿Qué quieres decir?

—Las cosas verdaderamente molestas... —Jane hizo un gesto que acabó con su mano en el bolsillo y sacó una pitillera esmaltada.

—Ten. Fumas, ¿no?

Dadas las circunstancias, a Katherine le pareció acertado aceptar uno. En la repisa había un candelabro para casos de apagón y, junto a él, una caja de cerillas.

—Bien —Jane se reclinó, apoyándose en los codos, y disparó el humo hacia el techo—. Hermosamente cómico... Recuerdo que una vez, durante unas vacaciones, Robin nos tomó una foto en la playa. Iba retrocediendo poco a poco para encuadrarnos mejor en la imagen. Totalmente concentrado en el asunto. Y yéndose para atrás no se dio cuenta... —Jane empezó a jadear — ¡de que había una roca! ¡Pam, al suelo panza arriba! Casi me muero de risa—. ¿Te lo imaginas?

—Sí, claro —dijo Katherine con una risa cauta.

—¡Dios, fue...! Oye, una cosa. —Jane se volvió de lado mientras impacientemente dejaba caer la ceniza en la alfombra—. ¿Qué opinas de él?

—¿De Robin?

—Sí. ¿Te gusta?

El cigarrillo había mareado un poco a Katherine. Lo apartó y se

recompuso para contestar:

—Sí.

—¡Ah, sí! —Jane se giró de nuevo, sopesando la respuesta—. ¿Y por qué?

—¿Por qué? —Katherine se atrevió a reírse, preguntándose si, en realidad, no debería ofenderse—. ¿Tan malo es?

—¿Te lo imaginas así?

—Uy, no. —La verdad se le había escapado sin darle tiempo de pensar—. Por lo menos...

—Y, entonces, ¿cómo te lo imaginabas? —Jane volvió a girarse, con el cigarrillo en la boca.

Katherine dejó caer subrepticamente la ceniza en la alfombra. Las preguntas de Jane tenían inocencia de las que los niños hacen a los adultos cuando los interrogan o —aunque a Katherine no se le hubiera ocurrido— de las que los adultos hacen a los niños. No había en esa curiosidad nada personal.

—Bueno, pensé que sería... —buscó una palabra inglesa que se aproximase a lo que sentía— bastante corriente.

—¿Y ahora piensas que no lo es? —En un rincón de la mente de Jane empezaba a burbujear otra vez la diversión—. ¿Por qué no?

A Katherine le pareció que tenía que mantenerse firme en ese punto, y dijo:

—Porque no conozco a nadie que se le parezca. No logro comprenderlo del todo.

—Robin es un chico corriente, de pies a cabeza.

Katherine alzó la mirada. Había en el tono de Jane una nota enfática que solicitaba confianza, pero ella no estaba dispuesta a concedérsela así como así.

Detrás de aquello había algo más.

—¿Eso crees?

—Estoy segura. No te esfuerces pensando que sois almas gemelas o cosas por el estilo. Sois totalmente distintos. —Jane bostezó y, con la boca aún abierta, fue hasta su tocador. Se sentó, se miró críticamente en el espejo y se retocó el pelo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es la verdad, y tú aún no lo sabes —dijo sin rastro alguno de interés, inspeccionando las cosas de Katherine. Y, cogiendo el cepillo, añadió —: ¡Cómo pesa esto!

—Es de plata.

—Y el grabado... Es un árbol, ¿verdad?

—Dos árboles —dijo Katherine, desdeñosa—. Se supone que representan el árbol de la ciencia y el árbol de la vida. Y en el peine encontrarás una serpiente.

—¡Vaya! Es muy original.

—Mi abuelo era platero—dijo Katherine, lamentando solo en parte que el tema anterior se hubiese disipado—. Hizo esos objetos para mi abuela.

—¡Pero si están casi nuevos!

—Claro, porque apenas se han usado. Mi madre los tuvo guardados hasta que cumplí catorce años. Entonces me los regaló, y me dijo que podía usarlos o guardarlos, como quisiera.

—Y tú los usas.

—En las grandes ocasiones. Pero creo que cuando acabe el instituto los usaré siempre. Para eso se hicieron.

Por ligera que hubiese sido la charla, significó un avance. Hasta ese momento le había parecido imposible entrar en terreno personal con cualquiera de los Fennel y, ahora, en cambio, también ella podría ser más natural, no solo con Jane, sino también con Robin y sus padres. Era un gesto tan grande que le despertó una calidez inmediata, un gesto de amistad que devolvería con creces.

De todos modos, podía mostrarse agradecida y amistosa con Jane sin estar obligada a creerla. Desconfiaba de la observación de que Robin era una persona común por dos razones: uno, Jane tal vez se limitaba a cumplir con la tarea de aplastar los incipientes sentimientos románticos que ella pudiera albergar hacia él; dos, sus propios datos le decían que la afirmación era falsa. Katherine no conocía muchos chicos de dieciséis años —y los que conocía no eran ingleses—, pero conocía la clase de cartas que escribían otros corresponsales y estaba persuadida de que Robin era excepcional. Cabía la

sería posibilidad de que en un plazo de cinco años dejara de ser notable, pero, a los dieciséis, su madurez casi sobrenatural sugería que albergaba alguna especie de serenidad interior. Una noche, mirándolo jugar con las teclas del piano, la abrumó de pronto un sentimiento de yerma perfección. Robin había alcanzado, le pareció, un estado en el que ya no necesitaba hacer nada.

En los paseos, ya que Robin se mantenía alejado, ella se fue uniendo cada vez más a Jane, y del buen carácter de ambas empezó a surgir una especie de alianza burlona contra él. Una tarde fueron a una feria local en un gran campo en las afueras del pueblo más cercano. Robin había hecho la propuesta y, como de costumbre, Jane se había manifestado su disgusto. Malhumorada, se dedicó a parpadear bajo la luz intensa y, entre otras groserías, inventó para Katherine un juego consistente en señalar personas cuyas caras indicaran que en algún punto de su árbol genealógico había un caballo. Katherine se reía, pero, en conjunto, el lugar le gustaba. Por medio de cuerdas se había delimitado un amplio cuadrado para los desfiles y los saltos y, a su alrededor, la muchedumbre se mezclaba con ponis y caballos, con coches, algunas motos y un improvisado quiosco de refrescos. La mayoría de los espectadores eran gentes del lugar, y Robin se enredaba una y otra vez en conversaciones con jóvenes y muchachas en mangas de camisa y pantalones de montar. Katherine se alegró de que no la presentara. No habrían tenido nada que decirse. Y, sin embargo, al verlo hablar con una muchacha alta y delgada junto a un coche, le fue imposible no pensar en el tipo de vida que haría Robin cuando ella no estaba.

Se concentró en la competición de salto, retrocediendo únicamente cuando un gran perro de caza se le acercó entre la muchedumbre. La serie que se estaba llevando a cabo era para menores de dieciséis años, y los obstáculos eran apropiadamente bajos. Cada participante daba una vuelta al picadero, saltaba una valla, un doble seto, otra valla, un muro y finalmente un portal bajo. Una chica estaba pasando un mal momento con su ruano: el animal ya había derribado una valla, roto los soportes e incluso había conseguido deshacerse de su jinete. Un locutor le transmitía un aliento intermitente, pero el ruano se detuvo ante el muro y la amazona volvió a tambalearse peligrosamente. A Katherine le dio pena. A la chica le exigió sus buenas dosis de paciencia colocar al caballo en posición para un segundo

intento, y solo consiguió que este volviera a negarse. Una vez más dio un rodeo y lo hizo encarar el muro; el caballo sorteó el obstáculo de forma nada airosa y, tras balancearse unos segundos en la silla de montar, ella volvió a caer en la hierba. Dado lo cual decidió resignarse y retiró al caballo sin probar suerte con el portón final.

El siguiente fue un caballito color bizcocho, de crin blanca, montado por una muchacha menuda e imponente que tuvo mucha más fortuna. El animal se aproximaba a los obstáculos trotando dócilmente y los sorteaba con repentinos saltos gatunos. Lo hacía con una facilidad tan inesperada que el público emitía leves risitas, pero la chica y su caballo, lejos de desorientarse, siguieron saltando sin mover una sola barra, siempre con su trote imperturbable. Katherine estudió el programa. El siguiente animal se llamaba Cream Cracker y, bajo el epígrafe «descripción», el compilador no había conseguido poner nada más imaginativo que «caballo color crema». Para deleite de Katherine, el jurado anunció que Cream Cracker y otro competidor habían empatado en el tercer puesto, y solicitó que hicieran una nueva ronda, de modo que el caballo color crema tuvo que volver a entrar. A esas alturas había despertado ya el interés de casi todo el público —sobre todo de quienes nada sabían de caballos— y el locutor se esforzaba por ser ingenioso. Cream Cracker sorteó nuevamente todos los obstáculos, recogiendo impecablemente las patas, y abandonó el picadero entre una fuerte salva de aplausos.

—¡Qué animalito tan precioso! —dijo una mujer cerca de Katherine.

El locutor proclamó que Cream Cracker había obtenido el tercer puesto, y los vencedores salieron entonces a recibir sus trofeos. A Katherine le llamó la atención que, siguiendo una curiosa costumbre, los jinetes sostenían las cintas con los dientes mientras desfilaban en orden. Un nuevo estallido de risas acompañó el inicio de la marcha porque, accidentalmente —o no—, Cream Cracker apareció en primer lugar. Tras haber dado dos vueltas al cuadrado, los caballos se marcharon entre renovados aplausos. La chica menuda no había dado la menor muestra de no estar jugando en el caballo de madera de un parvulario.

—He aquí una muchedumbre inglesa —dijo Jane—. Algo totalmente inigualable. El mínimo común múltiplo está por los suelos.

Katherine sonrió, pero en realidad se lo estaba pasando bien. Un olor a

hierba y a caballo saturaba el aire cálido. De vez en cuando el contraste con el humo de tabaco de pipa lo agudizaba aún más. La muchedumbre, casi todos habitantes de los pueblos cercanos, rezumaba buen humor. Toda clase de gente caminaba sin rumbo por el campo: mujeres pueblerinas que parecían mayores de lo que eran; granjeros bien informados, sabedores tanto de lo que los vecinos habían dejado en sus establos como de lo que habían llevado a exhibir; un vagabundo, con un largo abrigo abrochado con un imperdible y un tallo de hierba colgándole de los labios, que recorrió penosamente tres lados del cuadrilátero para comprarse una cerveza en el quiosco y acabó por sentarse contra los barrotes de una cancela a desenvolver un enorme sándwich de queso. Había muchachotes de cuello tosco y curtido y trajes demasiado estrechos, hijos de granjeros que trotaban entre el gentío sobre sus caballos acicalados para la ocasión; hombres inclasificables que miraban todo a través de los techos abiertos de sus coches; los fantásticos viejos aristócratas, difíciles de tomar en serio con sus *tweeds* arcaicos, sus bastones, sus cadenas y sus alfileres de sombrero exhibidos año tras año en la misma compañía y con el mismo objeto; y, por supuesto, los jóvenes aristócratas locales, de vacaciones, de los cuales uno entre veinte podía considerarse agraciado, pero todos poseían esos cutis que solo dan la buena alimentación y el ejercicio. Un grupo de ellos ayudaba en el quiosco, cobrando precios exorbitantes por sándwiches de lechuga y tartas caseras, y haciéndose un lío con el cambio que guardaba en su sombrero de paño. Katherine y Jane compraron una botella de sidra de cereza cada una y dieron un paseo, echando un trago de cuando en cuando. Todo era libre y campechano. Allí estaban los niños del pueblo, los mayores mezclados con los más pequeños, atentos a cualquier cosa que ocurriera en el picadero. Los pequeños se metían prácticamente bajo las patas de los caballos. Grupitos de muchachos con cabezas alagadas, que dos siglos antes habrían servido de espantapájaros por unas monedas, alzaban sus botellas al sol para ver quién bebía más de una sola vez. Era extraño que, aislados entre la multitud desatenta y diversa, los caballos parecieran aún más altos, como si pertenecieran a una raza superior. Por lo demás, muchos de ellos se mostraban renuentes a saltar, como si les molestara hacerlo ante tanta gente.

Un rato después perdieron definitivamente a Robin, y Jane, cansada

incluso de ser hiriente, sugirió que volvieran a casa a tomar el té en paz.

—¿O todavía quieres ver más? Probablemente seguirán toda la noche. Para ellos la diversión acaba de empezar.

—Vamos, si quieres. No me importa.

Quería irse de allí antes de aburrirse, y cruzaron la hierba sembrada de basura hasta la puerta de entrada. El fuerte graznido de los altavoces, mezclado con el bullicio de las atracciones, las seguía mientras se alejaban por el camino. Varios puestos de juegos tradicionales, con telones negros gastados de tanto circular de pueblo en pueblo, se habían instalado fuera del recinto. Finalmente, los ruidos se apagaron.

—Me lo he pasado muy bien —dijo Katherine.

—¿De veras? Habría apostado a que no. —Jane iba pateando el polvo acumulado al borde del camino—. Estaba segura de que te parecería insoportable. Como a mí.

—¿Por qué? Me ha gustado.

—Te creía más inteligente.

Katherine rio entre dientes. Le estaba empezando a resultar más fácil entender el inglés y menos difícil hablarlo.

—No sé bien por qué, pero siempre me deprime ver a la gente divirtiéndose en masa —continuó Jane—. Claro que a algunos puede gustarles.

—Para mí todo resulta muy extraño —dijo Katherine—. Por eso me gustó. Es muy inglés, muy interesante.

—Tienes razón, es inglés —dijo Jane—. La lástima es que yo también soy inglesa. Y conozco a mucha de esa gente, maldita sea, y no es nada interesante.

—Claro que en mi país nunca voy a... ¿torneos hípicas?

—Claro. —Jane propuso que tomaran un atajo que atravesaba los cultivos y subieron a un terraplén—. ¿Qué haces en tu país?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo pasas el tiempo?

—Voy al colegio. Siempre me mandan deberes para la tarde. Pero leo, visito a mis amigas y, a veces, voy al teatro.

—Claro, vives en una ciudad. En las ciudades hay tanto que hacer... —dijo Jane pensativa—. ¿Y en qué parte vives? Quiero decir, ¿cómo es tu casa? A Katherine no le fue fácil recordar su casa.

—Vivo en una calle ancha con árboles y bancos... Todas las casas se parecen mucho... Altas, blancas, bastante grandes.

—¿Tienes jardín?

—No, allí no es como en Inglaterra, ya sabes. Hay unos jardines cerca... Los..., no sé cómo los llamáis vosotros, un parque... Jardines, con un café y una banda de música.

Jane reflexionó. Al cabo de una pausa se dio cuenta que estaba lloviendo. Largas nubes blancas llevaban deslizándose por el cielo todo el día, pero sin llegar a cubrir el sol. Ahora se habían congregado en una zona, y aunque en otra parte el cielo seguía estando azul y brillaba el sol, estaba cayendo un fuerte chubasco. Buscaron refugio en un granero.

—Cuidado con el toro —dijo Jane espiando dentro.

Estaba vacío, y bajo el techo del amplio porche se quedaron mirando cómo caía la brillante lluvia. El rumor de las gotas en el techo hacía que detrás de ellas el granero pareciera una gran concha vacía y susurrante. Jane se apoyó en el marco de la puerta, cruzó los brazos y contempló el borroso prado. Los estrechos hombros de la camisa a cuadros se le habían mojado.

—¿A qué quieres dedicarte cuando seas mayor? —dijo, acentuando sardónicamente las dos últimas palabras.

—No lo he pensado —dijo Katherine—. Espero poder ir a la universidad.

—Robin tiene toda su carrera planeada, de aquí a la Orden del Imperio Británico—dijo Jane—. Quiere entrar en el cuerpo diplomático. ¿De verdad que no tienes ninguna idea?

—No muchas.

—Y tu padre ¿qué quiere que hagas?

—Oh, no le preocupa demasiado —dijo Katherine riendo—. Me parece que nunca ha pensado detenidamente en la cuestión. —Reflexionó un momento—. Siempre me queda la posibilidad de ser maestra. Una vez se me ocurrió que me gustaría trabajar en un periódico.

—Te pegaría mucho.

—Pero en el fondo siempre espero que surja algo más interesante.

—Algo más interesante —repitió Jane, y detrás de su voz resonó la lluvia. Ahora caía con una vehemencia asombrosa, haciendo danzar la hierba, arremolinándose en súbitos fantasmas plateados—. ¿Eso qué significa? ¿Que quieres casarte?

—¡Uy, no! —Katherine estaba francamente sorprendida—. No, hablaba de algún trabajo que no se me hubiese ocurrido nunca. En la universidad podría conocer a alguien que me ofreciera un buen empleo... De secretaria, quizá...

—Vale, pero también podrías casarte —dijo Jane—. ¿No lo habías pensado?

Lo cierto era que Katherine se había pasado horas meditándolo, de modo que tenía la respuesta preparada.

—Hay que actuar como si no fuera a suceder —dijo—. Aunque, como tú dices, siempre cabe la posibilidad.

—No fue exactamente eso lo que dije —murmuró Jane—. El casamiento no se puede planificar, aunque Robin lo haga. Dice que se casará a los treinta años... No me acuerdo qué cargo tendrá para entonces.

Como no la había entendido bien, Katherine no contestó. Al cabo de un rato, curiosa, dijo:

—¿Y tú qué?

—Yo, nada —dijo Jane.

La lluvia atenuó bruscamente su clamor y siguió cayendo con suavidad ante el granero abierto, formando ríos diminutos en las losas sucias de paja. Las nubes se habían retirado más lejos y abiertos rayos de sol se proyectaban en diagonal, arrancando fulgores a los árboles distantes. De algún lugar no lejano llegaba el croar líquido de un arroyo colmado. Jane dio un paso adelante y miró alrededor.

—Creo que ya podemos volver a casa, aunque nos empapemos los zapatos —dijo—. En alguna parte debería haber un arcoíris. —Oteó el cielo—. Pero no lo veo.

4

Una mañana Katherine se dio cuenta de que la mitad de sus vacaciones ya había quedado atrás. Le sorprendió mucho que hasta aquel momento no hubiera ocurrido nada excepcional, como si Robin, Jane y ella hubiesen estado vagando por un laberinto verde, sin acercarse nunca al centro. ¿Qué habían hecho todo ese tiempo? La mayoría de las mañanas se quedaban en la casa, y reservaban las tardes para las excursiones. Estas consistían en lentos y ociosos paseos en bicicleta por los numerosos pueblos del sur de Oxfordshire —Nuneham Courtenay, Dorchester— para ver las iglesias y sus vidrieras, y por una docena de aldeas menores: Toot Baldon, Marsh Baldon, Berwick Salome, Ewelme, Benson... Nombres que Katherine no lograba recordar y que quedaban enterrados en su memoria entre composiciones pictóricas de cabañas de piedra de Costwold, portales de iglesias, robles y abetos, y el río, con sus puentes y remansos, siempre cerca o apenas oculto entre los árboles. Era agosto y las segadoras trabajaban, comunicando cautelosamente que la cosecha era buena. También habían hecho dos excursiones largas: una a Londres, en donde Katherine —que hubiese preferido mirar las tiendas— había terminado exhausta de ver monumentos, y la otra a las Midlands, a conocer Banbury, Warwick y Stratford-on-Avon. Todo esto se lo contó a su amiga, que había sido muy escéptica respecto de su primera carta. «No intento comprender los pasteles de nata. Me los como.»

La verdad era que ella también se sentía escéptica. Entre paseos y tenis, preparar sándwiches para comerlos bajo los árboles o simplemente haraganear en la sala, el tiempo transcurría con tal ligereza que ya no la afligía que Jane estuviera siempre con ellos. Daba la impresión, sencillamente, de que no tenía nada mejor que hacer. La señora Fennel y la criada se ocupaban de la casa, y si Jane ayudaba en algunas tareas, era más

para entretenerse que para otra cosa. Katherine se preguntaba si todas las jóvenes inglesas tenían tan pocas obligaciones como ella. Como no parecía que se le hubiera encomendado ninguna faena específica, Katherine tal vez habría esperado que se hubiera dedicado a algo útil: hacer punto, arreglarse la ropa o quizá incluso que se hubiese buscado un trabajo en el pueblo. Pero no. De no ser por los cigarrillos, su aspecto era el de una estudiante insatisfecha en vacaciones perpetuas. Nadie sugería nunca que estuviese descuidando algo que tenía que hacer; el tema, de hecho, no se mencionaba jamás. Por lo tanto, tenía todo el tiempo del mundo para pegarse a ellos, a veces silenciosa, a veces peleona. Solo prestaba verdadera atención cuando Katherine contaba algo de su casa: en qué se diferenciaba de la de ellos y cosas por el estilo.

La actitud de Robin no había cambiado. Eran amigos, pero él era el anfitrión y ella la invitada. La trataba como si fuera un chico de su edad a quien quisiera impresionar. No tomaba ninguna decisión sin consultarla previamente y jamás la dejaba sola sin asegurarse de que estaba entretenida con algo. Y eso había empezado a exasperarla. Estaba acostumbrada a obtener de la gente una respuesta rápida, a avanzar paso a paso hacia la intimidad hasta que se cansaba de ellos o hasta que conseguía entablar una relación estable. Con él simplemente se había estancado. Y se irritaba, porque lo encontraba atractivo. Sí solo..., bueno, si se hubiese reído alguna vez o le hubiese hecho abiertos cumplidos, aunque no hubiesen sido del todo sinceros —la más leve forma de coquetear que ella conocía— se habría dado por satisfecha. Al menos eso le habría demostrado que era humano y, una vez obtenido ese tributo, probablemente ella habría olvidado el asunto por completo. Pero cuando le retiraba la silla en el comedor, cuando lápiz en mano proyectaba excursiones en un mapa, cuando respondía a los sarcasmos de Jane echándose lentamente el pelo atrás y mirándola con un tenue aire de sorpresa, cuando de golpe se podía petulante, como quien arroja al aire una moneda nueva, cuando hablaba de las minas de hierro normandas o súbitamente anunciaba que estaba cansado y que no se levantaría de la hierba o hacía con esa misma actitud una docena de cosas más, llegaba a pensar que había estado ensayándolas en su habitación. Cada vez que ella decía algo escuchaba sus palabras con total seriedad, pero como sus palabras a menudo eran triviales e incoherentes, Katherine hubiera preferido que la mirase a ella.

Empezó a sentirse confusa y avergonzada. Estaba demasiado pendiente de él, daba mil vueltas imaginando lo que pensaría de ella o cómo enfrentar una sofocada declaración de amor en caso de que él la hiciera. Todas estas fantasías, y otras similares le ocupaban la cabeza, sobre todo a la hora de la siesta o al caer la noche, porque el aire del valle era tan suave que a veces le aflojaba todos los músculos y no atinaba sino a tumbarse en la cama con la ventana abierta o sentarse en el balcón, con el espíritu sensualmente suspendido por encima de sí misma y de los que la rodeaban.

Pero, por lo general, el problema la preocupaba menos que al principio. Una mañana encontró una carta de su casa esperándola en la mesa del desayuno y se alegró tanto que apenas prestó atención a lo que decían los otros. Cuando pasaron a la sala se dio cuenta de que Jane y Robin habían tenido una leve discusión, al parecer porque Robin se había ido a nadar antes del desayuno y Jane se lo había tomado a mal. Aunque tal vez hubiese otra razón que ella no había advertido. La pelea no había concluido del todo cuando Jane abrió apáticamente la caja azul de un gramófono portátil y puso un disco. Solía hacerlo cuando estaba sola, porque más de una vez Katherine había oído música. En el hueco de una de las ventanas había una pila de discos. Ninguno tenía menos de ocho años de antigüedad y Katherine se preguntó dónde los habrían comprado. Todos eran de músicaailable.

No bien empezó a sonar la música, Robin se agitó irritado.

—¿Es que no puedes cambiar esa aguja? —dijo con intentando controlarse, como si verdaderamente fuera la aguja vieja lo que le molestaba.

—No hay otra —dijo Jane.

Él soltó un gruñido y se sentó. Tenía el pelo más reseco, casi quebradizo, y se había puesto un *blazer* y zapatos de goma. Jane llevaba un arrugado vestido blanco.

El disco estaba pasado de moda y la música tenía cierta cadencia metálica que solo en parte era culpa de la aguja. Aquella canción había sido popular durante una o dos semanas, o acaso durante todo el tiempo que una comedia musical había durado en cartel en Londres, pero ahora nadie la recordaba. La orquesta la tocaba según el estilo de aquel momento, con un ligero efectismo sincopado que recordaba los obsoletos vestidos de las muchachas de entonces. Sorprendía pensar que alguna vez hubiera resultado moderna.

Ahora era como un toldo, antaño a rayas rojas y amarillas, que el sol hubiera blanqueado casi por completo.

Como para evitar que Jane volviera a ponerla, no bien acabó de sonar la melodía Robin se puso de pie.

—Vamos al río —dijo.

—Siempre al río —dijo Jane—. Primero nadas, luego quieres flotar. Acabarás transformándote en una rata de agua. —Se puso a mirar desganadamente los discos.

—¿Vamos? —dijo Robin, dirigiéndose más o menos a Katherine.

Jane bajó la tapa del gramófono.

—¿Por qué siempre tenemos que hacer lo que tú quieres? —preguntó.

Robin la miró como a una niña malcriada.

—Supuse que estábamos haciendo lo que quería Katherine.

Katherine, que había vuelto a abrir la carta, alzó los ojos al oír su nombre.

—¿De veras? —dijo Jane. Miró melancólicamente por la ventana el paisaje soleado. Un lechero iba a dar la vuelta a la casa.

Robin se volvió lentamente hacia Katherine.

—¿Te gustaría ir al río? —preguntó—. ¿Recuerdas que todavía no has navegado?

—Iré —dijo Katherine.

Era su primera oportunidad de mostrar de parte de quién estaba. Solo en ese momento reparó en que a causa de la discusión podrían pasar un rato solos. Todo dependía de que Jane aceptara el reto.

No lo aceptó. Cuando bajaron al embarcadero ya estaba de nuevo con ellos, provista de almohadillas, un libro y gafas de sol. Robin sacó la batea del cobertizo, arrastrándola por la boza como quien conduce a una bestia paciente, y Katherine se sentó mirando hacia la proa. Él hizo girar diestramente la barca y empezaron a remontar la lenta corriente, mientras el agua, cubierta de moscas muertas, ramas y capullos caídos, fluía a la altura de la espalda de Katherine. Por aquí y por allá un escarabajo de agua se deslizaba sobre la superficie brillante. La mañana irradiaba una paz casi socarrona. A ambos lados se extendían los campos, y de vez en cuando el jardín de alguna casa se acercaba a la orilla. Pasaron frente a una hilera de cabañas ribereñas y, de una puerta, salió una mujer con los brazos desnudos.

Con un ruido metálico dejó en el suelo el cubo que llevaba y se quedó mirándolos.

Robin dirigía sus comentarios a Katherine, que estaba sentada de espaldas a él.

—¿Te estoy salpicando?

—En absoluto —dijo ella.

Miró por encima del hombro. Él se había quitado el *blazer* y se había remangado la camisa. Cada golpe de la pértiga en el lecho del río producía un agradable impulso que resonaba en el interior de Katherine. La verdad es que de vez en cuando le caía alguna gota, pero le resultaba más bien placentero.

—Nunca había navegado en una barca así.

—¿Ah, no? Son fantásticas. Sobra espacio, y nunca se vuelcan. También son lentas, claro, no están hechas para correr.

—¿Es el único tipo de barca que se empuja con un palo?

—Creo que sí. Me parece que los gondoleros usan un remo. Hay gente que sabe llevar así las piraguas. Jack lo hace.

—¿Quién?

Jane murmuró algo y se volvió de lado.

—Jack Stormalong, un amigo nuestro. Vendrá la semana que viene. Pero es una locura, a menos que lleves un traje de baño.

No parecía muy difícil. Después de cada empujón Robin sacaba del agua la pértiga de tres metros y medio y, despreocupadamente, la volvía a hundir. La madera siseaba en sus manos. De pie, tranquilo pero quieto, no parecía acusar el menor desequilibrio.

Katherine deslizó una mano por el agua, que para su asombro estaba tibia. La mañana se había despertado neblinosa, pero la niebla se había disipado y el sol iba ahora subiendo por un cielo claro. La ola de calor de los primeros días había finalizado, aunque sin resultados dramáticos. Ahora el aire era húmedo y cada día se sucedía una mezcla de nubes y sol. En aquel momento el paisaje se desplegaba ante ellos luminoso y plagado de detalles.

Iban pasando bajo un puente cuando Jane, que permanecía tumbada con los ojos cerrados tras las gafas y los bastos tobillos junto a la mano derecha de Katherine, se estremeció bajo la franja de sombra y levantó la cabeza.

—¿Adónde vamos?

Robin clavó la pértiga algunas veces más antes de contestar.

—Río arriba.

—¿Qué significa río arriba?

—¿Tú que crees que significa?

—Oye, que nos conocemos —dijo Jane—. Seguro que llegamos tarde a comer.

—Se me ocurrió que podíamos comer en el Rose —dijo Robin con aire indiferente—. Es un buen sitio.

—¿Has avisado de que no volveríamos?

—Podemos llamar desde allí.

—No lo veo claro. Será demasiado tarde. No llegaremos antes de las doce y media.

—Llegaremos mucho antes de las doce y media —dijo Robin con un tono de desdén—. Puedo darme un poco más de prisa. —A modo de ejemplo dio un empujón mucho más fuerte.

—Si querías ir al Rose, tendrías que haberles avisado antes —dijo Jane.

—Es que antes no lo había pensado.

—Pues entonces será mejor dejarlo para otro día. No puedes ir trastocándolo todo. Piensa un poco en los demás —dijo Jane conteniendo la furia.

Robin siguió manejando la pértiga sin alterar ni la velocidad ni su expresión. Incómoda, Katherine se dedicó a estudiar el paisaje. Había comprendido la mayor parte del diálogo, y del tono de las voces había deducido el resto. Era como si Robin intentase mover a Jane del lugar que había ocupado en los últimos días y ella se negase a ser empujada.

La batea siguió avanzando, pero cada vez más despacio. Cuando Robin volvió a hablar lo hizo con el mismo tono ligero.

—Pensé que te gustaría la idea. ¿No te pasas el día diciendo que nunca hacemos nada espontáneo?

Jane no dijo nada, pero se ruborizó. Volvió a ponerse las gafas de sol, que se había quitado.

—Claro que si no hablabas en serio, tendrías que haber avisado.

Ella dejó caer el libro.

—Vale, vamos al Rose si tienes tantas ganas. Pero recuerda que te

previne.

—¿Qué piensas tú, Katherine?

—¿Yo? —Katherine había temido que la metieran en la discusión—. No sé dónde está ese lugar. —Se debatía entre apoyar a Robin y ser sensata—. Pero no sé si vale la pena causarle ese trastorno a tu madre, ¿no? Podemos ir otro día. —Y, volviéndose para sonreírle, añadió—: ¿Me enseñas a hacer eso? Me lo habías prometido.

Aunque no pudo ver la expresión de él porque estaba a contraluz, le pareció que se alegraba. Jane fijaba su mirada indiferente en el agua, y Katherine sintió que estaba tratando de hacer equilibrio entre dos deseos opuestos. De momento, le había dado un voto a cada uno. La última pregunta la había hecho en un tono muy curioso, tratando de que el advirtiese de qué lado estaba.

—Sí —lo oyó decir por fin—, siempre y cuando Jane no tenga nada que objetar. —Era capaz de decir esas cosas con una voz incommovible, lejos (en apariencia) de toda provocación.

Jane, desafiante, cruzó las piernas.

—Mientras no me obliguéis a hacer nada a mí... —dijo—. Y mientras no necesites más de una admiradora...

Robin ignoró el comentario.

—Bien, ten en cuenta que es arriesgado —le dijo a Katherine. Ella se levantó, inestable—. El problema es que puedes caerte al agua.

—En ese caso nadaré.

—Sí, pero en casa nos echarán la bronca por no haberte cuidado. El truco está en conseguir mantener el equilibrio. —Volvió a sacar la pértiga del agua—. Quédate de pie allí hasta que te acostumbres y mira cómo lo hago yo.

—Hasta que te hartes —dijo Jane.

Ella los miraba atentamente, como a la espera de un motivo de diversión. Katherine, cohibida, se mantenía en el centro de la barca, tambaleándose de vez en cuando, mientras Robin manipulaba la pértiga con una corrección de manual.

—Ya veo cómo lo haces —dijo ella al fin—. Lo que no sé es si podré hacerlo yo.

—Ven y prueba —propuso Robin.

Avanzó con cautela hasta la popa y hasta que llegó a donde él estaba, solo, en una posición aparentemente arriesgada sobre el río que los rodeaba. Apartándose un poco para hacerle espacio, Robin le puso la pértiga en las manos. El peso la pilló tan desprevenida que la dejó caer, produciendo un horrible chapoteo y las consiguientes salpicaduras a las que siguió una exclamación de Jane. Robin recogió la pértiga y se la devolvió. Estaba fría y mojada. Poco a poco la batea se fue deteniendo contra la corriente perezosa.

—¡Ahora! —exclamó enérgicamente Robin—. Debes mantenerte de cara a la proa.

—Si tienes suerte —dijo Jane, y tensó desdeñosamente los labios.

—Separa los pies unos treinta centímetros para no caerte. Se dice que un buen remero no mueve jamás los pies del sitio, ¿sabes? Pronto te sentirás segura.

Katherine lo dudaba. La batea había dejado de avanzar y empezaba a trazar un lento círculo. Katherine hundió la pértiga en el agua, infructuosamente, y a punto estuvo de trastabillar.

—Espera un momento, la haré girar —dijo Robin reclamando la pértiga. Se colocó casi al borde mientras Katherine lo miraba como una inútil—. Volveremos a casa, ya que al parecer no vamos a ninguna parte.

—¡Mirarte es tan hermoso...! —dijo Jane.

Una vez la batea estuvo a favor de la corriente en el río desierto, Katherine volvió a probar. Afianzó los pies y, siguiendo las instrucciones de Robin, levantó verticalmente la pértiga sintiendo unas gotas en el brazo. No faltaba mucho para que cayera al agua.

—Ahora apunta con ella levemente hacia donde quieres ir y déjala caer. Déjala caer, no la claves. No bien toque fondo, lleva las manos lo más arriba que puedas y apóyate en ella. Con fuerza, claro, pero sin caer para atrás. Anda, inténtalo.

Katherine lo intentó. Quiso dejarla caer al sesgo pero solo consiguió hundirla en diagonal bajo el bote. Al hacer palanca, la batea dio un salto como de cangrejo y acabó por volverse hacia la orilla. El siguiente empujón fue tan impetuoso que lanzó la batea estrepitosamente contra las cañas. Al sacar la pértiga del agua Katherine la enredó entre los alisos de arriba y se tambaleó como en una pesadilla.

Sacudida por el choque y cubierta de hojas y ramitas, Jane se echó a reír.
—Fin del primer acto —dijo.

Katherine, furiosa, ni siquiera la miró.

En cuanto Robin hubo devuelto la barca al centro del río, volvió a probar. Esta vez olvidó colocar la pértiga un poco más delante de su posición, de modo que, cuando fue a apoyarse sobre ella para darse impulso, el palo había quedado atrás y solo pudo darle un golpe frenético al lecho del río que no contribuyó excesivamente al avance de la embarcación.

Robin le explicó cómo enderezar el rumbo agitando la pértiga en el agua detrás de la popa de modo que, casi instintivamente, la barca volvía a deslizarse hacia la orilla. Katherine probó con la maniobra. Para su sorpresa, tuvo éxito.

—¡Perfecto! —dijo Robin—. Lo estás haciendo muy bien.

Ella lo miró con disgusto, y al levantar la pértiga para el siguiente estuvo a punto de enviarlo al agua de un golpe. Él se salvó agarrándose a la pértiga con una mano, intromisión que por poco no encolerizó a Katherine. Jane temblaba intentando contener la risa. Tercamente, Katherine volvió a hundir la pértiga y sintió que el agua le mojaba el pie derecho.

—Menos mal que tenemos la corriente a favor —dijo Jane.

Obligada a mantener los pies inmóviles, Katherine se sentía tan insegura como si transportara un tablón por un andamio. En cierto modo había imaginado que guiar la batea sería un pasatiempo agradable, más o menos como jugar al croquet. No recordaba haberse sentido tan estúpida desde sus primeros días de colegio.

—No puedo —dijo.

—Pronto le pillarás el tranquillo —la tranquilizó Robin—. Sigue intentándolo.

Las voces parecían diluirse en el agua. Haciendo acopio de toda su determinación, Katherine alzó la pértiga y la metió en el agua (había descubierto que eso era lo más difícil) en el ángulo exactamente adecuado. Animada, se apoyó en ella con todas sus fuerzas. En sus manos, la pértiga se volvió rígida. Llevada por el ímpetu del empujón, se bamboleó violentamente un instante y, en el último momento, perdió el equilibrio al tratar de agarrarse mejor. Robin —que según supuso más tarde debía de haber estado

vigilándola de cerca— dio un paso adelante, la cogió limpiamente por la cintura y la enderezó nuevamente. Ella trastabilló y apoyó las manos en sus hombros. Una vaca que estaba mojándose en el agua las patas delanteras levantó la cabeza y lanzó un largo mugido.

—Fin del Segundo Acto —dijo Jane—. El amor sabrá arreglárselas.

Se echó atrás y del fondo de la barca, cerca de la proa, sacó un par de remos viejos. Clavada en el barro, la pértiga se iba alejando.

Katherine se desplomó en las almohadillas temblando de rabia, miedo y vergüenza. El contacto brillante, casi metálico del momento en que él la había sostenido, acababa de borrar de un trazo todo resto de engaño. Ahora sabía que deseaba apoyar la cabeza en su regazo y que él la consolara; y también sabía que aquello no iba a suceder, en parte porque a él no le interesaba, en parte porque Jane estaba allí especialmente para impedirlo. Se quedó en el asiento, la cara encendida.

Cuando llegaron de nuevo adonde estaba la pértiga Robin se levantó y con dos giros elegantes, la sacó del agua goteando; la sumergió varias veces para limpiarla de barro y luego, con una sonrisa impasible, volvió a ofrecérsela.

—No —dijo ella. Le temblaba la voz—. No volveré a probar. Estoy quedando como una tonta.

—No es cierto —Robin parecía sorprendido—. En absoluto. Lo estabas haciendo muy bien.

—Te digo que no quiero.

Clavó la mirada en las almohadillas.

—Es evidente que no lo conseguirás —intervino fríamente Jane— con el método idiota de Robin. Nadie puede hacerlo al primer intento. Me sorprende que no te hayas caído al agua apenas empezaste. Escúchame, vuelve a hacer la prueba. Anda, agarra la pértiga y haz la prueba —Calculando que la única alternativa era una pelea abierta, Katherine obedeció—. Y ahora olvídate de los pies, de usar una sola mano y todas esas tonterías... Lo importante es hacer avanzar la barca apoyando la pértiga en el fondo del río sea como sea.

—Ya que uno se pone a hacer algo —dijo Robin secándose las manos con un pañuelo— vale la pena hacerlo bien, pienso yo.

Nadie le contestó. Katherine descargó la furia manejando la pértiga lo

mejor que pudo. Jane tenía razón. Una vez dejó de sentir que tenía los pies pegados a las tablas y se permitió moverse a su antojo, todo se le hizo más fácil y, finalmente, logró dominar la batea sin mucha elegancia pero con decisión. Robin, que de esa forma había consumado su segunda derrota en la mañana, la miraba con una expresión sumisa. Cuando, durante un instante, Katherine le vio la cara, se dio cuenta de que no iba a conformarse con dejar las cosas así.

5

En algún momento indeterminado se había enamorado de él. Sabía que su propia curiosidad y la fascinación que él irradiaba la habían llevado a ese punto, pero siempre había supuesto que el amor necesitaba dos personas, que era una suerte de lago donde había que sumergirse al mismo tiempo que el ser amado. Solo ahora estaba descubriendo que se había echado al agua sola, mientras él permanecía impasible.

Como toda muchacha joven, Katherine siempre había supuesto que el amor era algo agradable, un estado que ponía orden en la vida y concentraba pensamientos y esfuerzos en una sola meta. Y eso la llevaba a pensar que lo que ella sentía no era amor verdadero, sino algo que más bien, según todos los relatos, de lo que se debía recelar y que causaba sufrimiento.

Quizá porque siempre había vivido con sus padres, sin esforzarse por ganar independencia alguna, nunca había despertado más que a la superficie de las pasiones: sentimentalismo, devoción... Puede que se debiera, además, a que hasta entonces solo había amado a mujeres y a otras muchachas. Por eso había imaginado que el hecho de amar a Robin sería una manera de culminar su viaje, de sellarlo, enmarcándolo o encerrándolo en una bola de cristal, en un lugar donde era imposible que él la abandonara. Pasarían los largos días uno junto al otro en aquel entorno romántico que estaría siempre al alcance de su mano: hondos campos de maíz, el ardiente cristal del cielo, sauces junto al río, caminos blanquecinos.

Pero lo que sentía no era eso. Lejos de su casa como estaba, le tocaba asumir de un solo golpe lo que correspondía a sus dieciséis años, aquello que en cierto modo había estado eludiendo. El contacto de las manos de Robin, como una descarga eléctrica, había crispado hasta el último nervio de su cuerpo, y le había provocado un deseo turbulento y vergonzoso. Luego había

sobrevenido una curiosa tensión: al principio pensó que tal vez el contacto de la ropa la irritaba, que el calor hacía que estuviera atenta a cualquier ruido de la casa y incluso que el clima tenía la culpa de su falta de apetito, de esa permanente sensación de convalecencia. Estar con él no le proporcionaba placer alguno, pues no la satisfacían las palabras, y el bochorno transmitía a su cuerpo tal ansiedad que a veces la desesperaba saber que, jamás conseguiría algo tan fácil como recostarse en el brazo desnudo de él.

Fue un período raro y perturbador que duró pocos días. Vivía entre la amargura y la desdicha. La asustaba pensar que quizá volvería a experimentar aquello, que desde entonces el amor pudiera acarrear siempre algo parecido, porque no era una sensación precisamente agradable. Si aquello era el amor—incluso el breve estremecimiento causado por el brazo de Robin en torno a su cintura—, la hacía sentirse culpable, pues no provocaba ningún cambio en la imagen que tenía de él: no lo tornaba más admirable, más noble, ni siquiera más querible, como había ocurrido con las muchachas a las que había amado. Simplemente lo veía guapo, aún en contra de su voluntad, y nada la habría entusiasmado más que besarlo y conseguir que él también la amara. Pero para eso habría debido ser distinta, y también él habría debido ser otro, de modo que resultaba imposible. Consciente de esto, corría las cortinas y abría la ventana de par en par, y echada en sobre sábanas calientes, esperaba que la quietud de las noches de estío acudiera a calmar su desasosiego.

Una mañana, despierta desde las cinco y ya sin sueño, se levantó y salió silenciosamente al amanecer nublado. Como el campo estaba mojado, echó a andar por los caminos: la lluvia nocturna había reanimado las flores exhaustas y pálidas de tal modo que, bajo un cielo exorbitante lógicamente cubierto de nubes, inauguraban un paisaje de medios tonos como no había visto jamás. Las cercas emitían un tañido de madera húmeda. Al cabo de un rato se apoyó en una tapia a mirar un arroyo que corría por una acequia, sobre un lecho de arena blanca. Se agachó y, al hundir la mano, descubrió que el agua estaba muy fría. Oculta entre la hierba había una ranita a la que había paralizado su presencia; no bien la tocó con una varilla, la rana escapó. A los pies del seto crecía el musgo. Katherine se secó los dedos en el vestido.

No tenía sentido preocuparse. Era imposible tratar de convencerse de que Robin sentía por ella la décima parte del interés que ella sentía por él o de que

era la casa lo que la retenía, pues no lo hacía más de lo que un par de manos ahuecadas habrían podido retener una polilla antes de abrirse. Solo le quedaba esperar que la librasen de la carga de ese amor antes de que se delatara con algún acto y tuviera que lamentarlo.

—Creíamos que te habías escapado —dijo Robin.

La estaba mirando comer. Katherine había caminado más de lo que tenía pensado y había llegado a desayunar un poco tarde. En la habitación la esperaba una taza de té frío que había bebido con cierto sentimiento de culpabilidad. Cuando bajó Robin y Jane ya casi habían acabado, y ahora Robin seguía en su silla mientras Jane, con aire aburrido, inspeccionaba las flores y retiraba las marchitas antes de cambiarles el agua.

—No podía dormir —dijo ella.

Robin llevaba la corbata floja y el cuello desabotonado.

—Mala suerte —dijo él sirviéndole más café. Katherine necesitaba más de una taza para poder afrontar esos desayunos imposibles.

Él la observó, mientras golpeaba levemente el plato con la hoja del cuchillo, y repentinamente echó a reír.

—Y entonces te levantaste a ver el alba —dijo en el idioma de ella.

—Sí —contestó ella, sorprendida—. Pero no se veía nada.

Fuera estaba lloviendo. Robin echó la silla hacia atrás y se levantó, con las manos en los bolsillos.

—He aquí una idea excelente —dijo—. ¿Por qué Katherine tiene que hablar todo el tiempo en inglés? Devolvámosle un poco el cumplido. Dos horas cada mañana, por ejemplo.

—Pamplinas —repuso Jane sin apartar la atención de las flores. Las mangas cortas le dejaban al descubierto unos codos muy huesudos.

—¿Por qué pamplinas? Es un acto de cortesía. Cada mañana de diez a doce.

—Ha venido aquí de vacaciones —dijo Jane, grosera—. No a darte clases.

—Pero piensa en el esfuerzo que ha de suponer hablar todo el tiempo en otro idioma.

—Robin es el perfecto caballero inglés —le dijo Jane a Katherine—.

Todo lo que hace es en beneficio ajeno.

—Vale, si la medida es impopular no insistiré. —Miró un momento la punta de un lápiz y se puso a aguzarla sobre un periódico—. Simplemente pensaba que podía ser divertido. ¿Tú qué opinas, Katherine?

Otra vez esa pregunta. Y Katherine estaba a punto de contemporizar cuando se percató de qué era lo realmente importante: desde luego, el hecho de que Jane solamente hablaba inglés. A punto estuvo de darle un sofocón.

—No me molestaría —contestó débilmente.

—Ya ves, a Katherine no le molestaría —dijo Robin. Sacudió en la chimenea vacía el periódico lleno de limaduras—. Incluso podemos tomárnoslo como un juego. Y quizá aprendas algo.

Katherine se alarmó. Jane tenía tres opciones. Podía abandonar su papel de carabina y dejarlos solos, aceptar el desafío y seguir con ellos o, si se enfadaba (y eso a Robin parecía importarle muy poco), ponerse dura y acabar de un plumazo con la impertinencia de su hermano menor, de modo que no se hablara más del tema. Katherine la miró.

—Bueno, muy amable por tu parte —dijo Jane—. ¿Seguro que no quieres que te lo pague?

—No tienes por qué escucharnos si no quieres... No hace falta que vengas —dijo Robin, razonable, tocándose los dientes con la punta del lápiz.

«¡No, no digas eso! —gritó Katherine para sus adentros—. Lo echarás todo a perder.» Cogió la tostada más fina y la untó con mermelada.

—No sabía que íbamos a alguna parte —dijo Jane. Recogió los húmedos tallos de las flores muertas y por su tono de voz, nuevamente crispado, Katherine supo que volvería a ceder—. Os cansaréis enseguida. Haz el favor no callarte cuando estés harta, Katherine. Antes de darte cuenta le estarás enseñando los verbos irregulares.

Tiró las flores muertas al canasto.

Resultó que el lugar al que irían era simplemente el anodino pueblo. Y, sin embargo, Katherine estaba ilusionada como no lo había estado en toda la semana; de hecho, como no lo había estado desde su llegada. Aparte del descarado intento de Robin por quitar a Jane de en medio, no había previsto hasta qué punto el juego mejoraba su posición. Hasta ese momento Robin

había estado al mando, seguido de Jane y, por último, de ella misma, en tercer lugar. Ahora la iniciativa quedaba en sus manos, y Robin y Jane debían seguirla. Cuando paró la lluvia, mientras bajaban por la avenida de la entrada, ella dio rienda suelta al impulso tonto de citar, sin explicación previa, un poema romántico que en otra época había admirado. Robin y Jane acabaron alcanzándola.

—Oye, para un poco —pidió Robin—. Vayamos los tres juntos.

—Me reservo el derecho de hablar en inglés —dijo porfiadamente Jane. Llevaba unas sandalias que le dejaban a la vista sus pequeños y perfectos pies. Era la más baja de los tres—. Y si pregunto de qué estáis hablando, tenéis que decírmelo.

—Pero entonces has de preguntar correctamente—dijo Katherine, y echando a andar bajo la atenta mirada de Robin le explicó a Jane cómo pedir que le repitieran o tradujeran una frase. Jane ensayó dudosamente las frases.

—Bien, ¿listas? —preguntó Robin—. Será mejor que empiece Katherine.

Hubo una pausa. No era fácil decidir por dónde empezar. Por fin le preguntó a Robin para qué quería ir al pueblo. Él respondió solemnemente que quería comprar sellos y una caja de sobres.

¿Escribía muchas cartas?

No, pero se le habían acabado los sellos y los sobres.

¿A quién solía escribir?

A compañeros del instituto, a amigos.

¿Había alguna chica entre ellos?

Una sola.

¿Y las respuestas de ella eran bonitas?

Sí, muy bonitas.

¿Dónde vivía?

Robin repitió la dirección de Katherine y se echaron los dos a reír.

Katherine no pudo evitar ruborizarse. Realmente estaba resultando demasiado fácil. Jane sonrió, suspicaz y no muy convencida.

—¿De qué habláis? ¿De escritores?

—Sí, de escritores —dijo Katherine.

Tras numerosas advertencias e indagaciones previas, Jane se las ingenió para preguntarle a Katherine qué escritores ingleses le gustaban más. Era

evidente que estaba haciendo todo lo posible por recuperar posiciones.

Katherine había leído muy poco. Shakespeare. Byron.

—¿Y qué me dices de Dickens?

No había leído a Dickens.

Era una pena. A muchos ingleses les encantaba Dickens.

—Ah.

Y probablemente fuera el más inglés de los escritores.

Con una especie de cortesía tortuosa Katherine se volvió hacia Jane y le preguntó si le gustaba Dickens.

—¿Cómo? ¿Has dicho algo sobre Dickens? ¿Si lo he leído?

—Si te gusta.

—¿Si me gusta Dickens? No, no me gusta. Es un pesado.

Robin apuntó que Dickens había ganado muchísimo dinero con sus novelas.

—¿Y tú? ¿Eres escritor?

—¿Eh?

—¿Has escrito algo?

—Por supuesto que no.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Da la impresión de que tienes cierto temperamento artístico.

La cara de Robin, especialmente su ceño, adoptó una expresión perpleja, similar a la que Katherine le había visto el día del primer partido de tenis. Luego se rio, inmovible.

—Te gusta ser sarcástica.

—Puedes pensar lo que quieras.

—¿Y cómo es la gente con temperamento artístico?

—No les importan nada los demás.

—No les importan nada los demás —repitió el, como para acabar de comprender el significado exacto de sus palabras—. ¿Y a mí no me importan nada los demás?

—Este asunto parece muy importante —interrumpió Jane—. ¿De qué va la cosa?

—Katherine dice que tengo temperamento artístico —dijo Robin—. Y yo

estoy intentando decidir si eso es un elogio. —Había en su voz incluso un atisbo de culpa.

—Te está tomando el pelo —dijo Jane, como aliviada de que no fuese más grave.

En ese momento llegaron a la pequeña oficina de correos. Katherine entró con ellos de mala gana y fue formalmente presentada al viejo empleado, quien por supuesto sabía que los Fennel tenían una invitada extranjera. Katherine, completamente perdida en el dialecto de Oxfordshire, se limitó a decir «sí» y a sonreír. Aunque en general muy considerados con ella, los Fennel no habían podido evitar ciertas situaciones como esa, durante las cuales Katherine se sentía como un raro animal en cautiverio.

Cuando ya se encontraban nuevamente en el camino embarrado, Robin dijo en un tono sopesado y pensativo:

—Pero no es cierto que no me importen los demás.

—Venga, no volváis a empezar —dijo Jane irritada—. Ya ha perdido la gracia. Por Dios, hablemos en inglés.

Katherine vio que las comisuras de la boca de Robin se estiraban un poco.

—Todavía estamos andando —objetó—. ¿A ti te aburre, Katherine?

—¡Oh, no! Me gusta.

—Mi hermana no es muy estudiosa —dijo Robin con cierto desdén—. No ha aprendido mucho. El cerebro de la familia soy yo.

—Es evidente —dijo Katherine disgustada.

—Es cuestión de voluntad. Si se pudiera aprender con el deseo, a estas alturas lo sabría todo. Pero es incapaz de dedicarse con verdadero ahínco. Y es una pena, porque...

—¿Qué estáis cuchicheando? —dijo Jane enfadada.

—Por holgazana que sea, no es del todo estúpida.

—Mientras que tú eres estúpido pero no del todo holgazán —replicó Katherine, en un intento desesperado por cortar la conversación.

Él sonrió.

—Desperdicia el tiempo pensando en lo que sería capaz de hacer si lo intentara. Pero sabe que nunca podrá, y eso la vuelve tonta e irascible. ¡No sé qué vamos a hacer con ella!

—¿Pero qué está pasando? —dijo violentamente Jane. Y, enseguida—:

¡Vamos, decid de qué estáis hablando!

—De un amigo común —La voz de Robin nunca había sonado más cortés, más plácida y precisa.

Jane se puso roja y, antes de que Katherine hubiese dado con las palabras justas, ya había estallado:

—Ya veo. Bueno, por mí no os preocupéis. Por nada del mundo os interrumpiría. Os dejaré seguir solos.

Dio la vuelta y se alejó.

—Mi querida Jane... —dijo Robin, y la frase quedó allí.

Pequeña y casi ridícula con sus sandalias, Jane se perdió por un angosto sendero bordeado de setos, perlados ahora de lluvia, en los que habían empezado a salir las bayas de otoño.

—¿Voy a buscarla? —preguntó Katherine desesperada.

Robin se encogió de hombros.

—No le pasa nada. Es una de sus típicas rabietas. Te pido disculpas por ella.

—Pero ha creído...

—Te digo que no te preocupes. No hay nada que hacer. Pierde los papeles muy a menudo y...

Katherine no entendió la última frase y su mente quedó libre para meditar sobre el éxito abrumador de la maniobra de Robin. Por un momento, estuvo al borde del pánico, como si la esperanza que había considerado insensata, al materializarse, se hubiese transformado en algo que no le gustaba del todo.

Pero no había nada que decir. Con aire abstraído, Robin arrancó una liebrequilla que asomaba por una cerca y se la puso meticulosamente en el ojal. Siguieron andando.

Jane no volvió a molestarles. Durante el resto del día solo la vieron en las comidas, y estuvo tan huraña como siempre. Por lo demás, los evitó como un gato escaldado evita el fuego.

Pero Katherine había vuelto del paseo confundida. Después de que Jane los dejara no había ocurrido nada notable. Si había esperado que aquello fuese el comienzo de algo, había acabado por decepcionarse: Robin ni siquiera había mencionado el hecho de que al fin estaban solos y con la única

obligación por delante de esperar una comida, un autobús o a la propia Jane. Ciertamente que habían tenido una especie de escaqueo bilingüe, pero no había llevado a ninguna parte. Robin abordaba resueltamente un tema, como se abordan las pruebas de una gincana, y en el momento decisivo se frenaba. Nada que ella pudiera decirle conseguía llevarlo un paso más allá. Katherine estaba perpleja. ¿A qué quería jugar? La habían invitado a su casa. Ella había ido. Durante dos de las tres semanas se había sometido a un lamentable terceto. Ahora él se había quitado a Jane de encima y podían estar los dos solos. Ella lo había consentido, bajo riesgo de parecer imperdonablemente grosera. Estaba abierta, dispuesta a seguir el rumbo que él indicara. ¿A qué esperaba, entonces? ¿Por qué esas tímidas tentativas y exploraciones errantes de lo que ya conocían, esos avances inútiles, esos frenazos repentinos?

Finalmente, no pudieron pasar el día solos. Se presentaron visitas y tuvieron que volver a la casa, y por la noche Robin jugó al *whist*. A Katherine la acaparó durante un rato una mujer que pertenecía a algo llamado Unión por la Liga de las Naciones, y la conversación acaparó casi por completo. En los intervalos, miraba a Robin con ansiedad, aun cuando le molestaba su actitud en sociedad, tan versátil que ni por un instante, ni siquiera mientras ofrecía sándwiches a los presentes, degeneraba en servilismo. De vez en cuando le sonreía tristemente y él le devolvía la sonrisa, aunque con tal insipidez que era evidente que no había comprendido.

Pero cuando las visitas se fueron y el ruido de su coche se hubo apagado volvió a entrar en la sala, donde Katherine estaba juntando la baraja y estudiando los diseños poco familiares, los reyes, damas y jotas. Las mesas estaban sembradas de vasos y ceniceros, y el aire saturado de humo.

—¡Vaya peste! —dijo él mirando en torno. Fue hasta la puertaventana y la abrió a la noche silenciosa, dejando entrar una ráfaga de aire fresco y, con ella, el olor vegetal del río. Al oeste aún se demoraba una franja amarilla. Katherine se sentó en el sofá y miró a Robin.

—Oye —dijo, torciendo la cabeza como si la camisa le apretara demasiado—. Todavía no te hemos llevado a Oxford. Al fin y al cabo es la excursión más típica. ¿Quieres que vayamos mañana?

—Sí, me encantaría.

Recordó que Jane había hablado de eso la primera mañana; Jane, que

ahora no querría ir con ellos. Viéndolo de pie ante la ventana abierta, de pronto se sintió alborozadamente agradecida de que Robin aceptara su amor. Por unos segundos había estado molesta y confundida, pero ahora tenía la impresión de que la extraña conducta de él no era sino el despliegue de un plan preconcebido en el que esa última excursión ocupaba un lugar ceremonioso, dependiente de una cadena de emociones que ella no había detectado. No debía considerarlo insensible: acaso debajo de sus gestos hubiese muchas cosas que no había sabido ver. Y, como era demasiado tímido para confesar que ella le gustaba, mientras no tuviera valor para hablarle dejaba que sus actos lo hicieran por él.

Por una vez se acostó satisfecha.

Había un autobús a las nueve menos diez y otro dos horas después. Decidieron levantarse temprano y coger el primero, y en consecuencia desayunaron con el señor y la señora Fennel. Katherine no vio a Jane hasta que estuvo lista para bajar la escalera. En ese momento se topó con ella cuando salía de su habitación, extrañamente vestida con un suéter blanco de cuello alto y sosteniendo un cigarrillo entre los labios. Recordaba vagamente a una muñeca. Se miraron en silencio. Luego Katherine dijo «Buenos días» y Jane le contestó con un movimiento de cabeza.

Estaba contenta de alejarse de la casa y sentarse junto a Robin en el piso alto del autobús fue un alivio. Él llevaba camisa de cuello abierto y chaqueta color bizcocho; una ligera mochila de lona le colgaba del hombro, como si llevara una comida que en realidad no era necesaria. Una claridad difusa se reflejaba en las tapias de las granjas, construidas con la piedra del lugar, y en los edificios aledaños. Era una mañana de tantas, con gente yendo de compras en el autobús y hombres arremangados levantando almiares en las eras.

Había resuelto dejar que Robin manejara la salida a su antojo, y atender no sus propios deseos sino las propuestas de él. Porque ahora no había ninguna prisa. Tenían todo el día para ellos, y por el momento le bastaba con su compañía. Lo dejaría disponerlo todo. El autobús cobraba velocidad.

Sin más intención que la de entablar una conversación, dijo:

—Jane es bastante rara, ¿no?

—A veces —dijo él, escueto y despreocupado.

—¿Es mucho mayor que tú?

—Tiene veinticinco.

—¡Tanto! —A los veinticinco años ya era prácticamente una adulta—.
¡No puede ser!

—Pues sí. Es nueve años mayor que yo —dijo Robin—. Pero ya sé que parece menor.

—¿Y qué hace?

—¿Qué hace? Más bien poco. En una época ayudaba a mi padre, pero supongo que causaba más problemas que otra cosa. Durante un tiempo fue a clases nocturnas.

El autobús corría por la carretera. A veces las ramas arañaban las ventanillas.

—¿O sea que no hay nada que le guste?

—Tal vez haya algo, pero yo no lo sé —Robin se esforzó por sentarse más derecho—. Como dices tú, es muy rara. No la conozco demasiado bien. Si te fijas, verás ya algunas cúpulas.

Katherine obedeció. Pero las pocas imágenes que consiguió vislumbrar sobre las copas de los árboles se dispararon en cuanto el autobús se internó en unas calles de lo más prosaicas. Se bajaron en una acera ancha, ante una tienda de antigüedades cuyo umbral recién fregado no se había secado del todo. Un sol pálido empezaba a entibiar las fachadas, había bastante tráfico y el aire era limpio y fresco. Katherine, urbana desde la cuna, sintió que su ánimo mejoraba de repente.

—¿Y dónde estaba la universidad? —dijo.

Robin rio.

—En todas partes. Cualquier cosa que mires o toques es universidad.

Katherine miró. Mientras remontaban lentamente la calle él le explicó cómo era el sistema de educación y luego, cuando automáticamente empezaron la ronda por los triángulos, cuadrados y círculos de los edificios de los *colleges*, pasó a indicarle qué era cada cosa que veían. Aunque probablemente no supiera sino la décima parte de lo que contenía una guía de viajes corriente, era bastante para mantener una charla continua que a ella le resultaba en cierto modo sedante. La ciudad, de hecho, la decepcionaba:

había pensado que entrar en ella sería como sumergirse en la Edad Media, pero, en realidad, veía tantas tiendas y tantos taxis que ciertas ciudades de su país le parecían mucho más medievales. No obstante, a medida que él continuaba recitando su letanía de monasterios, reyes, nobles y prelados, se dio cuenta de que cada siglo había dejado allí sus credenciales y, aunque no se preocupara en retener los detalles, se dejó impresionar por la singularidad de ese lugar donde una única atmósfera dominaba una diversidad enorme. En los intervalos que él le concedía hizo algunas compras impensadas, entre ellas una fuente con un mapa del antiguo Oxford en el centro, un bolso, una pitillera y, en una tienda de antigüedades, una elaborada sortija tranquilizadamente cara. Desde su llegada a Inglaterra no había gastado casi nada. Regalaría todas las cosas, pero se quedaría con la sortija.

Robin estaba de un humor inmejorable. Resultaba evidente que se enorgullecía de Oxford como si fuera suyo. Era casi irritante oírlo informar de que este o aquel edificio tenía cuatrocientos o quinientos años de antigüedad, que databa del reinado de Jacobo, Enrique o Eduardo, como si extrajese pasas enteras de un pastel muy cargado. Los mismos pubs, llenos de ancianos que encendían pipas con cerillas retorcidas, estaban allí desde hacía siglos: este se remontaba a la época de los Tudor, en aquel había dormido Shakespeare de paso hacia Londres o Stratford. No era simplemente que quisiera impresionar a una extranjera: más bien parecía un millonario que, con cierto temor fascinado, no pudiera reprimir la confesión de lo que le han costado sus posesiones. Katherine, por afecto, intentó sentir lo mismo que él. Pero, mientras bajaban por una amplia avenida arbolada, bordeada de zarzas, descubrió que no le importaban gran cosa que aquellos prados hubiesen sido donados a la catedral, para erigir una capilla, por un noble cuya tumba él acababa de señalarle. Le gustaba mucho más que estuviesen paseando juntos por un lugar tan plácido, yendo hacia el río y oyendo a las vacas pacer la hierba y, cuando al fin se sentaron a descansar en la orilla, se recostó y pensó que, por lo que concernía a la edad, la pura edad que en sí misma era intemporal, le resultaba más intrigante el rumor de los árboles. Las copas circundantes, que se sacudían y aquietaban con un inagotable siseo de hojas, la hicieron pensar en el incesante clamor de las olas entre los arrecifes de una isla. Llenaban el aire con un susurro de eternidad, o algo tan cercano a la

eternidad que daba lo mismo, equiparando aquel lugar, por famoso que fuera, con cualquier lugar del mundo. Como todos los lugares, era a la vez eterno y efímero, y Katherine descubrió que los grados de temporalidad no le interesaban, mientras que la eternidad, por supuesto, no se podía cuantificar.

Se sentó y miró a Robin. Se había recostado a su lado colocando la cabeza sobre la mochila y tenía los ojos cerrados. Su cara mostraba una expresión paciente. Inclinandose sobre él, le colocó un mechón de su cabello. La sombra de su brazo hizo que los ojos de él se abrieron.

—Despierta —dijo Katherine.

—No estaba dormido —dijo él, y se sentó bruscamente, como si hubiese empezado a llover. Permanecieron un momento sentados uno junto al otro y, finalmente, se levantaron—. Si ya has descansado, quizá podamos seguir.

Katherine comprendió enseguida —aunque quizá demasiado tarde— que había hecho un movimiento que él no estaba dispuesto a aceptar, y se incorporó de golpe, ruborizada y atónita. Era como si el gesto lo hubiera asustado y al mismo tiempo hubiera estropeado el día entero. ¿Qué le pasaba? ¿Se le habría escapado algo? ¿Habría revelado de alguna manera que lo amaba? Y, suponiendo que en ese momento él no quisiera ese amor, ¿no tenía suficiente clase como para tratarla un poco mejor? Katherine se vio invadida por el temor a resultarle indiferente, pero, entonces, ¿por qué la había invitado? ¿Por qué había hecho todas esas maniobras para estar a solas con ella?

Renuente, lo siguió en su solemne peregrinaje. El día se había fastidiado.

Pero aún faltaba lo peor. Acabaron el *tour* poco antes de la comida, con la visita a la torre Radcliffe. Subieron en silencio y desde el balcón contemplaron la amplia panorámica de piedra cincelada y contrafuertes, como la decoración de una enorme tarta helada. Robin hizo un vago comentario sobre James Gibbs y se apoyó en la balaustrada. Miraron juntos los techos oblicuos, las agujas, las distantes colinas contra un telón de nubes.

Ya no había sol y una llovizna tenue empezó flotar el viento. Robin se irguió apesadumbrado y, mirando el cielo con suficiencia, dijo:

—En parte me lo esperaba. —Dejo resbalar la mochila hasta su mano y sacó un impermeable ligero, muy doblado, que sostuvo para que ella se lo pusiera—. ¡Qué bien hice en traerlo! ¿Vamos a comer y le damos la

oportunidad de que pare?

—De acuerdo.

Ella revisó los bolsillos: había un par de guantes. Cuando llegaron al final de la escalera oscura, sacó uno y, distraídamente, lo examinó con detenimiento. Estaba viejo y arrugado, y se le había descosido un dedo. Mirando el interior, encontró una lengüeta blanca con una limpia inscripción en rojo: «Jane R. Fennel».

Era una tontería tomárselo a mal. Pero se lo habría tirado a la cara.

En aquella situación había algo que mostraba su poca sensibilidad. A Robin no le importaba ninguna de las dos y así revelaba no tener la menor noción de la batalla que había librado y ganado. Aquello demostraba que, al contrario que ella, no estaba alerta a las emociones que se atisbaban a su alrededor; demostraba que, en el fondo, ella había construido una compleja pagoda sin ninguna base y su castigo era la vergüenza que sentía ahora. La verdad era que, de haberse esforzado, no habría podido hacer mejor el papel de tonta. En ese momento la invadió un enorme odio por Inglaterra y todos sus habitantes, algo que jamás le habría pasado si hubiese entendido todas las inflexiones y matices de sentido. La perspectiva de la tarde que aún les quedaba por delante le daba náuseas, y podía imaginarse nítidamente la conversación durante la comida: Robin, compuesto y despreocupado, se había levantado el cuello de la chaqueta para guarecerse de la lluvia, dejando a la vista un hilván de hilo blanco bajo las solapas. De todo lo que podía suceder de allí en adelante, lo único que le interesaba era disculparse de alguna manera con Jane, quien le había ofrecido su sincera amistad y a cambio no había recibido casi nada. Por lo demás, se habría vuelto enseguida a su casa. En el resto de la semana ni siquiera valía la pena pensar.

6

Eran poco más de las seis cuando llegaron a casa y Jane estaba en el jardín. Hacía solo media hora que había parado de llover, pero ahora volvía a brillar el sol. Robin, que esperando el autobús se había calado hasta los huesos, había subido a cambiarse. Katherine había atravesado la sala vacía y había salido a la terraza, y ahora estaba contemplando la brillante camisa de Jane moviéndose entre los altramuces. Estaba atando una peonía que la lluvia había tronchado.

Katherine se detuvo un momento a mirar cómo realizaba su tarea con callada persistencia. Ahora que por fin estaba allí no sentía tantas ganas de disculparse. El deseo había nacido de la ansiedad por poner todo en orden y desligarse de la situación, como si se tratase de pagar la cuenta antes de abandonar un hotel. Pero quizá aquello tampoco la llevase a ninguna parte. Contempló los limpios hombros de Jane, la pequeña cabeza que el pelo rigurosamente cepillado hacía parecer aún menor... Lo más probable era que sus excusas precipitaran nuevos enredos, nuevos malentendidos, más torpes y frustrantes porque le era imposible desentrañar las intenciones de los ingleses. Pero si su único objetivo era desvincularse públicamente de Robin —en realidad, se trataba de mucho más que eso— tenía que pedirle perdón.

De modo que bajó los escalones y cruzó el parquecillo. Jane levantó los ojos sin sorpresa ni alegría.

—Hola —saludó.

—Ya estamos de vuelta —anunció Katherine—. Llovió casi todo el tiempo.

—Aquí cayó un aguacero —Jane no parecía tan interesada en el diálogo como para evitar obviedades.

—Y allí toda la tarde. Acabamos yendo al cine.

—¿De veras? ¿Y qué visteis?

—La verdad es que no me acuerdo.

Esperó a que Jane acabara de atar la cinta de rafia y cortará los cabos. Mientras trabajaba, el rocío de otras flores le iba cayendo sobre la falda. Saltaba a la vista que no pensaba dar un solo paso para reconciliarse con ella.

Cuando por fin la vio salir del cuadro, Katherine respiró hondo.

—Quiero pedirte disculpas si ayer te ofendí.

Jane la miró con una mezcla de sorpresa y aburrimiento. Tenía la cara ligeramente bronceada y algunos pelillos alrededor de la boca.

—Ah, muy bien —dijo.

—De verdad que no quería ser grosera.

—No tienes de qué disculparte.

En aquel momento parecía tan menuda y juiciosa que Katherine estuvo a punto de creerle.

—Pero te ofendiste, ¿no? —preguntó, vacilante.

Jane hizo un gesto levemente desagradable.

—¿Qué te parece si dejamos el asunto?

—Pero yo no quería ofenderte —se obstinó Katherine.

—No te preocupes —dijo Jane con un deje de sarcasmo—. Acepto tus excusas.

Katherine, que se había obligado a pedir disculpas, se exasperó al ver que Jane se negaba insulsamente a aceptarlas. No se pudo controlar.

—Eres igual que Robin —dijo. El insulto se correspondía con su presente estado de ánimo.

—¿Y cómo crees que eres tú? —replicó Jane, tan suave y velozmente que Katherine apenas la oyó.

Un momento después se fue a remendar otra peonía. La pesada corola carmesí le mojó las manos.

El súbito ataque paralizó por completo a Katherine. Incluso en su propio idioma le habría sido difícil reaccionar. Ahora se sentía impotente. Con la lluvia habían aparecido los caracoles, y uno se arrastraba tiernamente, volviendo los cuernos a un lado y otro, por la base de una fuente de piedra.

—Te contaré todo lo que dijimos —volvió a empezar débilmente.

—No me importa —contestó Jane—. No quiero que me detalles todos y

cada una de las formas en las que me insultasteis.

—Yo no te insulté... Yo no dije...

Jane se encogió de hombros.

—¡Verás cómo lo entiendes! —exclamó Katherine—. Dijimos que...

—Lo que entiendo es que queríais quitarme de en medio —dijo Jane, y Katherine se interrumpió para extremar la cortesía—. Pero debo confesar que simplemente no se me pasó por la cabeza que tres son multitud.

Katherine enrojeció. Por mucho que Jane estuviera en lo cierto, no había motivos para ser tan hipócrita.

—Ese era tu problema.

—Pero las visitas no suelen... —Jane se detuvo, aguijoneada por la réplica de Katherine—. No lo hice por mí.

—¿De veras? ¿Es que piensas que soy estúpida?

—¿Qué quieres decir?

—No hace falta que te preocupes. Tu valioso Robin no corre peligro de...

—¿Pero qué me importa a mí Robin? —preguntó Jane sinceramente asombrada.

—¡Bah! —dijo Katherine, irritada—. Oye, ¿por qué no lo olvidamos todo? Como tema es bastante aburrido. Lo único que quería era pedirte disculpas.

Jane la miró con cierta indiferencia, entornando los ojos contra la vigorosa luz.

—Espera un momento —dijo—. No entiendo. ¿Qué te ha dicho Robin de mí?

—Nada.

—Entonces, ¿de dónde has sacado esa idea?

—¿Qué idea? —preguntó Katherine, tozuda.

—Que supuestamente yo tenía que vigilaros.

—Habría tenido que ser ciega para no verlo.

—¿Y tú crees que nosotros...? Pero ¿por qué?

A Katherine le repugnaba que la interrogaran de esa forma.

—Eres mayor que nosotros —dijo—. Nos acompañabas a todas partes. Y como siempre te aburrías, tenía que haber otra razón.

—Es para partirse de risa —dijo Jane, y se volvió.

—Siento habértelo dicho —dijo Katherine, preguntándose si no se habría equivocado—. Pero para mí estaba claro.

—¿Quieres decir que no entendías por qué me comportaba así?

—No, no lo entendía.

—¿Y por qué tiene que haber una explicación? Teniendo en cuenta que vivo aquí, ¿por qué no iba a estar con vosotros?

—¿Y por qué sí? —dijo Katherine—. No te divierte demasiado. Eres mayor que nosotros. Es una pérdida de tiempo.

—Pues vaya opinión que tienes de ti misma —dijo Jane, con un ahogado acceso de risa. Se enrolló la cinta de rafia en la mano—. ¿No crees que valga la pena estar contigo?

No había entendido la frase, pero ante la sospecha de que fuera sarcástica, Katherine se quedó callada.

—Bien, lamento haberos dado la lata —continuó Jane un momento después—. No se me pasó por la cabeza que tal vez estuviera convirtiéndome en una tía solterona. Gracias por avisarme.

—¡No he querido decir eso! —exclamó Katherine—. Puedes estar segura de que no quiero pasar todo el tiempo que me queda aquí con Robin, y supongo que a él le ocurre lo mismo.

—¿Pero qué ha sucedido? —dijo Jane, insistente—. ¿No es tan extraordinario como creías?

—Yo nunca... —de pronto Katherine captó la alusión y sintió un poco tonta—. A Robin no le pasa nada. De todos modos, me pregunto para qué me ha invitado. ¿Por el placer de mejorar mi educación? ¿Para tomar clases de idiomas?

Lo había dicho con temeridad, para aclararse los sentimientos, sin importarle que Jane pudiera ofenderse. Pero Jane no se había ofendido. Miraba a Katherine con fatigada curiosidad.

—¿De verdad no lo sabes?

—¿Qué cosa?

—Que Robin te invitó porque yo se lo pedí.

Katherine le clavó la mirada. Se repitió la frase varias veces, preguntándose si la habría entendido bien.

—¿Qué estás diciendo?

—Que Robin te invitó porque yo se lo pedí —repitió Jane. Se apoyó en el respaldo de un banco de jardín.

—Pero ¿por qué?

—Me pareció que lo pasarías bien, y que sería divertido tenerte con nosotros.

—O sea que él no quería que viniese.

—¡Oh, no! —Jane se apartó del banco y, alzando los codos puntiagudos, se alisó el pelo—. Pero no se le había ocurrido la posibilidad.

Katherine empezaba a comprender. Al principio le había parecido tan increíble que pensó que por algún motivo Jane se había inventado una mentira desesperada. Pero no bien hubo reflexionado un poco, se dio cuenta de que todo era fatalmente obvio. Durante dos semanas había dedicado su imaginación a construir teorías basadas en el hecho de que Robin la había invitado, e intentado a la vez camuflar lo poco plausibles que resultaban. Ahora sabía cuál era el defecto de esas teorías: no era Robin quien la había invitado.

—¡Vaya! —exclamó—. Esto sí que me sorprende. Ojalá me lo hubieses dicho antes. ¿Puedo preguntarte quién me invitó entonces?

—Acabo de decírtelo —dijo Jane—. Fui yo. Lo cual, por otra parte, explica que haya sido tan eficaz como carabina. ¡Todo un orgullo para mí! —Dejó escapar una risita—. Como ser guía del Museo Británico. Una verdadera maravilla.

Katherine la escudriñó.

—Vale. Y tú ¿por qué me invitaste? —preguntó—. ¿Para saber cómo son los salvajes?

—No. Quería conocerte.

—Pero no sabías nada de mí.

—Estaban tus cartas.

—Pero si solo escribía... —Katherine se interrumpió—. ¿Tú las leías?

—Sí.

—¿Robin te las enseñaba?

—Si yo se lo pedía, sí.

—¡Vaya! —Katherine tuvo que vencer la rabia para poder hablar—. ¡No teníais derecho!

—¿Por qué no? —preguntó Jane—. No contaban nada íntimo. —Arrancó una hoja de hierba y se puso a morderla.

—Eso no tiene nada que ver... Él... ¡Tendría que habérmelo consultado! No hizo bien... Y tú tampoco.

—No te preocupes. Como público, yo era mucho más agradecida que él.

—¡Yo no necesitaba ningún público!

Jane la miró, meditabunda, y con un chasquido escupió un trozo de tallo.

—Te lo explicaré —dijo—. Me parece que nos hemos enredado en un largo malentendido.

—La culpa no es mía.

—Cuando Robin empezó a escribirte me llamó la atención —dijo Jane—. Creo que es la única cosa que ha hecho en su vida que me habría gustado hacer a mí. —Guardó silencio un momento—. Me parecía fascinante la idea de escribir a alguien que no te conocía, que nunca te había visto, que ni siquiera vivía en tu mismo país. Podías decirle lo que se te antojara y no tendría importancia, podrías inventarte un montón de cosas sobre ti y daría lo mismo. O podrías decirle la verdad y ver cómo reaccionaba. Me pareció que era como confesarse con un cura. —Miró a Katherine como esperando que se echara a reír.

—Pues no se parece nada —dijo Katherine más sosegada—. Es bastante aburrido.

—Eso es porque piensas en Robin —dijo Jane con cierta impaciencia. Empezaron a pasearse por el césped—. Pero supón que por casualidad hubieras dado con alguien que te gustara de verdad. Alguien que pareciera comprender lo que le contaras. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¿No habría sido maravilloso poder confiarle todo y al mismo estar segura de que nunca..., de que siempre seguiría estando lejos?

Katherine dijo que lo entendía. Pero dudaba de que algo así pudiera pasar.

—Bien, pues eso fue lo que pensé yo cuando Robin empezó a escribirte. Ni por un momento se me ocurrió que fuera a dar con alguien que valiera la pena. —Se detuvo a agitar una amapola llena de semillas—. Pero el caso es que resultaste bastante buena, aunque Robin no lo notara.

—¿En qué sentido? —dijo irónicamente Katherine, molesta con la última observación.

—Lo que escribías era de lo más interesante. Yo leía las partes en inglés y Robin me traducía el resto —añadió Jane como explicación—. Me interesaba muchísimo. Qué hacías, cómo vivías, qué opinabas de las cosas, de las cosas más corrientes, todo contado como si fuésemos viejos amigos tuyos (como si Robin fuese un viejo amigo tuyo, quiero decir). Y sin embargo era tan extraño... —Se detuvo a reflexionar, como si intuyera que no se estaba explicando bien—. Aunque no escribías páginas y páginas de descripciones (sabe Dios los ladrillos que te habrán enviado Robin) me quedaba la sensación de que te conocía a la perfección. Y siempre eras espontánea. No te preocupaba causar buena impresión.

«¡Claro que no me preocupaba!», pensó Katherine.

—De modo —concluyó Jane— que no pude dejar de pensar que por pura casualidad Robin había..., bueno... —El tono, antes ligero, se había endurecido como si Jane temiera que Katherine se riese—. Que Robin se había encontrado exactamente con la clase de persona que a mí me habría gustado conocer.

—¿Y por qué no me escribiste tú? —dijo Katherine, saliendo al paso de su timidez.

—No podía, de veras —Jane hizo un ademán—. Me habrías tomado por loca. Me pareció que lo mejor —hablaba cada vez más rápido, como para librarse cuanto antes de una confesión ignominiosa— era lograr que Robin te invitara a pasar unas semanas. De ese modo podría conocerte y ver cómo eras y, si nos entendíamos, empezar a escribirte cuando te fueras. Tenía la esperanza de que nos llevaríamos bien —concluyó, alzando las cejas y bajando la mirada.

Estaban de nuevo junto al banco. Katherine le dio una patadita. Ahora podía incluso relacionar la última frase con lo que había pasado el día anterior.

Pero tenía necesidad de elevar alguna protesta. Le costaba creer lo que Jane acababa de decirle, en parte porque ella nunca había sentido algo así, y en parte porque nada que se diga en un idioma desconocido para alguien, ni siquiera un poema, puede conmoverlo. Y como además Jane hablaba sin pasión alguna, no le resultaba convincente.

—Pero...

—Ya, te parece una tontería.

—No. ¡En absoluto! ¿Pero qué pensaba Robin de todo esto?

No era la pregunta que hubiera querido hacer, pero le permitía ganar tiempo.

—No creo que lo supiera. Yo nunca se lo conté. —Volvió a bajar la mirada—. Este banco no está seco. ¿Vamos a sentarnos dentro?

—Si quieres...

Subieron los escalones y entraron en la sala, que estaba cerrada y silenciosa. Motas de polvo brillaban bajo la luz del sol. El reloj marcaba las siete menos cinco.

Katherine se sentó en el sofá. Estaba estupefacta. Mientras escribía las cartas había sabido bien poco de la existencia de Jane, y ahora le pedían que creyera que las redes que tan astutamente había tendido para capturar a Robin habían logrado, eficaces hasta la última sílaba, atrapar a su hermana. No solo no lo creía, sino que le parecía absurdo. Jane no le despertaba el menor sentimiento. Y le parecía ridículo que ella pudiese impresionar a una persona que no le importaba en absoluto. Además —las imposibilidades se iban acumulando— ella tenía dieciséis años y Jane veinticinco, y era madura y extranjera.

—Pero no comprendo —titubeó— por qué... te molestaste...

Apoyada en el piano, Jane encendió un cigarrillo.

—Supongo que no debe ser fácil de entender —dijo. El cansancio volvía a hacerse patente en su tono de voz—. No sé si podré explicártelo.

Cerró un momento los ojos.

—Digámoslo así —continuó—: a veces me aburro tanto que pierdo la medida de las cosas. —Miró a Katherine para ver si comprendía.

—Te aburres —dijo Katherine, indicando que la seguía.

—¡Sí, me aburro! —exclamó Jane en un súbito arrebató. Sacudió innecesariamente el cigarrillo y fue hasta la biblioteca—. Lo cual también parece una estupidez. ¿Por qué voy a aburrirme? Tengo buena salud, no paso hambre, vivo en una casa preciosa. Una estupidez, ¿verdad? Pues no lo sé. Solo hace diez años que me ocurre —concluyó con un toque de sarcasmo juvenil.

Aliviada, Katherine se dio cuenta de que al fin Jane iba a hablar de sí

misma. Eso lo explicaba todo. Ya había tenido antes conversaciones así: una persona le captaba la atención a base de piropos, y cuando ya la había atrapado le confesaba sus inmadureces egocéntricas. Esta vez no era muy distinto. Se dispuso a escuchar, aunque algo decepcionada de que no fuera a hablar de ella.

—Cuéntame —dijo.

Jane fue de la biblioteca al gramófono y tocó un disco como si estuviera considerando la posibilidad de ponerlo.

—No sé si puedo —dijo al fin—. Me parece que no hay mucho que contar. Cuando tenía dieciséis años dejé el internado porque no tenía sentido seguir. Como sin duda a estas alturas ya habrás deducido, el inteligente de la familia es Robin. De modo que volví a casa. —Puso el disco en su sitio y jugó un momento con el cepillo—. Aceptaron la situación durante un año y medio, más o menos. Luego se decidió que debía hacer algo. Así que fui a un instituto técnico a aprender taquigrafía y esas cosas. Nos pasábamos horas y horas dándole a la máquina de escribir. Cuando se consideró que ya sabía lo suficiente, papá me colocó en el despacho de un amigo suyo, una compañía de seguros, y allí estuve trabajando casi un año —Se acercó a la chimenea y dejó caer la ceniza en un adorno—. Luego, con diplomacia y firmeza, anunciaron que iban a reducir la plantilla y me despidieron. No me sorprendió demasiado porque nunca me hice ilusiones, pero la verdad es que fue como una bofetada. —Rio—. Lo más probable es que no mintieran, porque era la época de la depresión, pero en ese momento yo no me lo creí. Así que fui a incordiar al despacho de mi padre mientras él me buscaba otro empleo. Fue peor que en la compañía de seguros, porque no tenía ninguna tarea definida y la gente no sabía qué pintaba yo allí. Además, mi padre no me pagaba mucho. Como pasaba el tiempo y no encontraba nadie lo suficientemente tonto para contratarme (quién iba a contratar a una inútil sin experiencia) al final dije que estaba harta y volví a casa a «ayudar a mamá». Desde entonces sigo «ayudándola».

Empezó a mecerse, apoyada en la reja de la chimenea.

—Pero tu padre... Si quisieras hacer algo él te ayudaría, ¿no? —dijo dubitativamente Katherine.

—Sí, claro. Pero ya ves que no hay nada que me apetezca hacer.

Katherine no contestó. Jane fue hasta la ventana y arregló unas flores que había en el antepecho. De una de ellas cayó un pétalo.

—Carreras para mujeres —dijo Jane. Recogió el pétalo y lo rompió—. ¿Y qué pasa con las mujeres que no quieren hacer ninguna carrera? En otra época, supongo, habríamos tenido una familia inmensa y yo habría acabado siendo una especie de ama de llaves sin sueldo. La tía Jane y lo que no debe hacerse. —Arrojó los trocitos de pétalo al cubo de carbón—. Pero hoy en día nadie me obliga a hacer algo así, y como tampoco hay nada que me atraiga la respuesta es muy sencilla: no hago nada. Pero tienes que entender una cosa, porque es el quid de la cuestión —añadió, ya que Katherine no parecía dispuesta a decir nada—. Yo no soy perezosa, ni siquiera me asusta el vasto mundo y todo ese rollo, y sabe Dios que en vez de chupar como una esponja me gustaría pagarme mi comida. Puedo incluso engañarme durante tres semanas y convencerme de que algo me encanta y de que quiero seguir haciéndolo (aunque ya no sé si puedo, últimamente no lo he intentado. Pero el caso es que luego me canso). —Sacudió una cortina para estirla—. Y luego me entero de que alguna de mis antiguas compañeras de colegio tiene un nuevo puesto, o se casa o algo así. Me acuerdo bien de muchas de ellas. No tenían nada de especial. Pero al menos... Y encima está Robin. A veces me abruma. O más bien hace que yo me abruma a mí misma, porque sé que tienen razón, ya me entiendes. Ellos llevan dentro ese deseo de..., vaya, es tan difícil de explicar... Es como si les fuese totalmente natural seguir adelante y hacer cosas, nunca lo piensan dos veces. Pero para mí no tiene sentido —dijo Jane, dándole un leve golpe al piano.

—Podrías casarte —dijo Katherine a modo de prueba.

—No, no lo comprendes —respondió Jane con voz irritada. Se puso las manos en las caderas—. Estoy hablando de todo, de todas las cosas que podría hacer. Claro que podría casarme. Podría empezar taquigrafía de nuevo, podría trabajar en una fábrica o ser camarera, hasta podría quedarme aquí. ¿No te das cuenta? Si no hago nada es justamente porque no veo qué sentido tiene hacer algo. Ah... —Se volvió, como cansada de su propia voz, y se sentó en el taburete del piano. El sol le caía sobre los hombros y el humo del cigarro se volvía gris bajo la luz—. Además —añadió como para rematar el asunto—, nadie va a querer casarse con alguien que no le encuentra sentido al

matrimonio. Eso lo sé muy bien. Antes se casarían con una zulú.

—Lo que tienes que preguntarte —dijo Katherine con cuidado, tras una larga pausa durante la cual Jane tiró el cigarrillo por la ventana abierta— es qué harías si tuvieras un millón de libras.

—Me parece un poco estúpido —dijo Jane—. ¿Qué haría si viviera en la luna?

—Tal vez te ayude a decidirte.

—Pero yo no tengo nada que decidir... Aunque, bueno... —dijo Jane. Se levantó y empezó una vez más a moverse por la sala—. Me figuro que viajaría. Eso podría gustarme.

—¿Y adónde irías?

—A Europa, a Rusia, a América. A ningún lugar donde haga calor. Y en cuanto me aburriera, a otra parte. —La idea no parecía atraerla en exceso—. No lo sé —dijo—. Es solo una ocurrencia. Sabes, una vez, antes de que llegaras, pensé que si nos hacíamos amigas te contaría todo esto para preguntarte qué opinabas. Supongo que de todos modos te lo habría contado —suspiró—. Y, bien, ¿qué opinas?

Katherine tuvo una idea extraordinaria. Ignoraba de dónde había surgido, aunque lo cierto era que en los últimos minutos había empezado a tomarse a Jane en serio. Consistía en proponerle que fuera con ella a su casa. Podía quedarse seis meses, o incluso un año si ayudaba con los gastos. Viviría con ellos, aprendería el idioma, conocería gente, haría más o menos lo que le viniera en gana. Sus padres, que eran unos intelectuales algo excéntricos, no se opondrían. Tenían una habitación desocupada. Por más que el viaje no provocara un cambio duradero, la divertiría mientras durase la sensación de novedad. Por un momento le pareció brillantemente sensato. Luego, de repente, se volvió melodramático. Jane rechazaría enseguida la oferta, asumir el papel de hada madrina era una pedantería. En realidad, Jane no le estaba pidiendo consejos, simplemente necesitaba hablar. Si había algo que hacer, ya lo haría su padre; no le faltaba dinero. En el mejor de los casos era una tontería lanzar la propuesta directamente. Primero tenía que consultarlo con sus padres. Lo más conveniente era esperar, y quizá sugerir la idea en una carta. Soltarla sin más era una locura. Se recompuso.

—¿Y no tienes nada de dinero ahorrado?

—Unas cien libras.

—Pues entonces está claro —dijo Katherine riendo—. Solo te queda casarte.

—Eso imagino. ¿Pero con quién?

—Bueno, con un extranjero —dijo Katherine estirando las piernas— que te saque de aquí. Alguien que sea lo opuesto de ti.

—Bien, ya veremos —dijo Jane, como dando por cerrada la cuestión—. Si es que hablas en serio, claro.

—Por supuesto que hablo en serio. ¿Tú no?

—Muy en serio —dijo Jane y, como ella, se echó a reír.

7

Ya partir de ese momento todos sus problemas se detuvieron, sus elucubraciones dejaron de confundirla y sus fantasías desaparecieron. De pronto se encontró en un entorno corriente, acompañada de dos corrientes y amistosos jóvenes ingleses, moviéndose a su antojo por una casa amueblada con elegancia. Cuando escuchó a Jane hablarle con tal franqueza y desesperación, supuso que naturalmente empezarían a depender más una de otra, pero Jane nunca volvió a mencionar el tema y Katherine no tenía ganas de sacarlo. Sabía que las confesiones como aquella tenían un valor catártico e imaginó que Jane estaba en paz. Había contado su historia como un ajedrecista que, después de una derrota, explica la táctica con la que intentó vencer y por su estéril actitud había le había revelado que nunca se había sincerado con nadie antes. Tampoco mencionaron nunca más el enfado: volvieron a pasear los tres juntos, como antes, aunque Robin seguía insistiendo en hablar con Katherine en su idioma.

La extrañó descubrir que Robin se mostraba más afectuoso con ella. Al principio de la visita había sido reservado, había tratado de mantener su rizado pelo oscuro escrupulosamente peinado, de abrirle siempre las puertas, de garantizar que se hiciera lo que ella quería. Ahora estaba más suelto y, muerto casi el interés de ella por él, actuaba con informalidad, a veces con desenfado. Se paseaba por la casa con unos pantalones sucios y sin calcetines. Ya no usaba con ella una voz especial —articulada y precisa— ni la trataba como a una reina. Como se le había acabado la ilusión y enfriado la imaginación, Katherine no prestaba atención al cambio, pero más de una vez habría jurado que detectaba en la voz de él un matiz seductor. Era imposible ignorar que se había acostumbrado a reírse de ella sin desviar la mirada, y a tomarla familiarmente del brazo una y otra vez.

Bien, desde luego eran muestras de cariño, pero llegaban demasiado tarde. Pensaba, fantásticamente, que él había vislumbrado el fugaz amor de ella y ahora trataba de mantenerlo vivo. En cuanto a ella, su principal preocupación consistía en intentar olvidar el vergonzoso intento de conducirlo a un inexistente terreno abierto. El recuerdo la hacía sonrojarse. Era algo que jamás les contaría a sus amigas.

¿Pero qué les contaría? Se imaginaba bien la escena. Tras una decorosa merienda, se encerrarían las tres —o quizá cuatro— en la habitación de ella, donde habría chocolates. La funda del camisón, con la forma de un perro lanudo, se encontraría sobre la repisa para que dos de ellas pudiesen sentarse en la cama. Y luego: «Bien, Katherine, cuéntenoslo todo». ¿Qué les iba a contar? «Jugamos al tenis y gané yo.» «Fuimos al río y se me cayó la pértiga al agua.» «Fuimos a Oxford y llovió todo el día.» ¿Y qué iban a decir ellas? «Diste muchos paseos en bicicleta.» Bien, la verdad era que no habían sido pocos. «¿Y viste la catedral de San Pablo y la abadía de Westminster?» También era cierto. «¿Y te pidió que le dieras clases de idioma?» Ni siquiera podría negar eso. «Y desde luego ¡mira que no ir nunca a bailar ni al teatro ni a una cervecería en todo ese tiempo!» No, era realmente abrumador. Sonaría terrible. ¿Pero había sido en realidad tan terrible? Las evidencias llevaban a pensar que sí. ¿Y sus sentimientos? No estaba segura.

No todas las vacaciones habían dependido de cómo se comportara Robin o de lo que dijera, ni siquiera de la actitud de Jane. Ciertos momentos de soledad habían equilibrado las cosas. Una noche, incapaz de dormir, se había asomado a la ventana a ver la luna, y el olor del ganado y las enredaderas la había mareado. Por las mañanas le gustaba oír a los hombres llamando a los caballos y el impresionante canto de los gallos. Le encantaban el verdor extraordinariamente suave del paisaje y las colinas cubiertas por el verde oscuro de los bosques. Recordaba con placer el día en que había encontrado a un niño llorando en un camino, cómo a fuerza de hablarle había logrado calmarlo, aunque tal vez, más que consolarlo, lo hubiese aturdido. Pero el hecho era que había acabado riendo. Y en el cementerio había una tumba que la fascinaba, una tumba elaborada y jacobina con cuatro ángeles, una urna y una calavera sonriente, todo erosionado por trescientos años de castigos climáticos. No le había preguntado a Robin de quién era, y temía que él se lo

dijera. Pero una o dos veces se había sentado junto a ella en la alta hierba, al anochecer, contemplando desde ese mirador el pueblo a un lado y al otro el río. La luna, no con un brillo mentolado, sino casi como un capullo abriéndose, como una fruta madura, impregnaba el paisaje oscuro de una bruma perlada. Al cabo de un rato había descubierto a un gato sentado en otra tumba, a diez metros de ella, que de vez en cuando la miraba, bostezando, como si ambos estuvieran esperando algo en la misma esquina. Finalmente, regresó a casa, dejando al gato solo.

Por esas y otras cosas que ya no recordaba tenía la sensación de que en cierta forma había «poseído» su verano. Ella pensaba que realmente había poseído el verano de los Fennel y que su presencia quedaría inextricablemente ligada a sus recuerdos, convertida tal vez en una fecha: «El año en que vino Katherine», «El verano en que Katherine estuvo aquí». Aunque en realidad lo consideraba improbable. Ella misma le había preguntado a Robin en cierta ocasión:

—Robin, ¿viene mucha gente a pasar aquí una temporada?

Iban camino de la carretera principal, donde debían interceptar el coche de Jack Stormalong. Como un breve anticipo del otoño, el aire estaba húmedo. Las moras maduraban en los setos, y en la cocina, listas para hacer mermeladas, había fuentes de cerámica llenas de ciruelas rojas y amarillas. Justamente por eso Jane se había quedado en la casa. ¿O era porque había descubierto polillas entre las mantas de la habitación libre? No había sido clara. El caso era que estaban solos.

—Bueno, la mayoría de nuestros amigos son amigos de la familia, no sé si comprendes lo que quiero decir —contestó él. Katherine comprendía. Las relaciones superficiales eran típicas de los Fennel—. Calculo que al final del verano la suma de las visitas recibidas es considerable.

—Y este al que vamos a buscar... Jack... ¿Ya ha estado aquí otras veces?

—Unas cuantas. Lo conocemos desde hace siglos. Su padre hizo el servicio militar con el mío.

—Le sorprenderá encontrarme en la casa —dijo Katherine.

—No. ¿Por qué? Está acostumbrado a que haya gente. Y, además tú ya eres casi de la familia.

—Pues sería divertido —dijo Katherine, ausente—. ¿No crees que las

familias con parientes extranjeros son más interesantes? Se vuelven mucho más fuertes. Y luego unos pueden ayudar a otros.

—Eso es lo que piensan los judíos, ¿no? —dijo Robin, un poco distante.

Jack Stormalong estaba de muy buen humor. Según su reloj de pulsera a prueba de golpes —puesto que el reloj del salpicadero, como todos los de su clase, no funcionaba— había llegado en sesenta y cinco minutos desde un lugar que Katherine no captó bien: ¿Tewkesbury? ¿Newbury? ¿Aylesbury? Los llevó a la casa en su deportivo rojo, cuyo motor bramaba estruendosamente, mientras le explicaba a Robin que estaba utilizando una nueva marca de aceite. No encontraba dificultad alguna en hacerse oír por encima del ruido del motor.

Su presentación a Katherine no fue demasiado afortunada. La saludó estrepitosamente y le preguntó algo que ella no entendió. Katherine se dio cuenta de golpe de que su comunicación con los ingleses estaba muy condicionada por la costumbre de oír a los Fennel. Se produjo entonces un incómodo silencio que Robin se apresuró a llenar, y Katherine sintió que se sonrojaba. Jack la miró con una expresión de contenida benevolencia, como si hubiera dicho algo impropio. Ella notó que él tenía los incisivos centrales de arriba muy juntos y prominentes, formando una suerte de *arc brisé*.

Su llegada la desplazó a segundo plano, cosa que por un tiempo no lamentó, pues la divertía ver que recibían a otro como la habían recibido a ella. Además, desde el momento en que escuchó hablar del nuevo huésped había estado esperando inconscientemente que llegara. Nunca la había abandonado la sensación de que a partir de cierto día iba a haber alguien más. Pero no sabía bien qué esperaba, y ciertamente Jack Stormalong no la atrajo demasiado. Cuando antes de la cena se reunieron todos en la sala a beber jerez en su honor, el revés inicial se transformó en disgusto. Tenía unos veinticinco años, el pelo corto y acicalado levemente ondulado en la frente, y una cara ni guapa ni fea que no transmitía nada, salvo la conciencia de su propia autoridad: una cara militar, como las que ella estaba acostumbrada a ver sobre los altos cuellos de los cadetes, en su país, ofreciendo no amistad sino paz bajo ciertas condiciones. Debía de medir más de un metro ochenta y era muy fuerte. Le dio calurosamente la mano al señor Fennel, a quien llamó

«señor» y, pasándole a Jane una copa de jerez pálido, le dijo «Hola, Jane» en voz baja y afectuosa mientras le agarraba el brazo por un instante, lo cual la hizo trastabillar. Katherine se sentó sigilosamente en el taburete del piano, fuera del alcance del visitante.

Con creciente fastidio advirtió, no obstante, que la visita había puesto a los Fennel de muy buen humor. Con ella habían sido atentos, amables, pausados: ahora, en compañía de una persona diferente, se mostraban radiantes, sutiles, casi chispeantes, mientras la charla se articulaba en torno a las plagas de jardín, y Jane se incorporaba, y Jack Stormalong demostraba que era de lo más fácil comer y sostener una conversación al mismo tiempo. Era indudable que estaba teniendo mucho más éxito que ella. Daba por sentado que allí estaba en su casa: se embarcaba en largas anécdotas, sin dejar de beber vino, y después de cada trago reconducía su discurso hacia una persona diferente. A la única que no le decía nada era a Katherine. Cuando los otros la integraron en la conversación se obligó a tenerla en cuenta, agitando los párpados de los fríos ojos azules. No era exactamente como si le hubiesen presentado a la criada, pero de todos modos parecía desconcertado.

Robin había centrado toda su atención en él. Quizá por contraste, parecía mucho más infantil que de costumbre. Hacía preguntas sobre pesca y sobre el coche que Jack Stormalong respondía con animosa superioridad, como si hablara con un hermano menor. Katherine, por quién Robin nunca había mostrado semejante interés, se retraía cada vez más y oía el rumor de sus palabras sin molestarse en seguirlas. Cuando acabaron de comer Robin propuso que ya que estaban todos juntos, podrían hacer una foto, y Katherine supo que el motivo de la ocurrencia no era ella. No obstante, siguió al grupo hasta el parquecillo mientras Robin iba arriba a buscar la cámara.

—Deben de quedar un par de fotos —dijo el señor Fennel aplastando lombrices con el zapato—. ¿Cuándo fue la última vez que la usamos? En Pascua, ¿no?

—Robin tomó una el día que fuimos a Reading y se nos cruzaron las ovejas —dijo Jane, que estaba al lado de Jack—. Creo que con esa se acabó el carrete.

Entonces Jack se puso a describir un incidente que a Jane parecía resultarle gracioso. Momentáneamente abandonada, Katherine fue hasta el

banco junto al cual había estado con Jane la tarde de la confesión, y donde ahora se había sentado la señora Fennel.

La señora Fennel alzó los ojos.

—Bien, resulta que ahora somos un montón.

—Sí, muchos.

—Siéntate un momento, ¿quieres? Me temo que no he pasado mucho tiempo contigo, lo cual no habla muy bien de mí. Pero pensé que preferirlas estar con Robin o Jane que sosteniéndome a mí la madeja.

Katherine, que no la había entendido, murmuró lo primero que se le ocurrió. Pero se sentía agradecida a la señora Fennel. Discreta, diestramente, ella se había cuidado de suavizar todos los leves embarazos que esperaban a un huésped en una casa extraña, y ahora Katherine no sentía la menor timidez. La vio dejar de lado el libro que estaba leyendo, una novela de Sir Walter Scott.

—Imagino que estas vacaciones no te habrán resultado demasiado emocionantes, pero nos pareció que lo mejor era seguir con nuestra vida normal. No sabíamos muy bien qué expectativas tenías.

—Estoy segura de... Ha sido todo maravilloso.

—Bien, en todo caso espero que Inglaterra haya dejado de ser para ti un país extranjero —dijo la señora Fennel—. ¿Volverás otro año? Aquí todos te queremos mucho.

—Vaya, gracias...

—Y pienso que para Robin es una suerte tener una amiga como tú.

En ese momento Robin bajó corriendo la escalera con una cámara de fuelle en la mano. El señor Fennel, que llevaba un panamá, le salió al paso.

—Dámela a mí. Me encargaré de apretar el botón.

—¡Pero tú tienes que salir en la foto! —exclamó Jane adelantándose.

—Ni hablar. Poneos todos juntos. Las damas delante, los caballeros detrás. Sí, en el banco servirá.

—¿Estamos a contraluz, señor? —dijo Jack Stormalong ansiosamente, como si deseara apropiarse de la cámara.

—He tomado docenas de fotos —dijo el señor Fennel, inflexible— sin preocuparme por eso. El secreto es sostener la cámara con firmeza.

—Lo hará bien —dijo Robin por lo bajo.

—Pues cógela fuerte —le dijo Jane a su padre.

La señora Fennel había quedado en el centro, con Katherine a un lado y Jane al otro.

—Espera un momento. Iré a cambiarme los zapatos. Estos están impresentables.

—Presentables o no, cariño, tus zapatos poco le importarán a la posteridad. Bien, manos a la obra. Caramba, no veo nada. ¿Dónde estáis? —Movi6 la cámara con un quejido—. Haced alguna seña.

Jane agitó la mano.

—¡Ah, vale! Ya está, gracias. Ahora el problema es con Jack. Me temo, Jack, que la cabeza te queda fuera del cuadro.

—Siempre es un consuelo —dijo Jane.

—Un momento. *Nil desperandum*. Lamentablemente, tendremos que prescindir de los pies de las damas. ¿Ves, cariño? No hacía falta que te preocuparas por los zapatos.

—Quizá alejándose un poco más, señor...

—No, así está perfectamente. Ahora. Ya lo tengo. A sonreír todos. Recordad que es una ocasión especial... ¿Dónde está el botón? ¿Dónde...? ¡Ah, ya! Atención.

Y así la imagen de los cinco, sentados o de pie pero cómodos a la luz del atardecer, quedó impresa en un negativo para toda la eternidad.

—Hazle una a Katherine —pidió la señora Fennel—. Quiero que tengamos una de ella sola.

—Claro que sí. ¿Te importa, muchacha? Ponte al lado del matalobos, esas flores de allí. Espera, que paso el rollo.

—Es inútil, papá —dijo Robin yendo hacia el señor Fennel—. Solo quedaba una foto.

—¿De veras? Déjame... Vaya, pues sí. ¡Qué pena! Lo siento, Katherine, se ha acabado el carrete. ¿No tenemos ningún otro rollo?

—Salvo que tú hayas comprado...

—No importa —dijo la señora Fennel, recogiendo el cojín rayado que había sacado para sentarse—. Te tenemos en la de grupo.

Pero a Katherine sí que le importaba. Le daba la impresión de estar ya en el barco que la llevaría de regreso y ver cómo las caras, con la distancia, se

iban disolviendo en una sola mancha. Robin estaba exasperante. A partir de ese momento, a propuesta de él, pasaron casi todo el tiempo los cuatro juntos, y del roce con Jane no se volvió a hablar. Los dos últimos días de Katherine se desperdiciaron en insulsos pasatiempos grupales: dobles de tenis —y si algo disgustaba a Katherine eran los dobles, más aún cuando le tocó hacer pareja con Jack en un *match* de Inglaterra contra el resto del mundo (pues Jack Stormalong tenía un cargo en la India)— o dos horas empleadas en llevar unas sillas al Ayuntamiento. El tiempo, tras las lluvias torrenciales, se había estabilizado en un sol cerúleo, y de vez en cuando, al atardecer, un escalofrío estremecía la penumbra azulada, como un infinitesimal atisbo de la escarcha otoñal que no dejaba de ser triste. No se trataba de que Robin o Jane la descuidaran, no podía acusarlos de eso. Pero daban por sentado que estaba contenta, lo cual no era cierto, y que toda cosa hecha por cuatro personas a la vez era más divertida que cualquier otra hecha por tres o por dos. Parecían convencidos, además, de que ella no se marcharía jamás. Si alguien los hubiese visto desde fuera no habría advertido que el sábado se iban a despedir de Katherine para no verla nunca más. Sencillamente, les importaba poco que los dejase. Katherine estaba disgustada, y reservaba para Jane una porción especial de su disgusto. A pesar de lo que hubiese podido pensar mientras Jane se le confesaba, había respetado la emoción que las palabras traslucían. La había valorado especialmente porque era la única Fennel con sensibilidad. No le habría importado que Jane siguiese mostrándose hostil o petulante, pero ahora tenía una actitud muy distinta: la languidez irritable se le había disipado como si el hecho de admitirla hubiese sido suficiente. Aportaba su correspondiente parte de risas y bromas idiotas. Y Katherine no podía sino reducirla a la amarga expresión de Robin: Jane y sus accesos. Un acceso tras otro. Su malhumor había sido un acceso, también lo había sido su amabilidad, y luego la había divertido encarnar a la muchacha atrapada e incomprendida. Ahora que todo quedaba atrás y había un nuevo visitante ante quien exhibirse, había cambiado de nuevo. Sus emociones, pensaba Katherine, son tan volubles como las actitudes de Robin. No hay entre ellos ninguna otra diferencia.

El viernes, último día completo que le quedaba, llevaron a cabo el antiguo plan de Robin y fueron a comer al Rose. Era un día pesado y el sol solo

brillaba de vez en cuando: al mediodía cayeron unas gotas, pero eso fue todo. Katherine empezó la jornada con una jaqueca demasiado leve para ponerla como excusa y quedarse en la casa, pero que de todos modos la molestó durante todo el viaje, que fue tediosamente alegre. Jack Stormalong los llevó manejando vigorosamente la pértiga, y cuando llegaron bebió una ingente cantidad de cerveza. También Robin bebió algo, y el alcohol les despertó una chocarrería machista resuelta en varios chistes a expensas de Katherine, a quien se le escapaba lo que decían. Ella hizo lo posible por tomárselo a bien, pero incluso Jane lo consideró una provocación y les dirigió algunos comentarios sarcásticos que los serenaron un poco. Después de comer siguieron bebiendo en el jardín, donde había una bolera: Jack y Robin jugaron, y ganó Jack. El torpe alboroto acabó por poner nerviosa a Katherine, y aprovechando que Jane estaba sentada a su lado se lo hizo saber. Jane había bebido ginebra. «Pues esto es la vida misma, y lo digo muy en serio», contestó ella, y semejante presunción no ayudó a Katherine a calmarse. Solo pudo aliviarse cuando la batea partió de nuevo hacia la casa, con el infatigable Jack (que había pagado la cuenta) a cargo de la pértiga. Robin se quedó dormido.

Entre el té y la cena Katherine subió a su cuarto a hacer la maleta. Antes que nada se mojó la cara con agua fría, parpadeando varias veces, se lavó con la esponja y se puso el único conjunto limpio que le quedaba. Todo lo demás estaba sucio. Sentada junto a la maleta abierta, recordó con cuanto cuidado había guardado tres semanas atrás las prendas recién planchadas, una sobre otra, procurando repartir el peso y evitar que se arrugaran. Ahora aquello le parecía remoto. Separando lo que iba a ponerse para el viaje, comenzó a doblar y guardar, primero negligentemente, con más atención a medida que el placer del trabajo empezó a apoderarse de ella. Encontró los pocos regalos que había comprado, y el hecho de mirarlos y prever las gracias que recibirían le agudizó el deseo de reencontrarse con sus padres y sus amigas. Cuando se levantó a ver si no olvidaba algo, la alegró sentir que prácticamente se había borrado de la habitación, que la dejaría tal y como la había encontrado, que, como todos los huéspedes que habían dormido allí, su paso por la casa sin dejar una sola huella. Desdeñando las pocas horas que le quedaban, hizo el balance de la estancia y la condenó. Había llegado con la

esperanza de resolver un enigma, y al final había descubierto que no había ningún enigma que resolver. Según la información que tenía, la habían invitado en parte por cortesía y en parte para mitigar el presunto aburrimiento de Jane. Robin había hecho el papel de anfitrión con auténtica discreción inglesa, y de paso se las había ingeniado para recibir unas clases de idioma gratis. No sin cierta acritud, pensó que no sería una extravagancia pasar una factura por los servicios prestados.

La cena fue un poco mejor. La cerveza y el ejercicio habían apagado momentáneamente a Jack Stormalong, y a Katherine le bastó mencionar la palabra «maleta» para que todos se volvieran solícitos. El señor Fennel había consultado un horario y elaborado una lista de trenes con una letra anticuada y elegante, una letra de contable. La conversación repasó ligeramente las anécdotas de la estancia de Katherine, bordando una trama de reminiscencias que solo revelaba los colores agradables de la tela. Tanto Robin como Jane aportaron lo suyo, tratando a Katherine como si fuera otra persona y colocando la visita en la serie habitual de encuentros con sus amigos de siempre. Ella imaginó que les parecía lo más apropiado a modo de final feliz, y se sintió agradecida.

En la sala, no obstante, Jack Stormalong despertó nuevamente a la locuacidad y se produjo una poco política discusión durante la cual Robin y Jane intentaron persuadirle de que no se fuera el lunes por la noche sino el martes.

—¿O es que has cazado tantos tigres que esto te parece aburrido? —dijo Robin poniéndole un cenicero en el brazo del sillón.

—Vaya, pues con los tigres no podemos competir —dijo Jane, quien, insólitamente, se había pintado los labios—. Aunque ni siquiera creo que hayas visto alguno de cerca.

—Realmente tengo que irme el lunes —dijo Jack, colocando una y otra vez el cigarrillo entre un par diferente de dedos oblongos—. Claro que podría quedarme si me consiguierais un tigre.

—Podemos telefonar al zoológico.

—Sí, pero saldría un poco caro. ¿Estás dispuesto a dejarnos la piel?

—Por cierto, ¿nos regalarás una piel alguna vez?

Jack Stormalong meneó la cabeza y sonrió.

—No tengo ninguna.

—Tengo la impresión de que nunca has cazado un tigre —dijo Jane.

—Vamos, claro que sí. ¿No es cierto?

—Una vez le disparé a uno, no sé si eso cuenta. Pero en general hay que entregarle la pieza al hombre de más edad de la partida. En aquel caso era el gobernador local...

Estuvieron un rato hablando vagamente de la India. Katherine escuchaba con tristeza. La buena disposición de todos durante la cena, unida a la sensación general de que aquella era una noche de tantas, había vuelto a despertarle el deseo de quedarse. Ahora que la superficie de las relaciones se había apaciguado en su mente, comprendía que si no todo había sido diferente desde el primer día —una inalterada extensión semejante a un lago entre colinas— era por culpa de las disquisiciones de su imaginación. Le daba pena irse. Aunque quería volver a su vida, le habría gustado pasar allí unos días más para contemplar la serena procesión de atardeceres, de comidas en la mesa oscura, de cestas con frutas de invernadero que los vecinos dejaban en el umbral de la puerta con una nota, de visiones del río fluyendo hacia el sur. Ahora que era demasiado tarde, sentía que en ningún momento había prestado atención a lo importante.

Pero Jack Stormalong, alentado por su público, se explayaba sobre los tigres.

—Claro que es imposible encontrarlos si uno no los sale a buscar —dijo—. En general son animales solitarios. Otra cosa es cuando empiezan a matar. Cuando un tigre mata a un hombre hay que tomar cartas en el asunto, por el prestigio de la especie y, por supuesto, se dice que una vez que un tigre prueba la sangre humana ya no querrá otra cosa. Yo, la verdad, no lo sé. Pero es evidente que los hombres somos muy fáciles de matar: no tenemos garras, ni cuernos ni colmillos... Ni siquiera corremos muy rápido.

—No somos muy aptos para la pelea, ¿verdad? —dijo Jane mirándose la mano derecha.

—Al menos no para pelear contra un tigre —dijo Jack, y soltó una carcajada—. Un tipo que conocí escapó una vez por un pelo, aunque también hay que decir que está como una cabra. Había salido de caza con otro, y se toparon con un tigre y le metieron buena cantidad de plomo, pero al final el

animal consiguió huir y a ellos no se les ocurrió otra cosa que seguirlo. Las huellas eran claras como el día, pero de pronto, en un claro, las perdieron. Así que se separaron para echar un vistazo por los alrededores. El tipo este me contó que se estaba agachando para investigar cuando escuchó un rugido ensordecedor y el tigre salió de una zanja, a no más de quince metros, hecho una furia, y se abalanzó sobre él. Apenas había tenido tiempo de cubrirse con el fusil, cogiéndolo con las dos manos (y suerte que lo hizo), cuando ya estaba en el suelo con el tigre encima. Afortunadamente el otro tipo se dio cuenta enseguida de lo que ocurría y le metió una bala en la cabeza. Espantaron hasta el último pájaro. Aún conserva el rifle, yo lo he visto: con él evitó el primer zarpazo del tigre. De hecho, en la culata conserva unas marcas de un centímetro de profundidad, el gatillo quedó aplastado. —Jack se inclinó hacia delante con plomiza sinceridad—. Totalmente aplastado.

Robin estaba pasmado.

—Pero no vais a pie, ¿no?

—Seguro que cuando lo hirieron...

—En las cacerías formales se emplean elefantes. Pero aun así no es jauja. Uno se imagina que encima de un elefante estará tan seguro como en casa...

—Pues no lo sé —dijo Jane.

—Eso se suele creer. Al menos hasta que nuestro amigo el rayas se presenta de golpe. Ahora bien, la cosa es así. El tigre va a por el elefante. Yo he visto a un tigre agarrado a la cabeza de uno de esos bichos, colgando, ¿comprendéis?, con las garras clavadas en su piel. En este momento todo depende de cómo se comporte el elefante. Lo más probable es que se altere, y entonces puede pasar cualquier cosa. Tal vez intente quitarse el tigre de encima, con lo cual lo primero que conseguirá derribar a su montura. O peor incluso, espantar al resto de elefantes. Lo mejor sería que esperase a que los fusiles se encarguen del tigre. Pero el trompas no siempre ve las cosas así.

Hubo una carcajada general.

—¡Ah, no sabéis lo que se siente! —dijo Jack Stormalong. Sentado al borde del sillón, hablaba con tal vehemencia que parecía que aún le duraba la borrachera—. No tenéis idea. Un tigre lucha hasta la muerte. Hay que imaginarse rodeado de elefantes como casas, montados por tipos que vacían a la vez sus cargadores. Cualquiera huiría en busca de refugio. Pero yo he visto

tigres con ocho balas en el cuerpo seguir peleando contra todos hasta derrumbarse. La encarnación de la furia absoluta. No es solo valentía, es algo más. —Por un momento estudió la achatada colilla del cigarrillo—. Y cuando uno lo ve allí abajo, piensa que si ese animal consigue atraparlo lo destroza, ¿sabéis? Es imposible no tener miedo. Entonces viene lo divertido.

—Creo que yo paso —dijo Jane.

En respuesta a una pregunta de Robin, Jack empezó a describir una cacería y el relato degeneró en una discusión sobre fusiles: calibres, velocidades, pesos. Como su elefante había reculado, Jack había pisado la cesta de su almuerzo y roto un sifón, lo cual lo había impresionado más que la cacería del tigre. Robin preguntó si las rayas del tigre eran un camuflaje eficaz. Jack Stormalong no empezó a responderle hasta que hubo encendido otro cigarrillo.

Para Katherine ya era suficiente. Es imposible, pensó, que Jane esté menos aburrida que yo. A modo de experimento, le buscó la mirada procurando expresar resignación, y para su sorpresa Jane contestó con una mueca de fastidio difícil de interpretar. No podía pensar que a las dos les molestara lo mismo, pues, por irritante que resultara el confuso parloteo de aquel oficial inglés de colonias, ella misma lo habría soportado en una noche diferente. Lo que la desesperaba era la invisible fuga del tiempo, una estupidez que sin embargo la mortificaba.

Se levantó de un salto.

—Salgo un rato al jardín —dijo.

Antes de que pudieran protestar ya estaba al otro lado de la puertaventana, y una mirada atrás desde los escalones le reveló que no la había seguido nadie. Lo agradeció. Lo único que quería era tiempo para calmarse, no le pasaba nada grave. Necesitaba un poco de espacio para mirar en derredor y aceptar el hecho de que iba a marcharse. No bien lo consiguiera —no bien firmara la paz consigo misma, como decía— podría volver a mezclarse con ellos en pie de igualdad.

Era reconfortante estar sola. Contempló el jardín y el cielo. Eran poco más de las nueve, el sol se había puesto y los árboles permanecían inmóviles bajo una niebla apenas visible. Al oeste se alejaba un vasto abanico de nubes minúsculas, hendidas y doradas. Avanzó lentamente por el sendero que

llevaba a la pista de tenis, mirando el ancho parterre de flores. Muchas se habían cerrado suavemente. De allí pasó al jardín trasero, donde el aire se enriquecía con un confuso olor a verduras. Llevada por un impulso fue hasta el grifo e intentó cerrarlo bien, pero, por mucha fuerza que hiciera, las gotas seguían formándose sin prisa y cayendo sobre las piedras. Mejor dejarlo así. Hierbas altas le acariciaron las piernas desnudas cuando siguió camino hacia la puerta azul y, aunque no hacía frío, se estremeció. La llave giró con facilidad y una vez más Katherine se encontró en la breve ribera verde que tan vivamente se le había grabado la primera noche, al borde de la reposada corriente del río.

Siempre la sorprendía su tamaño. Se sentó en la hierba a mirarlo correr. Arrojando ociosamente una rama al agua, la miró pasar frente a ella y alejarse, y se preguntó dónde nacería el río, por cuántos pueblos y puentes pasaría, frente a qué campos estaría la rama al día siguiente, antes de que ella despertara, al rayar el alba. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. La hilera de árboles de la orilla se reflejaba en el agua y, en el reflejo, las finas ramas erguidas se achataban formando oscuras masas gesticulantes. Bajo las copas se movían pequeñas formas erráticas. Se precipitaban y giraban con furia, y al rato comprendió que eran murciélagos. Pero estaban demasiado lejos para asustarla.

Pero entonces dirigió la mirada hacia otro lugar, y advirtió que el embarcadero de la batea —poco más que una choza baja— no estaba cerrado con candado. Levantándose, se acercó y comprobó que la barca aún estaba allí. Un poco por probar, tiró silenciosamente de la amarra y se subió. La batea la recibió con un balanceo tranquilizador. Se preguntó si haría mal en remar unos cientos de metros corriente abajo y volver. Desatar la pértiga no tenía sentido, pero pensó que con el remo se las apañaría. ¿Les importaría? Siendo su última noche en la casa, seguro que no. Y, aunque les importara, no tendrían tiempo de molestarse demasiado. Agarró el remo y lo hundió en el agua.

—¿Conque robando la barca? —dijo Robin. Estaba en la orilla, detrás de ella.

—Oh... —dejó caer las manos—. Habías dejado la puerta abierta.

—¿De veras? —Robin echó un vistazo—. No, no te bajes. Iré contigo. ¿O

prefieres estar sola?

—Ven, por favor.

Se sentó junta a ella, cogió de la popa el otro remo y, remando juntos, sintieron que la batea se alejaba de la orilla meciéndose levemente en las sensuales aguas. Katherine acompasó sus golpes a los de él.

—No os habrá molestado que me fuera, ¿no? —se apresuró a decir—. Estaba un poco cansada.

—Uf, cuando Jack empieza a hablar no hay forma de pararlo —dijo Robin, y sonrió.

Tan quieta estaba la noche que era como zarpar hacia el silencio mismo. Solo rompían esa serenidad el rumor de los remos en el agua morosa y, de vez en cuando, la líquida explosión de un pez rompiendo la superficie. Mientras se movían corriente abajo, lanzando olitas hacia ambas orillas, los árboles iban quedando atrás, y delante se abrían los campos. En una de las riberas había una torre de ladrillos, erosionados ahora y mohosos, y la barandilla de hierro que la coronaba se había cubierto de herrumbre. El agua tenía el color del peltre, pues el crepúsculo se había extinguido dejando en la luz una cualidad de alborada. Borrado el fulgor, los prados y los cultivos cobraban un matiz de plata vieja y amarillo pálido, en tanto que las sombras empezaban a mezclarse con la bruma. Así también habían perdido agudeza los sentimientos de Katherine, y ahora, en planos gemelos, se superponían como el agua fluida y la arena húmeda. Ya no había entre ellos ninguna discordia: se sentía en paz.

—Robin, ¿qué río es este? —preguntó al cabo de un rato.

—El Támesis, evidentemente.

—¿El verdadero Támesis?

—Así es. —Y luego, levemente divertido, añadió—: Si estuviéramos en la prehistoria, antes de que Inglaterra fuera una isla, podría llevarte prácticamente hasta tu casa. En aquella época el Támesis se unía con el Rin.

Katherine lo miró. Tenía una expresión amistosa pero seria, como reconcentrada y al final de cada golpe le daba al remo un giro para neutralizar la diferencia de fuerza entre los dos. Había en él algo formal, como si fuera una figura en una alegoría y la estuviese llevando una etapa más allá en un viaje indefinido, y, recordando su descartada convicción de que en cualquier

momento lo oiría decir algo inolvidable, Katherine no pudo dejar de sonreír. Dudaba de que alguna vez volviese a pensar lo mismo de nadie. Mientras meditaba sobre eso dejó de remar y, después de dar dos golpes más, Robin hundió su remo al sesgo, de modo que la batea varió de rumbo y muy despacio derivó hacia la orilla, a unos ochenta metros de donde habían salido. A su debido tiempo la proa chocó contra las cañas con un crujido seco, y Robin clavó el remo en el barro para que la corriente no lo moviera. Cruzó los brazos y miró al frente.

Se ha acabado, pensó Katherine. Por mucho que pensase en lo que podría haber ocurrido o que lamentase algo que había hecho, ahora todo era parte del pasado. Al día siguiente emprendería el largo viaje de vuelta a la vida normal, y en su mente conservaría la aislada estancia en Inglaterra como algo irrelevante y hermoso. Para bien o para mal se había acabado. Tal vez hubiera resultado monótono, tal vez Robin no hubiese sido tan apasionante como ella había pensado, pero acaso así fuera mejor. Los padres, discretos, no habían mostrado gran interés por ella, y eso había sido una ventaja. La casa, cómoda y sobria, se mantendría muchísimos años bajo los árboles y ella no la olvidaría. Y, en cuanto a sus amigas, distorsionaría el viaje para tornarlas divertidas. Al fin y al cabo, no era algo sagrado. Y, sin embargo, mientras seguían los dos allí, flotando en el agua calma, no habría querido agregar nada, ni una palabra ni una mirada más. Se había acabado. Tenía la mente libre para deslizarse a ras de cosas que no era preciso recordar: el murmullo del agua, los pájaros cercanos, el remoto silbido de un tren. Su atención oscilaba de estas cosas a la sombra de una pelota que rebotaba en el muro lateral de un edificio; eran, le parecía, leves toques decorativos en un jarrón terminado.

De repente él la abrazó.

Ella dio un respingo y se mordió la lengua.

Él echó la cabeza adelante e, inesperadamente, la besó con los labios muy tensos, como atrapando algo que pasara entre las dos cabezas. Eso no tenía nada que ver con el amor, y más tarde Katherine nunca lo recordaría así. Por un momento, ocultó la cara en el pelo de ella. Al cabo de un intervalo infinito tembló, y el temblor se transformó en un breve arranque convulsivo, casi un intento fallido de echársele encima. Luego se fue serenando poco a poco.

Pero de todos modos seguía sin mirarla a la cara. Por fin, descuidadamente, la soltó.

Ninguno de los dos dijo nada.

Un rato después él cogió el remo, lavó la pala y remontaron la corriente.

Cuando llegaron a la casa ella subió a su cuarto, moviendo tiernamente la punta de la lengua sin saber lo que hacía. Estaba aturdida, como si hubieran estado a punto de atropellarla en la calle. Se sentó ante el tocador casi vacío y, temblando, se miró al espejo. Fuera susurraba la noche, la silenciosa noche que, súbitamente, se había alzado contra ella en un violento acorde como el arranque de una música que no oiría jamás.

Alguien dio un golpe en la puerta. Se volvió enseguida. Era Jane.

—¡Ah, estás aquí! —dijo. Aferrada al tirador, sin resuello, se balanceaba un poco, como si estuviera borracha. Luego se llevó la mano a la frente, como si fuera a desmayarse y, finalmente, dejó escapar una risa—. ¡Qué vida esta! —exclamó—. Alabada sea vuestra discreta salida. —Se derrumbó en la cama y casi enseguida se incorporó para decir—: ¡Acaban de hacerme una propuesta formal de matrimonio!

Miraba a Katherine fijamente.

—¿Y qué has respondido?

—He dicho que sí.

TERCERA PARTE

1

Pero la nieve no llegó. El cielo se mantuvo inmovible como un guijarro helado en la superficie de un estanque. En los despachos había que tener las luces encendidas y algunos trabajaban con el abrigo puesto. Los que miraban a través de las ventanas de pisos caros con calefacción central seguían viendo árboles desnudos e inmóviles, barandillas heladas, anuncios del Gobierno medio borrados.

En la ciudad, sin embargo, parecía más fácil olvidarlo. En primer lugar era sábado, y a la una casi todos quedaban libres para volver al hogar. Podían dar la espalda a la ventana y al pedazo de jardín y leer el diario junto al fuego hasta la hora del té. Y si no tenían hogar podían sentarse en grandes cines donde la oscuridad daba la impresión de atenuar el frío. Las cafeterías se llenaron temprano y los clientes se demoraban ante sus tés, echando colillas en las tazas vacías, reacios a afrontar el viaje hasta donde vivieran. A todo el que estaba en un lugar abrigado le costaba moverse. Los hombres se quedaron en los clubs, los salones de billar y los pubs hasta la hora de cierre. Los soldados, de mala gana, se sentaban en las salas de descanso de la YMCA a escribir cartas u hojear revistas atrasadas.

Y, entretanto, se prolongaba el invierno. No era romántico ni pintoresco: la nieve, que en el campo tenía belleza, en la ciudad ya había envejecido. En pocos días las pisadas la habían convertido en un polvo marrón que las palas habían acumulado junto a las alcantarillas. Allí donde seguía incólume —en los edificios quemados, en los depósitos y los barracones del ferrocarril— volvía el paisaje aún más empañado y desolador. En las carbonerías se veía a mujeres con cochecitos y grandes cestas, muchos viejos buscaban madera entre los escombros amontonados, en las salas de espera no había estufas. Los vendedores de periódicos, cargados con la edición de las tres, se

resguardaban en las entradas de los bancos. En vez de decir algo del tiempo, los periódicos daban las listas de las carreras de caballos y los partidos de fútbol suspendidos.

En una estación, la gente vio que un ordenanza entraba a la sala de espera y escribía en la pizarra que el tren de Paddington llevaba ochenta minutos de retraso.

2

Katherine salió del autoservicio donde había comido. Era la una y tres y había pasado media hora desde que se despidiera de la señorita Green.

Estaba enfadada consigo misma porque había actuado irreflexivamente y por la certeza de que aún no había logrado controlarse. ¿Qué la había llevado a huir de su casa sin dejar ningún mensaje ni preparar nada? No le quedaba más remedio que volver, y sus pasos la llevaron hacia Merion Street como si fuera al patíbulo. ¿Qué le estaba ocurriendo? Sus sentimientos parecían una bandada de pájaros que, en pleno vuelo de un extremo a otro de un campo cultivado, se detienen en el aire, temblando, equidistantes, para volver atrás como una bandera agitada por el viento. ¿Había vivido acaso últimamente una emoción mayor que la de recibir esa carta? ¿Tenía miedo de ver a Robin, por el mero hecho de que era Robin? No, claro que no. ¿No era ese encuentro exactamente lo que ella había previsto como algo inevitable? ¿Por qué tanta inmadurez?

No obstante casi deseaba no haber escrito a Jane. La verdad era que había depositado demasiadas esperanzas en aquel encuentro como para afrontarlo tan de golpe. La asfixiaba la reacción que sigue a la realización de un deseo. ¿Habría sido demasiado vehemente, los habría arrinconado tanto que no podían sino responder de esa forma? ¿Sería la propuesta de Robin un compromiso entre la indiferencia completa y la obligación de invitarla a su casa? Esta hipótesis la puso todavía más nerviosa. Una vez más se enfrentaba con la posibilidad de estar actuando incorrectamente según los cánones ingleses y con la convicción de que, si iban a aceptarla de mal grado, preferiría que la ignoraran. Releyó la carta y tuvo que aceptar que a Robin la perspectiva no parecía exaltarle. No resultaba del todo inconcebible que la señora Fennel le hubiese ordenado ir a visitarla y ahuyentarla de algún modo,

pues al cabo de tanto tiempo habían vuelto a ser mutuos desconocidos. Si en ese mismo momento se encontraba con Robin allí, en la calle —era la una de la tarde y él bien podía estar yendo hacia su casa—, probablemente no lo reconocería. Vestido con uniforme, tendría la voz más ronca y el cuerpo más formado. Se detuvo en la acera, enfrente de Merion Street, y miró cautelosamente alrededor. Sus dedos dieron con un cigarrillo doblado en el fondo del bolsillo, se lo llevó pensativamente a los labios y lo encendió.

No, decidió de repente, no dejaría ningún mensaje. Por algún motivo no era aquella la clase de encuentro que deseaba, un encuentro incierto, en un terreno extraño, que la tomaba por sorpresa. Prefería dejar las cosas al azar, como correspondía y, de todos modos, no tenía sentido otra cosa. Si dejaba una nota en el estudio, incluso en la puerta, él no la vería, y la única alternativa decirle a la esposa del farmacéutico que regresaría a las siete y media, cosa que la mujer ya sabía y sin duda le diría a Robin si preguntaba. Si él podía ir a verla a esa hora, presumiblemente lo haría; si no, de nada serviría un mensaje.

Mientras tanto, pues, debía solucionar lo del bolso. Apenas tenía tiempo para devolverla antes de regresar al trabajo. Persuadida de que lo más natural era cumplir primero ese recado, se encaminó una vez más hacia la parada de Bank Street. A esas alturas el día era tan distinto a cualquier otro que empezaba a parecer una odisea de sueños en los que se hallaba en lugares raros, en busca de desconocidos, tras haber seguido tenues hilos de coincidencias... Era casi como si un sortilegio la alejara de los dos únicos sitios en los que Robin sabía que podía encontrarla. Pero qué incómodo sería toparse con él en plena calle.

La señorita Green, pensó mientras se instalaba en el autobús, ya debe de estar en su casa. El conductor se acomodó en su asiento y arrancaron. De nuevo en marcha. Mientras viajara estaría a salvo.

¡A salvo! ¿A salvo de qué? Ya era hora de enfrentarse con esa pregunta. ¿Qué recordaba de los Fennel, a las claras y sin adornos? Por supuesto, estaba Robin. Era tan inglés —no había advertido cuánto hasta que con el tiempo había conocido a más ingleses— que al principio la había confundido, pero, una vez habituada a ellos, lo había considerado más bien soso. Ni siquiera se acordaba de que en una época la había atraído. Seguramente ahora sería más

soso aún. Jane..., bueno, Jane era de una irrelevancia rayana en el anonimato. ¿No se había comprometido con un tipo del cual ella no recordaba nada salvo su rarísimo apellido? Los padres eran cálidos y agradables. ¿Qué más? Hacía mucho calor y ella no se había llevado suficientes vestidos de verano. Luego les había contado a sus amigas que Robin estaba apasionada y locamente enamorado de ella. A fin de cuentas algo había que contar. ¿Acaso no lo había besado una vez? ¿O eso también se lo había inventado?

De modo que no era ningún vínculo personal lo que los hacía tan importantes. Durante unos seis meses habían seguido enviando espasmódicas cartas: Jane le había mandado un trozo de tarta de bodas. Daba la impresión de que después de conocerse cada parte había perdido interés en la otra. Por su parte, nunca había vuelto a recordarlos. Otros pensamientos habían ocupado su mente, pocos de ellos más agradables, pero sí con la importancia peso para impedirle pensar en los Fennel. No había vuelto a preguntarse por ellos hasta que llegó a Inglaterra por segunda vez.

Las primeras semanas fueron una pesadilla. Afortunadamente, no tenía mucho con que llenarlas: de un modo azaroso al final acaba consiguiendo lo más necesario, y a ella solo le quedaba aceptarlo. Vivía en un hostel, comía en una cantina y compartía la habitación con otras dos muchachas. Acudía a entrevistas en despachos improvisadamente amueblados. Nunca en su vida había experimentado una soledad y una desesperación tan abismales: no tenía alrededor nada familiar, nada que ella hubiese elegido, nada a lo cual aferrarse frente a la enormidad de lo desconocido. Era como si el mundo se hubiese vuelto del revés, como los innumerables fragmentos de una escenografía reversible. Muy a menudo el extrañamiento de las cosas, la evidencia del colapso se resolvían en momentos de terror desnudo, el mismo que podría haber sentido un gato entre las súbitas ruinas de su hogar.

Fue entonces, naturalmente, cuando empezó a pensar en los Fennel. ¿Debía escribirles? Decidió que no por varias razones, pero sobre todo porque no quería armar alboroto. Lo principal era no estorbar, pasar inadvertida. Y entonces se puso a escalar la pared del resbaladizo pozo en donde había caído, infructuosamente al principio, pero arreglándoselas con el tiempo para recuperarse poco a poco, para recobrar la voluntad, para dejar atrás los terribles momentos que la habían hecho enfermar. Lo consiguió

suprimiendo todo lo posible cualquier referencia a su vida anterior, y considerando cada día algo completo en sí mismo. Comía, dormía y trabajaba, y se negaba a comparar lo que comiera, lo que hiciera o el lugar donde durmiera con cualquier alimento, tarea o habitación que hubiese conocido antes. Todo debía reducirse a los términos más simples.

El truco —si era un truco— dio resultado: paulatinamente fue descubriendo que estaba más tranquila. Tras varios meses de rellenar formularios y de copiar cartillas de racionamiento, se postuló para trabajos más ambiciosos y, para su sorpresa, la eligieron para su actual empleo. Solo estaría allí mientras durara la guerra, pero el salario era un poco mejor y ella se concentró en sus tareas hasta que consiguió llevarlas a cabo sin avergonzarse. El trabajo le confirió cierta independencia. Al dejar Londres para ir allí había vuelto a invadirla la desazón, pero con menos fuerza que antes, y además descubrió que podía dominarla. Ahora no la afectaba más que la incomodidad de una helada.

Tenía más tiempo para mirar en torno y evaluar la situación, para remendar la poca ropa que le quedaba y comprar alguna nueva. Le daba pena desprenderse de sus viejas prendas y empezar a usar las inglesas. Casi todo cuanto poseía le hablaba del pasado y de su casa: la cazadora de motorista, por ejemplo, era una reliquia de sus días de estudiante. En cierta época se había puesto de moda vestirse de acuerdo con la era de las máquinas. En general, le repugnaba desprenderse de cualquier cosa. Aunque no le gustara mucho coser, se pasaba tardes enteras remendando calcetines y ropa interior, poseída de una suerte de amor. Eran todo lo que le quedaba.

En realidad no se había enfrentado con los hechos. Vivir el día a día, como había estado haciendo, clausuraba el pasado, pero también clausuraba el futuro y transformaba la existencia presente en una eterna provisionalidad. Había estado comportándose como si, de pronto, después de esperar un poco más, todo fuese a volver a la normalidad. Por mucho que no lo admitiera, había estado convencida de que en breve las paredes volverían volando a su sitio y ella, en un abrir y cerrar de ojos, se encontraría de nuevo en su casa, o en la universidad, con inmersa de nuevo en su antigua vida.

Le sorprendía darse cuenta de que había perdido el tiempo pensando en algo absurdo, y también darse cuenta de que realmente era absurdo. Pero

había otra cosa que la aturdiría más aún: la sospecha de que, incluso aunque su vida hubiera estado esperándola, ella ya no habría querido regresar. Y lo cierto es que durante mucho tiempo no tuvo conciencia del cambio. En un ambiente extraño era fácil tener pensamientos raros, quizá no muy profundos, y solía desdeñar esa clase de ocurrencias porque las consideraba simples fantasías: como no podía regresar, no lo deseaba. Pero a medida que fue pasando el tiempo ya no pudo ignorar más la evidencia, como no se puede ignorar que uno se ha dislocado un hueso. De alguna manera, sin saberlo, había entrado en un territorio nuevo.

Ahora sabía que en la mayoría de las vidas hay un momento de ruptura, un momento en el que cae el pasado y la madurez que este había encerrado tanto tiempo se yergue trabajosamente. Solía desencadenarlo una muerte o un desastre, o incluso alguna historia de amor que, pese a una inmejorable voluntad de ambas partes, fracasaba. Sin duda había gente a la cual no le ocurría nunca: más de una de las muchachas a las que conocía había pasado tibiamente de la infancia al matrimonio para hacer de su vida un largo verano incomprendido. Pero una vez se abría la grieta, como si una continua filtración de arena hubiese producido el súbito y leve temblor de un edificio en sus cimientos, acaso sin más consecuencia que la caída de un adorno, la vida dejaba de ser un confuso tambalearse de una iluminación en otra, una serie de claros incomunicados en un bosque tropical, y se transformaba en un paisaje llano, yermo y más bien limitado con algunos hitos inolvidables: algo bastante parecido un pantano donde, en una distancia de kilómetros, solo una zanja o una valla rota aparecen de vez en cuando y las aspas de un molino giran el día entero ante el embate de un viento incansable.

Sabía —pues la ruptura aporta conocimiento, aunque no fuerza adicional— que para ella se había acabado una forma de vida. En otros tiempos había creído encontrar la felicidad en el intercambio con los otros. Lo más importante había sido gustarles, quererlos, conocer tan bien sus personalidades como el sabor de las diferentes frutas. Eso había dejado de hacerla feliz: el hecho de elevar sus amistades a un grado increíble de sutileza y elegancia ya no la exaltaba ni la enorgullecía. ¿Y con qué lo había reemplazado? Allí se perdía. No estaba segura de haberlo reemplazado con nada.

No estaba segura de que algo pudiera reemplazarlo.

El mundo parecía haberse desplazado un poco y perdido inmediatez, como se una pátina brillante después de muchos lavados. Era como un cuadro de un paisaje invernal hecho con colores neutros, o el nocturno de un río en una gama de grises, aunque nunca tan bello. Estaba perturbada como alguien que empieza a sufrir de daltonismo. Sentía que una facultad suya se había extinguido sin pedir consentimiento ni dar previo aviso, y que ella era algo menos que antes. El mundo que estaba habituada a apreciar, gozar y absorber se había retirado, y ya no se sentía parte de él. De ahora en adelante, cada vez que necesitase consuelo tendría que consolarse sola. Si debía estar alegre, la alegría tendría que alimentarse de su propio carácter. En suma, puesto que la gente parecía no afectarla, tampoco podía proporcionarle ayuda, y si quería seguir viviendo tendría que extraer fuerzas exclusivamente de sí misma.

Tal vez no hubiera en esto nada asombroso. Pero le costaba aceptarlo. Era lo único que no podía conquistar mediante la aceptación, porque no era un capricho ni una porción de conocimiento que pudiera adaptar a su vanidad, sino algo cierto, cierto en un sentido que le parecía horrible, como un diagnóstico médico. La vida no sería tan placentera como había sido hasta entonces. Ella no iba a confiar en nadie. No iba a amar a nadie. Y cuando le llegara la hora de morir, moriría no solo sin haber hecho nada valioso, como la mayoría de la gente, sino además sin haber hecho nada que deseara realmente.

Durante un tiempo había supuesto que las creencias dependían de las propias inclinaciones. Ahora luchaba con todas sus fuerzas contra una nueva certeza, intentando clausurar el futuro como antes había clausurado el pasado, pero dicha certeza no dejaba de ganar terreno. Se mezclaba con la vida diaria, con la guerra, con el invierno, hasta que ya no parecía algo separado sino un mero estado mental provocado por la soledad, por el hecho de vivir en Inglaterra y todo lo demás. Esperaba fervientemente que fuera así. Algunas veces no le parecía más que una depresión trivial y pasajera. Otras el miedo la tocaba con un frío de acero húmedo. Entonces se descubría consciente de su desdicha, una desdicha tan enorme se le habían atrofiado los sentimientos, y sabía que no recibiría ninguna recompensa a cambio.

¿Era estúpido preocuparse por esas cosas? ¿No la bastaba con las circunstancias materiales? La respuesta, desde luego, era que no la preocupaban todo el tiempo. Pero cuando las tenía en mente, no lograba disociarlas de los desastres aparentemente absurdos que la habían empujado a volver a Inglaterra. Al parecer estaban vinculados. Y durante mucho tiempo había creído que lo que regía la vida de una persona eran antes que nada sus actos, y que estos a su vez eran regidos por la propia personalidad, algo que en primer lugar no se elegía y que se modificaba a sí mismo con total independencia de los deseos posteriores. Comprobar que esta teoría se demostraba en su caso aumentaba su malestar.

Así pues, ¿qué papel jugaban los Fennel en todo eso? Resultaba, sencillamente, que estaba sola. En un sentido más complejo, ellos conseguían que mantuviese la vacilante esperanza de haberse equivocado al pensar que su vida había empeorado irremisiblemente. Desde que le había escrito la carta a Jane, aquellas tres semanas de verano casi olvidadas habían cobrado en su memoria un carácter nuevo. Era el único período de su vida que los hechos posteriores no habían estropeado, y podía volver a recrearlos animosamente, recordando que en un tiempo feliz había estado dispuesta a dar y recibir, no como ahora, que era avara y nada le parecía digno de ser aceptado. Era como si esperase que ellos reanimaran una parte de su vida que se había congelado, entibiándola con la misma solicitud que ella había dedicado esa mañana a la señorita Green —aunque ahora temía no haberle entregado más que una complicada cesta de frutas, heladas e insípidas después de estar tantas semanas en la nevera—.

Resultaba extravagante, incluso melodramático. Pero no le habría importado más si de ello hubiese dependido toda su vida.

3

Cheshunt Avenue se encontraba en el norte de la ciudad, en un barrio de largas hileras de casas ocasionalmente interrumpidas por un colmado o por la parte trasera de una lavandería. Perdido entre aquellas manzanas había un campo de fútbol. Ahora el autobús se acercaba a él por una larga calle, llamada Balsam Lane, bordeada de tiendas, fábricas y pubs.

Harta de pensar en sí misma, Katherine apagó el cigarrillo en el cenicero ennegrecido y miró el bolso de la señorita Parbury. Era marrón y bastante soso. Por curiosidad la abrió. Olía a menta y a viejo, y el forro brillaba. En algunas zonas estaba descosido. Daba la impresión de que la señorita Parbury no se podía permitir comprarse una nueva.

Le volvió a la cabeza la extraña convicción de que en ese bolso había hallado una carta escrita por el señor Anstey, y hurgó entre las cosas hasta dar con ella. Además de un monedero, un pañuelo y algunas chucherías, había un horario de autobuses, una bolsa de papel doblada, una lista de la compra y un sobre vacío con el sello del Departamento de Hacienda. Al principio creyó que todos esos papeles eran cartas, pero en realidad solo había una: la sacó y se puso a mirarla. Si no era la letra del señor Anstey, se le parecía extraordinariamente: mano remilgada, pluma de trazo muy fino. El tampón era del día anterior y de una oficina local. De haber sido escrita en la biblioteca, el sobre hubiese llevado la dirección mecanografiada, pero más bien parecía una carta privada. ¿Sería del señor Anstey? Era extraño: creía conocer de sobra la letra del jefe, pero le bastó examinarla mejor para que le surgieran una docena de preguntas. Y cuanto más la inspeccionaba, menos segura se sentía.

El hecho de que fuera una carta privada no impedía, desde luego, que la hubiera escrito el señor Anstey. Solo que ella jamás se lo había imaginado

como un tipo con amigos, como el resto del mundo. La simple idea le resultaba tan rara como la posibilidad de encontrárselo por la calle un domingo por la tarde. Pero la duda la mortificaba. ¿Debía abrirla? Francamente, lo que hubiera dentro solo le importaba porque ayudaría a sellar la discusión. La gente ya no le despertaba curiosidad alguna. Pero, por otra parte, si verdaderamente la carta era de él, se trataba de una coincidencia francamente extraña. Y Katherine siempre estaba dispuesta a seguir las coincidencias hasta el final.

El sobre contenía una hoja de papel escrita por una cara y doblada con la escritura hacia dentro, como la carta que Robin le había enviado a ella. No era difícil leer la firma sin mirar el resto, y eso fue lo que hizo, para descubrir sin gran asombro que el texto estaba firmado por un tal «Lancelot», el extravagante nombre del señor Anstey. La cuestión quedaba fuera de duda. De modo que desplegó el papel para echarle un vistazo antes de volver a guardarlo en el sobre, pero lo que hizo fue leer durante no menos de medio minuto.

La carta no decía nada sorprendente, pero la confundió porque no pudo descubrir enseguida de qué trataba. Hizo correr la mirada de frase en frase intentando encontrarle sentido. Habituada a aprehender rápidamente cualquier párrafo, se sintió intrigada. Así que volvió a leer todo de nuevo, esta vez lentamente.

Querida Verónica:

Esta mañana he recibido tu carta.

Solo vuelves a decir lo mismo que ya hemos discutido tantas veces, y no pareces más dispuesta a decidirte que la semana pasada. Me he esforzado bastante por intentar mostrarte que comprendo tu punto de vista, pero reconocerás sin duda que lo que yo propongo es mejor.

Si no estás de acuerdo, solo tienes que decir no.

Seguía un párrafo final con solo dos frases:

De todos modos no veo qué sentido tiene esperar tanto como tú sugieres. Definitivamente te digo que, si no puedes tomar una decisión, será mejor que olvidemos el asunto.

Eso era todo. Dio vuelta a la hoja: la otra cara estaba en blanco, y en el sobre no había nada más. Leyó una vez más las misteriosas frases, sintiendo que en algún lugar el sentido resonaba como un tambor apagado en una procesión funeraria. ¿Pero cuál era ese sentido? En ninguna oración parecía haber un cabo suelto a partir del cual desenredar la madeja. Las frases enmascaradas —«lo mismo que ya hemos discutido tantas veces»; «lo que yo propongo es lo mejor»; «será mejor que olvidemos la cuestión»— le parecían tan impenetrables y pesadas como piedras. No lograba extraerles nada. Eran muchas las cosas a las que una carta así podía referirse: la venta de un conjunto de muebles, un acto ilegal, algo oscuro y esquivo como la redacción de un testamento o una cesión de propiedades. Sin embargo, la impresión que le causaba era fúnebre e inquietante. El punto decisivo era la destinataria: Verónica Parbury. Katherine se preguntó quién sería. Tal vez fueran parientes, tal vez fuera su prima o su tía. Pero la diferencia de apellidos negaba todo vínculo directo de sangre. ¿No había dicho la señorita Green, por ejemplo, que Anstey era viudo? Entonces quizá fuese una cuñada. Y los asuntos de familia bien podían albergar esa tristeza confusa y disimulada.

¿Pero qué quedaba si no eran parientes, si no había ningún indicio palmario? Los tambores sonaron con más fuerza, como acercándose, arrastrando a una muchedumbre helada que podía pisotearla. Era ridículo imaginar el señor Anstey casándose; no obstante eso era lo primero que se le hubiese ocurrido a cualquiera al leer la carta. Nadie escribía con tal prudencia a menos que estuvieran en juego sus sentimientos. Pero ¿tenía Anstey sentimientos? ¡Anstey! Qué absurdo. De todos modos la cosa no le divertía. Volvió a leer. Si hubiese sido una carta sencilla, espontánea, a Katherine no le habría costado despreciarlo. De hecho, más de una vez había deseado descubrir en Anstey un punto débil, algo que diera a su disgusto un instrumento vicioso. Pero ante aquella evidencia la imagen de él se le empezaba a difuminar. Ya no era un definido blanco para la aversión, sino que ondulaba como algo visto a través del agua, se desvanecía e incluso, por

momentos, adquiriría un tamaño inverosímil, no tan amenazador como monumental. El odio compacto de Katherine se disipaba contra esa imagen como un rebaño sin pastor y, sin propósito, se disparaba hacia todas partes.

De todos modos no estaba de ánimo para especular más sobre un tema incierto que la entretenía en los aledaños de las cosas. Guardó el sobre en el bolso y la cerró y, poco después, el autobús la dejó frente a la fachada de ladrillos de una taberna llamada General Wolfe. Sabía que Cheshunt Avenue era la primera a la izquierda siguiendo Cheylesmore Road, que a su vez se abría desde Balsam Lane unos metros después de la parada. Eran las dos menos cuarto pasadas, así que se dio prisa, porque no tenía mucho tiempo. Una hora y tres cuartos después del mediodía: ¿habría llegado ya Robin? ¿Se daría cuenta de que ella había pasado por el estudio y leído la carta, se ofendería al no encontrar ningún mensaje? Era la primera vez que lo enfocaba así. Redujo el paso, preguntándose si no debía telefonear al farmacéutico, averiguar si Robin había preguntado por ella y, en caso de que no fuera así, dejarle alguna explicación. Al otro lado de la calle había una cabina. Dudó.

Pero no. Por algún motivo decidió dejarlo al azar. Si algo bueno tenía que sucederle, prefería no interferir. Estirando la mano a ciegas podía volcar la taza. Y si él se ofendía, o el interés no le alcanzaba para volver a buscarla, era mejor que no se encontraran. Prefería perderlo del todo antes que salir torpemente a su encuentro y fracasar. De modo que siguió andando. De vez en cuando, a través de las rejas, veía luces en algunos sótanos: una mesa con comida, ropa puesta a secar. Y a cada lado se extendían calles y más calles, como un bosque petrificado.

Al doblar por Cheshunt Avenue se percató de que la niebla que desde la mañana se negaba a disiparse estaba haciéndose más densa. No se veía el final de la calle, que al parecer era un cul-de-sac. Sendas hileras de casas silenciosas se alzaban a ambos lados detrás de setos sucios: todas tenían íntimas cortinas de encaje, y algunas vidrieras en las puertas. Entre las rejas de hierro y las puertas había algo más de un metro de tierra, ahora cubierto de nieve. Como el resto del barrio, no era del todo residencial ni del todo vulgar. Por una ventana vio a un hombre tomando el té en mangas de camisa, mientras delante de otra había una bicicleta atada a una escalera y una propaganda de pintura y decoración. En otra más, una tarjeta pegada al vidrio

anunciaba que se hacían corsés.

Llamó al número 50. Un momento después alguien bajó las escaleras que llegaban a la puerta y la abrió.

—¿Está la señorita Parbury, por favor?

—Sí —dijo la mujer—. Soy yo.

Katherine se había preguntado cómo sería, y la decepcionó un poco encontrarse con una mujer corriente. Tendría entre veintiocho y treinta años y hablaba con acento local. Más bien alta, de piel rosada y pelo rubio, parecía una gran rosa té un poco mustia.

Katherine le mostró el bolso.

—Es decir, que esto es suyo.

—¡Vaya! —dijo la señorita Parbury que sospechando acaso que Katherine fuera a pedirle una donación para los refugiados, abrió la puerta que había mantenido la puerta defensivamente—. ¡Qué amabilidad! Realmente no pensaba... Pero pase usted, pase. Por favor. Tengo todo un poco desordenado...

Katherine entró en la casa y siguió a la señorita Parbury a la habitación de atrás. Olía a comida.

—Esta habitación... La habría hecho pasar a la sala pero no hay fuego, y con el frío que hace... —La señorita Parbury apartó algunas cosas, periódicos y un libro de la biblioteca con una aguja de punto señalando la página. Escondió un objeto que Katherine no alcanzó a ver y metió la costura en una cómoda que no cerraba bien—. Siéntese, por favor. Ha sido usted muy gentil en tomarse la molestia... Está todo un poco... —Una vez completado el brusco cambio de decoración, le indicó a Katherine una mecedora que había a un lado de la estufa de carbón. Ella se sentó y se desabrochó el cinturón del abrigo.

—No sabe cuánto me alegra que la haya traído. Estaba tan inquieta... No me di cuenta de que me había equivocado hasta que tuve que pagar en el autobús. Fui una tonta. Y me preocupaba tanto pensar que le había causado un problema a otra persona... Siempre me pasan cosas así. Fue en la farmacia, ¿no?

Katherine asintió.

—Me estuve preguntando cómo habría sido. Había salido de compras,

¿sabe usted?, y ya iba a volver a casa cuando me acorde de que mamá necesitaba unas cosas, de modo que subí por esa callecita, ¿cómo se llama?, no me acuerdo, y vi una tienda y entré. Después de pagar (tiene que haber sido después) puse el bolso en el mostrador y saqué lo que llevaba en la cesta para hacer más sitio, porque había hecho muchos recados e iba cargada a más no poder... Entonces se me cayó una caja de agujas de bordar y se desparramaron todas por el suelo. —La señorita Parbury se rio de sí misma—. Y con todo eso, y sabiendo que si perdía el autobús se me haría tarde, sobre todo siendo sábado, con tanta gente en la calle, y encima la comida esperando, salí corriendo y sin darme cuenta debí de coger su bolso por error, sin pensarlo.

—No es mi bolso —dijo Katherine—. Es de una amiga mía.

—¡Oh, comprendo! Pero usted estaba en la farmacia, ¿no? Ahora recuerdo que la vi.

—Entré a comprar aspirinas.

—Claro, ya recuerdo. Pero ¿cómo supo quién era yo? Quiero decir, a quién pertenecía... —dijo la señorita Parbury. Tomó el delgado atizador que había en un colgador ornamental y removió innecesariamente los carbones.

—El farmacéutico me dijo que dentro estaban su nombre y su dirección.

—Qué suerte... Porque en su bolso, quiero decir, en la otra, no había nada. O sea que yo no podía hacer nada, salvo quizá llevarla de nuevo a la farmacia. Justamente estaba barajando esa posibilidad. Pero bueno, todo ha acabado bien, aunque no debería decirlo yo, ¿verdad?, ya que la culpa fue mía. Iré arriba a buscar su bolso. Y tomará usted una taza de té, ¿verdad?

—Es que no...

—¡Pues claro que sí! Por favor. Hace mucho frío. Lo haré en un santiamén.

La señorita Parbury salió, y Katherine oyó el sonido de sus zapatillas en la escalera. Era una persona rara, desaliñada, y Katherine no había dejado de preguntarse cómo alguien podía haberle escrito semejante carta. Porque resultaba incongruente. Vestida con un jersey de lana y una chaqueta, resultaba una mujer jadeante y algo grotesca. Tenía los ojos un poco saltones y el cuello demasiado largo. Era una de esas personas cuyo aspecto no mejora hasta los cincuenta años, cuando su apariencia excéntrica empieza a

armonizar con el sesgo caricaturesco de la edad. Pero, de momento, con treinta años a lo sumo, conservaba vestigios juveniles, y al tiempo que daba la impresión de no haber sido nunca guapa. Se comportaba de una forma algo patosa, como si fuera mucho más joven de lo que era en realidad, cosa que la convertía, en cierto modo, en un personaje cómico.

Sola, Katherine miró a su alrededor. A veces, cuando la deprimía su ático, se consolaba pensando en lo infeliz que habría sido viviendo con una familia, y ahora se daba cuenta de que había llegado a olvidar lo feas que eran las casas inglesas. Aquella sala estaba repleta de muebles de imitación, y los muebles repletos de adornos baratos y fotografías, cajas de cerillas con dibujos y perritos lanudos hechos con limpiapipas. En la pared había algunas fotos coloreadas y enmarcadas, extraordinarias y desagradables a la vista y, sobre la mesita de té, una cesta con flores silvestres secas y pintadas. Pero a Katherine le interesaban otras cosas. En primer lugar se preguntaba quién más viviría en la casa. No había en la sala nada masculino, nada que llamase la atención por su contraste con el resto: ni pipas, ni frascos de alcohol para mecheros, ni libros de ingeniería o de cría de palomas. De hecho, aparte del que estaba leyendo la señorita Parbury, no había en la sala más libros que los de una repisa de la ventana, títulos estos más bien sórdidos del tipo de *Ideas para las vacaciones de 1928*. Aquellos libros le daban a la casa un ambiente de desidia e impersonalidad. Por la ventana se veía un patio deprimente con un cubo en la nieve y un muro alto. ¿Quién más vivía en la casa? La señorita Parbury había mencionado a su madre. Tal vez vivían las dos solas. ¿Cuál sería su «punto de vista»?

Bostezó y se reclinó en la mecedora, que era mucho menos cómoda de lo que parecía. Se oía música débil, como si en la casa de al lado tuvieran una radio encendida. La señorita Parbury bajó torpemente y fue a la cocina, donde Katherine la oyó manipular platos y cucharillas y cantar algo que parecía un himno. Sobre la cómoda había un librito de oraciones con una cinta roja. Por fin apareció con una gran bandeja sobre la cual había dos tazones de té y otro bolso marrón.

—Bien, ya está —dijo, radiante—. Y aquí tiene su bolso. Espero que a su amiga no le moleste, pero tuve que tomarle en préstamo cuatro peniques para el autobús. Aquí los tiene.

Le pasó a Katherine el bolso y cuatro peniques que sacó del bolsillo del cárdigan.

—Gracias —dijo Katherine, y echó las monedas en el bolso.

—Ahora nos tomaremos el té tranquilamente antes de que usted se vaya. Ha sido realmente muy amable en venir —le dio una taza de té fuerte y, descubrió Katherine al primer sorbo, extremadamente dulce.

—¿Tiene que ir muy lejos? ¿Dónde vive usted?

—Oh, en pleno centro —dijo Katherine. Por instinto era renuente a decir donde vivía—. En una especie de estudio.

—¿De verdad? Tengo entendido que hoy en día es terriblemente difícil encontrar un piso. ¿Lo comparte con alguien?

—No. Hace nueve meses que estoy aquí. Antes vivía en Londres.

—¡En Londres! Los bombardeos se lo habrán hecho pasar fatal.

—Podría haber sido peor. Londres es una ciudad enorme.

—Sí, pero a mí me aterran. Apenas oigo las sirenas se me derriten hasta los huesos. ¡Qué gemido más espantoso! —Bebió más té, como para darse ánimos.

Hablaron un rato de la guerra y de las circunstancias que habían llevado a Katherine a Inglaterra. La señorita Parbury era una oyente sumamente comprensiva. Katherine notó que no llevaba ninguna sortija.

—Es verdaderamente horrible —dijo al final—. O sea que tuvo usted que empezar de nuevo, en un país desconocido. ¡Empezar a vivir desde cero!

Katherine movió la cucharilla en el plato.

—Digámoslo así.

—Si una se pone a pensar, en Inglaterra no podemos quejarnos de nada. Claro que estoy hablando por mí. —La señorita Parbury sonrió, resplandeciente—. Tengo casa y comida. Y no he perdido a nadie.

Katherine, aunque renuente, mostró su acuerdo.

—Desde luego que es una experiencia terrible —dijo la señorita Parbury, y meneó la cabeza como si cavilara—. Pero si hubiera sido de otra manera... De acuerdo, supongo que usted no puede verlo así, pero ¿no le habría..., bueno..., gustado venir a Inglaterra antes de todo esto?

—Ya había estado una vez —dijo Katherine. Pasaban dos horas y cinco minutos del mediodía.

—¿Ah, sí? Se me ocurrió que debía de ser estar en su piel... Si no hubiera guerra, claro.

—Si no hubiera guerra yo no estaría aquí.

—Desde luego. Sería todo diferente.

La señorita Parbury suspiró.

—Pero es muy duro no tener a nadie —dijo Katherine—. ¿No cree usted?

Había soltado un cebo para intentar averiguar lo que pudiera ocultar esa sala deprimente e iluminada.

—Pienso que sí —dijo la señorita Parbury, y decorosamente añadió—: Yo siempre he vivido aquí.

—¡Ah! —Como quien pesca en la oscuridad, Katherine dijo—: No hay nada como tener una casa propia.

La señorita Parbury meneó la cabeza. En ese tema no parecía especialmente extrovertida. No obstante acabó por ceder:

—Cuando murió mi padre, creí que era mi deber ocuparme de mamá.

—Por supuesto —Katherine no descubría en la casa rastro alguno de otra persona—. ¿Y ahora dónde está? ¿Ha salido?

La señorita Parbury levantó la vista como si la hubiesen arrancado de un profundo razonamiento.

—¡Oh, no! Está arriba. Mamá está enferma.

—Lo siento —Katherine se dispuso a abandonar el tema—. Espero que mejore pronto.

—Es que es inválida. —A la señorita Parbury pareció impacientarla que Katherine no lo hubiera comprendido.

—¡Oh, ya! Lo siento.

—Cuando murió mi padre —dijo monótonamente la señorita Parbury, después de una pausa—, le dio una especie de infarto. —En el silencio se dejó oír quedamente la radio, que ahora emitía un tango, y la señorita Parbury meneó la cabeza—. Me parece que le hace bien oír la radio —dijo volviendo a animarse—. Pienso que la alegra.

Katherine asintió vagamente.

—Pero a veces los vecinos se quejan —continuó la otra con tenue indignación—. Cierto que la tiene puesta todo el día. Pero, como digo yo, el caso de un enfermo es diferente. Hay que hacer ciertas concesiones, ¿no cree

usted?

—Sí, desde luego.

La señorita Parbury meditó un momento.

—¡Qué duro debe de ser estar enfermo! —dijo Katherine—. ¿No se recuperaría?

Sobre el rostro de la señorita Parbury cayó una sombra, como si hablar de cosas tristes, de una manera infantil, la entristeciera. A medio camino entre la juventud y la madurez como estaba, su aspecto las convocaba a ambas: era fácil imaginársela diez años más tarde, más marchita, más quebradiza, con las venas más visibles en los dorsos de las manos, quizá con gafas sin montura y, no obstante, sentada allí en zapatillas, por momentos parecía simplemente una niña demasiado grande. Estaba pasando de la torpeza juvenil a lo grotesco de la edad, y en ningún punto iba a tocar la elegancia de la madurez.

—No —dijo—. Me temo que no. Poco después de que empezara la guerra tuvo otro infarto. Ahora no se puede mover, tiene el lado derecho paralizado. El médico dice que tal vez viva varios años más. Pero un infarto más sería fatal.

Inclinó la cabeza y contempló la reja de la estufa.

—¿Y qué hace todo el día? ¿Puede leer?

—No, qué va —dijo la señorita Parbury en un tono demasiado rotundo, como ni Katherine hubiese dicho una locura—. No, no lee, aunque antes sí que lo hacía... No puede, a veces se le va la cabeza. Hay que tener paciencia con ella.

—¿Se le va la cabeza? —repitió Katherine, recelosa.

—Bueno, en general está bien. Pero a veces no me reconoce. —La señorita Parbury miró a Katherine como alentándola a que lo considerase cómico—. Y tiene una especie de alucinaciones. Piensa que voy a matarla: envenenarle la comida, esa clase de cosas. El médico dice que debo fingir que no me entero. Pero cuando se niega a comer lo que le doy me desespera un poco.

Katherine no dijo nada. El fuego ardía con indolencia, como ofendido con el frío.

—Y luego se pone a decir..., vaya, las cosas más increíbles, como que por las noches papá viene a conversar con ella. Muchas veces la oigo hablar.

Claro que no lo hace por maldad, pero no es agradable cuando no hay nadie en la casa —dijo la señorita Parbury con voz razonable, levemente plañidera, como quien explica por qué se había retrasado con el alquiler. Parecía disculparse—. Según ella, papá le avisa de que yo quiero hacerle daño. Y es imposible hacerla entrar en razón, porque no sabe qué hace ni qué dice. Una vez yo estuve toda una semana enferma y llamamos a una enfermera. No había otra salida, ya me entiende. El caso es que intentó darle a la mujer montones de cosas: cucharas, jarrones, un reloj. Por supuesto, la enfermera no aceptó nada y me lo contó. Pero tiempo después descubrí que se había llevado el abrigo de piel de mamá, un abrigo precioso que yo había envuelto en gasa, con naftalina, y que ella no iba a usar nunca más. Mamá debió de decirle que podía llevárselo. Pero cuando le pregunté no quiso contestar.

Un carbón reventó de golpe. La sala estaba lo bastante oscura como para encender la luz.

—¿O sea que tiene que hacerlo todo usted sola? —preguntó Katherine.

—Ella es totalmente inválida.

—Inválida —repitió Katherine—. Pero es tanto trabajo... Estaría mejor en un hospital —añadió, rebelándose contra lo que parecía una conspiración para hacer de la señorita Parbury un personaje trágico, cosa que no era en absoluto; más bien era cómica.

La señorita Parbury se sorprendió:

—Pero no hay nada que necesite que yo no...

Katherine parpadeó. La señorita Parbury la había entendido justamente al revés. Intentó ser más suave:

—Digo que sería más fácil para usted.

Aunque probablemente ya lo había pensado muchas veces, la señorita Parbury pareció considerar la propuesta. Como un animal tímido estiró un poco el largo cuello.

—No —dijo al fin—. No podría. En esos sitios no tienen consideración, sabe usted, las enfermeras se comen lo que una envía. Mamá no estaría contenta.

—Pero no es justo que usted cargue con todo el sufrimiento. —Puesto que la señorita Parbury la miraba inquisitivamente, como si nunca hubiese oído aquel argumento, Katherine se esforzó por razonar—. Creo que cuando

una persona depende tan completamente de otra hay algo que no funciona. No está bien pedir algo así, tampoco darlo. —Si hubiese prestado atención a sus propias palabras, habría visualizado la vida y la felicidad como raciones gratis que una vez acabadas no se recobraban y que se repartían equitativamente a todo el mundo—. Cuando el afecto se convierte en un deber todos acaban por lamentarlo... No hay que cometer ese error..., creo yo.

—Una debe hacer todo lo que puede —murmuró la señorita Parbury—. Eso lo primero.

—Si es por un tiempo, lo admito: tres meses, seis. Pero siendo para siempre... Yo buscaría un arreglo definitivo. Es un error cuidar permanentemente de alguien, porque no bien lo abandonamos un instante el otro se enfada, y quedamos atados para toda la vida.

—Siempre se busca lo mejor —se excusó confusamente la señorita Parbury.

Cada vez estaba más oscuro y el diálogo murió en un murmullo interior de Katherine que decía que al fin y al cabo no era asunto suyo, pues acababa de ocurrírsele que sin duda el dinero no alcanzaba para internar a la madre en un hospital. La penumbra les ocultaba las caras. Pero, como si hubiese oído sus cavilaciones, la señorita Parbury zanjó inmediatamente la cuestión.

—Hay que decir que dinero no me falta —dijo con una voz que descartaba toda implicancia personal—. Mi padre estaba en la Armada, así que nos ha quedado una pensión. Pero costaría mucho... En realidad, últimamente le he dado vueltas al asunto, porque un amigo me ha propuesto matrimonio y con eso todo se complicaría muchísimo. Habría que...

—Habría que buscar un sitio donde se ocuparan de ella.

—También podría vivir con nosotros. Yo pienso que sería mejor, porque a una anciana no se la puede someter a semejante cambio, ¿no? Pero no todos opinan lo mismo. Mi amigo no quiere saber nada, y la verdad es que lo comprendo, porque esta clase de arreglos siempre traen problemas, ¿verdad? Pero yo le respondo que como es un asunto insoslayable, tendríamos que intentar solucionarlo lo mejor posible. Quiero decir que si...

—Bien, me parece razonable.

—El problema es que mi amigo —continuó la señorita Parbury, quien,

habiendo empezado a contar la historia porque la oprimía y porque ponía de relieve que no solo su madre la necesitaba, se había sumido de lleno en la cuestión, librando su volátil espíritu de todo embarazo— dice que, si decidimos enviarla a una institución, él está dispuesto a ayudar con los gastos.

Katherine miró a esa mujer, sentada al otro lado de la alfombra como la extraña encarnación de un dibujillo amado por los niños —Minnie Mouse o Rhoda Rabbit— y pensó que nunca había oído nada más insólito: un hombre ofrecía dinero para tener a la señorita Parbury para siempre con él, y ese hombre era el señor Anstey. Y en el mismo instante en que lo pensaba, cada uno de ellos dejó de ser gente y se convirtió en esa «otra persona» que todo el mundo necesita. Sin dejar de mirarla, oyendo aún la vibración de la última frase inesperada, vio pasar la corriente de los vínculos humanos, dos tercios de los cuales, meras manos suplicantes y solitarias, no tenían rostro alguno.

—¿Y entonces? —preguntó.

Como reconviniéndose, la señorita Parbury rio.

—Soy tonta —dijo—. Siempre lo he sido. Es evidente que soy una tonta, pero, ¿sabe usted qué?, no soy capaz de tomar una decisión. La idea nunca me ha gustado, y sigue sin gustarme. Sería práctico, y tan fácil..., y nadie podría reprocharme nada, pero sé que no me sentiría en paz. La verdadera prueba, ¿no cree usted?, es cuando una se dice: «A mí no me gustaría que me lo hicieran».

—Pero es lo más razonable...

—Ya, pero nunca me acostumbraría a saber que está rodeada de desconocidos. Se preguntará dónde estoy, igual que ahora se pregunta a veces dónde está papá. Ella no comprende nada, ¿me explico? Y a mí me disgustaría pensar que no he hecho todo lo posible, si hay algo... De todos modos, no será para siempre.

—Pero es una injusticia que tenga que hacerlo todo usted.

—Bien, no hay nadie más. Mi hermano vive en Darlington, y tiene una familia. No —dijo la señorita Parbury, como si la reprendiera blandamente—, ya lo he meditado muchas veces. No queda otra opción. Supongo que es cuestión de mala suerte, aunque no está bien que yo lo diga. Cuando nuestros padres envejecen y nos necesitan, tenemos que cuidarlos.

Tan libre de reticencia como de presunción, la señorita Parbury había cobrado una gracia repentina, como si la impugnación de Katherine hubiese agitado en su carácter algo que, hasta entonces dormido, acababa de erguirse suavemente y era inútil combatir. Como ella misma no lo comprendía del todo, lo temía y lo llamaba estupidez. Al mismo tiempo Katherine tenía conciencia de que casi todas las subalternas de Anstey habrían dado la paga de una semana por encontrarse en su situación.

—¿Y su amigo? ¿Con él no se sentirá en deuda? —indagó, comerciando con desfachatez con algo que ya había notado antes: que la gente solía contarle cosas que jamás le habría contado a un compatriota—. ¿Y con usted misma, en caso de que él no espere?

Aunque el titubeo de la señorita Parbury fue levísimo, Katherine temió que recordase que en el bolso había una carta. Pero la expresión que mostró su mirada al levantar la cabeza, lejos de ser tortuosa, parecía miope por el impacto del dolor.

—Esto será como deba ser —contestó—. Yo no quiero herir a nadie, pero si lo hago no habrá sido por egoísmo. Tal vez me equivoque, pero una no tiene más remedio que guiarse por su propio juicio, ¿no cree? Nunca he comprendido qué significa eso del deber para con una misma —dijo la señorita Parbury sacando un pañuelo de la manga—. Me parece una tontería. Y creo que jamás podría querer a alguien que no me comprendiera, no sé si me entiende.

Y para embarazo de ambas, con los hombros apenas sacudidos por la nunca del todo lejana emoción de la pena, dejó escapar unas lágrimas.

Katherine aguardó penosamente durante el medio minuto que ayudó a la señorita Parbury controlar sus sollozos, acabarse el té frío y retirar la taza. Cuando llegó el momento que parecía apropiado, dijo que debía marcharse y la señorita Parbury recuperó lo que le faltaba del dominio de sí misma.

—¡Vaya! —dijo, levantándose mientras se tocaba el pálido collar de color limón—. Como siempre, no he parado de hablar y de mortificarme. No me extraña que quiera usted irse. Bien, ¿tiene el bolso de su amiga? ¡No vayamos a equivocarnos de nuevo! Le agradezco mucho la molestia que se ha tomado —añadió, abriendo la puerta del vestíbulo.

—Nunca había estado en este barrio.

—¿Está segura de que no se perderá? Me temo que hay muchísima niebla.

—¡Oh, sí! Creo que me las arreglaré para llegar a la parada.

—Por aquí es muy fácil desorientarse —dijo la señorita Parbury adelantándose hacia la puerta de calle. En ese momento un ruido que venía de arriba resonó desmesuradamente en el breve espacio de la casa.

Era como si alguien quisiera aplastar una cucaracha contra el suelo usando un bastón. Los golpes eran irregulares, unos más fuertes que otros.

Sin hacer comentarios, sonriendo, la señorita Parbury abrió la puerta dejando entrar el frío.

Mientras Katherine pasaba a su lado, el ruido se interrumpió y fue reemplazado por una voz. De haber sido una voz corriente, se habría entendido lo que decía, pues lo decía los gritos. Pero no era corriente, no era más que una sucesión de vocales distorsionadas, un discurso similar al que podría haber proferido una persona sin lengua. Croaba y balbucía, con inesperada profundidad. Luego se escuchó un nuevo estrépito. El sonido de la orquesta de tango continuaba de fondo, imperturbable.

—Adiós —dijo la señorita Parbury—. Y gracias otra vez.

—Adiós —dijo Katherine.

Apretó el paso.

4

La señorita Parbury tenía razón. La bruma se había espesado de tal modo que en el centro de la ciudad era ya una densa niebla. Pero no envolvía ni mojaba, solo era gasa impalpable, como un aliento gélido acumulado por varias bocas o la materialización misma del frío. Poco asistidos por sus faros umbríos, los autobuses la atravesaban cautelosamente, como barcos atrapados en la niebla, y ya eran las tres y catorce cuando Katherine entró en la biblioteca tropezando con los solicitantes sabatinos.

Se puso rápidamente el mono rojo, fue hasta el mostrador y enseguida empezó a recibir libros, haciendo volar los dedos entre las fichas como para recuperar el tiempo perdido. También la señorita Brooks estaba trabajando allí, con las manos provocadoramente enguantadas pero sin perder su desvaído buen humor.

—¿Has estado de juerga? —preguntó—. Puedes quedarte tranquila, que no te has perdido nada.

—Se me hizo tarde —dijo Katherine.

—¿Cómo se está fuera? ¿Peor?

—Digamos que no mucho mejor.

—Lo intuía. —La señorita Brooks apartó un dinero y se estiró para coger un libro reservado.

La señorita Feather, que había estado haciendo el trabajo de Katherine en vez del suyo, regresó de las estanterías. Katherine percibió que se acercaba e intentó evitarla, pero justo en ese momento había menguado la cantidad de público. De modo que se volvió hacia ella.

—¡Ah, está usted aquí! Me preguntaba dónde se habría metido.

—Había mucha niebla —dijo Katherine.

—Sí, ¿eh? Pues aquí no hemos parado un minuto. Pero no importa. —La

señorita Feather echó en torno una mirada conspirativa—. El señor Anstey ha preguntado por usted. Creo que ahora está en su despacho. ¿Quiere pues ir a verlo, cariño? Yo atenderé aquí, mientras tanto.

—Muy bien.

—Ah, y otra cosa —la señorita Feather jugó con la sortija ornamental y probablemente barata que llevaba en el anular izquierdo—. Es un pequeño consejo... A esa chica, Green, no conviene contarle nada.

Katherine no entendía.

—¿Contarle qué?

—Bueno, nada, cariño. Que no conviene. Repite todo lo que oye, todo, como un loro. Así que lo mejor con ella es callarse la boca.

—Pero yo lo le he contado nada...

La señorita Feather meneó la cabeza como si la apenara su negativa a aceptar un oportuno consejo, murmuró alguna otra cosa y se volvió hacia tres usuarios congregados ante el torniquete de acceso, inclinando sus viejas piernas para responder a una pregunta. Katherine, que durante un buen rato no había vuelto a pensar en la señorita Green, vaciló un momento antes de empujar el torniquete opuesto y encaminarse al despacho del señor Anstey por el pasillo en penumbra.

Como oyó que Anstey estaba hablando por teléfono se apoyó en la pared, dispuesta a esperar hasta que acabara. ¡Vaya sábado! Su buen humor resistiendo desesperadamente ante un fastidioso recado, las calles cubiertas de nieve pisoteada y la señorita Parbury, a quien quería olvidar... Todo parecía desvanecerse ahora que estaba de nuevo en donde había empezado. Era extraño que después de tantos meses no pudiera entrar en aquel mausoleo sin una sensación amarga de degradación voluntaria. Y, ahora, ¿qué pasaba, con qué iba Anstey a darle la lata? Se sentía exhausta y destemplada, necesitaba descansar.

Y, para colmo, todo se estaba enredando sobremanera. Eran las tres y media de la tarde: Robin podía haber pasado ya por el estudio y haberse marchado gracias a su estupidez de no dejarle una mísera nota. ¿Y qué diablos había querido decir Feather con esa advertencia sobre la señorita Green? Ella no le había contado nada ni pensaba contárselo. ¿No podían ocuparse de sus propios asuntos y dejarla en paz?

Ojalá hubiera podido dejarlo todo y volver a su casa.

La voz del señor Anstey raspaba el aire al otro lado de la puerta, y a Katherine la sobresaltó la idea de que pronto se volvería contra ella. ¡Qué hombre más detestable! Y, sin embargo, molesta, se daba cuenta de que, ahora que conocía su faceta oculta, ya no podía odiarlo tan fácilmente. Ahora debía sustituir la concepción de una caricatura hostil por la de un hombre que tenía y despertaba sentimientos, que era capaz de asumir el mantenimiento de una anciana, y por el cual ella había visto llorar a otra mujer. ¿Por qué había tenido que descubrirlo? La repugnaba tanto como una maraña insalubre de gusanos en una grieta. Acababa de un golpe con la antipatía que sentía por él: la próxima vez que viera su cara maligna, en vez de desear verlo muerto, estaría obligada —si quería ser sincera— a juzgar sus virtudes y defectos.

Aquello la irritaba mucho más porque sacaba a la palestra cuestiones que la señorita Parbury le había señalado y que ella no quería reconocer. Después de tanto tiempo de pretender vivir por y para sí misma, después de haber concluido que ni el mayor egoísmo le garantizaría la felicidad que creía merecer, la alteraba descubrir que alguien diese tan poco valor a esas cosas. Se acordó de una amiga suya que había abandonado la carrera para entrar en un convento. Durante la única charla que habían tenido sobre el tema, la chica le había dicho que preocuparse solo por una misma le parecía más estúpido que malo: algo así como llevar paraguas en un día de sol. Katherine era incapaz de olvidar cuánto la había asombrado. Cuando pensaba en ese asunto, era para acabar concluyendo que toda persona debía esforzarse por aceptar sus desgracias con ecuanimidad. Pero aquel enfoque nuevo, que desbarataba de un golpe cualquier concepto sobre la suerte y la desgracia, le había parecido respetable, aun a su pesar, y justamente porque lo seguía respetando estaba casi segura de que no le contaría a nadie lo que acababa de descubrir. Ciertamente le habría gustado alimentar aquel desprecio con unas cuantas risitas, pero sabía que, por poco que lo pensara, una actitud así la haría sentirse muy pequeña. Por eso era mejor olvidarlo.

Oyó que Anstey colgaba y llamó a la puerta.

—Sí, ¿quién es? Pase —dijo él.

Katherine entró a regañadientes. El señor Anstey estaba sentado al escritorio, escribiendo, y el cigarrillo que tenía en los labios se le había

consumido tanto que lo obligaba a echar torpemente la cabeza atrás y mirar casi por debajo del borde de las gafas. No tardó en dejar la pluma y mirarla de una forma bastante desagradable.

—Sí, señorita Lind, estaba esperando hablar con usted. Quiero aclararle un par de cosas. —Secó innecesariamente lo que había escrito y estiró el escuálido cuello. Katherine le miró la raya del pelo preguntándose si verdaderamente habría algo que pudiera llevarla a cambiar de opinión sobre él. Era improbable—. Hace ya un tiempo que está usted con nosotros, seis meses...

—Casi nueve.

Él ignoró la precisión y se arrellanó en su asiento, preparando el sermón.

—Y, por supuesto, nadie esperaba que conociera usted el trabajo y asumiera toda la carga desde la primera semana, por el sencillo motivo de que no todo el mundo está capacitado para desempeñar nuestra profesión, ni siquiera para adaptarse a ella en quince o veinte días. Por lo demás —se quitó cuidadosamente la ínfima colilla de la boca para reemplazarla por un cigarrillo entero—, se daban en su caso particular varias circunstancias o factores que, para decirlo algo groseramente, hacían de su elección un albur. —Encendió in cigarrillo—. Me refiero, desde luego, al hecho indudable de que, además de su..., como quiera llamarlo..., de que su inexperiencia en esta clase de trabajo, por la naturaleza de su origen y su educación tenía usted más que aprender que cualquier otra postulante sobre el tipo de... literatura (si así puedo definirla a efectos de mi argumentación) a la cual, dejando por un momento de lado otros departamentos en los cuales sus dotes y cualificaciones serían de indudable gran ayuda, iba a tener que enfrentarse. De todos modos, habiendo sido consultado al respecto, yo apoyé su nombramiento a despecho de los inconvenientes porque opinaba que una persona de su formación no carecería de eso que suele llamarse instinto animal para aprender sobre la marcha.

A Katherine le costaba recordar la cantidad de veces que Anstey le había dicho lo mismo. La primera vez había sido durante la primera entrevista. La última, si no se equivocaba, aquella misma mañana. No había en la parrafada nada que mereciera su atención. Pensó en la señorita Parbury.

—Ahora bien —prosiguió el señor Anstey—, si bien puede no que no le

haya explicado esto tan exhaustivamente como hasta hoy, siempre di por sentado (como creo que me correspondía) que usted conocía este conjunto de circunstancias tan bien como yo. —Como si se hubiera percatado de que Katherine lo miraba con vaguedad, adoptó un tono más áspero y premeditado—. No obstante, empiezo a pensar que, las conociera o no, se enfrenta usted con su trabajo de modo más bien negligente, un modo del que ni por un momento vacilo en informarle que no es de mi gusto. Para decirlo francamente, según es mi costumbre, si cree usted que en virtud de la educación que ha recibido se le permitirá trabajar cuando le venga en gana, si espera que le agradezcamos el honor que nos hace, ha confundido la velocidad con el tocino, señorita Lind, y cuanto antes cambie de idea mejor será para todos.

Katherine le clavó la mirada. Sin duda había logrado captar su atención.

—¿De qué se queja?

—Me quejo de su escapada de esta mañana, señorita Lind, escapada que llevó a cabo sin haber dado aviso previo a nadie dejando sus tareas en manos de una plantilla de por sí sobrecargada nada menos que hasta la tarde, momento en que se ha dignado volver a honrarnos con su presencia. —Con las últimas palabras había alzado la voz—. Esa es una de las cosas de las que me quejo, señorita Lind.

—Pero si usted mismo me dio permiso. O la señorita Feather —replicó Katherine. La repugnaba la mandíbula de ese hombre.

El señor Anstey hizo un gesto desdeñoso.

—Los hechos se reducen, si no me equivoco, a que una de las empleadas de la sección juvenil necesitaba que la acompañaran a ver a un dentista, a un médico o a alguna persona responsable. No estoy dispuesto a regatear respecto al tiempo que puede requerir una misión o recado de ese carácter, pero a cualquiera con un mínimo de inteligencia le resultará obvio que a lo sumo, en el peor de los casos, no se necesitará nunca más de una hora, y probablemente algo menos —añadió despreciativo, con una mueca tan intensa que del cigarrillo que continuaba en sus labios se cayó la ceniza. Viendo que Katherine estaba a punto de contestarle, continuó con un tomillo teatral nada cómico—: Naturalmente que yo no le dije «Por cierto, señorita Lind, dese usted prisa y vuelva no bien haya acabado, no acepte caramelos de

nadie y no se deje raptar por los gitanos», pues me pareció completamente innecesario y fuera de lugar tratándose de una persona inteligente.

—Lo que ocurrió fue lo siguiente. Como la señorita Green quería irse a su casa, cogimos el autobús hasta Bank Street. Luego empezó a encontrarse mal y yo la convencí de que fuera a ver a un dentista. El consultorio estaba cerca. Allí ella lo pasó muy mal y decidí llevarla a mi estudio a que descansara un rato. Cuando partió hacia su casa eran más de las doce y me pareció que no valía la pena volver para marcharme de nuevo a la una.

—Y presumo que no habrá juzgado conveniente comer enseguida y volver para hacer el trabajo que la esperaba, ¿verdad? Pero, obviemos esto, por decirlo así, y dígame una cosa: ¿no pensó siquiera que valía la pena llegar a las tres en punto, la hora estipulada para reanudación de sus tareas? Y, de todos modos —dijo el señor Anstey con vengativo desdén—, dejando de lado el lapso de las doce a las tres, que conforma el nudo de su historia, lo que desmonta toda su argumentación es el hecho de que la señorita Green, por mal que según usted se encontrara, tuvo al menos la honradez y el sentido de..., tuvo el estómago, para decirlo brutalmente, de regresar aquí a las dos y media para hacer el trabajo por el que se le paga, y a mí me parece claro como el agua que si tal es el caso, como indudablemente es, su versión del asunto o como quiera llamarlo es bastante endeble. De hecho, señorita Lind, debo decir que a mí me parece deplorable.

—Pienso que fue una tontería por su parte volver —dijo Katherine. De modo que era eso. Se empezaba a poner furiosa—. Por su propio bien yo le aconsejé que no lo hiciera.

El señor Anstey levantó el mentón.

—La posición que ocupa usted aquí no la autoriza a dar indicaciones a otros empleados. Y algo más —continuó ásperamente el señor Anstey, habiendo dado con un nuevo tema—: en lo sucesivo tampoco quiero que sus amiguitos llamen cuando se les antoje o le envíen mensajes y telegramas a cualquier hora —dijo groseramente—. No es mi costumbre...

—¿A qué se refiere?

—No es mi costumbre, señorita Lind, inmiscuirme en lo que los miembros de mi plantilla hacen una vez salen de este edificio. Considero que no me compete y, si quiere que le sea franco, me importa un comino, siempre

y cuando hagan bien su trabajo y no mezcle sus asuntos con los míos. Pero cuando no cumplen con la parte del trato que les corresponde, considero que yo ya no debo atenerme a la mía, de modo que aprovecho la oportunidad para advertirle que no quiero que esto se repita.

—¿Quién me ha estado llamando?

El señor Anstey revolvió los papeles del escritorio hasta dar con la mitad de una hoja.

—Es un telegrama que le enviaron por teléfono —dijo, frunciendo la nariz—. De otro modo me hubiera negado a recibirlo. —Miró despreciativamente las cuatro palabras escritas con lápiz por su mano expeditiva, y luego le pasó el papel.

Katherine lo leyó: «Lamento cancelar encuentro. Robin».

—Gracias —dijo, y se lo guardó en el bolsillo.

El señor Anstey se quitó el cigarrillo de la boca y lo aplastó.

—Bien, tengo mucho trabajo, y usted también. El resumen de todo esto es el siguiente: si usted está dispuesta a trabajar, nos llevaremos espléndidamente. Pero si no lo está, todo lo que puedo decirle es que nos las arreglaremos muy bien sin usted. De modo que si se considera demasiado buena para su puesto, ya sabe lo que hacer —La apuntó con el lápiz y, en un estallido casi inconcebible de humor, se echó a reír.

Katherine le arrebató el lápiz y jadeó durante unos instantes, como si fuera a tirárselo a la cara o partirlo en dos. Con los hombros encorvados, enseñando su estropeada dentadura, él la miraba inexpresivamente. Katherine arrojó el lápiz sobre el escritorio.

—Me marchó —dijo sin aliento—. Me... No soporto... —Le costaba respirar y para dominar la furia irguió la cabeza—. Me marchó ahora mismo. ¿Cuándo puedo...?

—El nombramiento se le comunicó con un mes de antelación —dijo él con una voz neutra, como si estuviera pensando en otra cosa—. Las dimisiones han de enviarse por escrito al responsable municipal de bibliotecas.

—Deme una hoja. La escribiré ahora mismo.

Si hubiese podido pensar, Katherine se habría dado cuenta de que, extrañamente, su arranque lo había hecho recular sin encolerizarlo.

—Haga como quiera —dijo él rascándose agriamente la oreja—. Pero si quiere saber mi opinión, yo me lo pensaría dos veces.

—¡Pues yo no!

—Puede pasarlo usted muy mal. —Aunque ausente, el señor Anstey volvió a echar la cabeza adelante—. Muy mal. No encontrará un trabajo donde pueda hacer lo que se le antoje, sobre todo considerando su puesto actual. Le recomiendo que conserve el empleo y agradezca lo que tiene, por muy desorientada que se sienta... Mi consejo...

Le habría gustado aplastarle el cráneo con una piedra.

—Bah, guárdese sus consejos, cállese de una vez. No quiero oírlo, me tiene harta. —Respiró hondo para detener el jadeo—. Guárdelos para las señoritas Green y las señoritas Feather y la tonta de Verónica Parbury —gritó, pronunciando las últimas cuatro palabras con el exagerado acento extranjero que sabía tan molesto.

No tuvo conciencia de lo que acababa de decir hasta que vio el efecto que había causado en Anstey. Había explotado como una carga de profundidad. Estaba quieto en la silla, tenso como un ayudante a quien un mariscal de campo ha ordenado quedarse firme.

«He acabado con él», pensó Katherine.

Anstey empezó a hablar cuando ella salía del despacho.

5

Hacia las cuatro se habían encendido todas las luces y, poco después, se cerraron todas las cortinas, cada una con un chirrido de arandelas, para desterrar de la biblioteca el pálido anochecer. Bajo las luces colgantes el edificio pareció quedar súbitamente vacío, y lo cierto era que cada vez menos lectores entraban a hacer su caviloso recorrido entre los estantes. Casi todos habían vuelto a sus casas a tomar el té, y a los que ni siquiera habían salido les bastaba mirar la bruma para desalentarse. Por lo tanto Katherine y la señorita Brooks pudieron dedicarse a recolocar sin interrupción los montones de ejemplares devueltos. Juntaban distintos libros, los ordenaban numérica o alfabéticamente y, llevándolos en brazos, los llevaban hasta sus sitios correspondientes.

Katherine, apenas consciente de lo que estaba haciendo, había vuelto al trabajo. Y una vez en su puesto la idea de marcharse con bombo y platillos había empezado a acobardarla. Era demasiado fácil, por lo demás, sumergirse en las pálidas tareas de siempre. La rutina aquietaba sus manos temblorosas y, como cuando se hunde una cucharilla en un vaso de agua fría, impedía al pensamiento detenerse en una inmovilidad incolora. De modo que ahora seguía trabajando, manipulando los libros encuadernados en cuero como trozos de madera blanda, obligándose a escuchar a los que entraban ateridos y, en lo posible, tratando de encontrar los títulos que pedían. Ni sus voces ni los tenues ruidos que hacían los otros empleados la inquietaban; en realidad, apenas los oía, como si sus tímpanos siguieran afectados media hora después de la violenta explosión.

Cuando, de vez en cuando se enfrentaba, con lo que tenía en la cabeza, con la conciencia de que Robin no iría a verla, el dolor se alzaba en una ola temblorosa y luego se aplacaba. Se había preocupado y recriminado a sí

misma en vano: él ni siquiera se había puesto en camino. ¡Qué tonta había sido al pretender abrirse al fin a la gente que la rodeaba, al intentar expresar una gratitud redescubierta a aquella desagradable muchacha!

Más que tonta, porque, en el fondo, aunque inexpresadas, se había creado otras fantasías: cómo sería arrastrada por los Fennel, dejando una sumaria dimisión dirigida al responsable de bibliotecas, para ser útil en aquella casa fascinante hasta que el señor Fennel le encontrara un empleo bien remunerado que ella desempeñaría sin dejar de vivir allí. Y, luego, por supuesto, la lenta maduración que transformaría su amistad con Robin en amor, un amor más firme y recíproco pero tan fervoroso como en su primer encuentro. O bien, si era muy difícil tragarse esto último, al menos la aparición de algún amigo de la familia que le daría amor, seguridad, felicidad y un pasaporte inglés. Pero, más allá de las náuseas que todo esto le producía, la verdad pura y dura de que él no iría a verla bastaba para oscurecerle la mente. Expulsada una vez más a la intemperie de su propia vida, toda su naturaleza protestaba contra la negativa de Robin y suplicaba que la admitieran de nuevo en la tranquila alegría que había estado recordando. Se sentía abandonada entre los derruidos pilares del día. Y, como en el fondo era un poco supersticiosa, se le pasó por la cabeza que la culpa era de ella por no haber dejado una nota. No debería haber sido tan orgullosa y vacilante. Si le hubiera esperado, él habría aparecido.

Pero ningún pensamiento podía reparar la pérdida. Robin había sido la fuerza capaz de poner en movimiento aquel día extraordinario, una fuerza que se había ido acelerando hasta hundirla a ella misma, a algunos azares y a otra gente en un remolino de aire, con las caras atentas y las manos en contacto, las únicas cosas que parecían quedar en el mundo. Y ahora, como si se hubiera cortado una corriente eléctrica, él anunciaba que no iba a ir, y ellos estaban solos, girando en el vacío hasta que se agotara el ímpetu y sus cuerpos se desplomaran.

Ella ya estaba cayendo. Anstey, Verónica Parbury y hasta la señorita Green le habían parecido extraordinarios, como en sus rostros fosforescentes se ocultase un significado difícil de aprehender, vinculado a un enigma que la había empujado hacia ellos. Esa sensación empezaba a desvanecerse. Y tenía la desagradable sospecha de que iba a caer aún más bajo que antes. Poco a

poco, como si fuera la temperatura de un calefactor, empezaba a controlar los recuerdos de la escena con el señor Anstey y, bajo la luz invernal, comprendía que su conducta había sido grave. Había hecho y dicho cosas por las que tal vez le exigieran que rindiera cuentas. ¡Pero él no habría debido provocarla! Las frases relampagueaban, abrasándola, y para evitarlas echó la cabeza hacia atrás. ¡Qué infame era ese hombre, con qué premeditación, con qué deseo de humillarla le había contado lo de la señorita Green y lo del telegrama de Robin! ¡Se alegraba, en caso de que así fuese, de haberlo herido! Se alegraba porque no cabía duda de que había actuado mal, como una sirvienta que, cuando la despiden, replica con insultos personales. Pero, de momento, abstraída como estaba, solo podía reconocer que si tales eran sus reacciones, si esa clase de cosas eran lo que decía instintivamente, así era su temperamento y así debía aceptarlo.

Eso la llevó a pensar en la señorita Green, y recordó que aún tenía su bolso. Lo mejor era devolvérsela antes de que se marchara, a las cinco, aunque de buena gana la habría tirado al canal, pero una vez se la hubiese entregado ya no tendría que verla más. Al menos eso sería una ventaja. ¿No le había advertido la señorita Feather que más valía no contarle nada a esa chica? Aquello quería decir que, enferma como estaba, había vuelto llena de cuentos sobre la reservada señorita Lind: que vivía sola, que después de seis años iba a encontrarse con un extraño amor de la adolescencia. Katherine sintió como si una babosa se arrastrara por su cuerpo. Y luego cansancio, una nostalgia marina.

—Si no la llevaran pegada, estos viejos perderían la cabeza —dijo en voz baja la señorita Brooks, pues una anciana estaba reclamando porfiadamente su monedero. Tenía una boca tensa y suspicaz, apenas movía la cabeza y, aunque no acusaba a nadie, repetía una y otra vez los detalles del extravío.

Katherine fue al guardarropa, sacó el bolso del bolsillo de su abrigo y se dirigió a la Sección Juvenil. Era mejor acabar cuanto antes.

Cuando divisó a la señorita Green atendiendo a los chiquillos mal vestidos, amontonados, no sintió demasiada rabia. La rabia ya se le había agotado. Solo se extrañó de su propia ceguera. Tan pronto como la señorita Green la vio, pareció envararse y redoblar su actividad, de modo que Katherine tuvo que esperar un rato. ¡Qué débil parecía, tan flaca y tan agria!

Y el ambiente de la sala era gélido. Hasta hace poco había sido un almacén, y ahora olía inconfundiblemente a niños pobres. Katherine miró los volúmenes: desordenados, al revés, caídos, convertidos en uniformes bloques de un marrón mugriento por el uso. En algunos lugares se veían tarjetas bien dibujadas que señalaban ciertas clases de libros, pero incluso estas estaban manoseadas o rotas, aunque no había razón para que alguien las tocara.

Una vez libre, la señorita Green se le acercó.

—Aquí tienes el bolso. Lo he recuperado.

—Gracias... —La señorita Green estaba demasiado confundida como para decir algo más—. Eres muy amable. —Echó la cabeza hacia atrás como apartándose de algo repugnante.

Katherine dejó el bolso en el mostrador. No tenía sentido hablar mucho.

—Así que volviste —dijo.

—Sí... Es que... Después de descansar ya no me encontraba tan mal... Decidí... —la señorita Green balbuceó algo inaudible—. Eeh... ¿quién se la había llevado?

—Una tonta. Pidió disculpas.

Hubo una pausa.

—Mamá va a lavar y planchar el pañuelo que me prestaste —dijo de pronto la señorita Green, como si hubiera preparado la frase—. Y...

Sacó del bolsillo un bollo de papel y dejó caer cinco medias coronas en el mostrador.

—Aquí está lo que te debo, muchas gracias, fuiste muy buena. El lunes te daré el pañuelo.

—Gracias —dijo Katherine.

Cogió el dinero y tras unas palabras más volvió a su trabajo.

En invierno la biblioteca cerraba a las siete, y durante la última hora solía entrar mucha gente. Esa noche había la suficiente como para mantener a las asistentes ocupadas, aunque a causa del tiempo no tanta como en una noche de mitad de semana. Habían ido los que se sobreponían al tiempo o no tenían otro lugar adonde ir: jóvenes mecánicos con las manos impregnadas de aceite, un par de chicos de último curso de básica, esposas inexpertas que vivían en una urbanización cercana e iban en pareja porque la oscuridad les

daba miedo.

Por lo general, el tiempo pasaba rápido entre las seis y las siete, pero ahora, con la calma, parecía arrastrarse, y en vez de alcanzar el punto culminante la jornada se disolvía lentamente. Katherine casi no lo notaba. Como muchísimas otras noches seguía haciendo su trabajo, pulcramente vestida con su mono rojo, bajo la luz eléctrica que se le reflejaba en el pelo oscuro y en la serena boca huraña. Salvo porque tardaba un poco en responder cuando le hablaban, nadie habría podido imaginar que estaba abstraída. Como el trabajo que ahora ayudaba a hacer, sus pensamientos perdían velocidad, se movían en círculos cada vez más pequeños y, pasando de una cosa a otra, se alejaban definitivamente de una exaltación que había empezado a disiparse con el ocaso. El recuerdo del refugio con la fuente helada, donde había deseado ayudar a la señorita Green más aún que a sí misma, era remoto y desdeñable, y también evitaba pensar en Verónica Parbury porque —y eso la avergonzaba— todo lo que se asociaba con ella le parecía horrible. Sí, había querido vengarse, y de no haber estado tan cansada se habría calentado las manos en aquel fuego, alejando por un momento la duda sobre si habría dimitido, si tendría que dejar el puesto. Eso sí que era importante: ponía en juego la seguridad que tan penosamente había ganado y podía lanzarla de nuevo al camino. La idea no le gustaba nada en absoluto.

¿Pero le preocupaba de verdad lo que pudiera hacer en Inglaterra? Siempre habría algún trabajo, y fuera el que fuese ella lo haría desganada, tercamente, como si estuviera en el campo. Cualquier actividad perdería inmediatamente el contenido, como una cesta que se ha llenado fatigosamente, y con ese contenido se perdería el tiempo. Habría noches de sueño, simplemente para descansar antes de volver al trabajo, habría más señoritas Green, señoritas Parbury, señores Anstey... Aunque no lo aceptara, era inevitable. Los hechos la aceptaban a ella.

Pero no habría más Robins. Y cuando al fin recostó el pensamiento en ese nombre, comprendió todo lo que significaba. Estaba en el umbral de un tiempo en que, no bien llegada a ese mismo país, ella había sido recibida por extraños y acogida en su casa. Vestida de blanco, había entrado en un mundo que bien podría haber sido el de una fiesta campestre, y había tomado las manos del de amarillo, el de verde, el de lavanda y el de rosa jaspeado. Se vio

primero con uno, luego con otro, llena de emociones que podían cogerse como flores, solo para que la próxima cosecha fuese aún más exuberante. Y pensó que de algún modo él habría podido llevarla allí de nuevo. Qué idea más hermosa, y qué falsa. Había sospechado que no podía ser cierta. Y porque lo sospechaba había frenado el impulso de escribir a poco de haber llegado, y cuando por fin le había escrito a Jane lo había hecho desesperada, casi como borracha, aferrándose a la posibilidad más remota de huir de la desolación que la aplastaba. Incluso aquella tarde la sospecha había estado en el fondo de su vacilación. De otro modo era inexplicable que no hubiese tomado todas las precauciones posibles para no perderlo.

Ahora que lo había perdido lo comprendía bien. Mejor tarde que nunca. Y con las fuerzas que le quedaran tendría que afrontar lo que viniese. No se atrevía a formularlo claramente, sabía de sobra cuál era la cuestión. La vida sería alegre mientras ella estuviera alegre, triste si ella estaba triste. Su felicidad dependería de la juventud y de la salud, y a nadie serviría de ayuda. Cuando estuviese enferma se extinguiría, como la llama de un quinqué que se apaga. Cuando envejeciera, se volvería tenue e infrecuente. Y en todas esas situaciones no podría ayudarla nadie, por muy sinceramente que lo intentara, por muy sinceramente que ella lo deseara. Pues ni siquiera podrían tocarse, como dos personas separadas por diez metros no pueden tomarse las manos. Realmente había hecho mucho más que ir a vivir a Inglaterra: en esos dieciocho meses se había internado en una tierra que ni siquiera en sueños hubiese concebido antes, de modo que al principio le había parecido irreal. Solo ahora se iba volviendo ligeramente verdadera.

Llegó al fin la hora en que el trabajo estuvo casi acabado. Como aviso para los pocos lectores que quedaban, la señorita Feather apagó las luces de los pupitres individuales y luego, volviendo a la entrada, apagó también la primera hilera de las del otro extremo de la sala. Katherine la miraba apoyada en el mostrador.

A medida que se apagaban las luces aparecían sombras en el suelo. El minutero del reloj se acercaba precisamente a la hora y se apagó la segunda hilera de luces. Era como contemplar la muerte de algo. Una mujer de negro se acercó presurosamente al mostrador, hizo sellar el libro y salió corriendo. El torniquete volvió atrás con un ruido sordo. El fondo de la sala estaba ahora

totalmente oscuro.

—Bueno, un día más —dijo la señorita Brooks, acercándose a Katherine con una tenue alegría.

—Y una semana más.

—¿Harás algo?

—¿Y tú?

—Uf, supongo que mañana iré a ver a mi hermana casada. Es lo que hago casi siempre. Trabajando los sábados no queda tiempo para nada, ¿no? No hay muchas alternativas.

—La verdad es que no.

Callaron.

—Esta tarde te vi pasar de nuevo hacia el despacho de Anstey —dijo la señorita Brooks—. Ya no lo soportas, ¿verdad?

—Estoy hasta el gorro. Tuvimos un auténtico cambio de impresiones.

—¡Caramba! Bueno, no me sorprende.

—Estoy bastante decidida a marcharme.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Si lo supiera, no esperaría un segundo más.

—No irás a casarte...

—¿Casarme? ¡Qué va! ¿De dónde has sacado esa idea? —La señorita Brooks pareció avergonzarse—. ¿Esa Green os ha ido contando historias románticas?

—Yo no le hago caso.

Se apagó otra hilera de luces.

—Y si se lo haces, no pasa nada —dijo Katherine—. Lo único que yo quiero es saber qué se va diciendo. —Como la señorita Brooks no abría la boca, se echó a reír y agregó—: No estoy ofendida. Solo quiero saberlo.

—Bueno, a mí no me lo contó la Green —dijo la señorita Brooks, herida acaso por tener que aclararlo—. Sencillamente la gente pensó que habías llegado tarde porque habías tenido una cita. Y cuando dijiste... Supuse que hablabas de lo mismo.

De modo que en eso lo habían convertido.

—Pues estáis totalmente equivocadas. No tuve ninguna cita.

Enrolló el mensaje escrito en lápiz con la letra de Anstey y,

discretamente, lo tiró. La señorita Feather apagó la última hilera de luces dejando a oscuras todo menos el mostrador. La señorita Holloway avanzó por el pasillo de entrada y se apoyó en el torniquete. Tenía un vigoroso pelo negro y llevaba gafas de carey.

—Me he dejado un lápiz en algún sitio —dijo—. Verde, muy mordisqueado.

—Ah, lo estuve usando yo. Me lo iba a guardar.

—No tienes vergüenza. Una cosa, ¿habéis encontrado al fin ese libro sobre Uganda?

—Sí. Lo dejé en su escritorio —dijo Katherine—. ¿No lo ha visto?

—Es que nunca veo ninguno. No hay peor ciego que el que no quiere ver. Bien, no os molesto más. Nunca hagas el sábado lo que puedes dejar para el lunes.

—Si no me encuentro mejor, el lunes no vendré.

—¿No le han servido de nada los mitones?

—Con este tiempo tendría que llevarlos continuamente. Los tubos están más fríos que el hielo. ¡Prueba a tocarlos!

—No, gracias.

Fueron las tres hasta el guardarropa, donde un par de chicas se cepillaban el pelo.

—¿Y qué hay de esos temas? —preguntó la señorita Holloway poniéndose la bufanda—. Estoy convencida de que Anstey se ha confundido. La mitad son sobre cosas que no hemos hecho nunca.

Holloway y Brooks se estaban preparando para las mismas oposiciones.

—¡Bah!, seguro que había estado de juerga y no podía ni pensar.

—Pues yo hace siglos que no me voy de juerga —dijo la señorita Holloway—. Me estoy volviendo espantosamente madura. ¿Sabéis que hoy en el autobús un soldado me cedió el asiento? Me pregunto si debo tomarlo como un cumplido.

—No te quepa duda.

En el vestíbulo, el portero caminaba lentamente detrás de su escoba.

—Buenas noches —le dijo la señorita Holloway—. A ver si el lunes consigue que su caldera de un poco más de calor.

El portero estalló en una lerda e incoherente invectiva contra su sueldo y

los superiores: hablaba con dificultad y se conformaba con llegar a la mitad de las frases. La letanía las acompañó hasta la puerta. Charlaron unos minutos en la escalinata hasta que la señorita Brooks las dejó, porque iba en otra dirección.

—Bien, buenas noches.

—Hasta el lunes.

—Buenas noches.

—¿Tú ves algo? —dijo la señorita Holloway—. Yo tardo en acostumbrarme. —Se agarró al brazo de Katherine—. ¿Por qué te vistes como un camionero?

—¿Como un qué?

—Llevas un abrigo absurdo.

—Ya sé que no es elegante. Pero calienta.

La oscuridad se había adherido firmemente a la tierra. No había estrellas y, aunque conocían de memoria el camino hasta la parada, avanzaban muy lentamente. Katherine tropezó con un canalón que bajaba de la acera a la alcantarilla cubierta de nieve.

—¡Eh, pensé que tú veías bien! —gruñó la señorita Holloway. Se cerró mejor el cuello del abrigo—. Con un tiempo así dan ganas de ser una marmota.

Doblaron la esquina y siguieron hasta la parada. A juzgar por sus pisadas la niebla se había disipado casi del todo y el aire olía a escarcha. Ante la puerta mal iluminada de una freiduría se apiñaban niños con cartuchos de pescado enfriándoseles en las manos desnudas. De un pub que tenía la palabra «Abierto» sumariamente pegada a la plancha de oscurecimiento, salía una voz acompañada de un piano que parecía una mandolina. Llegaron a la parada y permanecieron calladas, porque a ninguna de las dos se les ocurría nada digno de ser dicho.

—Quisiera pedirte un consejo —prorrumpió al fin Katherine. Se sentía menos tímida porque no veía la cara de la otra—. Esta tarde discutí con el señor Anstey. No sé si dimitir.

Y, sin embargo, lo había dicho sobre todo por no seguir callada. En ese momento el problema le parecía lejano y no podía distinguir una solución de otra. Pero contándoselo a alguien le añadía naturalidad, y de las personas que

conocía la señorita Holloway era la más fiable como consejera. Estaba bien informada y tenía sangre fría. No era de las que cambiaban de opinión sobre un asunto por el hecho de que su interlocutor fuese parte interesada. Y Katherine había sentido que la ocasión era propicia, considerando que su propio interés por el asunto estaba a punto de extinguirse.

—¿Crees que podrás arreglártelas?

—No estoy segura. Perdí los estribos, ¿sabes?, y, con las cosas que dije, si no me marchó, me echan. —Esperó un poco y añadió—: En realidad dije que dimitía, pero ahora me arrepiento. No sé adónde podría irme.

—Bien, pues no dimitas. Yo no daría un solo paso mientras no supiera de otro trabajo.

—Pero entonces pueden despedirme.

—Lo dudo —dijo notarialmente la señorita Holloway—. No a menos que seas realmente incompetente. Pero tú haces bien tu tarea, ¿no?

—Bastante bien, aunque calculo que Anstey no opina lo mismo.

—Pues tal como están las cosas no creo que te despidan. Anstey no tiene poder para decidirlo. Pronto llamarán a filas a las mujeres, y no creo que tú estés en la reserva. Supongo que te eximirán, ¿no?

—No estoy segura. Una vez intenté averiguarlo, pero no me dejaron nada claro. Podrían enviarme a una fábrica.

—Es que dentro de seis meses, cuando solo queden las chicas y las viejas, tal vez seas imprescindible. Y te diré algo más: al comienzo de la guerra Anstey pretendió despedir a una, pero Pollingbourne no quiso saber nada. Al final la transfirió a otro departamento. Menuda bofetada para el jefe, ¿no?

—Mmhhh.

—Aunque yo que tú no pediría un traslado, porque lo único que lograrás es que te pisoteen. Y tampoco puedes dimitir con la esperanza de que te trasladen, porque podrían aceptar la dimisión y te quedarías en la calle. Deja que el primer paso lo den ellos. La verdad, creo que si no abres la boca todo se pasará por alto.

—¿No piensas que Anstey me pinchará hasta que me vaya?

—No —dijo la señorita Holloway—. No lo creo. Anstey no es tan malo, ¿sabes? En realidad es bastante honesto. Fíjate que a raíz de la guerra ha logrado llegar adonde quería, y le da pánico que cuando esto acabe vuelvan a

degradarle. Por eso sospecha de todo y de todos. Se desvive por ser eficiente, pero el puesto le queda demasiado grande. Pensará, supongo, que si pudiera...

En ese momento dos soldados algo ebrios se las llevaron por delante adrede y se excusaron lujuriosamente.

—Os creéis muy inteligentes, ¿verdad? —dijo la señorita Holloway mientras los soldados se les aferraban teatralmente en la oscuridad.

—Es que no me conoces —dijo uno de ellos, encantado, en un escoces basto—. Soy listísimo.

—Sí, claro. ¿Por qué no te vas a tomar viento?

El soldado pareció no comprender y, dominando un hipo pasajero, añadió:

—Pues sí, me llaman Jock el Listo.

El otro, que daba la impresión de ser mucho más joven, se apoyaba perplejo en Katherine y, con una voz fresca y murmurante, le decía:

—¿Por qué me has hecho esperar tanto?

El mayor se volvió hacia él fingiendo enfurecerse:

—Anda ya, compórtate. ¿Dónde está el valor que te dio el santísimo...?

El otro se tambaleó y, empujado por Katherine, tuvo que agarrarse al poste y empezó a cantar en una voz cuya pureza crecía y se borraba como la de una imagen que no entra en foco.

—Bien, señoritas, presiento que vamos en la misma dirección —dijo elaboradamente el primer soldado. Pero su gracia no reportó fruto alguno porque en ese momento apareció el jadeante autobús de dos pisos, iluminado por dentro con tenues luces azules, y el más joven se fue deslizándose hacia abajo hasta quedar sentado en el bordillo con la espalda contra el poste. Como un acordeón aplastado, se había quedado sin voz. Mientras ellas subían al autobús, el primer soldado gritó: «¡Dos billetes!» con una clara y lacónica voz de subastador.

—Ahí tienes tu noche de juerga —dijo Katherine.

La señorita Holloway se bajaba mucho antes, de modo que a los diez minutos se despidieron.

—Lo consultaré con la almohada —dijo al levantarse—. Puede que mañana lo vea más claro.

Katherine se preguntó si sería posible. En parte había temido quedarse sola, pero ahora que la señorita Holloway se había ido descubría que estaba demasiado exhausta para sentir la soledad. Esa mujer la había reanimado: fuera o no cierto lo que decía, la libraba del peso de decidir. Lo que más quería era evitar el escándalo; no tendría el menor sentido. El autobús avanzaba traqueteando. Estaba casi vacío. Delante de ella había varios chicos y chicas que hablaban a gritos y, en cierto momento, empezaron a cantar una canción repetitiva, una frase especial que al parecer impedía quedarse dormidos a las tres de la mañana. La luz azul les daba en las caras y el pelo de los varones se les pegoteaba en capas enfermizas cobrando el color del maquillaje de las mujeres, volviendo espectrales las caras sonrientes. El suelo estaba sembrado de billetes.

Se bajó en Bank Street. Había gente esperando en los portales o saliendo de los cines, pero en las calles principales no había tráfico y los edificios parecían enormes conchas silenciosas. De vez en cuando se veían soldados vociferantes. La ciudad entera se había metido en sí misma. Las puertas y las ventanas estaban cerradas y las cortinas corridas para que no se escaparan ni la luz ni el calor. Fuera no había nadie. Tampoco luna que mostrase con su brillo cómo la escarcha lo cubría todo: la oscuridad pesaba como la presencia de una catedral, como una ceguera. Se extendía sobre la ciudad y los yermos helados donde las casas empezaban a distanciarse en el campo, luego sobre la hierba crujiente, luego sobre los bosques. Por las carreteras pasaban flotas de camiones con cadenas, pero nada más. Katherine pensó que la oscuridad cubría no solo los kilómetros de calles que la rodeaban sino también las costas, las playas y las millas de mar ondulante que ella había cruzado y que la separaban de su verdadero hogar. Al menos su tierra y la acera por la que avanzaba compartían la misma noche, aunque las separaran cientos de kilómetros vacíos. Y allí también la gente estaría en su casa, y no pensaría mucho más que en el fuego, pues el mismo invierno caía rígidamente sobre todo el continente.

Merion Street estaba cerca y ella no necesitaba linterna porque se sabía el camino de memoria. Solo de vez en cuando estiraba la mano para tocar un muro o un poste. Sobre todo se sentía agotada, como si hubiese hecho un largo viaje. Cuando llegara al estudio encendería el fuego, se sentaría

enfrente y se fumaría un cigarro, o tal vez leería. Sabía que había descubierto algo sobre sí misma pero en ese momento no recordaba qué era y se inclinaba a pensar que lo había imaginado. Prepararse la cena suponía demasiado trabajo: comería algo de pan y tomaría café sin que nadie la molestase. Luego se acostaría, bien temprano, y lo olvidaría todo durmiendo. Entre los despojos que giraban a su alrededor aún quedaba algo de lo que disfrutar. Aunque el frío atenazara la ciudad y el estudio no le perteneciera más de lo que pertenece un árbol al pájaro que lo ha escogido, cuando todo se volvía abrumador siempre le quedaba el sueño. Por un instante se preguntó dónde viviría el señor Anstey (la carta no llevaba remitente), y si viviría solo. Si era así, no dejaba de ser irónico que los dos estuvieran volviendo a sus habitaciones vacías.

Se conocía Merion Street a la perfección. Aunque estuviera oscura como si la noche le hubiese caído encima con todos sus escombros, a ella le bastaba contar los pasos para saber dónde estaba. En el vigésimo quinto había una rejilla donde una vez había metido el pie, así que la eludió. Al vigésimo noveno abrió el bolso para sacar la llave, porque no le gustaba demorarse en el umbral. ¡Qué cansada estaba! Ahora pasaba frente a la puerta del dentista... ¿Cómo se llamaba? ¿Tullidge? ¿Wilmidge? Seis pasos más y estaría en su casa.

Subió los escalones. Como siempre, metió directamente la llave en la cerradura, pero en ese momento oyó una respiración muy cerca del suelo, como si hubiera un animal. Luego alguien dijo en voz alta:

—Oye, ¿eres Katherine Lind?

Era Robin. Estaba bastante borracho.

6

—Será mejor que subas —dijo Katherine. Se volvió hacia las llaves abandonadas en la cerradura—. Por el amor de Dios, no hagas ruido.

—Suerte que cuando vine todavía era de día —dijo Robin sin prestarle atención—. Si no, hubiera tenido que coger un taxi. —Se reía.

Era terrible. Subió ella primero por la escalera estrecha, oyéndolo tambalearse y jadear a sus espaldas. Era demasiado. La había abrazado sin el menor reparo, aturdido de buen humor. De haber estado en la calle iluminada, no habría vacilado en besarla.

Ahora tropezaba con los escalones.

—Ten cuidado —dijo ella, girándose hacia su puerta.

—¡Vaya, qué bien te escondes! —gritó él, festejándolo como una broma—. Oye, ¿no se puede encender una luz?

—¡Espera un poco!

Tuvo que entrar y, antes que nada, correr las cortinas y encender la estufa. Luego encendió la luz.

—Ya está —dijo.

No bien entró, él se quitó el birrete y se desabrochó los guantes. Dios sabía por qué, la dejó pasmada verlo en uniforme. Las anchas hombreras del abrigo eran un exceso.

Arrojó el birrete sobre la mesa, con los guates dentro, y allí mismo se abalanzó de nuevo hacia ella, cogiéndola por los hombros para hacerla girar bajo la luz tenue de la bombilla. Ella no podía evitar reírse, tan teatral era todo, y él rugía frases como «Bien, déjame echarte un vistazo» o «Es increíble, te hubiera reconocido en cualquier parte», hasta que al fin empezó a besarla de veras, como si no hubiese otra alternativa a las palabras, y ella tuvo que retroceder, sacudir la cabeza y gritarle:

—¡Vale! ¡Por Dios, ya está bien!

Él la soltó, sonriendo. No estaba tan borracho como ella había creído, no tanto como fingía.

Katherine cerró la puerta. Era totalmente irreal. Ni siquiera se conocían.

—Bien, explícate —dijo. Él volvía a acercársele y de un empujón lo hizo retroceder hacia la estufa—. ¡Explícate! Habías dicho que no vendrías.

—¿En serio dije eso? —Sin que ella se lo sugiriera, Robin se quitó el abrigo y se alisó el pelo—. Ha sido un día desastroso. Nadie sabía qué podía hacerse y qué no. Pensé que no habrías recibido el telegrama.

—Pues me llegó, y prácticamente me ha hecho perder mi empleo —replicó ella empezando a reír. Se quitó el abrigo y lo colgó.

—Pero si lo envié aquí —dijo él sin darle ninguna importancia—. Y la señora de abajo dijo que no volverías hasta después de las siete.

—Entonces deben de haber... ¡Caramba! Es de lo más extraño. Siéntate, ponte cómodo.

Él se desplomó en la hamaca donde se había sentado la señorita Green.

—Bueno, ¡el caso es que aquí estamos!

—Ya veo. ¡Es extraordinario! No puedo creer que seas tú.

—Pues soy de carne y hueso—rio él, tratando de darle una palmada que ella evitó—. No soy ningún fantasma. ¡Uuuuh! —aulló, agitando los brazos como si estuviera debajo de una sábana.

Katherine se sentía tan débil que solo podía reírse.

—¿Por qué eres tan absurdo? ¿Por qué estás tan borracho?

—¡Qué voy a estar borracho! —Sin dejar de sonreír, se arrellanó en la hamaca—. Solo bebí unas cervezas para hacer tiempo.

—Te diré que te han hecho un efecto sumamente pernicioso.

Le tendió un paquete de cigarrillos y él cogió uno. Katherine no tenía la menor idea de lo que debía decir. Todo aquello actuaba sobre su cansancio para resolverse en una sensación de sinsentido febril.

—De acuerdo —dijo él exhalando el humo con un profundo suspiro—. Seamos sobrios y serios. Empieza tú.

—No puedo. —Una risa silenciosa sacudía a Katherine—. Para de hacerme reír.

Él hizo un ruido extraño.

—Para.

Él hizo otro ruido. Ahora el efecto fue inverso y ella, sentada en el taburete, se enderezó y se arregló el pelo, totalmente seria.

—Bien—dijo. Lo miró y al fin lo vio tal como era, joven y agreste. Debía de tener la misma edad que ella pero parecía mayor. Tenía el rostro anguloso, la mandíbula áspera de tanto afeitársela, los dientes muy blancos, y su pelo oscuro había perdido suavidad y desde las sienes el cepillo lo había estirado violentamente hacia atrás. Cuando se reía unas arrugas aparecían alrededor de sus ojos y alzaba las cejas como un humorista profesional. Las aletas de la nariz se le habían ensanchado dándole un aire voraz. Era casi tres centímetros más bajo que ella—. ¿De dónde vienes, cuándo has llegado, qué planes tienes, etcétera?

Él cerró los ojos.

—Secreto militar, a las cinco y media, nada de nada, lo demás depende. Tengo un permiso de treinta y seis horas. ¡Oye, una cosa! Hace años que estás en Inglaterra. ¿Por qué no escribiste antes?

—No sé. No sabía que aún vivíais allí.

—¿Y dónde íbamos a vivir? ¿Cuánto hace que estás en el país?

—Un año y medio, más o menos. Al principio viví en Londres. Aquí llevo solo nueve meses.

—¿Y por qué dejaste Londres por este agujero?

—Me ofrecieron un empleo. Y quería cambiar.

Katherine contestaba casi mecánicamente. Allí tenía a Robin, sentado en su propio estudio bajo una bombilla eléctrica, y no estaba en absoluto impresionada. Lo que una vez había sentido por él se había desvanecido mucho tiempo atrás dejando tan solo un vacío y cierta sensación de irresponsabilidad.

—¡Ah, sí! Tu fabuloso empleo. Muy culto todo.

—Suerte tengo de haberlo conseguido.

—¿Fuiste a la universidad?

—Sí, sí. ¿Y tú a Oxford?

—A Cambridge. Oxford estaba demasiado cerca de casa. —Impaciente, se puso en pie de un salto y empezó a pasearse por la habitación—. Está bien este lugar. ¿Vives sola?

—Sí.

—¿Y te gusta? Estar aquí, digo, y tu trabajo.

Ella empezó a recordar.

—Bueno, sí. Pero el trabajo quizá lo haya perdido. Todo por tu telegrama.

—¿Qué diablos tiene que ver? —dijo él cogiendo el periódico que había sobre la mesa. Lo enrolló y empezó a golpetearse la palma de la mano.

—Los vecinos de abajo deben de haber llamado por teléfono. No sabría explicarte cómo, pero la cosa se lio.

—Pero no van a echarte por eso.

—No puedo explicártelo. Es muy complicado.

—¿Sabes qué opino? Que si te echan podrás librarte de esta ciudad —dijo él—. Así que esta es tu guarida. —Inspeccionaba el estudio como si pensara comprarlo, mirando la alcoba donde estaba la cama, estirándose innecesariamente para tocar el techo inclinado—. Me he preguntado infinidad de veces qué habría sido de ti, ¿sabes?

—Me das una alegría.

La idea empezaba a hacérsele digerible, la idea de que Robin estuviese con ella. Ese, se dijo, era el mismo Robin al cual le había escrito desde la paz y la comodidad cuando tenía dieciséis años. Pese al basto uniforme y al almidonado cuello caqui que parecía lastimarle el cuello, era el mismo con quien había compartido muchas horas en un tiempo ahora olvidado. El Robin que la había llevado a Oxford, que había ido a esperarla a Dover, que había subido a la terraza desde la pista de tenis en donde acababan de jugar. Repasó aquellos y muchos otros incidentes como si estuviese hechizada, y poco a poco él se le fue haciendo más familiar. Si no hubiese tenido la mente tan cansada, la aparición repentina la habría emocionado, pero tal como había ocurrido todo, había fallado la conexión. Habría debido, no lo ignoraba, sentir ciertas cosas, tal vez decirlas, pero, fuese suya la culpa o de él, el hecho era que no podía controlarlas. Solo veía el encuentro de una forma indiferente y desvaída: un chico que había conocido tiempo atrás le estaba haciendo una visita en esa noche de invierno, y ahora los dos conversaban en una habitación bien iluminada, en la cual había una estufa y sus pocas posesiones. Abajo estaba la calle, con el frío hendiendo la oscuridad.

Él regresó al centro de la sala y, como si no pudiera parar, se sentó en el

borde de la mesa y empezó a balancear las piernas.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella.

—¿Ahora? —parecía al mismo tiempo despreocupado y nervioso—. Creo que me iré a casa. Cerca de medianoche hay un tren.

—Debes de estar cansado.

—¡Bah, dormir! —agitó vagamente la mano—. Te las puedes arreglar sin dormir.

—No —dijo ella, extrañada por la brusquedad del tono—. No digas eso. Se te ve muy cansado.

—Estoy estupendamente —él chupó el cigarrillo y las aletas de la nariz se le dilataron levemente—. No sabes qué saludable es la vida al aire libre.

—¿Cuánto hace que estás en el ejército?

—Unos catorce meses.

—No te gusta nada, ¿no?

—¡Y yo qué sé! —resbaló de la mesa y se acercó a la mesilla que estaba pegada a la pared para curiosear los libros—. Trato de no preocuparme. Lo único que importa es pasárselo lo mejor posible.

—¿En qué destacamento estás?

—Artilería.

Katherine disimuló un bostezo. Bien podrían haber estado hablando en una sala de espera.

—¿Y qué ha sido de tu vida? —preguntó él volviéndose de golpe—. No me has contado nada.

Sobreponiéndose al cansancio, ella empezó a relatarle los hechos que la habían llevado a Inglaterra por segunda vez. Eligió contarlos de un modo que en parte los despojaba de su sordidez y que les daba el aspecto de decisiones personales. Cuando más avanzaba el relato, más irreales le sonaban.

Él escuchaba atentamente, con el ceño fruncido de desesperación. Del bolsillo izquierdo de la chaqueta sacó una larga pitillera y se encendió un segundo cigarrillo. Katherine no quiso otro. Sin dejar de hablar, consideró fríamente hasta qué punto Robin encajaba en los recuerdos que tenía de él. Su cara, sin duda, era reconocible, pero no había madurado. Por raro que le resultase, empezó a recordar cómo era Jane, algo que hasta el momento le había resultado imposible. Pero ¿de dónde había sacado él esa desenvoltura?

¿Y la inquietud, la agitación permanente? La hacía pensar en un niño rodeado de mujeres.

Mientras, él fumaba con avidez.

—¡Menuda historia! —dijo cuando ella acabó—. Terrible, ¿eh?

Y juntó torpemente las manos.

—¿Te gustaría comer algo? —dijo ella. Ahora que él la había escuchado con respeto se sentía más amable—. Yo suelo cenar a esta hora.

—¿No es mejor que salgamos?

—No es ningún trabajo. No hay gran cosa, pero alcanzará.

—Bien, mientras no te quite el pan de la boca... —Iba a sentarse, pero se arrepintió al ver que ella se levantaba—. La verdad es que en el sentido he hecho ninguna comida en condiciones —añadió, alzando los hombros para colocarse la ropa.

—Si lo que quieres es una cena formal, tendrás que ir a otro sitio —dijo ella—. Yo solo puedo ofrecerte salchichas y café.

—Magnífico, si puedes permitirte.

—Ponte cómodo. Enseguida vengo.

Pero él la siguió fuera.

—Es que me interesa conocer tu casa.

Tanto en el rellano como en el cuartito donde ella cocinaba el aire estaba helado. En un rincón estaba la tetera, envuelta en su funda de felpa. Bajo la luz eléctrica, la pila y la cocina ofrecían un aspecto especialmente desolador.

Katherine llenó la tetera y la puso al fuego. Cuando se volvía hacia el aparador, él volvió a cogerla y, apoyado en la pared, la atrajo hacia sí.

—Lo siento —dijo—. ¡Qué mal lo has pasado!

La sonrisa que le mostraba le habría parecido encantadora de no haber sido por las sombras que rodeaban los ojos y la nariz.

—Te estás comportando de una forma muy rara —dijo ella, divertida.

Dejó que la besara. Lo hizo con efusión pero sin gracia, como un chico fumando su primer cigarrillo. Era todo tan extraordinario que apenas era capaz de registrarlo en su memoria, aunque quizá no hubiese nada que registrar. Le resultaba tan difícil conciliarlo con sus recuerdos que era como si estuviese viviendo un encuentro casual.

—Si de verdad quieres cenar, tendrás que soltarme —dijo.

Él parecía estupefacto. De pronto echó a reír sin convicción y la soltó.

—¿Te ayudó en algo?

—No hay mucho que hacer. Si quieres puedes poner la mesa.

Le dijo dónde encontrar los cubiertos y un mantel, y entretanto desenvolvió las salchichas y las pinchó antes de ponerlas en la sartén. En un plato había media cebolla esperando desde hacía una semana, de modo que añadió varios anillos traslúcidos. También había dos patatas frías que podían freírse. Al cabo de un rato, él volvió y se quedó mirando.

—¿Por qué no esperas al lado de la estufa? —dijo ella acercando las manos al hornillo—. Aquí hace un frío de muerte.

—Prefiero hablar contigo —dijo él, testarudo. Tanto se había pasado la mano por el pelo que empezaba a tenerlo revuelto—. ¿Qué más haces, aparte de trabajar? ¿Conoces a alguien decente?

—No, no me he molestado en conocer a nadie.

—Pero hace bastante que estás aquí.

—Lo sé. Pero por alguna razón no he tenido tiempo. En realidad, no quiero tener amigos hasta que vuelva a mi país.

—Pero puede que para eso falte mucho —dijo él, como aferrándose a algo de lo que podía hablar con autoridad—. Francamente, no creo que te esperen menos de cinco años en Inglaterra.

—Cinco... Bueno, claro que...

—No veo ninguna posibilidad de que te vayas antes. —Y le dio un largo informe de política y estrategia militar—. Todo lo cual suma unos cinco años —concluyó, cruzando los brazos con un ligero escalofrío.

—Bien, supongo que tienes razón.

Así, remotamente, siguieron hablando un rato. No obstante, la mirada de él era íntima y escrutadora, como si fuera consciente de que ella solo lo reconocía vagamente. E, invadida por esa desconfianza, Katherine pensaba a toda velocidad y se repetía: «¡Es Robin! ¡Robin, el que esperabas! Ha venido. Y pronto se marchará, así que más te vale aprovecharlo». Pero las palabras no le encendían ninguna chispa. No lograban intoxicarse con la presencia de él y olvidar todo lo demás: sí, estaba allí, ruborizándose, guapo, cohibido (aunque con surcos bajo los ojos), pero también estaba lo demás: la tetera con la funda de felpa, la señorita Green, el señor Anstey, la señorita Parbury, cada cual en

su mundo horrible y separado, y no faltaba mucho para que todos se fueran a dormir. Además él no le parecía abierto ni afectuoso. Su alegría era automática, inquieta, lastimera y, sin embargo, la miraba una y otra vez como si quisiera contarle algo.

Cuando estuvo lista la comida preparó el café, y llevaron a la sala dos bandejas y una barra de pan.

—Este es el tipo de comida que más me gusta —dijo él acercando la silla, pero comió con desgana, sin limpiar el plato, y al final lo apartó para encender otro cigarrillo.

Convencida de que tenía hambre, Katherine había pensado ofrecerle queso, pero ahora, agotada la novedad de la cena, lo veía repentinamente satisfecho. Un poco herida, le sirvió otra taza de café. Tal vez se estuviera diciendo, pensó, que no había valido la pena ir a verla.

—Cuéntame algo más de tu familia —dijo ella cuando acabó de comer—. De Jane, por ejemplo.

—Está en casa —dijo Robin lacónicamente, estirando las piernas bajo la mesa.

—¿Y Jack?

—Se ha quedado en la India, pero están muy unidos.

—¿O sea que al fin Jane se fue a la India?

Después de todo, Jane había sido el origen de ese encuentro.

—Sí, claro. Fue con Jack. Vivieron allí hasta que estalló la guerra. Ella estaba a punto de dar a luz y, después de pensarlo, decidieron que estaría mejor en casa —Iba soltando la información a regañadientes, como si desacreditara a su familia.

—¿Y eso por qué? En la India habría estado más segura.

—No me cabe duda —Robin se enderezó en la silla para meterse una mano en el bolsillo—. Pero ellos no lo veían así. Era todo muy complicado. Primero, no conviene que los niños vivan en la India después de cierta edad, ya sabes, y no había garantías de que Jane pudiera viajar a Inglaterra una vez empezara la guerra. Algunos decían que si Inglaterra se llevaba la peor parte podría desencadenarse una guerra civil. Y, además, Jack quería que sus hijos se educaran aquí —añadió sin ironía.

Con la barbilla apoyada en la mano, Katherine asintió. Los platos podían

dejarse para el día siguiente.

—Entonces ¿él sigue allí?

—Sí, está intentando venir por un tiempo. Pero en todas partes hay follón.

—¿Y luego regresarán?

—Imagino no les queda más remedio. Aunque no creo que a Jane le entusiasme la idea. Me parece que no le gusta mucho esa vida.

—Bueno, calculo que sabría en qué se estaba embarcando —dijo Katherine, y se levantó. Mirándose en el espejo por pura costumbre, se dio cuenta de que Robin le había desordenado el pelo, de modo que fue al dormitorio a buscar un cepillo—. De todos modos, lo siento por ella.

—Me sorprende que te hayas enterado de lo de la niña por el periódico —Robin se levantó también y, mientras ella se arreglaba, fue a colocarse justo detrás de ella, pegado como un imán. El espejo reflejó su sempiterna sonrisa y, sin embargo, resultaba evidente que necesitaba dormir—. Jamás hubiera imaginado que recordarías el apellido de Jack.

Katherine se cepillaba el pelo.

—Es un apellido muy gracioso.

Él miró por encima del hombro de ella, fumando como si lo fueran a retratar.

—Ese cepillo no es una baratija.

—Cuando me quede sin dinero, lo empeñaré.

Empezó a rodearla con los brazos y, en el lugar de tolerancia, esta vez ella sintió irritación. ¿Había hecho ese viaje nada más que para fastidiarla?

—No seas bobo —le dijo—. Ya no estás borracho.

En el rostro de él apareció una expresión sombría y maltrecha, la de un niño cuando se le niega algo que cree un derecho. Atónita, Katherine se dio cuenta de que lo había lastimado. ¿Debía halagarla entonces que él hubiese viajado especialmente para ver si podía acostarse con ella? Porque era eso lo que le pediría si ella no protestaba. «¡Qué vueltas raras da la vida!», pensó. Alguien debía de haberlo convencido de que fascinaba a las mujeres.

—¿Y la niña? —preguntó Katherine—. ¿De qué murió?

Él se había vuelto a sentar y no paraba de moverse, como si tuviera los bolsillos repletos de objetos molestos.

—Ah... —sacudió la cabeza—. Eso sí fue una desgracia. Era muy débil.

Tenía un soplo en el corazón, de nacimiento.

—Pobre Jane —dijo ella suspirando—. ¿Está muy deprimida?

—Quedó bastante tocada. Yo no pude llegar al funeral.

Katherine llevó el cepillo a la alcoba y volvió a sentarse en su taburete.

—¿Y ahora qué va a hacer?

Mientras hacía la pregunta, la llama de la estufa empezó a flaquear primero y después a volverse azul: tenía que poner un chelín en el contador. Notando la falta de calor a sus pies, Robin alzó velozmente la vista y hundió la mano en el bolsillo.

—No te molestes —dijo ella, hurgando en su bolso. Pero no tenía las monedas apropiadas y tuvo que aceptar el chelín que él le tendía.

Cuando volvió del mortecino rellano, ambos habían olvidado de qué estaban hablando.

Ella miró el reloj. Eran las nueve. Reprimiendo un bostezo, se dio cuenta de que al cansancio se le estaba sumando el aburrimiento. ¿Alguna vez se habían sentido cómodos uno con el otro? ¿La había traicionado la memoria? Porque él no transmitía ningún cariño. Era absurdo sentirse obligada a quedarse ahí, entreteniéndolo, porque de jóvenes se habían conocido por casualidad. Y la falta de entendimiento se debía a algo más que la pasajera insensibilidad de ella. De haber sido únicamente eso, él podría haberla distraído y logrado reconstruir poco a poco su amistad. Pero ninguna palabra suya daba en el blanco, todas la dejaban indiferente.

—¿Cuándo dijiste que salía tu tren?

Sin darse cuenta había conseguido irritarlo.

—No pensarás echarme ya, ¿no? —replicó, adornando la frase con una risita endeble. Descruzó las piernas—. Sale exactamente a las doce menos cuarto. Pero, si quieres, me voy ahora mismo.

—De ningún modo. ¿Hago más café?

—Bah, no te molestes.

—No es ninguna molestia —Katherine no había querido ofenderlo—. Lo único es que se ha acabado la leche. Se me han juntado todas las visitas en un día, ¿sabes?

Se había puesto en pie con la cafetera en la mano.

—Vale. Si vas a hacer, no me importará tomarlo solo

—farfulló él, exasperado tal vez por que las cosas no marcharan como imaginaba.

Ella recogió las tazas y salió: esta vez él no la siguió, y se encontró sola en la cocinita brillante. Tal vez el café solo la reanimara, pues no cabía duda de que, aunque le impidiera salirse con la suya, él no pensaba moverse de allí hasta la hora de partir. Se concentró en ese razonamiento y, mientras miraba la tetera, se preguntó si sería tan hipócrita como parecía. A fin de cuentas, él tenía derecho a esperar de una amiga que lo tratara bien, sobre todo una amiga que le debía hospitalidad y que no lo había visto en tantos años. Si hacía un esfuerzo por verse desde fuera, de acuerdo con las pautas humanas se estaba portando mal. Pero eran precisamente las pautas humanas lo que ahora se derrumbaba. ¿Qué pasaba cuando alguien perdía la capacidad de sentir?

No consideraba que estuviera portándose mal. No se estaba comportando como si la molestara. Había demostrado toda la amabilidad abstracta de la que era capaz, pero el conjunto no superaba lo que habría podido ofrecerse a un compañero casual de viaje en un vagón de tren o un vapor. En realidad era ese, pensó, el vínculo más fuerte que los unía: estaban viajando juntos, y todo lo demás era nieve, incomodidad, comida compartida, camas insuficientemente abrigadas. En esa situación no sentía ninguna necesidad de conocerlo más: él había aportado un chelín para mantener el fuego encendido y ella le ofrecía café caliente. Se ayudaban lacónicamente uno a otro, mientras fuera quedaba la llanura, la ausencia de la luna, la enemistad total de las sombras.

Apagó la luz y llevó la bandeja a la sala. Él se había vuelto a levantar y estaba parado frente a la estufa, como si temiera que se apagase de nuevo. Dentro del bolsillo, una mano hacía tintinear las monedas.

—¿Y quiénes eran esas visitas?

Su voz ocultaba muy mal la irritación.

—Era una broma. Al mediodía vino una chica que trabaja en la biblioteca. La verdad es que solo la conozco por el apellido. Pero se bebió parte de la leche.

—Después vengo yo y me bebo el resto. —Soltó una carcajada, no muy divertido—. ¿Sabes? —continuó, cambiando el peso del cuerpo de una pierna

a otra—, has cambiado un poco.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé —dijo él removiendo el café—. Te veo dentro de treinta años con un gato y un loro.

Quería ser ácido, pero la compulsión de su voz delataba que sus palabras lo herían tanto como a ella.

—Supongo que nadie te importa un comino —concluyó con cierta amargura.

A ella le pareció extraño que fuese Robin quien le estaba diciendo eso. Sin duda había aprendido a hablar así en Cambridge. Apoyó los codos en la mesa.

—¿Lo dices porque no te dejes besarme?

—No. —La negativa sonó violenta, alterada. Ella había hecho el comentario a la ligera, sin prever que una verdad tan palmaria podría ofenderlo. Estaba claro que era muchísimo más inmaduro que ella: debía de ser culpa de su educación inglesa—. Lo digo porque eres menos cálida que un maldito bloque de hielo.

Se quedó estúpidamente en su sitio, mirando el suelo.

A Katherine se le pasó por la cabeza contestarle que se equivocaba si había pretendido que sintiese halagada por la idea que tenía de ella: una chica extranjera a quien se podía recurrir para pasar un buen rato. Pero no se sentía suficientemente resentida. Que dijese lo que se le antojara. Al final acabaría disculpándose.

Él permaneció en silencio mientras se acababa el café. Luego dejó la taza en la repisa y, con un aire pedante, volvió a desplomarse en la silla. Katherine se sentó de nuevo en el taburete, cogió el paquete de cigarrillos y descubrió que solo quedaban dos. Se puso uno en la boca y arrojó el otro a los muslos de él.

Un par de minutos después, él lo cogió.

—Lo siento —dijo carraspeando—. Perdí el control.

Ella encendió una cerilla.

—No es nada. Pero me parece que ya no nos entendemos.

Cada uno encendió su cigarrillo.

—Supongo —dijo él— que en realidad no somos grandes amigos. No

quise ser grosero.

—Puede que no. A fin de cuentas, nos conocimos por casualidad.

—Es cierto. Dime, ¿por qué te apuntaste a aquel programa? Siempre me pareció que no te pegaba mucho.

Ella rio.

—Lo mismo pensaba yo de ti. La verdad es que no recuerdo por qué lo hice. Pensaría que iba a resultar divertido.

—¡Ah! A mí lo del idioma me interesaba de veras. En Cambridge me especialice en lenguas extrajeras. En cierta época planeaba entrar en el cuerpo diplomático.

—¿Y no estás a tiempo?

Él se restregó los ojos.

—No lo sé. Es todo tan incierto...

—Bueno —dijo ella—, el caso es que lo pasé muy bien las semanas que estuve en tu casa. Al menos eso fue todo un éxito.

—¿De veras? Yo estaba convencido de que habías aburrido a muerte. Me alegro.

—Siempre quise recompensarte de alguna manera.

—Pero una vez me invitaste. Pero yo estaba enfermo, ¿no?

—Creo que sí.

—Y al año siguiente empezaron las amenazas de guerra.

—Y dejamos de escribirnos.

—Sí.

El humo se acumulaba bajo la bombilla.

—¡Qué pena que no pudieras ir! —dijo Katherine—. Me habría gustado que hubierais ido los dos, tú y Jane.

—Habría estado muy bien.

—Quizá podamos hacerlo después de la guerra.

—Yo soy supersticioso —dijo él—. Prefiero no hacer planes. Para mí «después de la guerra» no existe. Lo más lejano que existe es la semana que viene.

Y sin embargo parecía vislumbrar años muy lejanos.

—Oye, ¿me escribirás? —dijo al cabo de un rato—. Perdóname si antes te ofendí.

—¿Que te escriba? —dijo ella. Le miró la cara atribulada. ¿De verdad pensaba, a esas alturas de la conversación, que ella estaba en condiciones de darle algo?— Claro, si tu quieres.

—Sería una estupidez perder el contacto. No hace falta que llenes páginas y páginas de literatura. Con un par de carillas basta. Es que en el ejército uno se siente... tan aislado. No sabes lo importante que es una carta.

Apuntó algo en una libretita encuadernada en cuero suave, arrancó la hoja y se la pasó. Era una dirección militar en código.

—Haré lo que pueda —dijo ella—. Últimamente no escribo mucho.

—Te lo agradeceré eternamente. Y, desde luego, en cuanto puedas has de ir a pasar un tiempo a casa. Ya le escribiré yo a mi madre.

—No creo que a Jane le apetezca mucho tener visita.

—A Jane no le apetece nada. Si no le pusieran el plato delante, no comería.

—¡Quizá en verano! —dijo ella con un destello de ironía.

—Puedes estar segura de que para entonces yo ya no estaré en Inglaterra. Pero tú debes ir de todos modos.

La voz había perdido irritación, pero conservaba el desasosiego. Se alisó varias veces el pelo y soltó uno o dos suspiros. La conversación estaba tan yerta como una franja de tierra al borde del mar, donde la hierba va desapareciendo hasta que solo quedan guijarros, y los guijarros caen de vez en cuando a un agua que los espera estrellándose una y otra vez contra las rocas. Katherine cobró conciencia de que estaban los dos solos en el último piso del edificio, y ese pensamiento la reanimó de forma extraña, absurda, como un trapo colgado de un clavo que el viento hace flamear de pronto. El día la había agotado hasta tal punto que ahora alcanzaba la frontera de un país totalmente nuevo, donde el viento la agitaba como a la hoja más alta de un árbol, donde todas las cosas se impregnaban de una suerte de exaltación solitaria, irrelevante, por el solo hecho de estar vivas.

Y él, ¿qué? Ahí estaba sentado, la cara sombría, los hombros encorvados, los pies vueltos hacia dentro. Algo lo oprimía sin cesar, empujándolo, revestido de una galantería desenvuelta, hacia ella o hacia cualquier otra mujer. Había perdido la seguridad con la que se movía cuando era un muchacho, y a cambio el desasosiego había irrumpido en su cuerpo. La

inquietud lo guiaba, y porque no podía dominarla fingía gozar de ella, al extremo de convencerse de que estaba pasándolo bien e incluso, si hacía falta, de que la quería, lo cual no era cierto. La inquietud lo había llevado a hacer el papel del oficial alegre, y a su debido tiempo le impondría el del niño engañado, aunque decírselo habría sido una maldad porque no podía hacer otra cosa y solo sería feliz mientras lo ignorara. Pero Katherine se sentía superior porque no necesitaba nada de él, y cuando él se fuera se iría frustrado.

El silencio se alargaba demasiado y el pareció acusarlo. Se levantó y apagó el cigarrillo.

—Me parece que me iré ahora —dijo, mirando la habitación—. Debes de estar agotada.

Tenía la voz empañada y de un tirón se ajustó la corbata, como para darse aliento. La luz le borraba las líneas de la cara.

Ella sintió compasión. Era un final muy triste.

—¿Qué prisa tienes? —dijo—. Te tocará esperar muchísimo.

—Supongo que tú querrás dormir —dijo él—. Y si me quedo más, te daré la lata.

A Katherine se le ocurrió que en realidad no quería irse, que solo lo había dicho para estudiar de nuevo cómo reaccionaba; lo comprendió como una clarividencia libre de cualquier interés personal. Era la primera vez en su vida que sentía algo así.

—Como quieras —dijo por decir algo.

Él dio un paso hacia ella y le tomó suavemente las manos como para despedirse. Ninguno de los dos hablaba. Al fin él dijo:

—¿Puedo quedarme contigo?

—Me parece que no es lo mejor.

Él le soltó las manos para abrazarla, esperó a que se aquietara el mecánico movimiento de rechazo y entonces la besó. Luego volvió a acercar la cara y la besó de nuevo y con más fuerza. Ella se preguntó si se supondría que aquello debía convencerla. Él le apoyó la frente en el hombro.

—Déjame quedarme —dijo—. Me gustaría tanto...

Katherine se preguntó cómo podía seguir pidiéndolo.

—No tendría sentido.

Él aflojó el abrazo.

—¿Por qué no?

—¿Tú le ves alguno?

Él no respondió.

—No significaría nada —añadió ella.

—¡Maldita sea! —dijo él, desesperado—. ¿Y qué importa? Para mí nada tiene mucho sentido. Me paso el tiempo haciendo cosas que importan un rábano. Y tú lo mismo —Se había dejado llevar por un arranque de ira, y de pronto el disgusto le hizo rendirse—. Basta ya. No quiero discutir.

—Yo no estoy discutiendo —dijo ella. Verdaderamente, le daba igual recibir insultos que elogios. Aunque nada le costaba negarse, la negativa sería otra forma del tedio, una asunción de la esterilidad que la rodeaba. Si no le rechazaba, él volvería al cuartel para fanfarronear, disimulando así la humillación de haber tenido que coaccionarla. Pero no le importaba. Se sentía cada vez más animada. Él no podía tocarla realmente. Ceder no sería más que un gesto irrelevante de amabilidad que el olvido borraría en una semana.

—Para mí significaría muchísimo —dijo él automáticamente, mirándola con humildad.

—Bien, de acuerdo —Katherine impuso una condición que él aceptó—. Puedes quedarte.

Él la soltó, como si repentinamente se le hubiera extinguido el deseo. Casi podía verse cómo se debatía entre aceptar o no la indiferencia de ella: lo exasperaba, pues echaba todo a perder.

—Si estás tan segura de que no te molesta... —dijo, y era tan absurdo que ella no pudo reprimir la risa. Esto pareció satisfacerlo, y entonces la besó de nuevo—. No hay por qué esperar más, ¿no? —dijo, arqueando un instante las cejas.

—Yo creo que no. Pero, Robin, una sola cosa...

—¿Qué?

—Tendrás que fingir que te marchas. No quiero tener problemas.

—Me parece un poco innecesario —dijo él envarándose, como temiendo una jugarreta.

—Es que me sentiré mucho más tranquila.

Aunque impaciente, él accedió.

—Vale, ¿qué tengo que hacer?

—Ve hasta abajo, abre la puerta de calle y vuelve a cerrarla. Luego sube sin hacer ruido. No creo que estén escuchando, pero prefiero asegurarme.

—No sé si recuerdo el camino.

—Te encontrarás con la puerta al pie de la escalera. Ten cuidado, que a lo mejor hay una bicicleta en el pasillo. Ah, Robin...

—¿Sí?

A esas alturas ya susurraban los dos.

—El sexto escalón empezando de abajo cruje. Cuando vuelvas ten cuidado.

—¡Dios mío! —dijo él, y salió.

Tal vez hubiera sido mejor no quedarse sola tan pronto, pues el hecho de haber aceptado, de haber permitido que todo acabara tan mal, pareció levantar una ola de vergüenza. De todos modos, no llegó a mojarla. Recogió el plato con las colillas y lo vació en el cubo y luego volvió a la mesa para juntar los platos. Abajo se oyó un portazo. No había nada que temer. Si eso era lo que él quería, qué problema había en dárselo. En otro tiempo tal vez hubiese sido un error, quizá le hubiera provocado dudas o temores, pero ese tiempo había pasado. Ahora podía hacerse cargo de su decisión y estar segura de que no tendría consecuencias.

Estaba poniendo el abrigo y el birrete en la silla de la señorita Green cuando él apareció silenciosamente en el umbral.

—Está nevando —dijo—. Yo dije que iba a nevar.

—¿De veras?

Él cerró cuidadosamente la puerta y se alisó el pelo. Un copo de nieve que le había caído en el hombro empezaba a fundirse.

—Hace una noche de perros.

—Deja toda tu ropa junta. Así mañana te será más fácil.

Él asintió.

—¿Qué hay aquí abajo?

—Un taller, me parece. Ahora no debe de haber nadie.

—¿No nos oirán hablar?

—No lo creo. Pero por las dudas no gritemos —Katherine miró el reloj—. ¿Y qué hay de tu tren? ¿Cómo harás para volver?

—Bueno, no hace falta que coja el de medianoche. A las cinco hay otro. A decir verdad, no estoy muy lejos.

—¿No estabas de permiso?

Él arrugo un poco el ceño, como si le molestara que le hubiesen descubierto.

—Si quieres que te sea franco, no. El último permiso antes del embarque lo tuvimos hace diez días.

—¿Pero seguro que no...?

—Oye, no hay ningún problema —se impacientó él—. Hay un compañero que me cubrirá. Y los domingos no hay formación hasta las once.

Hubo un nuevo silencio. Al fin ella empezó a desabrocharse los puños del vestido.

—Apaga la luz, por favor —dijo.

Él lo hizo, y luego apagó la estufa.

7

—No debe de ser demasiado tarde —dijo él.

—Las diez y cuarto.

—¿Llevas puesto el reloj?

—Sí, no me había dado cuenta. Lo pondré bajo la almohada.

Él se rio.

—Tiene gracia.

—Es que nunca me lo quito. Si lo hago, no puedo dormir.

—Entonces no te lo quites.

—Lo pondré de tu lado. Así no me molestará.

—¿Sabes adónde irás? —preguntó ella.

—¿Eh?

—Digo si sabes adónde te destinarán. Cuando...

—Ah, oficialmente no se sabe nada. Nos lo dirán cuando embarquemos.

Pero nos lo imaginamos.

—No pareces muy ilusionado.

—La verdad es que no. —Él intentó restarle importancia—. Pero estamos todos en el mismo barco.

Parecía inquieto e insatisfecho, tal cual ella había imaginado, y al rato se puso a hablar de nuevo.

—Me escribirás, ¿no? ¿Puedo contar con ello?

—Sí, claro. Si me lo pides así...

—No sabes cómo me alegraría. No es que reciba muchas cartas. De casa sí, por supuesto... Pero uno necesita algo más que a los padres.

—Lo sé.

—No me gusta hablar así, ¿sabes?... No es algo de lo que me sienta

orgullosos... Pero mi último permiso no fue gran cosa. En realidad, fue bastante deprimente. Ellos hicieron todo lo posible para que me sintiera bien y, sin embargo, no teníamos nada que decirnos. Estuvimos todos muy cariñosos, ¿comprendes?, pero... No puedo explicarlo del todo... El hecho es que no tengo ganas de volver a verlos. De todos modos lo más probable es que no los vea más. Oye, ¿te molesta que ponga el reloj más lejos? Parece un tractor.

—Al lado tienes una mesilla. A ver si la encuentras.

Un rato después los relojes de la ciudad sonaron en la noche.

—Por cierto, de lo que te dije sobre el último permiso antes de embarcarnos tú no sabes nada, ¿eh? Se supone que es secreto.

—Descuida.

—Se supone que deberíamos dormirnos. Y yo, con el cansancio que tengo, me pasaría una semana entera durmiendo, pero no tengo ganas. Esta guerra lo ha liado todo. Da la impresión de que haya ocurrido con tanta naturalidad, pero Dios mío, qué desastre —Calló un momento—. Por así decir, se ha roto la secuencia. Vamos, que yo sabía perfectamente bien lo que iba a hacer, la carrera y lo demás. Y ahora todo se ha hecho añicos. Cierto que si me salvo, supongo que podré continuar... Pero lo curioso es que no me importa mucho. Ve a explicárselo a tus padres.

—Oye, lo lamento pero el reloj me sigue molestando.

—¿Cómo?

—Que si puedo poner el reloj en otro sitio.

—Haz lo que quieras. Dame, me lo pondré de nuevo.

—No. No quiero oírlo. Lo dejaré por ahí.

—Dámelo. Y duérmete.

—¡Pero si uno no...! Quiero decir, no hay alternativa. Uno debe tener algún objetivo en la vida, si no más vale estar muerto. Ja, mira quién habla. No es que yo tenga muchas posibilidades. Pero pongamos esos tipos que se casan justo ahora... La semana pasada lo hizo uno, y a mí me parece una estupidez, una imbecilidad. ¿Qué sentido tiene? Dejas a la chica esperando, y a ti van y te liquidan... No lo digo solo desde el punto de vista práctico...

—Duérmete.

—Lo que quiero decir... ¿Quién tiene algo que ofrecer en este momento? No. Me expreso mal. Oye, siento soltarte este rollo. Pero, lo que decía: no vale la pena. Evidentemente, eso es lo único que sirve de algo, hacer una carrera y formar una familia, crecer y multiplicarse por el medio que sea. Pero cuando no se tienen ganas... Por ejemplo, si yo te pidiera que te casaras conmigo, tú te negarías... ¿no?

—Imagino que sí.

—Pues ahí tienes.

—De todos modos, tendría su gracia.

—¿Todavía no te has dormido?

—Estaba pensando que sería curioso. Perder una Katherine y ganar otra.

—¿De qué hablas?

—De mi sobrinita. Vaya, ¡qué pomposo suena! La hija de Jane. Se llamaba Katherine.

—¡Qué va! Se llamaba Lucy.

—Lucy era su primer nombre. Jack se lo puso por su madre, que murió... debe de hacer unos quince años. Pero de segundo nombre le pusieron Katherine. Fue idea de Jane.

—No lo sabía.

—Así que ya ves: eres casi de la familia. No habría ningún...

—Robin, de verdad, necesito dormir. No hables más. Estoy agotada.

Estaba la nieve, y el tictac del reloj. Tantos copos, tantos segundos. Y a medida que pasaba el tiempo los copos parecían mezclarse con los pensamientos, acumulándose en un vasto montículo que bien podía ser un túmulo funerario, o la punta de un iceberg cuyo cuerpo no se veía. En esa sombra derivaban los sueños, plenos de intuiciones y escalofríos, como bloques de hielo deslizándose por un canal nocturno. Se movían en una procesión lenta y ordenada, pasando de la oscuridad a la oscuridad, impidiendo cualquier suposición de que el orden pudiera romperse, o de que algún día, por lejano que fuese, la oscuridad cediera paso a la luz.

Y, sin embargo, no era un tránsito triste. Sueños frustrados se alzaban y

caían entre bloques, protestando contra su inflexibilidad pero en el fondo contentos de que existiera aquel orden, semejante destino. Recostados en esa certeza, corazón, voluntad y todo cuanto elevara una protesta podían al fin dormirse.